

CR - 57 - 2016

TÍTULO

CONDADO COMANCHE

AUTOR

SIXTO SANZ CABRERA

PROTAGONISTAS

GEORGES

DAYANA

AARÓN

RUTH

EDWARD

KIM

STEEVE

THALIA

CHRISTIAN

BIANCA

Nunca vi tanto aire cruzarse por mi cabeza, sí; ya que yo era técnico en los grandes yacimientos de petróleos en Oklahoma y de vez encunado tenía que salir afuera de mi despacho personal para poder encajar alguna tuerca que se hubiese salido de su control en aquellas maquinarias tan ajustadas, como para poder sacar el crudo a la superficie de la tierra.

La ciudad se dividía en dos partes gracia al río Oklahoma, antes el Canadá. En la margen izquierda de dicho río, era donde nos encontrábamos nosotros con las perforaciones petrolíferas muy atareadas para obtener el oro líquido del centro de aquellas tierras; que por otra parte eran arenosas.

Todo lo contrario pasaba en la margen derecha; ya que se estaba formando un emporio de empresas y actividades, dándolas coberturas los grandes bancos de aquella Nación, ubicados en dicha ciudad: Oklahoma City.

Y por aquello que también hay variedad en la misma geografía donde estamos desempeñando las tareas de un buen técnico superior de petróleo, con una formación de más de mil setecientas horas; pero que no era para estar expuesto a tales climatologías tan adversas para las personas.

Pese a llevar en dicho lugar un día, les puedo hablar de su geografía y de su climatología; debido a los numerosos comentarios de otros compañeros de trabajo en dicha prospección petrolífera.

Como he dicho antes había variación geográfica en una parte de aquel terreno; ya que en el lado del margen derecho, según la división de la cuenca del río Oklahoma existía unas cadenas montañosas con unas praderas, a la vez que unos bosques considerables y siempre mirando a su parte oeste de la ciudad.

¡Pues sí!; era el condado comanche donde fui yo a trabajar en aquellos días de gloria y de abundancia económica para aquella Tierra de hombres buenos y de corazones excelso, en donde la palabra era lo primero y nunca se saltaban las normas y las leyes, con mayúscula, por no decir que la fidelidad de los amigos era lo fundamental para las personas de aquel condado.

Yo no era muy abierto a las relaciones entre personas, siempre que no se nos hubiese presentado por alguna persona conocida por nosotros mismos; pero debido al carácter tan afable de las personas que habitan aquella tierras me atreví a pregunta a un compañero si sabía el alguna fonda o pensión que fuese de completa confianza por el mismo.

GEORGES -. Perdona.

AARÓN -. Sí: Dígame.

GEORGES -. No sé como abordarle la pregunta que me está minando el cerebro.

AARÓN -. Hágala usted,

GEORGES -. Muchas gracias. La verdad es que no sé dónde alojarme en ésta ciudad, ni dónde ir que me merezca confianzas.

AARÓN -. Si quiere alejarse un poco de estos aires, le diré que yo me alojo en el pueblo de Lawton.

GEORGES -. ¿En condado comanche?.

AAREON -. Justamente.

Al preguntarle por la distancia que hay entre Oklahoma a Lawton, me dijo que había unos ciento veinticinco kilómetros; y en ése momento se me encogió el corazón al

saber que todos los días tenía que hacer dichos kilómetros; unas veces de ida y otras de vuelta.

No le quería molestar, ya que conocía poco a dicho señor; pero con todo y eso le pregunté por las causas de hacer tantos kilómetros todos los días. Se me quedó mirando, como si dicha pregunta le sorprendiese; pero a poco recapacitó para decirme que se esperaba en un restaurante de carretera donde trabajaba su pareja, pues así la llevaba él al pueblo de Lawton.

He a me con dicho señor en plena carretera, camino del pueblo de Lawton; no sin antes habernos parado en un restaurante de carretera para esperar que terminase la tarea del trabajo de su compañera.

La presentación fue afable; pues ella misma se lanzó a besarme en un carrillo, en vez de darme la mano, asestándola yo sendos besos en los dos carrillos.

No le vi muy conforme a mi compañero AARÓN por aquellos gestos que tuvimos su compañera y yo. . . Beso tras beso. Por lo tanto al no verle dentro de aquel restaurante salí a las afueras con deseo de saber dónde se encontraba mi compañero en dichos momentos.

En la explanada que había enfrente de aquel establecimiento no se encontraba Aarón, por lo tanto me di la vuelta al establecimiento, viendo a mi compañero como arrodillado y rezando a alguien que él creía fuese muy superior a las personas humanas.

No hablaba un lenguaje convencional, era más bien un dialecto dentro de su territorio de origen natal. Entonces me di cuenta que dicho compañero sabía hablar el idioma “numunuu”, muy parecido al idioma shoshone. Dicho compañero pertenecía a la rama de la familia uto – azteca.

No le quise desviar de su concentración ante Magnitud, según creía yo; pues en realidad nunca se lo he preguntado; ni creo que quiera se lo pregunte: Mientras menos sepa la sociedad de tal afición sería mejor para él, según yo.

Había una clase fundamental de cristianos en aquel territorio, dentro de los cuales me encuentro yo; pero respetuoso ante las creencias de mis vecinos. No los molesté nunca, ni me molestaron.

Volví a entrar en aquel establecimiento, colocándome en un lugar estratégico en la barra del bar - restaurante, donde se veía la puerta de entrada y las dependencias de la cocina; observando a poco tiempo de estar allí, que mi compañero había decidido entrar él también en aquel local.

Se dirigió a las dependencias de cocina saliendo con su compañera Ruth en pocos minutos, para hacerme un gesto con la mano de que le siguiese. Así lo hice y supe que Aarón se disponía para iniciar la marcha.

Llegaba un pueblo y supuse que sería Lawton, por lo cual mi interés creció para saber cómo era dicho pueblo: un conjunto de casas separadas por vallas, pero que se semejaba a chalet individuales, al estilo mediterráneo ibérico.

Algunos de aquellos chalet tenían un terreno en la parte trasera a la casa, no sabiendo yo a qué dedicaban dicho terreno; aunque pronto lo tendría que saber, si seguía pernoctando en dicho pueblo.

Pues sí: Mi compañero me llevó a una casa que parecía una cabaña, abriéndonos una señora, no muy avanzada en edad; pero que tampoco era ya una jovencita.

No sabía para qué me había llevado allí mi compañero Aarón, pero pronto me di cuenta de la realidad: En vez de acogerme en su cabaña, me había llevado a una casa particular para que me preparase una habitación para mí.

Con la palma de la mano hacia abajo y el brazo extendido comenzó a moverlo de una parte a otra aquella señora, una vez que supo me iría a recibir en su casa. No sabía yo qué significaba aquel hecho y al preguntar a mi compañero Aarón, éste me dijo que era signo de paz y como firma de tratado de buena amistad entre los dos.

Mi compañero Aarón se marchó pronto de aquella casa, quedándome solo a mí con aquella señora, que al parecer no se encontraba de mal físico, ya que atraía algo o mucho su cuerpo; por lo menos a mí.

No me indicó que me sentase en un sillón que habían en la parte superior a la izquierda de aquella habitación, pues cogiéndome de un brazo me sentó ella en el sillón, no emitiendo una sola palabra de su boca. Solamente se limitó a mirarme fijamente, como si me quisiera analizar toda mi persona de arriba a bajo; y al cabo de un buen rato comenzó hablándome de ella.

JESSY -. Me llamo, Jessy. Ya sé que usted se llama Georges; pues desde el restaurante me ha llamado, por teléfono, su compañero Aarón.

GEORGES -. Tanto gusto, señora. – me levanté para quererla saludar y ésta señora cogiéndome de la chaqueta me dio un empujón sentándome de improviso -.

Me quedé como si viese visiones; pues nunca había notado a una señora con tantas fuerzas como a ella. Así que permanecí sentado y callado por lo que se me pudiese venir encima.

Al cabo de un tiempo, siguió hablándome aquella señora de sus cosas y de su casa: Quién la había construido y en qué fecha.

JESSY -. Soy viuda. . . Me encuentro sola, muy sola. Y como le he visto mirar a la casa de una parte a la otra, le diré que: Fue construida hace quince años por mi marido, ayudado por los vecinos. . . Pero los vecinos que teníamos antes. . . ¡Ahora!. . . ? . . .

Aproveché dicho lapso de tiempo para poderla calmar con mis palabras a la señora Jessy, cosa que nunca lo hubiese hecho; pues nada más que comencé abrir la boca se me vino cerca de mí, no pudiendo resistir más cuando la dije algo así, como: - Señora Jessy, es usted joven y de buen ver -.

Aquello fue ya la gota que colmó el baso, echándose prácticamente encima de mí, no dejándome moverme para nada en el sillón de aquella estancia.

JESSY -. Así me sentaba yo con mi marido en su tiempo.

Sería con su marido; pero que no fuese conmigo, que no era cosa de haberme cogido tal afecto en unas pocas horas. De modo que me levanté del sillón y me fui a sentar en una silla que había cerca de una ventana. Ésta me siguió hasta la silla, echándose prácticamente encima de mí, abarcándome con sus brazos todo mi tórax.

Ahora sí que sí, que ya no me podía mover de aquella silla; tal y cual me había sentado permanecí como unos cinco minutos, el tiempo que ella me tuvo cogido recordando el tiempo pasado con su marido.

Cuando noté que me había soltado volví otra vez más al sillón, como con algo de recelos. No sabía si lo estaría notando aquella señora; pero el caso fue que no se daba por aludida, viniéndose detrás de mí, como si yo tuviese una especie de imán que la atrajese a dicha señora.

Pues a mi simple parecer, sí había notado aquella señora mi repulsa hacia ella para que no se me acercase mucho a mí; ya que yo estaba allí por haberme ofrecido cobijo en su casa y por nada más.

Después de prepararme la cama, se despidió de mí dándome un beso en las mejillas, propinándola yo otro en sus mejillas; por si acaso era costumbre en aquellas tierras antes de irse a descansar, despedirse así del resto de las personas que habitaban en la casa.

Al darla el beso, noté que la cara la hervía de calor: Tenía todo su carrillo a buena temperatura, como si hubiese estado sometida a una buena calefacción dentro de la casa. Cosa que allí no había calefacción alguna, o por lo menos no se encontraba puesta por ser días de primavera.

Sí era una traba importante el tenerme que levantar una hora antes que mis compañeros para circular por la carretera que me llevaba a Oklahoma, para poder acometer mis tareas todos los días.

Pero allí me encontraba día tras día, al pie de aquellas máquinas, viendo la productividad empeladas por todas ellas, y en general era bastante buena la productibilidad de aquellas cinco máquinas de unidad de bombeo, o lo que es lo mismo guanaco.

EDWARD -. Una cigüeña va muy lenta hoy.

GEORGES -. ¿Cuánto crudo se extrajo ayer de ella?.

EDWARD -. Bastantes.

GEROGES -. ¿Y se limpió totalmente?.

EDWARD -. No a fondo.

Ahí estaba el mal de aquella unidad de bombeo, que no se había limpiado a fondo dicho guanaco; Pues al ser bomba de varilla se necesitaba limpiar bastante bien el cigüeñal, para que no se obturase y para que permitiese la extracción de petróleo al siguiente día.

Hasta ahora nuestra empresa tenía todas las unidades de bombeo de bomba de varilla, queriendo cambiarlas por otras más modernas a su efecto.

No obstante, teníamos a la suma perfección nuestros instrumentos de trabajo por conveniencia nuestra; ya que si se desperfeccionaba algún tramo de la bomba de varilla daba al traste con nuestras expectativas.

Al decir verdad, las demás compañías se ajustaban a la bomba de varilla; ya que dichas máquinas eran muy viejas. En años sucesivos se cambió por otro método de extracción del petróleo.

Yo me tenía que tomar bastante café para poder estar despierto todo el día y no conciliar el sueño, para nada, en mis tareas encomendadas; ya que un fallo, por parte de la negligencia de algún operario, era parte mortal para el operario que estaba encima del pozo.

Un día, al hacer la estadística, pude darme cuenta que ésa gran Nación podía exportar petróleo si ella quisiera, o por decir mejor; si quisieran sus gobernantes. Nunca supe por qué no exportaba petróleo, con las buenas divisas que se obtendría de ello.

Me encontraba en éstas cavilas, cuando se me acercó Thalia, la mujer de Steeve, que también era compañera mía en las tareas, mas que ella era un operario más. Sí, ella era la que debía estar encima del cuarto pozo; ya que era el que más problemas nos estaba dando en aquel día. Y en vez de estar cerca de la bomba de ése pozo, viendo la sarta de varillas que estaba poniendo a cada cuatro horas, permanecía cerca de mí; que era el ejecutivo encargado de la administración y el técnico principal de dichos pozos.

Yo notaba todos sus bustos en mi espalda, cosa que me estaba sacando fuera de mis casillas; ya que yo no era de piedra y me estaba comprometiendo cada vez más. Pero pronto tuve la certeza de que aquello lo estaba haciendo por algo. . . ?. . . y desde luego lo supe pronto, una vez que miré al bombeo de varilla del pozo cuatro,

Me levanté de mi sillón yéndome hacia la base del pozo cuarto, viendo que el tipo de bomba puesto en el pozo no era adecuado a el, y que la sarta de varillas que cambiaba cada cuatro horas no eran las correctas, que el motor de superficie era bastante tosco, haciendo que la respectiva unidad de bombeo no tuviese los movimientos adecuados para la obtención del crudo. Por lo tanto era todo un desorden, que no tenía ni pies ni cabeza; no comprendiendo cómo había podido, Thalia, acometer tales negligencias en sus tareas encomendadas en aquel día.

Pronto comprendí la poca fuerza que tenía aquella señora y el por qué de haber elegido el material menos pesado para acometer sus tareas en la empresa aquel día de desgracia para el pozo cuarto.

Como Thalia había salido detrás de mí hacia la plataforma petrolífera, la indiqué con un movimiento de brazos y de manos que me acompañase a la oficina, haciendo aquella señora caso omiso a mi consejo.

GEORGES -. Sígame, señora Thalia.

Al decirla aquello a la señora Thalia era como si se lo ordenase; ya que había más operarios cerca de nosotros: Entrando en la oficina los dos en unos momentos.

GEORGES -. Thalia, ¿Sabe usted lo que ha pasado, verdad?.

THALIA -. ¡Verdad!.

GEORGES -. Necesito una explicación.

Y sí, había una explicación a la vista; pues ni corta ni perezosa se bajó los pantalones enseñando unos moratones en los muslos y al levantarse la blusa, se la podía observar unos hematomas como la palma de la mano.

THALIA -. Por favor, no diga nada.

GEORGES -. Vaya a enfermería.

THALIA -. Si le estoy diciendo que no diga nada.

Volví una vez más al pozo cuarto y como vi llegar hacia la plataforma al señor Aarón me tiré, prácticamente, de la misma plataforma; pues bajé por las escaleras como volando. Y sin pensarlo dos veces, le cogí del brazo invitándole para que me siguiese a la oficina con deseo de que me pudiese decir algo que yo pudiese saber; así no vería el desajuste tan enorme que había en aquella bomba de varilla.

Una vez en la oficina, y como no tenía nada que decirle pensé que era hora de conocer al marido de la señora Thalia; por lo tanto le empecé para que formásemos una pequeña reunión entre nosotros cinco.

AARÓN -. ¿Por qué se te ha ocurrido hacer tal reunión?.

GEORGES -. Es mejor que nos conozcamos los compañeros y sus familias cuanto antes.

AARÓN -. El domingo tengo que hacer. . . Pero si es por eso, acepto de buenas ganas.

Así se quedó entre Aarón y yo, organizando éste el evento entre los compañeros que había asignado yo; así conocería al marido de la señora Thalia. Quedándome más tranquilo cuando supe que se haría tal reunión entre nosotros cinco, ofreciéndonos Aarón su casa para celebrar tal fiesta.

Cuando se retiró Aarón a su plataforma asignada, yo en dos pasos me coloqué en la plataforma cuatro, para ajustar mejor el Polished Rod y sobretodo el Stuffing Box, una vez que cambié la sarta de varilla mal empleada; no así pude cambiar el motor de superficie, ya que sería emplear un par de horas yo mismo en hacerlo. Tendría que tener cuidado para que no se arrimase ningún experto a la plataforma cuatro, y cuando la señora Thalia se preparaba para dar de mano su tarea la invité para que cambiásemos el motor de superficie entre los dos.

Al parecer sí tenía fuerza dicha señora; pues la veía toda ella llena de crudo y como si fuese un ecce homo en particular. Sí, estaba como un cristo crucificado en su puesto de trabajo; pero era mejor de ésta manera, no dando pie para que se enterase otra persona de la mala posición en la bomba de sondeo; ya que los balancines detectaban mala práctica.

Al volver a la oficina, me relajé un poco lavándome el crudo que tenía por todo mi cuerpo, a la vez que oía una música celestial en la radio que me parecía elevarme a las alturas.

Apenas había dormido un par de horas en aquella noche cuando me encontraba en plena faena, viendo que la productividad de aquel pozo había decaído un tanto por no tener la fuerza necesaria para bombear suficientemente el crudo.

Mi temor era que llegase el inspector para querer saber las causas fundamentales de aquel pobre rendimiento; ya que yo no sabía cómo iba a cubrir la negligencia de Thalia, o la falta de sapiencias de ésta misma señora.

Pero como la fatalidad se presenta en forma de fenómeno terrestre en aquellos grandes pozos: Ésta vez se presentó por medio de una falla en el terreno, que hacía no presumir que aquel pozo fuese a tener la productibilidad suficiente como para obtener el crudo deseado de él. Así se lo hice ver al señor inspector días más tarde, cuando nos llegó con cara destemplada y con pocas ganas de ser nuestro amigo.

Poco tiempo estuve allí el señor inspector; marchándose enseguida a la oficina principal, para dar cumplimiento deseado a su informe: Que no era otro, más que el subsanar dicha falla.

Nada más que se marchó el señor inspector salí al pozo dos, donde se encontraba mi compañero Aarón, que era el operario encargado de dicho pozo; no encontrándole en ella, o por lo menos no estaba pendiente de la bomba de dicha plataforma de bombeo.

No sabía lo que pensar en aquellos precisos momentos; así que me subí en la base de aquella plataforma no viendo ni rastro de mi compañero Aarón, no sabiendo yo si le había pasado algo o estaría haciendo otras tareas.

Bajé con sigilo de aquel pozo y me dirigí a unos cactus que había allí cerca y antes de llegar a ellos pude ver de rodillas a Aarón como dando gracias al viento o al Sol, o tal vez a otro fenómeno de la naturaleza. Lo que sí pude ver una pieza que había cazado horas antes; ya que la tenía preparada para su degustación.

Quise levantarme de donde me encontraba, cuando pude ver llegar hacia donde estaba Aarón a la señora Thalia; pues ni corta ni perezosa agachándose cerca de la pieza cazada cogió un trozo de carne comiendo de ella. Y al terminar la señora Thalia la degustación de aquella carne se cogieron de las manos haciendo unos movimientos como de dar gracias a un fenómeno de la naturaleza, para después lavarse con la misma pringue de aquella pieza.

Ése hecho que pude presencial, me dio hincapié para saber que la señora Thalia también era comanche; cosa que yo hubiese creído fuese cristiana, como la mayoría de aquellas gentes.

Me volví sobre mis pasos hacia mi oficina, no queriendo hacer acto de presencia delante de mis dos compañeros; por no saber qué decir, ni lo que hacer entre ellos. Viendo en mala posición el Polisbed Rod de unión a la varilla del pozo cuarto, que era la plataforma que debía operar en su acometida, dentro de las tareas asignada, la señora Thalia.

Aquello ya no me gustaba nada; pues estaba descuidando la acometida de su trabajo aquella señora. Ni corto ni perezoso intenté acoplar mejor aquella pieza a la varilla, no pudiendo hacerlo solo, ya que estaba desencajado del todo. Había que quitarlo en cuanto tuviésemos las fuerzas necesarias para ello y volver a encajar aquella pieza de soporte a la varilla.

Llamé a dos obreros de suma confianzas de mi persona, pero cuando intentamos ajustar el Polisbed Rod se movió el Stuffing Box y estando en éstos ajustes llegó la señora Thalia presentando cara de sorpresa.

Mi mirada se cruzó con la de ella, que tuvo que bajar la vista al suelo al ver el poco celo que tenía en su medio de trabajo.

GEORGES -. Hasta ahora muy bien.

La señora Thalia me comprendió, abriendo las manos del todo en señal de que ella había dejado la bomba de varilla a pleno rendimiento. Y cuando volví a mi despacho se me vino detrás, sin saber qué que quería dicha señora.

En general no quería nada; por lo tanto la pregunté por el interés de estar allí, no contestándome nada al respecto, solamente se echó sobre mí entregándome sus bustos a pleno rendimiento.

Como íbamos a celebrar la reunión entre los compañeros que yo había convocados, las señora Thalia se fue para preparase bien a su vestuario, llegándome hecha una verdadera mujer. Tanto era así, que me llegó con una faldita a medio muslo, dejándosela ver unas carnes jóvenes y un glúteo intermedio apetitoso.

Yo sabía del carácter laxo de aquellas personas; pero no era el modo de aprovecharme de ello, así que la aparté de mi lado con suma delicadeza, para que no se molestase dicha señora. Mis ideales religiosos no me permitían hacer huso de lo que no me pertenecía, y ésa señora no me pertenecía a mí por más que ella se empeñase.

Fue una reunión fantástica entre los compañeros; pues conocí al marido de Thalia: Un hombre robusto pero con carácter débil, trabajando en un almacén de repuestos para el automóvil. Eso me dio hincapié para creer en la veracidad de mi compañera Thalia, en sus hematomas que me presentó hace días en su puesto de trabajo.

Sin pensarlo dos veces, me fui derecho hacia el marido de Thalia, ya que había oído su nombre al llamarlo su mujer. Y presentándole la mano en son de estrecharlas las suyas, me dispuse a entablar una conversación con él.

GEORGES -. Me agrada mucho conocerle, Steeve.

STEEVE -. Me agrada a mí también conocerle a usted, Georges

Fue lo que yo pensaba; pues nos sentamos los dos junto a la estufa para poder tomarnos la penúltima copa y así poder hablar los dos de nuestras cosas. No le quise entrar por derecho a dicho señor; así que comencé hablándole de mi trabajo y del mucho

esfuerzo que teníamos que hacer para lograr bombear el crudo a la superficie; ya que aquellos instrumentos eran bastantes pesados y con una suma perfección, que no podía haber fallo alguno.

Mientras trascurría nuestra conversación le fui preparando aquel señor con motivo de hablarle de su mujer, y así fue.

Supe todo lo que pasaba entre ellos; así que le di ánimos para poderla entender a su mujer y poderse llevar bien con ella; contestándome éste con una evasiva monumental para mi manera de ser.

STEEVE -. Le doy permiso para que lo intente usted, Georges.

Me quedé como quién ve visiones, ya que no esperaba tal respuesta en forma de deseo por parte de aquel hombre tan robusto en físico, pero tan débil en carácter y en deseos sentimentales.

Me quedé de piedra, como quién las ve venir y sin saber qué decirle aquel hombre que estaba esperando mi contestación. Hasta que se me iluminó mi entendimiento, diciéndole algo así, - como que era él su marido y sería mejor que lo intentase él -.

STEEVE -. ¡Le aprecia!, señor Georges.

Todavía hacía hincapié para que yo probase fortuna en aquella mujer y pudiese hacerme con su carácter; tal vez un poco fuerte, eso sí. Pues tenía un carácter fuerte, pero un trato exquisito; ya que sabía decir las cosas a modo y manera de ser una mujer modosita.

Y cuando Thalia puso un pie encima de una silla para ajustarse mejor las medias, Steeve me dio un golpecito en el codo para que me fijase mejor en ella; ya que me daba vergüenza quedarme mirándola fijamente a sus muslos. Así que me levanté de donde estaba sentado y me salí de la cabaña sin decir una sola palabra.

Llegué un poco tarde a donde estaba alojado yo, estando esperándome la señora de aquella cabaña sin haberse acostado todavía. Pero como llegué un tanto azarado por las circunstancias y un tanto elevado de Moral todo mí ser: Lo primero que desee, fue que la señora de la cabaña no se me arrimase, así que me quise despedir de ella lo más pronto posible.

GEORGES -. Hasta mañana, señora Jessy. La deseo que tenga usted un buen sueño.

Pero cuando me iba a mi cuarto, me cogió de las manos la señora Jessy y gracias que yo me pude escabullir de ella al dar un tirón con las mías hacia mí, entrando rápido en mi cuarto como huyendo de ella.

Eso fue lo malo, que aquella señora me había visto huir de ella y ahora no tenía escapatoria alguna con los deseos carnales de la señora Jessy.

Así como a las tres de la noche oí abrirse la puerta de mi cuarto, ya que no tenía cerradura alguna, dejándose ver la figura de la señora Jessy a través de la luz del ventanal que había en el pasillo.

Aquella señora llevaba un salto de cama, por así decir, y unos mocasines puestos en los pies y nada más. Y lo que me parecía un salto de cama, no era más que un ponche echado por encima.

Yo la quise apartar de mi vera, pero cuando estaba forcejeando con ella se la cayó el ponche que no estaba sujeto en parte ninguna de su cuerpo.

Presentaba una figura excelsa y de buen gusto para los hombres; así que yo me puse bien en mi cama con idea de dormir, cuando dicha señora se me metió en la cama sin pedir permiso.

Aquella señora pagó los tratos rotos de Thalia, la joven señora que me había puesto a cien por horas momentos antes. No estaba bien lo que había cometido con la señora Jessy, pero tampoco me lo reprochaba mi cuerpo; ya que llevaba bastante tiempo sin una alegría semejante.

Por la mañana me levanté bastante pronto, ya que todavía se encontraba la señora Jessy acostada en mi misma cama. Salí como un rayo a mi trabajo sin esperar a mi compañero Aarón; cosa que éste al verme trabajar con tanto impulso me preguntó por las causas que yo tenía para acometer mis tareas de aquella manera.

No sabía qué contestarle, hasta que el teléfono hizo su aparición en acto de timbrada general. Fui a coger el teléfono con suma gracia, por haberme salvado de la pregunta que me había hecho mi compañero Aarón.

Me requerían en la dirección general de una ciudad de California, donde estaba la central de aquella empresa; así que me dispuse para marchar cuanto antes a dicha dirección empresarial.

En el camino, iba pensando en mil cosas, sin saber por qué de dicha llamada: Tal vez sería por poca productividad de algunos pozos, teniendo yo un recelo en mi cuerpo que me corroía mi Alma.

Cuando llegué a las oficinas generales de la empresa se me hizo pasar a la sección administrativa, en donde se encontraba el director general de aquella empresa acompañado de dos señores más.

DIRECTOR -. Tome asiento, señor Georges.

GEORGES -. Como usted diga, señor director general.

Así lo hice disponiéndome para escuchar lo que me tuviese que decir el señor director general de la empresa, y con dos palabras resumió el carácter de mi llamada personal.

DIRECTOR -. Nos concede unos pozos más el Estado si cambiamos la forma de extracción del crudo con la bomba mecánica al Fracking.

Me levanté de mi silla, donde estaba sentado, como si tuviese un resorte debajo de mi cuerpo, y sin pensarlo comencé a emitir unos sonidos con la boca de, ¡UF!.

GEORGES-. ¡ROMPER EL SUELO Y CONTAMINAR LOS ACUÍFEROS!

DIRECTOR -. ¿Qué hay de malo en ello?.

GEORGES -. ¡CONTAMINAR LOS ACUÍFEROS!.

DIRECTOR., ¿Usted ha visto modo de vida cerca de los pozos petroleros?.

Era una razón contundente aquello que me había dicho el señor director general. Desde luego yo no había visto nunca medio de vida alguna cerca de los pozos petroleros; ya que el crudo cogía todo el terreno.

Cuando llegué a las plataformas petrolíferas comuniqué la decisión que me había dicho el señor Director general de los pozos petroleros; ya que aquel ingeniero era una cabeza privilegiada, según decían todas las personas que le conocían.

No hubo duda alguna, que nosotros no sabíamos manipular aquellas máquinas que nos quería instalar en los pozos petroleros, por lo tanto cuando me vi solo aquel día en mi despacho, me llegó Thalia muy azarada, echándose sobre mí prácticamente.

No lo dudé ni un solo instante y la puse una mano encima de los muslos, queriendo sobrepasarme de profundidad, haciendo ella un gesto de desagrado; quitándome la mano de sus muslos.

THALIA -. No te confundas; solamente te tengo aprecio, por muy jefe que seas mío.

La hice una inclinación de cabeza, como que la había entendido; pero haciendo un énfasis en sus palabras me dijo que- las comanches eran muy fieles a su pareja; pero que eran personas muy acogedoras-.

La lección que me transmitió Thalia la asimilé instantáneamente, no teniendo duda alguna de cómo eran aquella personas: Tan afables, tan simpáticas, tan acogedoras y tan listas. . . Si cada una de aquellas personas era un libro abierto, y algunas personas con carreras estupendas.

También entendí a su marido Steeve; pues él quería dar a entender el mucho afecto que me tenía su mujer, pero nada más.

Aquel día me fui a Lawton con la lección bien aprendida, intentando dormir mucho aquella noche; pues me encontraba cansado y como rechazado. Lo único que no conté con la señora Jessy que me estaba esperando en la entrada de aquella casa, más bien una cabaña; pues al verme aparecer hizo con la mano un movimiento clásico que todos ellos hacían cuando se sentían a gusto con una persona.

Quise dirigirme hacia mi cuarto, cuando me hizo recapacitar la señora Jessy al decirme que tenía la cena puesta y efectivamente: Miré hacia la mesa que había en el centro de aquella estancia viendo unos succulentos manjares encima de aquel mueble.

No hubo manera de convencer aquella señora para que me dejase marchar a mi cuarto sin cenar: Tenía que cenar antes y tomarme mi tabaco, para sentirme alguien.

Por supuesto yo me sentía alguien en la vida; no queriéndoselo decir a la señora Jessy para no dañar su susceptibilidad, tan influenciada en las costumbres comanches; .pues la comanchería estaba muy arraigada en dicho pueblo.

Así que sin abrir la boca para nada degusté una buena cena en aquella noche, disponiéndome marchar a mi pequeño cuarto, cuando vi irse detrás de mí a la señora Jessy, anunciándola yo que me iba a costar.

Ni siquiera se inmutó aquella señora, siguiéndome hasta entrar en mi cuarto; así que me paré de repente con la sola idea de que no siguiese entrando más adentro de mi cuarto la señora Jessy. Pero cuando miré hacia adentro de mi cuarto, más bien hacia mi cama, pude darme cuenta que tenía encima de la cama los vestidos de la señora Jessy.

Me volví hacia ella con deseos de saber las causas de por qué se encontraban allí sus vestidos, sin recibir contestación alguna por parte de la señora Jessy.

GEORGES -. ¿Qué significa esto?.

Desde luego no hubo contestación alguna por parte de la señora Jessy; así que me atreví a indicarla el pasillo de la cabaña con idea de que ésta señora se marchase de mi cuarto cuanto antes.

Se marchó la señora Jessy de mi cuarto, no habiendo sacado sus vestidos de la misma habitación donde yo dormía; no quedándome más dilema que echarme sobre la

cama, quedándome completamente dormido. Pero así como a media noche, me desperté viendo sentada y dormida a los pies de la cama a la señora Jessy.

Me levanté de la cama yéndome hacia la señora Jessy y con mucha suavidad la desperté, o por lo menos creía que la había despertado; pues aquella señora me pareció a mí que se había despertado al mismo tiempo que yo.

GEORGES -. No está bien lo que usted está haciendo.

JESSY -. Usted lo rubricó con el acto del otro día.

GEORGES -. Fue un acto pasajero.

JESSY -. Para nuestras costumbres no es pasajero ése acto.

Comprendí pronto lo que había hecho con la señora Jessy; ya que el acto de amor no era, ni mucho menos, pasajero para su gran intelecto. Entrándome un escalofrío dentro de mi cuerpo, al comprender que aquella señora me consideraba como su hombre, por lo menos era así; que no fuese lo que yo me estaba presumiendo, pues las costumbres de ése gran pueblo tenía ése acto como signo de afianzarse en un enlace matrimonial.

Cuando me encontré, al siguiente día en los pozos de petróleo, inhalé una bocanada de aire llenando mis pulmones por completo, sintiéndome mucho mejor en mi puesto de trabajo. Pareciéndome todo lo que había pasado la noche anterior como una secuencia de ficción ante mi persona, y mí persona no daba crédito por los intereses creados con aquella señora, que con tanto aprecio y buen trato me había acogido en su casa.

Sobretudo se me alegró el Alma cuando llegué al pozo primero viendo encima de la plataforma a la señorita Dayana, intentando ajustar el Polished Rod, que era lo

primero que se desajustaba en la sarta de varillas en cada pozo. Pero cuando me estaba aproximando a ella la oí hablar un mumunuu familiar al idioma Shoshone; más bien dentro de la familia uto-azteca.; pues dicha tribu ya se habían independizado hacía muchos años de los comanches. Se me encogió un poco el corazón al no poder comprender nada de lo que estaba diciendo en ése preciso momento.

Desde luego era característica de una tribu aquella señorita; pero mi intelecto no me daba para saber de qué tribu se trababa, ya que dicho dialecto se hablaba más al norte de nuestras fronteras: Aunque para decir verdad, supuse que aquel dialecto era característico de la comancheria.

Qué zozobra, ¡UF!, tenía yo en mi Alma metida; por no saber a qué tribu pertenecía aquella señorita, tan agradable y tan guapa como era la señorita Dayana. Pero sin pensarlo una sola vez, me encaramé en lo alto de la plataforma del pozo primero, entablando una conversación amena con la señorita Dayana.

Y pese a que yo estaba intentando descubrir la forma y el carácter de aquellas personas, no me arredré para nada en iniciar una conversación con aquella señorita. Pero eso sí, sin dar a entender el concepto de mi Espíritu religioso, que no era totalmente el que se daba en aquella región tan hospitalaria y agradable a la vez; pues si el total de aquellas personas pertenecían a la Iglesia Cristiana, yo en general era de la Iglesia de Roma. Pero con todo y ello asistía a sus actos religiosos, creyendo que me serviría como si oyese Misa en la Iglesia romana. Y como suele decirse: Aquí paz y aquí gloria y todos juntos, formando unos lazos de unión fraternales entre nosotros.

Pude darme cuenta totalmente mientras mi conversación con aquella señorita se adentraba más y más, cada vez, en cosas íntimas: Así descubrí que aquella señorita venía de tierras más al norte de nosotros, no quedándome duda alguna de sus lazos Shoshones, pero con costumbres comanches de aquella zona. En la misma frente la

pude ver la característica que la unía a dicha tribu, pero eso sí: No tenía el color característico.

Se quedó mirando al infinito para hacerme una pregunta al momento que yo estaba creyendo que la pasaba algo a dicha señorita. Pero con todo y eso se la veía en su cara un signo de retraimiento hacia mi persona.

DAYANA -. Vamos hacer una excursión hacia las montañas. ¿Quiere venir usted con nosotros?.

GEORGES -. Me gustaría; pero no sé si ése día lo tendré libre.

DAYANA -. ¡Cómo no!; si es el día de fiesta.

Aquello lo cambiaba todo de momento; pues yo veía una probabilidad de hacer amistad con aquella chica, que por otra parte no estaba mal; pero que no estaba mal aquella señorita, en cuanto me estaba gustando su conversación y su saber estar.

Pero cuando me enteré a la montaña que querían ir, tuve un impacto negativo, notándomelo la señorita Dayana, que frunciendo el ceño, se atrevió a decirme lo mucho que la gustaría fuese yo en compañía de todos ellos.

GEORGES -. Dicha montaña está en forma protegida.

Era nada más ni menos que la montaña Wichita; pero al saber que ya habían pedido permiso me consolé al saber que iríamos con un guía. Y cosa rara en aquella visita; pues cuando llegamos a la base de entrada, ya me tenían preparado mi etiqueta con mi nombre y mis apellidos.

Se veía que aquella señorita no perdía el tiempo, estando atenta a mi persona en todo momento; pero no quería correr mucho en aquellas relaciones entre ella y yo, ya que me había dado de bruces en el suelo con otra relación hacía poco tiempo.

Desde luego, aquel día pasamos unos momentos felices en la montaña Wichita, pues la conversación de todos era afable y serena, al igual que la conversación que sostenía yo con la señorita Dayana.

Qué lástima que se terminase la excursión por dicha montaña, ya que el día estaba a punto de oscurecer, y desde luego cuando llegamos a Oklahoma era ya de noche; queriendo que me quedase a cenar todo el grupo que fuimos ése día de excursión.

Pero en un momento de descuido, se me acercó el señor Steeve con una sola idea en la cabeza: El saber si yo estaba totalmente desocupado en el amor de una mujer.

GEORGES -. No tengo novia, ni mucho menos mujer.

STEEVE -. ¡Quién lo diría!. ¿Pero si ha estado usted, en todo tiempo, retraído y como ausente?.

En aquel momento vi el Cielo abierto, como se suele decir; pues a mí me corroía por dentro un no sé qué, ya que yo no había dicho nada a nadie sobre la señora Jessy y eso era la causa de haber estado tan retraído con mis compañeros, sobre todo con Dayana, una chica estupenda donde las haya: Con buenos modos y maneras de relacionarse con las personas.

Por lo tanto, la pregunta que me hizo el señor Steeve me incitaba a descargar toda mi conciencia sobre su persona.

GEORGES-. He pensado todo el día en algo que me corroe el Alma.

STEEVE -. (Haciendo una inclinación de cabeza, repuso). La señora Jessy, ¿Verdad?.

GEORGES -. Verdad.

Hubo un lapso de tiempo, en el que ninguno de los dos nos decíamos nada; para no dañar la susceptibilidad el uno al otro, pero pronto se rompió el hielo de nuestra conversación al estar el señor Steeve atento a lo que yo le pudiese decir.

GEORGES -. Se acuesta a los pies de la cama donde yo me tumbo.

STEEVE -. Le considera su hombre.

GEORGES -. Yo tengo otras costumbres.

STEEVE -. Pues dentro de unos días se le llenará la casa de las familias de su marido.

GEORGES -. Está muerto.

STEEVE -. Ya lo sé. Tienen que saber cómo es usted: Si es merecedor de la señora Jessy.

¡Ah!, no; desde luego que no podía consentir que me visitasen toda la familia del difunto de la señora Jessy; ya que yo era joven y tenía que hacer mi vida con una chica que yo quisiera, no que se me impusiera, por un momento determinado.

¡Ah!, sí; desde luego que sí estaban todos los familiares de su difunto marido en la casa de la señora Jessy cuando me presenté aquella misma tarde para descansar de mi jornada intensa y de mi mucho trabajo.

Sacándome a las afuera de la wigwan, la casa, donde había un Tipi, una tienda, haciéndome sentar en el suelo, con todos ellos; parecía que tenían mucho interés por saber cómo era yo, ya que el sacham que era el natani me invitó a fumar en una pipa

especial hecha por ellos. A poco tiempo se me arrimó el wakan, que era el chamar de aquella reducida tribu.

El clan de ellos, o sea el Sacham, me hizo un gesto característico con la mano en forma de rotación, con la palma de la mano hacia abajo; significando que me aceptaba: Pero cuando vio que yo era remiso a tal acercamiento, se puso de pie parando toda clase de celebración hacia mi persona; para más tarde dirigirse a la señora Jessy con el lenguaje mumunuu. Lengua que yo no entendía nada; pues mis orígenes eran otros.

En unos momentos se deshizo la reunión, marchándose todas las gentes de su difunto marido, para quedarnos solos la señora Jessy y yo.

Aquella noche parecía que iba a dormir sin compañía y así fue: Bueno, fue a lo primero; pues así como a media noche oí a la señora Jessy sentada en los pies de la cama.

Aquella señora no cesaba en su empeño, que no era otro más que considerarse mi mujer; según sus Leyes internas. Y como aquella noche hacia mucho frío, la invité para que se viniese a la cama; no fuese a ser que cogiese constipado.

La señora Jessy, en vez de rechazar mi invitación, se levantó del suelo para quitarse el ponche que llevaba puesto y ajustarse un camisón bordado por ella, según pude darme cuenta. Aquella señora quería agasajarme según sus costumbres y su manera de vivir.

Se me vino hacia mí, inclinando su cabeza sobre mis hombros; pero yo la aparté con delicadeza, dándole a entender que con ella no quería saber nada: Pues con todo y eso se dejó llevar, queriendo decirme que me aceptaba de buenas ganas.

Antes de irme a mi trabajo, por la mañana, la hice comprender que yo era joven y tenía que buscar una mujer con quien yo me enamorase y no que se me eligiese. Por lo

tanto creí que había quedado sentado mi pensamiento en cuanto debía elegir yo y no que me eligiese nadie mi mujer.

Ya en la puerta de aquella cabaña, miré para atrás viendo a la señora Jessy como si con ella no fuese nada de lo que yo la había hablado momentos antes, helándoseme los huesos por la manera fría con que me había oído decirle aquellas palabras.

Desde luego se me helaron los huesos por la frialdad de sus formas que demostraba aquella señora, pero también por el mucho frío que hacía aquella mañana; que aunque nombro la casa de la señora Jessy como en sí era, no dejaba de haber un signo de confort dentro de ella. Aquellas casas, o cabañas estaban muy bien acondicionadas para vivir en ellas. Por algo dejaba el gobierno central de la Nación que desarrollasen sus costumbres aquellas personas, tan características de sus etnias.

Cuando llegué a mi puesto de trabajo, en Oklahoma, tenía encima de mi mesa una orden para que fuesen hacer unos cursillos parte del personal de trabajo de la empresa. Ya estaba en funcionamiento las nuevas plataformas petrolíferas, en la manera de extracción del crudo.

Pero como no veía a la señorita Dayana, me supuse que estaría en el almacén de material o en el taller haciendo que sirviese la misma pieza que ella hubiese quitado para no hacer gastar más dinero a la sección contable, sobretodo al tesorero.

Claro que sí estaba en el taller limando una pieza que se había desperfeccionado, por el roce y el mucho uso de ella. No quise interrumpir su trabajo y el mucho celo que estaba poniendo en lo que estaba haciendo; pero eso sí, me di una vuelta por el taller para que ella me viese, y cuando me vio se dirigió a mí con el sólo propósito de darme los buenos días.

Ya que aquella señorita era un tanto vergonzosa, se volvió sin más preámbulos a sus quehaceres cotidianos, que era el limar y el hacer que volviese a ser útil aquella pieza.

Por mi parte no sabía lo que hacer; pero pronto comprendí que si me salía del taller sin haberla hablado, tan siquiera dos palabras, decaería el sentido de nuestra amistad: De modo, que me acerqué a ella, no sin antes con mucho sigilo, para no interrumpirla en su faena.

Cuando me iba aproximando a ella, me comenzó a mirar con cara de agrado y con ojos de lince; queriendo escudillar en mí persona el sentido de por qué me arrimaba a ella.

GEORGES -. Puede ser usted una buena estándar.

DAYANA -. No soy modelo de nada; solamente cumplo con mi trabajo y nada más.

Lo que estaba haciendo aquella chica en ése preciso momento me había dado una buena idea; pues sino aprobaba la señorita Dayana los cursillos de las nuevas plataformas Fracking, no podría seguir en la empresa: Por lo tanto le eché imaginación al asunto que me incumbía, para que dicha chica iniciase unos cursos de formación dentro de modular y construir piezas nuevas, que era el sentido con el que yo me había dirigido a ella.

No había hecho más que separarme unos metros de la señorita Dayana, cuando me llamó la atención el señor Steeve, con la sola idea de acampar el próximo día de gracia en unos bosques que había al oeste de aquella preciosa ciudad de Oklahoma.

Me vio indeciso Steeve, no teniendo duda éste del sentido de mi agobio dentro de mi pensamiento. Y mi pensamiento estaba puesto en la señora Jessy; pues se quedaba

sola, yéndome yo con la señorita Dayana para visitar un bosque encantador que había cerca de aquella ciudad.

Tenía una indecisión dentro de mí que me corroía todo mi ser, no dando tregua a mi interés de una o de otra mujer. No sabía cual de las dos elegir para que fuese mi compañera en mi vida: La una joven y la otra entrada en edad; aunque para decir verdad la señora Jessy no pasaba de los cuarenta años, estando muy bien conservada.

La edad de la señora Jessy era la propia para que un joven se envesase de ella, no dándome tregua a mi indecisión, para saber con qué mujer quedarme; por lo tanto no sabiendo qué decisión tomar, ni qué camino elegir.

Pero lo cierto fue que se me había excitado el intelecto por saber cual de aquellas mujeres sería mejor para mí; así que al llegar a casa volví a repetir otra vez más el hecho de acostar a la señora Jessy en mi cama, para que no cogiese un constipado o tal vez otra enfermedad más peligrosa para ella.

Como aquella señora se dejaba hacer, no me fue difícil aquella noche consumir el amor con la señora Jessy; pues hasta la cama rompimos en ése preciso acto de cariño y de deseo carnal. No sabiendo yo cómo alejarme de ella por la mañana temprano; sobre todo cuando salió a la puerta para despedirme.

Cuando llegué a mi trabajo pude ver a la señorita Dayana en su puesto haciendo las faenas que se la tenía encomendada. Tenía menos cuerpo, pero con una figura más esbelta y más simpática a la vez; ya que en sí la beneficiaban los años. En cambio la señora Jessy era más agraciada en carnes y con un talle de mujer que quitaba el hipo al que la viese. . . ¡AY!, ¡AY!, ¡AY!; que no sabía con quien de las dos quedarme para que fuese mi mujer: La una tenía veintiocho años y la otra tenía treinta y cinco; en cambio yo estaba en el intervalo medio, pues tenía treinta años.

Yo era alto, fuerte de músculos y con una figura esbelta y bonachona a la vez, no dando dudas para que desconfiasen de mí las personas, debido a mi manera de ser y a mi carácter agradable.

La señorita Dayana se subió encima de la plataforma petrolífera mirando para todos los lados de aquel lugar; tanto escudriñaba un sitio como otro con la vista, como queriendo ver a una persona en particular.

La dejé hacer, sin moverme de mí puesto de trabajo; para en un tiempo determinado marchar al lado de la señorita Dayana, que al verme llegar tomó una buena bocanada de aire en los pulmones, pareciendo como si la faltase el aire en ellos.

Al ver aquella chica de ésa manera, introduje aire en mis pulmones, pero sigilosamente; para que aquella señorita no se diese cuenta que me faltaba el oxígeno, por no poder respirar a pleno pulmón mientras me estaba acercando a ella, por la congestión pulmonar que tenía en mi Alma y mi recogimiento espiritual al verme cerca de aquella damisela.

Y como la estaba dando el Sol en la cabeza, parecía una virgen a la que venerar, debido a las irradiaciones de esos rayos al llegar al albedo de la Tierra, como eran aquellos deslumbramientos del Astro rey en aquella misma mañana.

Me sentía un tanto indispuerto; puesto que el calor de la atmósfera de la Tierra es diatérmada y como el Sol había calentado su corteza, a mí se me caían unos chorreones de sudor enormes; parecía como si hubiese salido de la bañera.

Me hizo una indicación con la mano de que me había visto, no queriendo distraerla en sus tareas cotidianas; pero el interés que yo tenía por hablar con aquella chica era enorme, me dispuse para decirla lo que había pensado de ella.

GEORGES -. Espero que no la siente mal lo que la voy a decir: Sé que usted es muy lista y aprobará los cursillos; pero sino los aprueba tiene una posibilidad de hacer unos cursos de formación profesional dentro de la modulación metálica.

DAYANA -. Buenos días, ante todo. ¿Qué ha pensado usted sobre el respecto?.

GEORGES -. Técnico de mantenimiento industrial, que espero que los apruebe; y como mucho como instalaciones eléctricas y automáticas.

Me miró con ésa mirada con que mira una chica a su enamorado, con ojos grandes y saltones; por ver el mucho interés que ponía yo en su porvenir junto a mí persona en aquellos pozos petroleros.

Sin más dilación al tiempo y sin volver hablar ninguna palabra más, me fui a la oficina para contabilizar unas entradas de material que habíamos recibido aquel mismo día, por la mañana.

Mientras estaba asentando las partidas de entradas y las partidas de salidas, no hacía más que pensar en aquellas dos mujeres que me ofuscaban los sentidos; no dejándome concentrarme en nada ni en otra cosa que no fuesen sus personas. Por lo tanto decidí salir para inspeccionar cada uno de los pozos petroleros, tanto en la inspección dentro de la tubería como la inspección exterior de superficie.

Con todo y eso seguía sin concentrarme, y lo peor no era eso; pues estaba a punto de que me lo descubriesen mis compañeros en mi puesto de trabajo, tanto era así que se me arrimó el señor Steeve, que había ido para hablar con su mujer Thalia, sin yo haberle visto, con la sola idea de conformarme en mis devaneos amorosos. Pero antes de comenzar hablarme dicho señor, le hablé yo con cara de susto y con muchos nervios; por haberme cogido de improviso dicho señor.

GEORGES -. ¿Que le pasa?.

STEEVE -. Dirá usted que, ¿qué le pasa a usted?.

Bonita forma de preguntar tenía el señor Steeve, ya que yo no me recuperaba de mi susto; pues me había visto como dubitativo y pensando en otro tiempo lejano al que estábamos, a parte que también me había visto nervioso al hacer acto de presencia el señor Steeve.

GEORGES -. A mí no me pasa nada, que yo sepa.

STEEVE -. Muy serio estaba y como pensando.

Todo quedó en eso: Que a mí no me pasaba nada en absoluto; por lo tanto se despidió de mí el señor Steeve con cara de pocas creencias, ya que no se había creído nada aquel señor de mis afirmaciones.

Tanto era así, que en poco tiempo tenía en mi despacho a la señora Thalia echada sobre mí, con la sola idea de sonsacarme lo que me estaba agobiando en mi Alma, para poderme ayudar; pero yo no lo entendí de ésa manera, en ése mismo momento.

Y como estaba más agobiado con la señora Thalia, por estar, prácticamente, echado sobre mí; ya que la estaba notando sus pechos y toda su forma, decidí levantarme de mi sillón para dar unos paseos dentro de mi oficina.

Mejor que no lo hubiese hecho, ya que se me notaban las formas sexuales plenamente, poniéndose colorada la señora Thalia y hasta a mí me entró vergüenza por no saber retenerme en mis impulsos carnales. Hasta que por fin entró el señor Aarón hablándome del pozo dos, pero con la sola idea de invitarme en el cumpleaños de su

mujer, Ruth; aprovechando que se encontraba allí la señora Thalia, también invitó aquel matrimonio.

Cuando me quedé solo, comencé a pensar si acaso había invitado a la señorita Dayana; cosa que me extrañaba mucho por no tener pareja.

Aquella tarde me fui un momento antes a Lawton, deseando ver a la señora Jessy para saber de ella y de su templanza; ya que aquella noche pasada había sido de estruendo dentro de la casa.

Pero como vi calmada a la señora Jessy, yo también me calmé y cené pronto yéndome a la cama seguido por dicha señora, que en un momento determinado me habló de marchar conmigo a Oklahoma por la mañana temprano.

Me quedé sin saber lo que decirle; ya que yo no volvería a Lawton hasta el siguiente día, por haber sido invitado al cumpleaños de la mujer del señor Aarón, pero con todo y eso me ofrecí a llevarla, no sin antes haberla anunciado cómo tenía que hacer la vuelta aquella señora.

Nos entramos los dos en mi coche, pareciendo que aquella señora ya era algo más que mi patrona, la señora que me estaba dando cobijo en su casa. ¡Pues sí!. Parecía que era el ama del coche y de todo lo mío.

Mientras avanzábamos por la carretera me iba dando cuenta, que otra vez recibiría la visita de toda la familia de su difunto marido y aquello seguía así, tal y como estaba: Amándonos mucho y queriéndonos más.

Y ya en Oklahoma me adentré con el coche por la calle donde vivía el señor Aarón con su familia, buscando el aparcamiento más cercano a su casa.

Cuando nos bajamos del coche, la señora Jessy alegó tener que marchar a un comercio para agenciarse unas vestimentas que la hacía falta, mientras yo entré en la

casa de mi compañero Aarón. Estando allí todos los compañeros de trabajo y algunos amigos de el señor Aarón.

Las presentaciones fueron cordiales, pero al terminar ésta vi salir de una habitación a la señorita Dayana seguida de la mujer de Aarón, Ruth.

Enseguida me dirigí hacia la señorita Dayana sin más preámbulos que hacerla un buen saludo, como que me alegraba verla allí; pero al pronto fue llamada por la señora Ruth con motivo de que la ayudase para hacer un preparado que nos alegraría el Alma.

No viendo yo otra posibilidad que entablar conversación con el señor Steeve, ya que se encontraba cerca de donde yo estaba.

GEORGES -. ¿Se irán ustedes al terminar la fiesta a Lawton?.

STEEVE -. Nos quedaremos en la oficina del almacén: Tengo la oficina acondicionada como para quedarme en ella cualquier noche que no pueda irme a Lawton por ser altas horas de la noche.

GEORGES -. Pero usted va a visitar a su mujer asiduamente. . . Quiero decir, en un momento determinado.

ESTEEVE -. ¿Lo dice por las veces que me ve usted allí?.

GEORGES -. Con brevedad.

Desde luego era un señor muy atento a su mujer, se pasaba todo el tiempo queriendo saber si la señora Thalia se encontraba bien, o estaba a gusto en el medio donde desarrollaba su actividad laboral.

Yo no le quise decir nada, ni recriminarle las idas y ésas venidas a la plataforma de los pozos petroleros para nada; ya que él sabría muy bien lo que hacía; y como no

hacía mermar la capacidad laboral de su mujer, me callé y seguí mirando hacia la puerta donde había desaparecido, junto a la señora Ruth, la señorita Dayana.

Pero he aquí que en ése preciso momento se abrió la puerta principal dejando ver la silueta, a través de los rayos solares, de la señora Jessy, quedándome yo como petrificado: No sabiendo qué camino escoger, ni por qué puerta salir de aquel contorno para no ser motivo de comentarios días después de aquella pequeña fiesta.

No, no señor; no me pude evadir de la casa del señor Aarón y de la de su mujer, Ruth, por no haber tenido tiempo para ello: Ya que a poco tiempo salía de la habitación la señorita Dayana viéndome en compañía de la señora Jessy. Y aunque ella sabía que tal señora era la señora que me había alquilado un cuarto en su casa, ésta, la señorita Dayana, frunció el ceño como no viéndome a gusto con tal compañía. Sí, desde luego no la gustó aquello nada, pero que nada.

Sin haberlo pensado tan siquiera una vez, la señorita Dayana se me puso al otro lado de mi persona, dejando a la señora Jessy a mi derecha; entablando conmigo una agradable conversación, como si no fuésemos compañeros, más bien hizo entender a la señora Jessy, que éramos amigos, no solamente conocidos.

Cuando terminamos de cenar yo me tuve que limpiar los brazos con la grasa que habían soltado las carnes, que en ésta ocasión era de búfalo; no sabiendo yo dónde lo habrían cazado mis compañeros. Pero la verdad era, que con sus enormes mocasines, ya que fueron llamado de pies grandes por tal calzado, se sostenían en pié después de haber ingerido bastante bebida hecha por ellos.

Como había asistido la señora Jessy a la pequeña fiesta, yo me dispuse para llevarla de vuelta a su casa de Lawton, pero cuando estábamos a pocos kilómetros de dicho pueblo, me pararon unos hombres que al parecer ya los había visto yo en su casa hacía poco tiempo.

Como había oído uno se llamaba Caique, que fue el que se llevó a la señora Jessy a un lugar que yo no conocía, hablándome los otros señores del marido de la señora Jessy, que al parecer hacía poco tiempo había fallecido.

Yo me vi solo en casa de la señora Jessy aquella noche, por no saber dónde se encontraba ésta señora, y así sucesivamente durante dos días: Al cabo de los cuales me dirigí al Sheriff del poblado denunciando su desaparición; pero cuando dije que a uno de ellos le llamaron Caique, éste, el sheriff hizo un gesto con las manos como teniendo poca fe y poco agrado en ello.

Cuando conté a Steeve la desaparición de la señora Jessy, éste bajo la vista y me hizo una indicación para que me sentase, en una silla que tenía en su oficina del almacén de material de coches. No sin antes haberme hecho otra pregunta que me abrió el pecho por completo.

Al saber que había un señor al que se le había nombrado como Caique, mi amigo Steeve, comanche por todos sus cuatros costados, hizo una profunda exhalación, como presintiendo algo no bueno.

STEEVE -. Tranquilícese usted.

GEORTGES -. ¿Y eso?.

STEEVE -. No la volverá a ver nunca más a la señora Jessy. Su marido ha muerto hace poco y todavía no le habían enterrado.

GEORGES -. ¿Qué significa eso?.

No me contestó, bajando la cabeza para invitarme a que me fuese de su taller; ya que tenía mucha tarea en aquel día. Y sí, me fui derecho a los pozos petroleros, con la

sola idea de entrevistarme con su mujer Thalia, cogiendo a ésta como haciendo culto al Sol, arrodillada y con los brazos extendidos hacia arriba.

No sabía si correr para la parte contraria donde se encontraba la señora Thalia, o por el contrario seguir mi camino hasta donde estaba dicha señora. Hice lo segundo, pues llegué en unos minutos al lado de la señora Thalia.

Cuando terminé de hablar con la señorita Thalia, se me entró en la oficina, casi sin pedir permiso el señor Aaró, con el sólo propósito que preguntarse a las autoridades en Lawton qué era lo que yo tenía que hacer con respecto a seguir viviendo en la casa de la señora Jese.

AARÓN -. Como puede darse cuenta usted, aquí no sabemos nadie nada de donde se la han llevado a la señora Jessy.

GEORGES -. Pero yo oí un nombre y se lo dije al Sheriff.

Aquel señor bajó la cabeza no queriéndome decir nada más; pero yo cogí el sentido orientativo de aquel gesto de agobio, como fue el que hizo el señor Aarón con la cabeza: no tenía que saber nada más de la señora Jessy, solamente afirmar el nombre que oí aquella madrugada en plena carretera.

AARÓN -. Vaya a la autoridad competente para ver en qué situación jurídica se encuentra usted, con respecto para usar dicha casa. Se lo vuelvo a repetir.

Aquella misma mañana me fui a Lawtom, antes de terminar mi tarea y después de haber pedido permiso a mis jefes; presentándome en el Juzgado para hacer la pregunta permitente, cosa que surtió efecto una vez que su señoría buscó en los archivos

unos impresos. Saliendo con ellos en las manos, diciéndome que la casa estaba precintada por orden judicial; no enterándome de nada más, al simple respecto.

Me di una vuelta por la calle viendo la casa precintada, como me dijo el Juez de aquel pueblo, Lawton; no queriendo indagar más, me dirigí una vez más al Juzgado para saber en qué condiciones estaba la casa; pero esta vez fui recibido por el ayudante de su señoría.

AYUDANTE JUDICIAL-. Si quiere seguir viviendo en dicha casa la tiene usted que comprar.

GEORGES -. ¿Y a quién?.

AYUDANTE JUDICIAL-. Al mismo Estado.

Ahora sí que me di cuenta de la triste desgracia que la había pasado a la señora Jessy, y sobre todo cuando salía del Juzgado me crucé con el Sheriff; diciéndome éste, que el nombre de Caique se daba a un jefe celoso para que se cumpliera con el ritual de hacer a la mujer del muerto su inhumación.

Y como la señora Jessy no tenía descendencia, ni siquiera familiares el Estado se quedó como sujeto subsidiario de la finca; por lo tanto podía hacer con ella lo que decidiesen las Leyes, decidiendo vender aquel inmueble.

No sabía lo que hacer, si comprar la casa al Estado o vivir de aquí en adelante en Oklahoma: Así que una vez más vi al señor Steeve hablándole sobre la posibilidad de comprar aquella finca o vivir de alquiler en la Ciudad donde me encontraba trabajando en los pozos petroleros, siempre con vista que los cursillos de las nuevas plataformas estaban a punto de comenzar.

Pero como el señor Aarón tenía un celo importantísimo para informar bien a las personas que él consideraba de su entorno, se me vino un día a la oficina donde yo trabajaba, para anunciarme que la mejor decisión que podía tomar era el seguir viviendo en el pueblo de Lawton. Y como yo tenía unos ahorros en el banco y unos buenos amigos que me podían firmar un aval bancario, decidí pedir en una entidad bancaria en el pueblo de Lawton un préstamo para comprar la casa de la señora Jessy al Estado, apoyado por mi trabajo cotidiano en aquella Nación.

Cuando entré en la casa, se me cayó el Alma a los suelos como suele decirse; ya que las cosas de la señora Jessy estaban tal y como ella las había dejado, teniendo que hacer una limpieza exhaustiva en toda la casa, así como mandé que la pintasen por completo para poderme instalar en ella, una vez que estuviese limpia por completo.

Me dieron mis compañeros los parabienes, al saber que estaba viviendo en la misma casa que cuando llegué al pueblo de Lawton. Y hasta hubo una persona que aquello la gustó mucho; ya que ella tenía familiares en dicho pueblo, yendo a tal pueblo asiduamente para verlos: Aunque para decir verdad, la señorita Dayana vivía con su tía Sara en Oklahoma, que era la persona que me había felicitado por tal decisión; pero que al parecer ella tenía otras miras hechas a tiempos más remotos. Eso era lo que yo la había comprendido; ya que sus padres eran gentes muy serias en el trato personal y muy estricto en cuanto a las Leyes de la sociedad, dentro de las relaciones públicas de cada miembro de su familia.

Todo quedó calmado, en cuanto a las relaciones entre mi persona y mis compañeros de trabajo; tanto era así, que un día vino a mi oficina el señor Aarón con la propuesta para que fuese a ver una reunión que tenían todas las tribus en el pueblo de Walters; sobre todo la tribu Caigua, ya que era él uno de sus componentes.

GEORGES -. ¿Pertenece usted a la tribu Caigua?.

AARÓN -. Sí, y soy uno de sus más fervientes religiosos.

Para que yo no me quedase inhábil, el señor Aarón me explicó que la tribu Caigua era la tribu que gozaba del ejercicio al sacerdocio y podía hacer leyes sobre los actos de las demás tribus: Pero su religiosidad era el culto al Sol.

Ya me parecía a mí que fuese así; pues tanto alzar los brazos y mirar hacia el rey Astro, no podía ser de otra manera; pues aquel culto debía ser por algo sustancioso al señor Aarón, el pedir por sus gentes.

Desde luego hice acto de presencia en el pueblo de Walters aquel verano, en Julio; donde parecía que se reunían allí todo el mundo por la cantidad de personas que habían llegado de los pueblos cercanos; sobretodo del pueblo de Lawton.

Fue un festival de lo más agradable posible, y como lleno de espiritualidad; ya que hasta a mí se me hizo calzar los característicos mocasines, que me estaban demasiado grandes; eso que yo fui solamente para ver qué era todo aquel festival de recogimiento espiritual, danza y música, que era el rezo hacia el Astro Sol.

Cuando estuvimos en nuestro puesto de trabajo creí que era mi deber ir para felicitar al señor Aarón y así lo hice, sin pérdida alguna, alegrándose éste señor por mi felicitación.

Una vez que me encontraba en mi oficina, pude ver a una persona que también se encontraba el día anterior en dicho festival: Llegaba tan majestuosa como siempre, era la señora Thalia.

Se sentó en una silla que había cerca de donde yo me encontraba en mi mesa de trabajo, echándome los muslos por encima de los míos; pasándola yo la mano por aquellos muslos tan suaves y tan rosados, no extrañándose mucho por mi decisión, al no

ser que cuando me quise sobrepasar al querer hacerla una caricia en sus partes púdicas, ésta se levantó como sobresaltada.

THALIA -. ¿Dónde va usted?.

GEORGES -. Uno no es de piedra.

No supe reaccionar con el debido respeto hacia aquella señora y sobre todo buena amiga mía; ya que me levanté enseñando mis formas a plena instancia de la vista de la señora Thalia.

Aquella señora no la había dado tiempo a quitarse sus vestiduras del día anterior, cubriéndola solamente un ponche hasta media pierna; pues cuando se sentaba enseñaba todos sus muslos al descubierto, produciéndome a mí una sensación de atracción hacia ella que no me podía contener.

THALIA -. Pues le vengo a invitar para que esta noche me acompañe en mi casa.

GEORGES -. ¿Con qué sentido?.

THALIA -. Me encuentro sola, sin hombre. Le he elegido a usted para que ésta noche me acompañe.

Aquella señora no se quería quedar sola y me estaba invitando a mí para que pernoctase aquella noche junto a ella y la pudiese defender de cualquier contrariedad que tuviese menester sobre su persona en todo el tiempo nocturno.

El caso que no se podía decir camastro a una cama que había en una habitación, dentro de la cabaña; buscando yo con la vista otra cama que pudiese recibir mis huesos tumbado aquella noche, no encontrándola en ninguna parte de la casa.

Era lista, muy lista la señora Thalia; por lo tanto cazó al vuelo el interés que yo tenía por ver otra cama dentro de la choza; así que sin trabas algunas me anuncio lo que yo presentía -. No hay más cama que ésta -.

Tenía que saber el carácter y las formas de aquella tribu, tan hospitalaria y tan afable a la vez; ya que si su hombre la faltaba por la noche, invitaban a un buen amigo, sin esperanzas amorosas, para que la acompañase ésa noche, sintiéndose segura en su casa. Yo me acosté el primero para saber qué hacía aquella señora, y aquella señora sin hacer gestos, ni hablar una palabra, se acostó también en la cama, echándome una pierna sobre mi cuerpo, para sentirse segura con mi persona metida en la cama.

No podía ser; no sabía si levantarme y dar unas cuantas vueltas en la habitación descalzo para que mi hombría se bajase, pero aquella señora parecía que dormía con un ojo cerrado y otro abierto, se levantó también, cogiéndome de la “pinga” llevándome a la cama con el sentido de que hacía frío.

THALIA -. Venga acá; pues hace frío. Métase en la cama y no sea inocente.

Se entró ella también en la cama acostándose mirando hacia mí, para notarla yo o para mejor decir no la notaba nada de cintura para arriba; así que cuando se levantó aquella señora y vio todo su cuerpo y sus prendas rociadas con mi jugo, se daba golpecitos en su faldas emitiendo una cosa así como : ¡JO!, ¡JO!, ¡JO!.

THALIA -. ¿Pero qué ha hecho usted?.

Yo estaba sonrojado, como un pimiento de colorado; viniéndose hacia mí aquella señora para alzar la sábana o lo que significaba que era la sábana y poder ver qué había pasado conmigo en la cama.

Y como yo estaba como mi madre me trajo al Mundo, esperando que aquella señora me dejase hacer algo, me daba vergüenza aquella situación; ya que había jugos míos desimanado por toda la cama.

Aquella señora no se cortó y ejecutando un gesto característico con la mano abierta, hacía en mi cara de arriba a bajo unos movimientos como si yo fuese un crío que no se sabe contener.

Pero cosa curiosa, que al día siguiente me vino su marido, el señor Steeve, dándome las gracias por haber acompañado a su mujer durante las horas de la noche cuando se quedó sola en casa; ya que él había ido a mercar unas existencias a unos proveedores lejos de aquel pueblo.

Todo quedó ahí, en agua de borrajas; como si eso fuese lo más normal del Mundo: El acompañar a la señora de otro hombre cuando se queda sola y desamparada en su casa por la noche.

Nada más que se marchó el señor Steeve de mi despacho me llegó la señorita Dayana con cara de alegría.

DAYANA -. Ya sé que es hombre de confianza. Me alegra saberlo.

No sabía lo que quería decir la señorita Dayana; pero lo cierto era que entre las personas me consideraban un ser de confianza, sin saber ellos lo mucho que me había costado estarme quieto en esos momentos de deseo incontrolados.

A mí también me alegraba saber que la señorita Dayana me considerase noble y bueno; pues era el mejor camino de llegar a su intelecto y con el a su corazón; ya que me estaba enamorando de ella a velocidad supersónica.

No tardaron mucho tiempo en llamarnos para hacer los cursillos de las nuevas plataformas, yendo de dos en dos. Los dos primeros fuimos Dayana y yo; pero como era primordial, mis cursillos no estaban subvencionados como los de Dayana, ya que yo era un ejecutivo y Dayana era personal de mantenimiento: Por lo tanto fuimos a aulas diferentes los dos.

El que antes salía de su aula esperaba al otro para poder merendar en un restaurante de la compañía, y como estaba subvencionado por la empresa era sumamente barato aquel establecimiento; pero con todo y eso nos daban tiques para poderlo presentar en la sección administrativa y poderlos cobrar. ¡Qué le vamos hacer!; son cosas modernas que yo no entiendo.

Nos cogió de sorpresa el saber que los sábados y los domingos nos dejaban descansar; no sabiendo Dayana y yo si irnos a nuestras casas o por el contrario permanecer en dicha Ciudad para saber de sus lugares de ocio y de sus edificaciones.

Como nosotros estábamos en la provincia de Alberta, en Canadá, más bien en Edmonton, nos quedamos allí aquel fin de semana, viendo sus edificios y lo que nos podía ofrecer la segunda ciudad más habitada de la provincia de Alberta. Viendo su río Sakatchewan norte y mientras nos distraíamos viendo sus aguas se nos arrimó un matrimonio de Oklahoma, que al parecer nos conocía muy bien; no sabiendo nosotros dos de qué nos conocían, pero como eran simpáticos y muy agradables nos hacíamos bastante bien con dicho matrimonio.

Al cabo de un tiempo, las presentaciones fueron cordiales; ya que nos dijeron sus nombres, Bianca y Christian, dos fenómenos de la naturaleza; ya que nos hicieron ir

al centro más grande de Norteamérica para visitar su establecimiento y poder comprar algún recuerdo de dicha ciudad, en el West Edmonton Mail.

Se nos echó la hora de la merienda, comiendo allí mismo una buena comida típica del Canadá, el Tourtière; que era una comida típica del Canadá entre la comida inglesa y francesa. Costaba de un pastel de carne muy sabroso y muy bueno, que entraba bien y sabía a las mil maravillas.

Después de agenciarnos unos recuerdos en aquel centro de compras, decidimos marchar al museo de la ciudad histórica viva, el Fort Edmonton Park; donde se presenta toda la historia de los habitantes de aquellos aborígenes.

Yo veía que la señorita Dayana se quedaba como petrificada y hasta muda al ver cómo vivían sus antepasados, sobretodo en los campamentos aborígenes, después de ver el cuarto de los hombres y el cuarto de los vendedores; no queriéndola molestar por tal concepto. Y como aquel museo costaba de muchas calles, no pudimos ver más por ser la hora de cerrar aquella gran representación de las vidas aborígenes.

Aquellos señores eran muy amables con nosotros dos, Dayana y yo; así que fuimos emplazados para el siguiente día, o sea el domingo para ver la ciudad de Calgary, en la misma provincia de Alberta.

Aquella semana pasó para Dayana y para mí como en un suspiro; ya que nuestra dedicación aprendiendo las nuevas técnicas nos estaba quitando los sentidos por las cosas que asimilábamos en las clases. Así que cuando llegó el fin de semana se presentaron con su coche el señor Christian y la señora Bianca, dispuestos para llevarnos a la gran ciudad de Calgary.

Cuando estábamos llegando a dicha ciudad, se veía una población bastante buena, aunque para decir verdad la parte sur de aquella ciudad constaba de suburbios, más bien eran construcciones dormitorios todos aquellos pisos. Eso lo pudimos ver,

porque el señor Christian nos dio una vuelta por casi todos los barrios de aquella ciudad; más bien por las carreteras que dividían el centro de la ciudad de los suburbios.

Al primer sitio que nos llevó fue al barrio chino, y con el a la biblioteca que había allí mismo, pasando un tiempo agradable entre nosotros viendo escritos preciosos. Más tarde nos llevaron, aquel matrimonio, a un festival de música, tomando allí cerca un bocado exquisito en nuestra merienda.

Como la ciudad de Calgary se encontraba entre montaña y entre llanuras, hacía frío, mucho frío en aquella época; pero que eso no quitaba ningún mérito al festival de música que asistimos aquel día: Oyendo una buena música de Folk Calgary; yéndonos pronto a nuestro hotel para poder descansar en el y oír una buena orquesta que iría a tener lugar en los salones de aquel grandiosos hotel por la noche.

Así fue; pues bailamos mucho aquella noche Dayana y yo, junto con aquel matrimonio excelente para nosotros; ya que nos estaban distraendo continuamente con sus idas y venidas de una ciudad a otra.

En un momento determinado nos quedamos solo el señor Christian y yo, sentados en una mesa de aquel hotel, consumiendo una buena copa de un gran Whisky. Y en uno de tantos devaneos, dentro de aquel etílico buenísimo se atrevió a decirme el señor Christian algo que me cogió por sorpresa, al no esperarlo.

CHISTRIAN -. Está cortada por el mismo paño.

GEORGES -. ¿Cómo dice usted?.

CHISTRIAN -. Que está cortada, totalmente, para usted.

Al decir aquello el señor Chistrían miró para donde se encontraba la señorita Dayana, para que no dudase de quien se trataba, al decirme aquel señor eso.

Yo también miré para la señorita Dayana y en un momento determinado se cruzaron nuestras miradas; ya que ella miró al mismo tiempo que yo la estaba observando y admirando su figura de mujer preciosa. Sus carnes pálidas la hacían más relevante en la penumbra de aquella luz mortecina de una discoteca.

De su cabellera salía como una irradiación, debido a la luz que existía en aquel centro de ocio; siendo su vestido de seda un gran aliado para que yo la estuviese viendo como a una diosa del Olimpo.

Hasta el punto que la isla donde se asienta Calgary me parecía que se movía, y era yo que no estaba bien sentado en mi silla, por moverme continuamente; ha verme incitado aquel señor para que me gustase la señorita Dayana, no sabiendo si a dicha chica la gustaba yo tan siquiera como amigo.

Cuando decidieron aquellas dos señoras, Bianca y Dayana, venirse a sentar junto a nosotros dos, vi en la señorita Dayana una luz en sus ojos que parecía decir algo en especial; ya que yo no había visto nunca brillar así los ojos de la señorita Dayana.

Nuestras miradas se cruzaron por entero en medio de aquella músicaailable y de aquellos cantes rítmicos, en son lentos. Y como nos veían nuestros anfitriones disfrutar entre nosotros, por llevarnos demasiado bien; éstos se congratulaban de nuestra amistad más sincera.

Tanto era así, que cuando volvimos a quedarnos solos, el señor Christian y yo, a causa de que las señoras se fueron para arreglarse un poco en el lavabo, éste se me arrió un poco más hacia mi persona para decirme algo insólito.

CHRISTIAN -. Es mejor elegir a una mujer trabajadora, en el tiempo que corremos.

Parecía como si el señor Christian me quisiera decir, que el tangible no iría a valer absolutamente nada de aquí en adelante; pues más valía una buena compañía, que le sacase a uno de apuros, en vez de entrarle en coyunturas que no pudiese salir de tal embrollo.

Una vez más se pasó el fin de semana asistiendo a los cursillos; pues las horas asignadas estaban dando fin para que se terminasen nuestros cursillos, tan de prisa pasó aquella semana, que sin darnos cuenta estábamos ya en sábado, con el coche del señor Christian esperándonos en la puerta del hotel.

No sabíamos dónde nos llevaría ésta vez el señor Christian, pero lo cierto fue que nosotros dos, Dayana y yo, nos montamos en su coche dándolos los buenos días. Y ya en el coche supimos qué camino llevaríamos ésta vez: Las montañas rocosas, más bien la de Lilac: Una montaña preciosa donde las haya, con flores y fauna a tope. Las plantas con flores y las variedades de colores, formaba un conjunto maravilloso dentro de aquel contorno primoroso de flores, plantas y fauna.

Los ríos abundaban de trecho en trecho; pero lo que más abundaban eran unos pequeños lagos formados a base de estrangulamiento de las rocas al paso de la corriente; formando un conjunto maravilloso aquella variedad de contenidos en flores de todos los colores. Era así que no sabíamos si estábamos en el paraíso terrenal, o por el contrario nos encontrábamos en el Cielo.

Aquello era primordial, se vivía allí como sino costase el tiempo para nada, como si la persona se encontrase en un sistema secundario para dar paso a las plantas, a las flores y a la fauna.

Tanto era así que la señora Bianca se desvió un tanto de su camino para ir a recolectar unas flores que había visto a pocos metros de donde nos encontrábamos, siguiendo nosotros nuestro camino. Aunque a mí no me había gustado nada que dicha

señora se desviase de la ruta elegida por el guía; pero como al parecer ella ya había estado allí me calmé al ver a su marido completamente sereno.

Pero con todo y eso tuvimos que volver para atrás buscando a la señora Bianca, que no daba señales de vida; viéndola sentada en una piedra en el camino, como queriéndose quitar algo.

Al acercarnos a la señora Bianca, pudimos ver lo que se quería quitar: Era una garrapata que la estaba chupando la sangre, según ella.

Pero como en cada tribu hay remedios caseros, Dayana los tenía bien aprendidos y alertando a la señora Bianca para que se estuviese quieta, aquella señorita cogió del necéese unas pinzas aproximándosela a la cabeza de la garrapata y así consiguió quitársela a la señora Bianca; no sin antes ver el orificio de entrada de otra garrapata, pues al parecer eran dos garrapatas las que atacaron a la señora Bianca.

Yo veía que la señorita Dayana no quitaba el ojo a la señora Bianca; sin saber las causas de ello. Pero cuando llegamos a la Ciudad de Calgary, la hizo ir al médico; pues los calgarianos lo tenían por costumbre una vez que le picase una garrapata. Aquello no era para pasarlo desapercibido.

Parecía que todo había pasado, ya que la señora Bianca no presentaba síntomas de ninguna clase, dentro del desarrollo de la picadura de la garrapata.

Pero cuando nos levantamos se encontraba el médico en el hotel asistiendo a la señora Bianca; ya que había tenido unos golpes de fiebres altísimas y como con unos sarpullidos en los brazos, con piel rojiza: Mandándola el Doctor una medicina que paró los sarpullidos y la piel rojiza.

Pero como la señora Bianca seguía enferma, la llevó su marido a la ciudad de Edmonton, que era donde vivían, para que visitase a su médico de cabecera.

GEORGES -. Pues ésta semana pasada, parecer ser que terminamos los cursillos.

CHRISTIAN -. ¿Qué me quiere decir usted, Georges?.

GEORGES -. Que volveremos a la Ciudad de Oklahoma para seguir con nuestras tareas, dentro de los pozos petroleros.

CHRISTIAN -. Nosotros nos iremos también a dicha Ciudad.

No sabía lo que me quería decir el señor Christian, pero pronto lo supe cuando me encontré en mi puesto de trabajo en la Ciudad de Oklahoma.

Como las leyes nuevas dentro de la minería, exigían que hubiese una dirección principal, además de otra genera adjunta a la sección administrativa en la dirección general de la empresa, en los pozos petroleros; siempre que existiese un número determinado de éstos.

No hacía más de una hora que estaba trabajando en mi despacho, cuando fui llamado a la dirección de la empresa, dentro de la actividad de aquellos pozos. Así lo hice recibiendo una sorpresa enorme; ya que el director de aquella actividad era nada más ni menos que el señor Christian. Me quedé como quien veía visiones, no creyéndome que aquel señor fuese el ingeniero encargado de los pozos de petróleo dentro de nuestra actividad empresarial.

CHRISTIAN -. ¿Qué le pasa a usted, Georges?.

GEORGES -. No. . . A mí nada. . . ¿No sé qué me tenía que pasar?.

Bien sabía él que me había sentado como un jarro de agua fría el que yo estuviese a sus órdenes, dentro de aquella actividad de pozos petroleros.

No sabía si hablar ó estarme callado; pero en un momento determinado y dando idea de congratularme con él abrí la boca para decirle algo que le sonase bien.

GEORGES -. ¿Cómo está su mujer, señor Christian?.

CHRISTIAN -. Mal, muy mal. . . ? . . . Dolor de cabeza, fiebre y escalofríos; además con unos sarpullidos rojizos en la piel picándola mucho.

GEORGES -. ¡Vaya por Dios!.

CHRISTIAN -. Eso quería oír.

GEORGES -. ¿Me puede decir el qué, señor Christian?.

No contestó, no contestó nada haciendo ver que me respetaba él, y que la amistad tenía que seguir hacia delante. Y al saber que se encontraba solo en aquella gran Ciudad le ofrecí mi casa, haciéndome comprender que la estancia la tenía pagada por la empresa, así como el sistema de alimentación.

No sabía si rechazó mi invitación para que se viniese conmigo a mi casa por motivos de estar gratis en el hotel, o que me estaba haciendo ver que era él la dirección personal de los pozos petroleros; pronto lo sabría, si seguíamos con la misma relación que hasta ahora.

No quedó ahí todo; pues a poco tiempo se me vino a mi oficina la señora Thalia protestando por no haber empezado por su pozo la transformación de la extracción.

GEORGES -. Debido a lo difícil que son los cursillos, he expuesto que se empiece por el pozo tres, que es el pozo que está encargado el señor Edward que se va hacer los cursillos; y así estará expedito para hacer toda la obra de la transformación del pozo petrolero.

THALIA -. ¿Pero, y mi pozo?

Como a mí me interesaba que la señora Thalia aprobase los cursillos, y como yo sabía que no los aprobaría la primera vez, hice todo lo posible por que saliese una de las primeras para hacer los cursillos, junto con el señor Edward; mientras llegaría la obra a su pozo, habiendo pasado bastante tiempo, y así darla más capacidad de estudios en aquellos cursillos a la señora Thalia. Aquello que la dije a dicha señora la envalentonó hablándome de víbora, según dicen ellos.

THALIA -. Tiene usted que saber, que la señorita Dayana pertenece a una tribu en que se puede tener varias mujeres a la vez.

No me di por aludido; pues la miré con cara de afecto y sin saber por qué la pregunté por tales palabras, diciéndome ella; que su tribu no tenía el concepto de poligamia, pero si se quedaba viuda tampoco se la enterraba con el hombre, pudiéndose casar con el hombre que ella había elegido, como pura amistad.

GEPRGE -. ¿Qué ha dicho usted?

Como aquella mujer era lista, enseguida dio una vuelta a sus palabras para que yo no las entendiese al pie de la letra, según ella. Me dijo que en algunas tribus la mujer no volvía a salir de casa nunca más, ni se relacionaban con nadie.

Yo veía en sus palabras un acople de quedarme en paz mi Alma, para no pensar más en la señora Jessy; por haber recibido un sobresalto mi corazón al decirme aquella la señora Thalia.

THALIA -. Son costumbres de honor.

GEORGES -. ¿No son costumbres triviales?.

THALIA -. No, para nada.

Me hizo comprender, que si su marido la faltase porque el gran Espíritu se le llevase, ella podría casarse con otro hombre, para no quedarse sola; siempre que tuviese la confianza suficiente con ése hombre.

GEORGES -. ¡Qué difícil es eso!.

Dije aquellas palabras en forma de interjección, por no creerme lo que ella me estaba diciendo; sabiendo lo que me pasaba cuando la tenía que acompañar las noches que su marido se iba para mercar repuestos del automóvil a otra lejana Ciudad.

THALIA -. Como el respeto que tiene que tener la mujer a su hombre.

GEORGES -. ¡A morir toca!.

THALIA -. Tiene que mandar el marido a la mujer que alivie a su amigo, pero sin exigírselo ella. Tiene que salir de él.

Ahora sí nos comprendíamos, pues ella me había entendido perfectamente y yo la había comprendido al pie de la letra.

No sabía yo si las leyes de la comanchería fuesen así, o por el contrario habían desviado todo el buen sentido de la formación del parentesco y familiar de aquella tribu.

Y como yo no sabía nada de sus Leyes, me callé por si acaso estaba tergiversando los términos aquella buena señora. No entendía nada de su forma de ser, ni de sus costumbres; de modo que la mejor manera de entendernos y llevarnos bien era el callarme y no preguntar más.

Yo la había comprendido a ella; pero ella no sabía yo si me había entendido en cuanto yo quería que fuese una de las primeras a los cursillos, así daba tiempo para presentarse una vez más a dichos cursillos; ya que daban opciones para presentarse más de una vez: Cuando yo creía que fuese una sola vez y nada más, las que se podían presentar los obreros de aquella empresa.

Lo cierto era que quería tener aquella señora cerca de mí y me estaba empleando en ello totalmente; pues con aquello que me había dicho, todavía me había entrado más ganas de tenerla a mi lado a la señora Thalia.

Cuando terminamos la jornada, me llegó la señorita Dayana con idea de irse conmigo a Lawton para visitar a sus parientes; poniéndome a mí en un compromiso moral, ya que tenía que llevarla yo mismo a la casa de sus parientes, entrando con ella y presentarme como compañero de aquella señorita.

Así lo hice, tal y como he dicho antes; recibíendome a las mil maravillas sus parientes, sus tíos y sus primos, pues me hicieron merendar con ellos en aquel día una comida a base de carne, para degustar más tarde una tarta de fresa.

Y como ya había hecho las presentaciones, les tuve que invitar, otro día, a mi casa para cenar en ella: Era lo mínimo que podía hacer.

. . .Mientras me llevaba a la señorita Dayana a Lowtom, íbamos hablando sobre la importancia de que agenciase unas bebidas, indicándome ella una clásica que bebían sus parientes: Leche con jarabe de grosella. Pero como yo sabía el efecto tan brutal que producía entre los comanche el aguardiente, también añadí tal bebida y una botella de

Fernet. Creí haber acertado en mi decisión, así que guardé aquel arsenal en casa sin decir nada a nadie hasta el día de acción de gracia.

Desde luego llegó la cena con la familia de la señorita Dayana en mi casa, y como la bebida era abundante y los majares corrían por la mesa a pleno ritmo, el ambiente se fue caldeando de tal manera que haciendo uso de los mocasines comenzaron un ritual de baile en el patio de la casa. Menos mal que aquel patio estaba vallado y no se veía el exterior de la calle; pero los cantes y el bullicio se tenía que oír desde la vía pública.

En un momento determinado, uno de ellos mojando unos troncos de pinos y unas ramos las hizo arder a medio gas; para más tarde coger una manta haciendo señales de humo a no sé quién.

Desde luego, yo no sabía a quién hacía señales con el humo; pero pronto lo pude comprender debido a que el timbre de la puerta comenzó a sonar a plena potencia, entrando en casa unos quince personas, entre hombres y mujeres.

No me arredré; pues llamé a un señor que tenía un establecimiento de comestible para que me trajese más bebidas y más comida: Sobretudo carne y aguardiente. Mi temor era que se terminase la comida y la bebida; pues estaba a punto de agotarse todos los víveres de mi despensa.

Tan apunto estaba de terminase toda la comida y bebida, cuando llegó un camión pequeño con más avituallamiento para continuar la fiesta; se había portado el señor del establecimiento de comestible perfectamente.

Era ya altas horas de la noche cuando comenzaron a marcharse aquellas personas de mi casa, contactando yo con la señorita Dayana para ver qué había decidido ella; si marcharse a la ciudad de Oklahoma o quedarse en Lawton; diciéndome dicha señorita,

que como se iban dos conocidos a la Ciudad señalada, estaba dispuesta para marcharse con ellos.

Me pareció bien, pues por la mañana tendría que estar en su puesto de trabajo, que no era poco esfuerzo el que hacía en él: Ajustando tuercas, varillas y un sin fin de material dentro de aquellas máquinas tan pesadas.

Cuando me encontraba dentro del recinto de los pozos fui a buscar a la señorita Dayana no encontrándola allí, por más que la busqué.

No; si yo no me ponía nervioso para nada, ¡no!, claro que no: No me ponía nerviosos por no ver a la señorita Dayana en su puesto de trabajo. Pero lo cierto era que los nervios me estaban acaparando todos mis sentidos: No podía pensar, ni decidir por mí mismo. Hasta que me vio el señor Aarón, no siendo por casualidad; ya que me buscó él por todos los pozos, además de por la oficina; con la sola idea de saber cómo me encontraba yo.

GEORGES -. ¿Cómo me encuentro yo?. . . ¿Qué cómo me encuentro. . . ?. . . ¡Muy bien!

Pero como aquello lo dije con todos mis nervios, enseguida el señor Aarón comprendió en el estado anímico que yo me encontraba; llevándome a mi oficina para que nadie me viese de tal manera.

Me hizo sentar en mi sillón sin más preámbulos, para consolarme y decirme que esperásemos un par de horas; por si acaso se había atrasado la señorita Dayana y estuviese en camino hacia los pozos. Cosa que a mí no me extrañaba nada; pero como se suele decir, la procesión va por dentro.

No podía más, llamando al señor Aarón, para recibir sus buenos consejos y a la vez poder llamar a la policía dando cuenta de su falta.

AARÓN -. Recapacite usted.

GEORGES -. Tendré que ponerla falta en el cuadro de servicios.

AARÓN -. Justamente.

Salí derecho a mi coche, parándome de inmediato el señor Aarón haciendo que volviese a entrar en mi oficina, sentándose frente a mi mesa de escritorio me quería transmitir algo, pero a la vez quería saber algo que yo no le había dicho. Cogíendome un poco de improviso aquel acto de esperar respuesta por parte del señor Aarón, para saber las ideas que yo tenía al respecto; por parte de aquella chica.

Quería saber algo más de mi persona, de las amistades que yo tenía en aquellos días y de mi comportamiento con dichas amistades; y eso que él no me lo había dicho todavía, pues permanecía callado y mirándome fijamente a la cara.

Lo intuí, lo intuí de repente; que aquel señor me quería sonsacar la verdadera historia que tenía yo con mis amistades personales: Por lo tanto, antes que él me lo preguntase, yo comencé una plática con el señor Aarón.

GEORGES -. Actuó usted, Aarón, como sacerdote el otro día, ¿verdad?.

AARÓN -. Es que en mi tribu lo soy.

Hubo un momento que no nos contábamos nada el uno al otro, hasta que el señor Aarón siguió su plática con signo de quererme aconsejar lo mejor que él podía hacerlo.

Yo me dejaba preguntar; pues puse una cara como queriendo decirle la verdad, toda la verdad al señor Aarón sobre la amistad que tenía con cada una de las personas de mi entorno. Pero en un momento determinado, hizo un movimiento en la silla como si él quisiera saber más de mis amistades, irguiéndose en el asiento para recibir mi información de viva voz.

AARÓN -. ¿Qué tal con la señora Thalia?.

Aquí me había dado, había tocado el quid de la cuestión; ya que aquel señor era demasiado listo, no pasándosele ni una.

GEROGES -. ¿Usted puede hablar cuando sepa un pequeño secreto?.

AARÓN -. Si es que me toma parecer de lo que yo pueda pensar y si es que me lo rebela para que yo le aconseje, le diré que no.

Me quedé un tanto indeciso para decirle al señor Aarón lo mucho que me estaba pasando con la señora Thalia; pero ya que no podía ser de otra manera, mejor explicárselo a dicho señor, que no tragarme toda la saliva yo solo.

GEROGES -. Su tribu admite que llame a un hombre de amistad suyo para que la acompañe, y solamente la acompañe la noche que se queda sola. . . ¡Vamos!. . . Que su marido se va a mercar repuestos de coches a otra ciudad lejana.

AARÓN -. Su tribu lo permite.

GEORGES -. Pero no que se meta conmigo en la cama.

AARÓN -. ¿Qué hace usted?.

GEORGES -. No me deja ella hacer nada.

AARÓN -. ¡Bueno!; bueno está. . . Pero le aconsejo que dicha señora duerma a los pies de la cama: Así lo hacen las mayorías de las mujeres de ésa tribu.

Lo harían las mayorías de las mujeres de ésa tribu con su amistad de confianza; pero lo que ésa señora hacía, era meterse conmigo en la cama y no dejarme moverme tan siquiera.

Todo quedó ahí, de que durmiese a mis pies la señora Thalia; cosa que a mí me extrañaba mucho; el que iría a dormir en los pies de la cama sería yo.

Como ya hacía varias horas que faltaba la señorita Dayana en su puesto de trabajo, decidimos ir el señor Aarón y yo a su casa para ver qué la pasaba; pero cuando íbamos llegando a la casa de dicha señorita, vimos en la puerta a su tía Sara, que en vez de quedarse en su puerta fue a nuestra busca en plena calle.

SARA -. ¿Se encuentra bien mi sobrina Dayana?.

GEORGES -. Al decir verdad, fichó y no la volvimos a ver. Tenemos un trabajo ímprobo en los pozos petroleros.

SARA -. Ya me ha contado mi sobrina.

Para que no se me viese lo colorado que me había puesto al echarla aquella piadosa mentira, me retiré de ella casi sin despedirme; como si llevásemos prisa los dos, Aarón y yo.

Al perder de vista a la señora Sara, la tía de la señorita Dayana, Aarón me hizo un gesto característico con la mano, cerrando el dedo índice con el pulgar de arriba a bajo, como que había cuadrado la respuesta.

Ya veríamos a ver si aquella respuesta que di ése día a la tía de Dayana no traería consecuencias: Pero lo cierto fue que nosotros dos, Aarón y yo, apretamos el paso decididos irnos, una vez más, al complejo de pozos petroleros.

Pero cuando estábamos a medio camino decidimos volver para preguntar a la juventud si sabía el paradero de la señorita Dayana y cuando estábamos a punto de desistir en obtener dicha información, se nos acercó un joven; un tanto zarrapastroso, preguntándonos por la señorita Dayana y al decirle a él que si sabía algo de dicha señorita nos indicó que la había visto en un coche con dos conocidos suyos por la carretera de los bosques.

Aquel chico se refería a la carretera que va desde Oklahoma a las montañas con praderas y bosques. No íbamos muy deprisa para poder ver mejor el panorama de aquellos campos desde el coche. Lo malo era, que no preguntamos a dicho chico por el bosque que habían elegido marchar sus dos conocidos; pero como en tales ocasiones se elige el primer bosque, nos dirigimos a ése lugar.

Nos adentramos en el bosque con el coche en plena carretera, cuando creí oír unos gritos de mujer; así que paré el motor y bajé la ventanilla del coche para poder oírlo mejor.

AARÓN -. ¿Qué hace usted?.

Le hice al señor Aarón una indicación con el dedo índice de la mano, acercándome a la boca para que se callase dicho señor, y así lo hizo; volviendo a escuchar, una vez más, aquellos gritos de socorro que estaba dando una mujer a pleno pulmón.

Salimos del coche corriendo y ésta vez si nos adentramos a pie en el bosque para dar con un acantilado totalmente resbaladizo por la cantidad de musgo que había en sus paredes. Ni el mayor alpinista podía rescatar a la señorita Dayana de donde ella se encontraba; pues a parte de un acantilado resbaladizo se encontraba en una profundidad, en un hoyo dentro de aquel acantilado: Siendo totalmente difícil sacar de donde se encontraba la señorita Dayana a ésta, por la dificultad que ofrecía aquel terreno vertical y resbaladizo a la vez.

Pero la esperanza es lo último que se pierde y nosotros no la perdimos en ningún momento, esperando algún evento que nos pudiese ayudar para sacar a la señorita Dayana de donde se encontraba.

Ya habíamos contactado con ella; pero no teníamos la fórmula para sacarla, ni los medios para hacerlo. Pero como la providencia era grande y hermosa, vimos llegar a un hombre con su caballo, parecido y caracterizado como los primeros buscadores de oro; o sea, los Forty-niners.

No sabíamos si vestido de ésa manera iría a dar la pega a la policía del bosque; ya que tales indumentarias se dejaron llevar hacía ya bastantes años.

Estábamos seguro que aquel señor nos podía ayudar, pues siempre llevaban su cuerda o soga arrollada entre la montura del caballo, y así fue.

Como la señorita Dayana no tenía fuerzas para atarse aquella cuerda a la cintura, tuvo que bajar aquel señor a por ella, con una maestría que nos quedamos como viendo visiones nosotros dos, Aarón y yo: Pero haciendo un esfuerzo considerable la logró subir a la cima de aquel acantilado a la señorita Dayana,

Después de darle las gracias a aquel señor y de ofrecerle una dádiva sustanciosa, nos alejamos de aquel señor con el coche, rumbo a la Ciudad de Oklahoma, llegando antes que se terminase la jornada de aquel día.

La hicimos fichar a la señorita Dayana, manipulando el sello del control de horario de los empleados; ya que solamente se le ponía con un sello de caucho la hora de entrada y la de salida, así que la señorita Dayana aparentemente había entrado en la empresa a su hora y había salido, también, a su debido tiempo.

Pero antes que se marchase a la Ciudad de Oklahoma la señorita Dayana, la alerté de lo que yo la había dicho a su tía Sara, entendiéndome ésta a la suma perfección; de ésa manera no tendría yo rifirrafe con su graciosa tía.

Ni pelotera ni nada tuve yo con su tía Sara la primera vez que nos vimos en la puerta de la señorita Dayana; pues parecía que estaba totalmente agradecida de mí, por tratar a su sobrina con la delicadeza que yo lo hacía.

Parecía que ésta señora se estaba dando cuenta del mucho interés que estaba yo poniendo por su sobrina y del mucho afecto que la tenía; no quedándome yo muy tranquilo por aquella intuición que estaba teniendo la tía de Dayana, pues tenía su carácter y tal vez lo emplearía en mí para hacer que yo hiciese lo que ella quisiera de aquí en adelante.

Mis preocupaciones se elevaban al máximo exponente; pues en pocos días llegó la señora Thalia como yo presentía, cateada en los cursillos, teniendo otra posibilidad para volver a presentarse en dichos cursillos.

Sí, me enteré por ella misma; ya que nada más entrar en mi oficina se me puso detrás de mi sillón echada completamente sobre mí y con ganas de llorar, pues hacía muecas con la cara, sentándose sobre mis rodillas: Para enseñarme sus muslos y hasta su escote.

No sé si aproveché aquella coyuntura en la que estaba inmersa la señora Thalia; pero lo cierto fue que la puse las manos donde yo quería, no moviéndose dicha señora para nada, se dejaba hacer por completo.

Mi conciencia y mi religión no me permitían que yo tocara todo el cuerpo de la señora Talía, ya que estaba pecando y sería malo para mi Espíritu: Así que la levanté de mis rodillas, no sin antes haberla tocado sus bustos a modo y manera.

Salió corriendo la señora Thalia, como si llevase prisa, yéndome yo al lavabo de inmediato para aliviarme allí mismo. Pero cuando estaba en dicha faena oí la puerta de la oficina, entrando alguien en ella; y sin más preámbulos salí del lavabo para ver quien era.

AARÓN -. Perdona si no he pedido permiso para entrar en su oficina.

GEORGES -. Veo que le urge a usted.

AARÓN -. Y tanto. ¿Tiene usted un plan secundario para la señora Thalia?.

GEORGES -. Desde luego. Se volverá a presentar a los cursillos, mientras su pozo se remodela, creyendo yo que ésta vez será efectivo dichos cursillos para la señora Thalia.

AARÓN -. Hágalo por bien de usted.

Me quedé mirando al señor Aarón con cara de sorpresa, anunciándome éste, una vez más, que tenía yo el deber de casarme con ella si faltaba su marido, según leyes de aquella tribu.

No sé en aquellos tiempos; pero en la época en que estábamos con una sola mujer bastaba para no poder tirar las campanas al vuelo, según se suele decir al significar que la vida estaba muy cara. Sería mejor que trabajasen ellas también, al igual que yo; ¡vamos!, que lo mejor sería que el señor Steeve no tuviese su óbito en el Mundo.

Todo funcionaba a las mil maravillas, hasta que un día hubo un problema con un obrero en uno de los pozos que se estaba remodelando, teniéndole que llevar rápidamente al hospital.

Yo corrí para ver qué se podía hacer por aquel obrero de los pozos petroleros; pero al llegar al hospital me aconsejaron que dejase hacer a los doctores, que para eso estaban allí; volviéndome rápidamente a mi puesto de trabajo.

Al siguiente día recibimos noticias de que aquel obrero se encontraba mejor; pero que por prescripción médica tenía que hacer reposo por lo menos quince días, y así fue; ya que la dirección de la empresa no le quiso molestar para nada. Y al pasar éstos quince días llegó aquel obrero con cara de pocos amigos, recibiendo yo un requerimiento judicial de aquel Estado por falta grave, según ponía aquel impreso.

Según la denuncia que me había puesto aquel obrero, era por no haberle avituallado de enseres contra los accidentes; más bien se refería a que no se le había proporcionado casco alguno.

Yo llamé al señor Aarón enseñándole la nota del requerimiento, para decirme éste con mucha admiración.- ¡anda!; si éste obrero le tengo yo -. Así era, pues el señor Aarón tenía a su cargo en su pozo al obrero accidentado.

No podía ser que tuviese el señor Aarón al obrero accidentado; ya que el accidente se había producido en el pozo cuarto; siendo la posibilidad que hubiese ido tal obrero a recabar ayuda al personal del pozo cuarto, donde trabajaba la señora Thalia.

Sin pérdida alguna hice llamar a la señora Thalia a mi oficina, con el sólo propósito de recabar información del obrero accidentado.

GEROGES -. La he hecho llamar para que me diga, ¿qué hacía en el pozo cuarto el obrero accidentado?; cuando su pozo es el segundo.

THALIA -. ¡Gitche Manitou!

GEORGES -. No la estoy preguntando por el Gran Espíritu; la estoy preguntando por el obrero que se accidentó en el pozo cuarto, cuando en realidad trabajaba en el segundo.

THALIA -. ¡Gitche Manitou!

Como la señora Thalia no dejaba nombrar al Gran Espíritu, yo la hice volver a su pozo lo más rápidamente posible; ya que si algún señor de aquellos obreros la oía llamar al Gran Jefe, no sé si se pondrían todos a rezar a la Luna o al Sol.

La había comprendido bastante bien a la señora Thalia; no me quería decir qué hacía allí aquel obrero del pozo cuatro, pero como yo intuí: En todos los sitios hay quien mete el pie y se puede caer. . .

Así pude ver que la señora Thalia tenía sus conocimientos en regla; Ella sabía lo que quería y yo, al ponerme nervioso comprendí enseguida que estaba celoso de nada, pues nada me pertenecía.

Aquel mismo día tuve que ir a dirección para enseñar el plano del pozo que se estaba remodelado, preguntándole al señor Christian por su señora Bianca y éste bajando la cabeza me respondió algo que me llegó a los sentidos.

CHRISTIAN -. Sigue teniendo dolor de cabeza, fiebre y escalofríos, sarpullidos rojos en la piel y con el cuerpo totalmente revuelto.

GEORGES -. ¡Bien la metió el cazo la garrapata!

CHRISTIAN -. Como usted dice.

Y después de sentirlo mucho me despedí del director general de aquellos pozos petroleros, más bien una entidad petrolera, para volver a mi oficina y poder contactar la

pura realidad de la demanda que me había puesto el obrero accidentado. Pero pese a mi gran preocupación vio claro la inspección de trabajo el casco abandonado en la plataforma del segundo pozo petrolero, además fue enterado de que dicho obrero trabajaba en el segundo pozo; mientras el accidente lo había tenido en el cuarto pozo.

Según la inspección había cometido varias faltas aquel obrero y algunas muy graves: Como el abandono de su puesto de trabajo; pues aunque el casco se había visto abandonado en su puesto de trabajo, no hacía falta que no se hubiese visto, siendo mi falta leve en apercibimiento, por ser la primera vez y por no haber tenido cuidado alguno de saber dónde se encontraba dicho obrero. Pero la pena que le impusieron al desertó de su puesto, fue enorme; ya que las Leyes en dicho Estado estaban así.

Desde entonces revisaba yo la lista de material que usaban los obreros, una por una; con idea de que no me pasase otro caso como el que había tenido lugar hacía unos días.

Pero como en aquellos días tuvo lugar la segunda presentación por parte de la señora Thalia para hacer aquellos cursillos, yo no podía marchar a la Ciudad de Edmonton; pero como sabía que el señor Christian marcharía a dicha ciudad, le rogué que visitase al feje de los cursillos dando buena nota de la señora Thalia, sin importarme mucho lo que el señor Christian pudiese sospechar de mí y dicha señora.

No solamente aceptó dicho compromiso el señor Christian, si no que me mandaría la dirección personal del jefe de los cursillos en aquella gran ciudad, alegrándome yo mucho por tal decisión.

Me veía una vez más solo dirigiendo los cuatro pozos por falta del señor Christian, pero como la experiencia era mucha, lo sobrellevaba muy bien.

Por tal motivo fui para buscar al señor Aarón al día siguiente, por la mañana, encontrándole en su puesto de trabajo y al verme llegar supuso qué le quería plantear.

AARÓN -. Si pide usted permiso al tribunal jurídico de la corte de éste Estado, seguro que le concederán un par de días, como así también se lo concederá la empresa.

GEORGES -. ¿Usted cree?.

AARÓN -. Es la forma jurídica que tiene éste tribunal, dentro del Estado.

GEORGES -. Que por otra parte no sé cómo me empeño tanto en la señora Thalia.

AARÓN -. Eso dígaselo a los hombres de su tribu.

No tenía salida; pues si me libraba de uno, no me libraba del otro. En tal caso no tenía salida por ningún sitio que escogiese para evadirme. Con todo y eso, el señor Christian me mandó las señas particulares del jefe de los cursillos escribiéndole yo con el cargo que ocupaba en los pozos petroleros; para que pudiese echar una mano a la señora Thalia, debido al mucho interés que ponía en su trabajo y lo bien que lo hacía, pese a que no tuviese ésa misma capacidad intelectual para aprender las cosas a simple vista.

Pero he aquí, que me llegó la licencia del tribunal de aquella corte, concediéndome tres días para visitar en Edmonton a dicha señora en sus pruebas definitivas, dentro de su trabajo. Y allí que me fui sin perder tiempo alguno, una vez que se hacía cargo de los pozos el señor Aarón.

Cuando me vio aparecer por el centro de enseñanza la señora Thalia dio un salto de alegría, encaramándose a mi cintura; sujetándose con las piernas a mi cintura y con las manos a mi cuello.

Sentía todo el cuerpo de aquella mujer, como si fuese la mía propia; ya que no se recataba para nada en medio de sus compañeros; sabiendo algunos de éstos quien era su marido, pues ya había ido una vez a dicho centro de enseñanza para ver a su mujer.

No perdí el tiempo, yéndome en busca del jefe de los cursillos a su casa, ya que yo sabía su dirección particular, recibíéndome éste de buenas ganas, al saber el interés que tenía la empresa por la señora Thalia. No se me ofreció nada en casa de aquel señor; pero la predisposición que mostró para ayudar a dicha señora, me calmó los ánimos, dando rienda suelta a mis afectos personales.

Aquella noche la pasé solo en el hotel, ya que la señora Thalia la pasó en el centro donde estaba asignada su residencia; pero al siguiente día me llegó aquella señora diciendo, que la habían concedido pernoctar en el mismo hotel que yo lo hacía.

GEORGES -. ¿Se refirieron a que alquilase usted una habitación en el hotel que yo resido?.

THALIA -. ¡No me iban a decir otra cosa!.

No, por supuesto que no la iban a decir otra cosa; pues la educación sirve para algo y aquellas personas la tenían y mucha.

Y sí, alquilamos una habitación para la señora Thalia en el hotel donde yo me alojaba, pasando aquella noche una grata velada en un buen salón de baile. Y así como a la media noche nos fuimos al hotel, entrándonos cada uno en nuestro cuarto; que había sido lo convenido por los dos, para guardar la honradez.

Pasé dos días en Edmonton y otro de viaje con mi coche por las carreteras, viajando y viendo pueblos que nunca había visto jamás. Pude ver sus costumbres y su manera de cocinar; para llegar a Oklahoma con el interés puesto en que pasase dichos cursillos la señora Thalia.

Me sentía alegre y dicharachero en aquella mañana de trabajo; ya que en sí tenía poco trabajo, pues parte lo había hecho el señor Aarón. Pero cosa curiosa, no veía en el

exterior algún utensilio bien puesto y además fuera de lugar, no sabiendo yo a qué era debido tal desorden por parte de los obreros.

Estando en tales divagaciones me llegó el señor Aarón a mi despacho diciéndome que había tenido que dar el finiquito al hombre que se había propasado con la señora Thalia: Cosa que a mí me gustó mucho, pero que por otra parte no tenía que hacerlo él, si no yo.

Alegó que era un hombre pendenciero, bebedor y desde luego muy agresivo; pues antes de irse amenazó a todo el que se cruzaba con el, no dejando ninguna herramienta bien puesta.

GEORGES -. Ya me he fijado, ¡ya!

AARÓN -. Creo que hice bien.

GEORGES -. Soy yo el que tiene que despedir al personal y nadie más. Vamos a tener un problema si recurre ése señor.

Y así fue; pues buscó un abogado recurriendo el despido improcedente por no venir de la persona adecuada; de modo que le tuvimos que admitir de nuevo, dándole una gratificación como de desenfado.

Una mañana vi llegar al marido de la señora Thalia como un poco agachado; pues a mi simple parecer tendría lumbago. Lo cierto fue que ni siquiera me saludó, fue directo donde se encontraba el señor Edward, en el pozo tres con algún recado por su parte, ya que pese a la mucha inclinación de cuerpo que llevaba intentaba correr todo lo que él podía hacerlo con su dolorosa enfermedad.

Le vi irse al señor Steeve, sin tanta prisa por su parte; pero a mí me había quedado un algo dentro de mí que me corroía todas mis tripas; así que sin pensarlo salí de mi oficina para dirigirme al pozo tres.

Cuando llegué donde se encontraba el señor Edward le quise saludar, pero al pronto vi aproximarse al puesto de trabajo de su marido a la señora Kim, dejándola hacer lo suyo: Que se aproximase a su marido, para ver si yo sabía algo de esas idas y venidas en aquella mañana,

Poco tiempo estuvo hablando la señora Kim con su marido Edward, saliendo ésta como una pluma de ligera de aquel sitio. Y al ver yo que dicho señor se quedaba solo decidí acercarme a él sin pérdida de tiempo, para recabar información si acaso me la quería dar el señor Edward.

GEORGES -. He visto al señor Steeve hablar con usted. ¿Es que se ausenta de la ciudad para ir a comprar recambios nuevos para su negocio?.

EDWARD -. ¿Usted cree?.

GEORGES -. Siempre que se ausenta de la ciudad va a comprar recambios que le sirvan en su negocio.

No me contestó el señor Edward, pero yo no me di por aludido, siguiendo allí para ver si se dignaba comunicarme algo de lo que el señor Steeve le había dicho momentos antes.

Al cabo de un tiempo, el señor Edward me miró con cara de estarlo pasando bastante mal, entendiéndole yo de momento: Algo malo le estaba pasando al señor Steeve; por lo tanto me tenía yo que enterar, fuese como fuese.

EDWARD -. El señor Steeve, va unas veces a comprar repuestos y otras. . .

GEORGES -. ¿Y otras. . . ¿. . . ?.

Yo le hacía señales con la mano, para que el señor Edward me dijese a qué iba el señor Steeve otras veces a una ciudad lejana de la suya; pareciendo que aquel señor dudaba en decírmelo, por si acaso me molestaba yo. Pero como seguí haciéndole señales con la mano para que me hablase, se atrevió a decirme algo que me cogió de improviso; no pudiendo yo estarme de pie, me fui a sentar en un taburete que tenía aquel señor para subirse en el y poder acoplar tuercas y otros instrumentos más desde el.

EDWARD -. El señor Steeve, tiene. . .

Ahí se quedó el señor Edward cuando fue a decirme lo que tenía el señor Steeve, intuyendo yo que tenía un enfado morrocotudo por no ver a su mujer junto a él hacía ya tres semanas.

GEORGES -. ¿No sé lo que tiene el señor Steeve?.

EDWARD -. El señor Steeve tiene cáncer.

Aún sentado y todo me pude caer de aquel taburete; menos mal que me agarré a una varilla que tenía allí cerca para poderme sujetar encima de mi asiento.

Ahora sí, que en denantes no: Se me vino todos los pensamientos a mi cerebro en un momento determinado; pues hasta pensé que por eso no la decía nada a su mujer con respecto a mi persona, si él sabía muy bien que en poco tiempo sería mía. Y eso que su mujer Thalia era deseosa de tener un hijo; pero claro, con él.

EDWARD -. ¡Tenga cuidado!; pues su mujer no lo sabe.

Desde luego no lo podía saber cuando estuvo tan alegre los días que la visité en la Ciudad de Edmonton; pues hasta bailó conmigo y se rió a carcajadas, con los pocos chascarrillos que yo la dije.

En unos días llegó la señora Thalia a mi oficina, dando unos gritos de alegría impar; hasta se me echó, prácticamente, encima de mi persona.

THALIA -. To be biown away. ¡AH!, ¡AH!, ¡AH!

GEORGES -. Sí; ya comprendo que está usted muy feliz.

Pues claro que estaría muy feliz, ya que había pasado los cursillos con buena nota para poder seguir trabajando en los pozos petroleros una vez que se hubiesen remodelados.

Aquel día terminó con alegría para mí; pues mi cuerpo me pedía marcha y yo no podía desilusionarlo; así que me fui, cuando salí del trabajo, hacia una cafetería bien afamada por las personas de aquella gran Ciudad. Pero antes de llegar a la cafetería me abordó la señora Sara hablándome de su sobrina Dayana, diciéndome algo así; como que estaba muy desamparada por verse sola en aquella gran Ciudad y que a quien conocía era a mí y solamente a mí.

La conformé con unas palabras de cariño hacia ella y hacia su sobrina, al decirle que nunca iría a romper aquella amistad que me unía con ellas dos: Así se fue tranquila a casa aquel día la señora Sara, al creerse lo que yo la había dicho.

Ahora sí que no tenía escapatoria con respecto a la señora Thalia; pues al parecer todo el mundo sabía la enfermedad que padecía su marido, menos yo que me había enterado hacía unos días.

Aquella señora, Sara, temía por la unión que formaríamos la señora Thalia y yo: No queriendo que se escapase mi persona con respecto a su sobrina; pues era primordial para ella quedarla bien posicionada en éste Mundo.

No me sentó muy bien el café que me tomé en aquel centro de ocio, donde se encontraba toda la clase más selectiva de aquella ciudad, tan encantadora y tan bella a la vez. Sí, no me sentó bien por pensar en mil y una cosa que me preocupaba dentro de mí, sin saber qué camino escoger por no tener ninguno.

Al día siguiente fui para buscar a la señora Thalia y hablarla de algo que yo tenía ya entre manos; pues si su marido tenía cáncer, no sabía yo cuanto tiempo iba a vivir entre nosotros y si se le iría a curar su enfermedad. Por lo tanto decidí llamarla a mi oficina para hablarla de un problema crucial que me estaba quemando las entrañas.

Cuando la vi entrar en mi oficina a la señora Thalia me pareció que tenía otro semblante terso, como si ya supiese lo que yo la iría a decir en aquella ocasión y sentándose en una silla, frente a mí, esperó para que yo la comenzase hablar del problema o de algo innato en su vida.

GEORGES -. ¿Espera usted que la hable de cosas sentimentales?.

THALIA -. No se lo han debido decir a usted. . .

GEORGES -. Pero me lo han dicho.

Aquella señora se levantó de la silla viniendo hacia mí con una sola idea; era el sugestionarme por completo, al saber yo qué clase de enfermedad tenía su marido.

THALIA -. Sus bichitos no llegan a mi cosa: Son muy perezosos y se mueren antes de llegar.

GEORGES -. A eso me quería referir con usted ésta mañana.

THALIA -. Apeémonos el tratamiento cuando estemos a solas.

GEORGES -. Como quieras, Thalia.

THALIA -. Ya es por poco tiempo; no se me pasará el arroz.

Y al hacerla yo un gesto característico con la mano, de que si por Ley tenía yo que ser; Thalia me indicó con la cabeza la afirmación que yo esperaba.

GEORGES -. ¿Por Ley, o por imperativo categórico?.

THALIA -. Es la Ley de mi tribu.

Aunque ésa tribu era de conocimientos extraviados, Thalia no quería ser infiel a su marido, mientras éste viviese; por lo tanto nunca me dejó sobrepasarme con ella y yo creo que nunca me dejará, pese a la mucha amistad que teníamos nosotros dos.

Era así tanto, que a los cuatro días llegó a mi casa, la señora Thalia, con el objeto de pernoctar ésa misma noche conmigo; pero en vez de meterse en mi cama, se sentó a los pies de ésta.

Me levanté de mi cama, cogiéndola de un brazo a la señora Thalia para que recapacitase y se viniese conmigo a mí lecho aquella noche -. No te han dicho que mi deber es dormir a los pies de tu cama. Pues eso -.

Me quedé como quien ve visiones; pues yo no sabía por qué medios se había enterado Thalia de la conversación que sostuve un día con el señor Aarón; pero lo cierto

era que ella lo sabía. Y como mostraba cierta clase de incertidumbre mi persona, Thalia se irguió de su asiento, para decirme unas palabras que yo no sabía.

THALIA -. Estaba detrás de la puerta, queriendo entrar en tu oficina: Lo oí por casualidad, lo siento.

Al siguiente día entró Thalia en la oficina y sin pronunciar palabra alguna se fue afuera de la oficina para desaparecer su figura como por encanto; quedándome yo como absorto por haberme dado cuenta lo mucho que sabía la señora Thalia.

En poco tiempo entró en mi oficina el señor Aarón con una noticia extraña para mí: No sabía dónde se encontraba la señorita Dayana, ni tan siquiera su paradero. No habiendo terminado éste señor de hablar, cuando yo estaba saliendo de mi oficina con la sola idea de hacer acto de presencia en la casa de la señorita Dayana, o lo que es lo mismo en la casa de su tía Sara.

No hizo falta que llamase al timbre de dicha casa; ya que en el quicio de la puerta se encontraba la tía de ésta, la señora Sara, con cara de susto y con los ojos como saltones.

SARA -. ¿Ha pasado algo?.

GEORGES -. ¿Dónde se encuentra su sobrina Dayana?.

SARA -. Usted lo tiene que saber mejor que yo. Se encontrará en su puesto de trabajo.

No la quise decir nada más a la señora Sara para que no se preocupase, volviendo en un suspiro a mi oficina, pese a que estaba a unos kilómetros de la casa de la señora Sara.

Mientras estaba en mi oficina recapacité el impulso que había tenido con la señora Sara, al salir corriendo y sin decirle dónde me dirigía: Aquella señora supondría que a su sobrina la había pasado algo malo, por lo tanto decidí pasar por su casa antes de buscar dónde se podría encontrar la señorita Dayana.

¡UHI!, cuando me abrió la puerta la señora Sara: Se abalanzó hacia mí, cogiéndome de la pechera la chaqueta no queriéndome soltar para nada. Parecía que con aquel gesto ya tenía resuelto saber dónde se encontraba su sobrina Dayana.

SARA -. ¡Dónde?, ¿dónde está mi sobrina?.

GEORGES -. Tranquilícese. Iré a buscarla.

No fue una respuesta muy contundente lo que la hice yo en ése preciso momento a las señora Sara con respecto a su sobrina; ya que otra hubiese sido pertinente, cualquiera de ella, de las que yo la hubiese dicho, pero ésta era el decirle tanto como que no sabía dónde se encontraba su sobrina Dayana.

Ésta vez sí me despedí como Dios manda, para después de decirle que se tranquilizase; ya que encontraría a su sobrina fuese donde fuese, me monté en mi coche saliendo sin rumbo fijo, pero eso sí; salí hacia las montañas que tanto placer y buena vista nos había dado, pero que en ésta hora me estaba dando un pesar de agobio. Pero como no encontré a la señorita Dayana en las montañas más cercanas a la Ciudad de Oklahoma, me interné por los bosques no viendo a dicha señorita: Así que tuve el feliz pensamiento de volver otra vez a la ciudad y poder descansar hasta que se hiciese de día por la mañana siguiente.

No podía dormir, pensando que estuviese en ésos bosques tan exuberantes de vegetación y de fauna, no solamente de flora. ¡. . .!, si a caso estuviese luchando con un

oso, o caída en algún barranco de tantos como existen en aquellos parajes de montañas. Así que mucho antes de amanecer ya me encontraba yo camino de aquellas montañas en busca de la señorita Dayana.

En una pasada que hice por una cabaña en pleno bosque, me asaltó una idea; pero con todo y eso la pasé de largo al no ver movimiento humana en dicha cabaña, dando vueltas y vueltas por todo aquel contorno de exuberante flora, pero también de fauna.

En ése mismo momento que pensé en la fauna de aquel bosque recapacité un poco por si acaso estuviese dentro de la cabaña la señorita Dayana, volviendo otra vez para atrás, buscando dicha cabaña.

No encontré tan fácilmente la cabaña; pues aquel bosque era inmenso y al parecer todos los árboles se parecían unos a otros, no teniendo ninguna clase de referencia para orientarme en aquella espesura. Pero cuando ya estaba totalmente mareado empeñado en encontrar aquella cabaña, pude ver aquella construcción de cazadores a lo lejos.

No estaba muy lejos del camino que yo llevaba; de modo que cuando aparqué el coche comencé a oír como unos sollozos de mujer dentro de la cabaña. Me dirigí a la cabaña y cuando llegué a ella llamé con los nudillos de la mano a la puerta, no abriéndome nadie. Tal vez no me podría abrir la persona que se encontraba dentro de aquella construcción.

No sabía por dónde entrar, ya que la puerta tenía una tranca demasiado fuerte y las ventanas unas rejas que no permitían entrar en ella para nada del mundo; pero cuando estaba a punto de desesperarme llegó un coche con un señor decidido abrir aquella puerta, ya que tirando de un cordel que asomaba por ella se abrió la puerta de par en par.

Sí, estaba allí dentro la señorita Dayana, como encorvada en un rincón para que nadie la hiciese daño; sobretodo los osos u otros animales fieros de aquellos contornos de bosques.

Al verme entrar en la cabaña, la señorita Dayana se irguió dando unas voces descomunales, como de alegría.

DAYANA -. ¡AH!, ¡UF!. . . ¡Querido!.

GEORGES -. Tranquilícese señorita Dayana; ya estoy aquí yo.

DAYANA -. Georges, no me dejes nunca.

GEORGES -. Nunca te dejaré, Dayana.

Y al decir eso, nos fundimos en un beso de amor por todo lo alto, siendo aquel ósculo de paz una unión firme entre nosotros dos, Dayana y yo.

Para que su tía Sara no se preocupase, aquel día la llevé yo personalmente a Dayana en mi coche y al vernos llegar su tía Sara salió a la puerta de la casa como si fuese un tigre dañado por las balas de los cazadores.

Como no sabía las causas por qué se encontraba en dicha cabaña Dayana, me quedé un buen rato en la casa de su tía Sara, sonsacándola y casi entrándola los dedos en la boca: Ésta me dijo que había decidido ir al puesto de trabajo con dos chicos conocidos por ella, vecinos y personas buenas. Pero en un momento determinado se arrió al coche que llevaban dichos chicos otro coche con malas ideas; pues hasta detonación se habían oído: Teniendo que escapar dichos chicos por velocidad del coche que los perseguían a los dos. A ella la dejaron en aquella cabaña para que no la hiciesen daño alguno.

Cuando ya supe la realidad de lo que había pasado a Dayana, la di un beso en las mejillas disponiéndome para despedirme de su tía Sara, que después de ofrecerme un café me quería agasajar con una copa de aguardiente. Eso era mucho para mí; pues estábamos en una hora que yo no tomaba alcohol ninguno, desistiendo tomarme la copa de aguardiente que me ofrecía la tía de Dayana.

Ya en mi casa, en Lawton, aquello era otro cantar; pues me llegó la señora Thalia totalmente asustada, ya que no había venido de la ciudad donde se había marchado su marido para comprar repuestos de automóvil.

GEORGES -. No te preocupes, Thalia; pues tu marido sabe lo que hace.

THALIA -. Si por lo menos se hubiese tomado su medicina. . .

GEORGES -. Te digo que sabe lo que hace tu marido, Steeve.

En un momento determinado se sentó al pie de la cama, cogiéndola yo de un brazo con idea de que se acostase en la cama y si ella no quería me acostaría yo en un sofá, pequeño, que había al fondo de la habitación.

THALIA -. No hijo; acuéstate tú también en la cama.

GEORGES -. ¿De verdad?.

THALIA -. ¡Como si hubiese sido la primera vez!.

Aquella noche no podíamos dormir, ni Thalia ni yo, entablando una conversación amena pero fluida y cultural para nosotros dos.

Comenzamos hablando de la necesidad que tenía Thalia por tener un hijo; dándole yo consejos de que se calmase, ya que sabía la dificultad de su marido Steeve para seminal a su mujer.

Ella me vio un poco remiso, debido a mi religión; ya que no se me permitía, bajo pecado mortal, ceder a una cosa así y menos tener un hijo con una mujer que no fuese la mía. Pero a ella la pasaba otro tanto de lo mismo, que permanecía fiel a su marido por encima de todas las cosas.

Pero como ya teníamos la suficiente confianza dentro la cama nosotros dos, la señora Thalila y yo, cuando nos acostamos la eché una pierna por lo alto cogiéndola con un brozo su cabeza; quedándose quieta y dejándose hacer aquella señora. Tal vez pensaría que en poco tiempo seríamos pareja, por el impositivo de su tribu.

GEORGES -. Thalia, ¿tú me quieres?.

THALIA -. Me da vergüenza decírtelo: Pero te quiero con toda mi Alma.

Quedó bien sentado que la señora Thalia me quería lo suficiente, como para que yo fuese su pareja, una vez que ella se quedase sin su marido; que Dios quisiera fuese demasiado tarde.

Un dilema, un gran dilema tenía yo; sobretodo cuando me presenté con la señora Thalia en el trabajo, viéndolo la señorita Dayana, que aquel día no me quiso dirigir la palabra para nada.

Sería la Ley de su tribu, que permitía la poligamia; sin saber ella que la Ley de Dios no permiten tales prácticas deshonestas. Así se lo hice entender a la señora Thalia, que tomando fuerza de coraje, se levantó de la cama para irse a sentar en los pies de la piltra.

Como yo no podía dormir oía a la señora Thalia como respirar fuerte, muy fuerte; como si tuviese un agobio que no pudiese retener sus emociones en aquella noche, tercera noche que dicha señora se acostaba en mi cama. Sí, porque me fui a donde estaba dicha señora, sentándome con ella un buen rato; hasta que la volví a coger de un brazo llevándomela a la cama.

Pero al cogerla yo de tal manera que no podía moverse, me insinuó que la dejase respirar un poco, que toda su persona sería para mí. Insinuándola, una vez más, las directrices que me marcaba mi religión: Yo no podía tener más que una mujer.

THALIA -. Y yo te vuelvo a repetir, que eso se lo digas tú a los hombres de mi tribu.

No la quise refutar sus argumentos en aquella noche; pero yo veía que tenía un dilema bien abultado, ya que me casaba con ella o con la señorita Dayana.

Yo a quien quería era a la señorita Dayana, pero no me dijstaba nada ella, la señora Thalia: Una señora que aludía a la tranquilidad, a la confianza y al bien estar, una señora donde las haya.

Volví a llevarla, un día más, a la señora Thalia al centro de trabajo, viéndonos llegar la señorita Dayana; pero ésta vez no lo dudé y por lo menos no me corté con ella; aunque yo tenía el carácter serio y con ello vergonzoso.

Mi retraimiento moral, no me impidió que me llegase donde se encontraba la señorita Dayana; ya que ésta chica no venia para visitarme a mi oficina. Siendo la pena mía y nada más que mía, al no saber qué la estaba pasando por la cabeza a la señorita Dayana.

DAYANA -. ¿A qué vienes?.

GEORGES -. Para ver cómo te encuentras.

DAYANA -. Machacada.

Aquello lo decía con un grado de coraje, tal vez por saber que la señora Thalia pernoctaba en mi casa y que las mujeres de su tribu que tenían tales confianzas con un hombre se casaban con ése hombre una vez que se habían quedado viudas.

GEORGES -. ¿Pero tú. . . ?.

DAYANA -. Son otros tiempos.

GEORGES -. Yo conozco varios hogares que cumplen con la Ley de su tribu.

Me miró como si doblégase en lo que yo la estaba diciendo; pero con un signo de obediencia a su tribu, tal vez. Aunque por un gesto que hizo, supe la verdad de todo lo que estaba deseando la señorita Dayana: Dobleaba por el cariño que me tenía a mí y por nada más.

Tenía carácter, sí señor: La señorita Dayana tenía su carácter definido y eso que parecía una mosquita muerta; pero cuando sacaba las uñas, las sacaba de verdad para defenderse y defender su amor con respecto a mi persona.

Para desagrararla, aquel día la llevé yo a la Ciudad de Oklahoma, recibíndome su tía Sara con todo el cariño del mundo, al verme llegar con su sobrina; la persona que más quería y que más veneraba de su familia.

Pero como ya he dicho, que la señorita Dayana tenía su carácter: Aquella noche la tuve que pasar en la casa de su tía Sara, imponiendo su voluntad y su manera de ser.

Por la mañana llegué al trabajo con ella, viéndonos llegar la señora Thalia; pasándome por mi cabeza algo inesperado: Las invitaría a las dos a una merienda en el

campo, en aquellos bosques tan bellos y exuberantes, como eran los bosques que teníamos cerca; más bien al oeste de la Ciudad de Oklahoma.

Pero eso sí, no sabía cómo hacerlo, cómo invitarlas a las dos al mismo tiempo; la ocasión me la dio cuando llegó a mi oficina la señora Thalia, llegando detrás de ella la señorita Dayana, como marcando su dominio sobre mi persona.

THALIA -. Vuelve mi marido Steeve a la misma ciudad que estuvo hace unos días.

GEORGES -. ¡AH!, sí.

Me miró la señorita Dayana con cara desolada, por intuir que la señora Thalia pasaría las noches en mi casa; aunque ella sabía que no sucedía nada fuera de lo normal; una simple amistad y nada más. No obstante se encontraba nerviosa aquella chica, muy nerviosa, pudiéndoselo ver la señora Thalia.

THALIA -. Esta vez serán dos días.

Ahora o nunca: Así me lo estaba diciendo mi conciencia, que a la vez me incitaba para que pensase pronto un evento y poder estar los tres a solas.

GEORGES -. Podíamos celebrar una merienda en el bosque mañana, aprovechando que es el día de gracia.

THALIA -. Podíamos.

Y al decir aquello la señora Thalia miró para la señorita Dayana, que permanecía callada y como pensativa; pero que en un momento determinado abrió su boca para emitir unas palabras.

DAYANA -. Acepto, aunque con reservas.

Al decir aquello la señorita Dayana, la señora Thalia se fue hacia ella abrazándola y besándola en los carrillos en son de paz y buena amistad.

No acudía la señorita Dayana al reclamo, por lo tanto yo me estaba poniendo nervios, pero que muy nervioso; no viendo la manera de contactar con ella, hasta que en una hora no temprana acudió dicha señorita a mi llamada.

Todavía podíamos salir hacia el bosque, pues no era mala hora, llegando a un lugar encantador y de ensueño a la vez, poniendo allí mismo nuestro campamento, que costaba de una mesa y unas sillas.

Pero cuando yo fui a sacar tales indumentos, las dos me pararon en seco, como se suele decir; alegando que yo debía tomar conciencia de sus costumbres, así que echando una manta sobre el suelo, nos sentamos los tres en la manta, para degustar las viandas que habíamos llevado en aquella mañana, ya que las habían puesto en medio de la manta, sentándonos nosotros en los laterales de la manta.

Yo veía que al principio se encontraba remisa la señorita Dayana para hacer verdadera amistad con la señora Thalia, pero mientras trascurrían las horas de aquella graciosa mañana, fue cogiendo más confianza en la señora Thalia la señorita Dayana.

Tanto era así, que una vez dándose las manos se levantaron de la manta con la sola idea de salir corriendo la una detrás de la otra, y cuando llegaba a agarrar la una a la otra se caían al suelo, dando vuelta y vueltas; tal vez de alegría personal.

Sentían ésa conformidad de las que se sabían ya fuesen mis mujeres, mientras yo estaba que no me movía, no me podía mover a causa de mi moral y de mis sentimientos tan elevados y tan enormes como eran los que tenía yo con respecto a aquellas mujeres.

¡No!; pero sí. En un momento determinado, me miraron fijamente por verme tan serio yéndose las dos hacia mi persona para echarse prácticamente sobre mí; hasta el punto de haberme podido aplastar las dos con su cuerpo.

Me empezaron hacer cosquillas en las axilas, no pudiendo yo estar quieto; así que me levanté de la manta y comencé a seguir las una a una queriéndolas atrapar en plena carrera.

En una de éstas veces nos caímos al suelo, rodando por el con todo nuestro cuerpo empapado en agua; ya que en ése sitio había agua desmanada por medio de la hierba que existía allí mismo.

Yo las quise levantar pronto del suelo, para que no cogiesen constipado, pero al sujetarlas por sus blusas; a una la rompí el sujetador y a la otra la blusa, quedándolas a las dos sin prenda alguna en su tórax.

Ellas, ni cortas ni perezosas me quitaron la camisa y bajándome los pantalones me quisieron dejar su saliva en mis partes; no pudiéndolo conseguir por la agilidad que empleé por no querer que aquella acción se llevase a cabo, levantándome con un impulso como de no haberme gustado lo que ellas querían hacer conmigo.

No podía dejarlas, desde un principio, hacer actos como el que querían llevar a cabo con mi persona; imponiéndome para dar a entender que el respeto era la madre de todas las ciencias.

Aquel día fue inolvidable para nuestras personas; ya que por muchos años que vivamos no lograríamos olvidar lo bien que lo pasamos en aquella fecha.

Aunque para decir verdad, había algún rifirrafe entre ellas, pero sin llegar la sangre al río; ya que se llevaban muy bien.

Todos esos acontecimientos me llevaron a la conclusión de que tenía que ampliar alcobas y llamando a un constructor del pueblo de Lawton le indiqué lo que yo quería, empezando la obra de inmediato.

Tenía que hacer otra habitación alejada de la primera y aprovechando de que esos días iba a estar solo en mi casa, para cuando viniesen ellas ya estuviese echa la arbitración; y así fue, pues en un par de días la había delimitado y confeccionado; aunque para decir verdad todavía faltaba el remate final, que era el repecharla y solarla, así como sus azulejos; puesto que los acoples y las rozas de la luz estaban totalmente echas.

Una decepción se llevó las dos, Dayana y Thalia, al ver aquel desaguisado, según decían ellas; pues en una choza no había compartimentos algunos. Comprendí pronto que me había pasado de rosca.

Y ahora qué hacía, si la habitación ya estaba hecha y con un gusto semejante a los comanches, con sus colgaduras y sus plumas de buena vista.

THALIA -. No; si tiene su estilo.

DAYANA -. Y tanto.

Para desagruarlas, las llevé un día a unas atracciones que se daban en Oklahoma, más bien en una buena sala de fiesta; pasando una gran velada entre los tres, para en un momento determinado nos levantamos de las sillas con una sola idea de dar unos paseos por las calles de la Ciudad de Oklahoma.

Nos parecían sus calles más bonitas que nunca, sobre todo cuando las chicas me cogieron de las manos llevándome ellas, en vez de llevarlas yo. Dándome hincapié dicho acto para decirla una cosa a la señora Thalia.

GEORGES -. A la próxima vez, deseo que venga con nosotros su marido Steeve.

La señora Thalia frunció el ceño con una presura que parecía no haberla gustado nada lo que yo la dije, para en unos segundos después refutarme tal idea.

THALIA -. ¡UF!, hijo. Steeve se encuentra muy mal; tal vez no pueda salir.

Yo no comprendía, entonces, como iba a la ciudad lejana para comprar repuestos para los coches el señor Steeve; así que no la quise decir nada más sobre su marido y seguimos dando el paseo por las bellas y hermosas calles de la Ciudad de Oklahoma.

Aquella noche pernoctamos en casa de la tía de Sara, por habérsenos hecho demasiado tarde para Thalia y para mí. Pero eso sí: Cada uno en su cama y por separado, no pudiendo ser de otra manera, ya que su tía velaba nuestros sueños.

Por la mañana temprano nos encontrábamos todos como si hubiésemos recibido una buena paliza, al dolernos los huesos y al sentirnos mareado por causa de aquel etílico, que habíamos tomado la noche anterior.

No las podía ver de ésa manera; así que las llamé a la oficina, teniéndolas allí casi toda la mañana, tomando café cada media hora.

Cuando llegó la hora de dejar nuestro trabajo, yo no las veía lo suficientemente bien, como para que se fuesen en el autobús ellas solas; así que decidí llevarlas yo en mi coche: Cosa que agradeció la tía de Dayana a las mil maravillas.

Pero al llegar a la casa de Thalia, en el pueblo de Lawton, se encontraba allí su marido Steeve, que nos invitó a los dos para pasar a su casa; pues ya tenía él hecho la merienda. Era una buena merienda, donde abundaban los majares y toda clase de bebida; aunque poco pudimos tomar su mujer, Thalia, y yo; por no encontrarnos los suficientemente fuerte para hacerlo.

Steeve comprendió enseguida por qué no tomábamos alcohol ninguno; así que se levantó para minutos más tarde traernos sendos café muy cargado: Se podía hasta masticar el cafeto en la taza.

Yo no podía pasar desapercibido el hecho de que el señor Steeve nos había servido un café de tales características, así que le hablé sobre dicho café.

GEROGES -. No puedo desaprovechar la ocasión para preguntarle por éste café.

STEEVE -. Está hecho de unas plantas que he encontrado en el bosque.

GEORGES -. Ya decía yo, que éste café no tiene el cafeto muy elaborado.

Una tímida sonrisa le salió de los labios al señor Steeve, pero con un signo de debilidad; parecía que no podía ni tan siquiera reír, no sabiendo yo si preguntarle por su enfermedad o por el contrario quedarme callado, par no hurgar en la herida, que le estaba afectando sus sentimientos.

Dichosa cama y dichosa casa: Me puse en un sillón con mis mocasines, con las piernas estirada leyendo un libro que me estaba gustando mucho, pero que mucho; y así como a media noche decidí irme a la cama para poder conciliar el sueño unas horas; pues a las cinco de la mañana tendría que estar levantado para poderme asear y prepararme para marchar a la Ciudad de Oklahoma.

Al llegar a mi trabajo, en las inmediaciones de aquella Ciudad vi a la señorita Dayana más nerviosa que nunca; así que me fui derecho para donde se encontraba aquella señorita y poder saber las causas de los nervios, ya que lo estaba exteriorizando.

Cuando me vio llegar a su lado, la señorita Dayana se quiso evadir refugiándose en los bajos de la plataforma de aquel pozo; pero yo llegué antes que lo consiguiese, para darla los buenos días y saber qué causa la estaba embargando toda el Alma.

No pudo huir de mí, ya que el armazón del pozo lo habían quitado en su totalidad para poner el nuevo sistema de extracción, para producir doble y hasta tres veces más de petróleo que hasta ahora se estaba extrayendo.

GEORGES -. Dayana. . . Por favor Dayana, espera.

Aquella chica miró para atrás con cara de agobio, no queriendo hablar conmigo; pero que al decir verdad, se la veía que no quería hablar con nadie. Y como se había refugiado en un anclaje del armazón, me llegué hacia ella cogiendo con una mano el anclaje, para que no pudiese dar un solo paso, y con la otra la alzaba la barbilla de su mentón; pudiendo ver en sus ojos un agobio impresionate. Bajó la cabeza con idea de no decirme nada, al tiempo que se la caían sendas lágrimas de sus ojos.

GEORGES -. Por favor, Dayana, dime lo que te pasa.

DAYANA -. Mi. . . Mi tía.

GEORGES -. Por favor; dime lo que la pasa.

DAYANA -. Ha tenido que ingresar en el hospital ésta misma noche.

Al decirme aquello Dayana, no sabía cómo reaccionar en ése preciso momento; pero enseguida caí en algo fundamental: Aquella chica había llegado al puesto de trabajo aquella mañana, porque se sentía allí más protegida. Pero a la vez me ofrecí para llevarla al hospital en la Ciudad de Oklahoma y poder saber mejor las causas que la aquejaban a la tía de Dayana.

Aquella chica se aferraba para no querer ir al hospital; la parecía que ya había pasado todo, sobretodo lo malo para su querida tía. Pero con todo y eso, conseguí llevarla a la bella Ciudad de Oklahoma, más bien al hospital.

Cuando la vieron llegar los empleados administrativos a la señorita Dayana al hospital la llamaron a recepción para saber qué había sido de ella, ya que había salido corriendo, según ellos, sin haber firmado un impreso para que la pudiesen intervenir a su tía.

Aquel impreso urgía que fuese firmado por la señorita Dayana cuanto antes; ya que pude saber, dicha señora se encontraba con una rotura de cadera; pues se había caído la noche anterior y tenía unos dolores grandísimos. Y claro estaba como dormida a base del fuerte medicamento que la estaba dispensando.

Como yo lo podía hacer, ya que estaba a cargo del personal y de los pozos petrolero: La senté en una silla a la señorita Dayana, esperando en aquella sala desde las diez de la mañana hasta las ocho de la noche de aquel día; saliendo un doctor con bata, diciendo a la señorita Dayana, que la operación había sido un éxito; pero que por ello no había que esperar una evolución perfecta en una persona mayor.

Aquella misma noche pernoctó en mi casa Dayana, no queriendo acostarse conmigo en mi cama, la única que tenía por ahora; hasta que el comercial me trajese la cama de la otra habitación. Pero menos mal a mi insistencia, Dayana accedió para acostarse conmigo en mi cama; pero eso sí, casi vestida.

No sé qué sentí aquella noche, cuando estaba acostada Dayana conmigo; pero lo cierto era, que oía un coro de ángeles en la habitación y veía como una nube blanca flotar por el techo y eso que no estábamos haciendo nada; solamente estábamos acostados y nada más.

Respeté en todo momento a la señorita Dayana; pues era mi deber hacerlo, según yo; al ser mi chica preferida y mi novia, desde ahora.

Me desperté a la misma hora de siempre, o sea a las cinco; queriéndome levantar de la cama, pero no pude hacerlo, ya que empecé a observar una cara angelical: Bella, noble y buena a la vez.

Pero como el tiempo apremiaba, la desperté con suavidad para que se levantase y pudiese llegar a su hora al puesto de trabajo que ella tenía. Yo me lavé rápido para dejarla el lavabo para ella misma; ya que una señorita empleaba más tiempo en asearse que un caballero.

Así pasamos los días, hasta que por fin fue llamada la señorita Dayana al hospital con idea de llevarse de allí a su tía Sara; ya que podía valerse por sí misma con unas muletas.

Y desde luego con unas muletas comenzó andar por su casa, no queriendo ninguna compañía, con la sola idea de que su sobrina asistiese a su trabajo todos los días; para que no la pusiesen falta alguna en su trabajo.

Yo por mi parte di seis días de permiso a la señorita Dayana, para que asistiese a su tía Sara y así ver las posibilidades que tenía de quedarse sola aquella señora; no quedándome yo tranquilo, me allegué a la casa de la señora Sara preguntando por ella.

La puerta me la abrió Dayana, pues antes que se diese cuenta la asesté un beso en las mejillas; pero no contento con eso, la di otro beso en los labios. No hubiese hecho

tal cosa; pues se encaró conmigo Dayana, al notar el placer de aquel néctar incandescente, como la transmití yo con aquel beso.

DAYANA -. No, no y ¡no!

Era lo único que se la oía decir a la señorita Dayana, para mí Dayana; haciendo unos gestos característicos con las manos de arriba a bajo, como que no podía estarse quieta por la mucha excitación que la había producido aquel beso, que la había dado yo.

No obstante me sirvió un café y una copa de aguardiente, que era lo que se servía en las buenas ocasiones; siempre que llegaba a casa un buen amigo.

Al día siguiente llegó a la oficina la señora Thalia, toda sudada y con un cansancio enorme; no podía resistir tanta presión, ni tanta fuerza como tenía que hacer en su pozo, en el cuarto pozo.

THALIA -. No sé para qué cambiar el sistema de tracción de petróleo en los pozos.

GEORGES. No querrás que se asemejen todos los pozos al mítico pozo Glenpool.

THALIA -. Desde luego el pozo Glenpool es muy nombrado.

GEORGES -. En 1905 se construyó el pozo Glenpool, en Oklahoma.

Desde luego, que la señora Thalia quería avances sustanciosos en los pozos de petróleos que estábamos trabajando; ella sentía el bienestar de la Ciudad de Oklahoma y de todo el Condado en general. Lo que ella se refería era al cansancio y al mucho esfuerzo que hacía en aquel pozo para que funcionase a las mil maravillas.

No, desde luego que no se podía seguir con la misma fórmula de extracción del petróleo que hacía bastantes años.

Pero como la señora Thalia seguía en mi oficina, no se la ocurrió otra forma de sentarse más que en mis rodillas, a lo primero; pues más tarde se subió a mis muslos tocándola yo todo su cuerpo. Cuando llegué a tocar sus partes púdicas, me quitó la mano de donde yo la tenía emitiendo una afirmación categórica.

THALIA -. Si va a ser tuyo; estate quieto ahora.

GEORGES -. Las mujeres de vuestra tribu sois muy fieles.

THALIA -. Lo tenemos por costumbre.

GEORGES -. Mientras yo me derrito como un trozo de tocino echado a la lumbre,

THALIA -. Eso, que no se te ocurra decirlo delante de las demás personas.

GEORGES -. No pierdas cuidado, que no lo diré nunca.

Así quedó entre Thalia y yo, pues en un momento determinado se levantó de mis muslos saliendo a las afuera de la oficina con la sola idea de irse a su puesto de trabajo, una vez que había descansado un buen tiempo hablando conmigo en mi oficina.

Creí haberme quedado solo en mi oficina, cuando llegó, de improviso, la señorita Dayana, con la sola idea de saber lo que se había hablado en ése tiempo determinado que había estado la señora Thalia dentro de mi oficina. ¡UY! Si se lo digo; no me dejaría en paz toda la vida, estaría recordándome siempre lo que yo había hablado con Thalia. Y para que ellas dos no tuviesen una forma de rencilla, tenía que callarme por caridad hacia las dos mujeres, teniendo un simple pensamiento de cómo se lo iría a decir con buenas palabras: Que yo pertenecía a otra religión.

Desde luego, que no sabía cómo decirlo; por lo tanto pensé decírselo a las dos a la vez, y aprovechando que yo había ido para ver cómo estaba la tía de Dayana, encontrando allí a Thalia, aproveché un momento de indecisión suyas, ya que no

hablaban nada en ése preciso tiempo, en el que yo me dispuse a enterarlas de mi situación religiosa a las dos; ya que estaban hablando las dos de lo mismo, sin dejar que nadie entrase en su conversación ya que era totalmente recta y decidida aquella plática que estaban echando aquel día por la tarde las dos mujeres, en la casa de la señora Sara.

GEORGES -. Como os oigo hablar de vuestra religión, os hablaré yo de la mía.

Comencé diciéndola, que como ellas sabían yo pertenecía a la religión católica, apostólica, cristiana y romana; y que no tenía ganas de cambiarme de religión debido a mis creencias totalmente fuertes y verídicas. Las hablé de que mi religión no permite tener más de una mujer, y eso casado bajo las órdenes religiosas del cristianismo, ó sea; en la Iglesia y con un cura.

Mientras yo las estaba dando una charla a las dos mujeres, Thalía y a Dayana, éstas me miraban con cara degollada, sin saber qué decir, ni qué camino escoger en aquel día, en el que se las abría la mente para que pensasen la verdadera realidad de las formas y de la manera de ser que yo tenía.

No obstante seguí con mi charla, para que supiesen la realidad de mi vida y lo que yo podía sufrir si acaso tuviese dos mujeres, en vez de una, a causa de mis ideas religiosas.

Por otra parte, yo me había criado lejos de ésas preciosas tierras, y antes que me excomulgasen tenía que consultar mi caso con un Sacerdote; ya que yo no podía obrar por sí solo: Me debo a unas Leyes humanas, pero también divinas: No pudiendo hacer uso de ninguna prerrogativa de Roma, Roma no lo concedía; y parece que en éste caso no me lo iría a conceder. . .

No me dejó terminar la señora Thalia, que alzándose de donde se encontraba sentada me dijo algo así, como que lo tendrían que conceder.

THALIA -. Pues sabes lo que te digo: Que conmigo te tienes que casar, sí ó sí; pero con ésta chica también. Tú sabrás lo que tienes que hacer.

Las hice comprender que yo no sabía nada de aquellas tribus, ni tan siquiera sabía cuantas tribus existían en aquel contorno, ni sabía sus costumbres; así que me sería difícil enlazar con los hechos cotidianos de la vida de los comanches y mucho menos saber estar entre ellos. . . Fue cortada mi conversión, otra vez, por la señora Thalia; alegando algo que me impactó.

THALIA -. Lo estás haciendo a la perfección.

GEORGES -. ¿Yo qué hago de aquí en adelante?.

THALIA -. Lo mismo que hasta ahora; o sea, nada.

No daba su brazo a doblar, no lo podía dar; ya que sus leyes eran tajantes y ejecutivas.

GEORGES - ¿Y sino me caso?.

THALIA -. Me condenas en la vida a no poder existir en el Mundo; así son las leyes de mi tribu, más bien de mi pueblo natal.

GEORGES - ¿Qué quieres decir?.

THALIA -. Una mujer que se quede sin marido, se tiene que casar con un hombre que a ella la agrade. . . Y si no. . .

Debí poner una cara de espanto; pues hasta un buen tiempo no me respondió nada la señora Thalia y al cabo del cual, tampoco me respondió; solamente hacía señales con la mano de que así era.

Me eché para atrás, como asustado, no aceptando las leyes de su tribu si eso era de ésa manera que ella me contaba.

GEORGES -. -Señalando a la señorita Dayana-. Me referí a ella, ¿Y Dayana?: ¿Qué me dices de ella?.

THALIA -. Otro tanto de lo mismo: ¿Qué chico se va arrimar el día de mañana a ella?.

GEORGES -. ¿Por qué?.

THALIA -. Porque ya ha estado contigo y las habladurías son muchas y se abultan los hechos.

No sabía yo que el conocimiento de ésas tribus eran igual que hace un siglo en mi tierra natal; pues si una chica se hacía novia con un chico y se dejaban, ya no la quería ningún otro chico.

Una tenía que dejar de subsistir y la otra tenía que vivir en el seno de una familia que la acogiese de buena gana. Sin beberlo ni comerlo me había encontrado con aquel embrollo sobre mi persona.

No había dilación al tema: ¿O me casaba?, o tendría una persona que dejar de existir, para acoger una familia de confianza a la otra chica: Que tal vez serviría para algo más, que para estar en su choza, o Tipi; o en unas casas Las Vikiupas llamadas Vigvam.

Yo sabía bien que Dayana procedía de las montañas; mientras que Thalia procedía de las llanuras, con costumbres diferentes las dos y a veces sus tribus enemigas por el territorio donde cazaban los bisontes.

Así se lo hice saber a las dos mujeres, diciéndome la señora Thalia, algo que me convenció y me llenó de alegría, además de orgullo.

THALIA -. Ves, hijo; como estás entendiéndonos a las tribus que forman nuestro entorno.

Tal vez estaría entendiendo a las tribus que formaban todas sus escuadras; pero para entenderlas mejor había que vivir con ellos y sentarse con ellos para tomar una tonelada de sal.

Pero no me quería ir de allí sin saber otra cosa, que me estaba asfixiando por dentro: La cantidad de sangre que se debía tener semejante a esas tribus.

THALIA -. Con el diez por ciento que tengas de sangre de las tribus, ya te consideran de la misma tribu.

Al decirme aquello la señora Thalia se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, dejándome ver algo que yo no quería.

GEORGES -. ¿Pero entonces, los “nanos”?

THALIA -. Serán considerados de la tribu.

GEORGES -. ¿Quién lo dice?

THALIA -. Éste.

Señalándome para la cosa que yo no quería ver me dijo aquello que lo decía su cosita; así que no había más que hablar

GEORGES -. Como tú digas.

THALIA -. No ves que Dayana y yo, ya no podríamos vivir sin ti. Nos hemos acostumbrado de tal manera a ti, que nos sería difícil vivir sin tu compañía.

A mí me pasaba otro tanto de lo mismo; que sin ellas dos no sabría lo que hacer en éste Mundo, tan maltrecho y tan mezquino para con sus habitantes, más bien los unos con los otros.

Había encontrado dos personas que no solamente me apreciaban, si no que me querían de buenas ganas: Con un amor que rayaba la locura, como pude darme cuenta enseguida.

No podía dejarme una pregunta en el tintero; por lo tanto me armé de valor haciendo aquella pregunta a las dos mujeres, que tanto me querían.

GEORGES -. ¿Estáis de acuerdo que me case con las dos?.

THALIA -. Sí.

DAYANA -. Sí.

No había más que hablar y a una hora prudencial me llevé a Thalia al pueblo de Lawton, para que pernoctase con su marido; ya que ése día se encontraba en casa.

Al siguiente día por la mañana me llegó Thalia a la oficina, hablándome algo que yo intuía; pues no quería decirme recto la conversación que estaba sosteniendo

conmigo: Parecía que la daba vergüenza hablar claro, por si acaso me molestaba. Pero cuando la miré fijo, comenzó hablarme de Dayana, llegando a un punto donde yo tuve que cortarla su verborrea.

Como ella no se atrevía a decírmelo recto, yo la tuve que ayudar para sonsacarla los deseos que ella traía con respecto a Dayana; diciéndola, - que si quería que me casase con Dayana cuanto antes -.

Me entendió enseguida; más que yo la estaba entendiendo a ella; pues bien hecha la pregunta enseguida la comprenden las personas.

Aquello lo dejé pasar; pues nada más que se marchó Thalia de la oficina me fui hablar con el señor Christian, ya que tenía una cosa en la mente que no me dejaba ni a ton ni a son. Y como yo sabía que el señor Christian marcharía al día siguiente a la central de la empresa, le encargué una cosa con todos mis deseos.

CHRISTIAN -. No sé si podrá ser lo que tú me estas proponiendo con respecto al nuevo personal de la oficina.

GEORGES -. Tengo un trabajo ímprobo; por lo tanto necesito secretarias.

CHRISTIAN -. Nos han concedido un poco más; si nos hubiesen concedido otro más, ya trabajarían dichas chicas como personal administrativo, ahora confórmese que se las asignen como ayudantes.

Le estaba diciendo al señor Christian, que cuando estuviese en la sección administrativa de la empresa, pidiese dos ayudantes nuevas en la oficina; alegando el mucho trabajo que yo tenía, como en sí era.

Salí un poco decepcionado de la oficina del señor Christian al decirme éste que solamente serían ayudantes las dos mujeres; pues si fuesen administrativas ganarían mucho más, no queriendo decir si fuesen secretarias.

Pero como se me había olvidado preguntar al señor Christian por su mujer, volví para atrás y antes de llegar a la oficina de éste, salió de ella para decirme que se encontraba bastante bien su mujer. Había intuido lo que yo le iba a preguntar y antes que yo lo hiciese, él me lo dijo desde la puerta de su oficina.

Me despedí una vez más del señor Christian, no sin antes volverle a recordar el recado que yo le había hecho para cuando estuviese en la sección administrativa de la empresa.

El señor Christian me comprendió a la perfección el recado, con tanto interés, que yo le había hecho; pues todo el personal de la empresa sabía lo que nos estaba pasando a la señora Thalia, a la señorita Dayana y a mí: Sabía en las relaciones que estábamos sumidos los tres.

Aquella misma noche me llamó la señora Thalia a mi casa; ya que se había puesto su marido muy malo, teniéndosele que llevar al hospital de Oklahoma enseguida; acompañándola yo en mi coche, ya que la ambulancia se había marchado sin esperar a la señora Thalia.

Tres días estuvo el señor Steeve en el hospital ingresado y al cabo de los cuales le dieron el alta, no definitiva; pues le dejaron marchar a casa para que se tomase las medicinas que le habían mandado en el hospital, ya que otra cosa no se podía hacer por él.

La señora Thalia trabajaba con poco gusto los días siguientes, hasta que por fin llegó una mañana diciéndome que su marido Steeve se encontraba mejor y eso me lo

decía con cara alegre: Se notaba que le quería y que le tenía mucho aprecio y respeto a la vez: Siendo su faro y su guía para ella su marido Steeve.

Eso lo comprendí yo enseguida; pues si acaso no hubiese sido así, no sé qué hubiese sido de su marido Steeve; alegrándome todo lo que yo veía de la señora Thalia, pues si una señora se porta así con su marido es digna de confianza.

Mientras tanto llegó el señor Christian con el permiso de nombramiento de dos ayudantes míos en mi oficina, cosa que me produjo una satisfacción enorme, al saber que Thalia y Dayana descansarían de hacer tantas fuerzas las dos; ya que unas mujeres como éstas no tenían muchas fuerzas en su cuerpo y en sus músculos.

Las llamé a las dos enseguida, sin falta de tiempo, para darlas la noticia de su nuevo puesto de trabajo en la empresa, dentro de aquel complejo petrolero. Así que mandé la lista de las dos ayudantes que yo había elegido para que me ayudaran en mi oficina; asignándome más trabajo por tener más personal trabajando en la oficina y quitándole trabajo al señor Christian. Además se asignó trabajo que antes no se hacía en aquella explotación petrolera para nada; pero que ahora lo teníamos que hacer.

Me concienció yo en eso, en tener que trabajar cada vez más; así que me remangaría, como se dice vulgarmente, para asumir el mayor embolismo de ése trabajo asignado a la oficina.

Las chicas se afeminaron cada vez más; pues iban vestidas de faldas y con zapatos, en vez de con un mono de trabajo. Pero no tenían que ceder ni un ápice para que nos asignasen otro pozo más; que era lo que se había dicho, así trabajarían las señoras como administrativas, en vez de ayudantes.

Todo funcionaba muy bien en la oficina, ya que era yo el que hacía la mayoría del trabajo en ella, enseñando a las dos mujeres, Thalia y a Dayana; que poco a poco fueron cogiendo los impresos y los libros para hacerlo ellas solas aquel trabajo.

Todo se encontraba estabilizado en la oficina, hasta contestaban ellas al teléfono e informaban a los señores que llamaban a la oficina preguntando por algo referente a lo que esos señores querían de la empresa.

Todo estaba en orden, hasta que un día llamaron del hospital con no muy buenas noticias y como la señora Thalia no se encontraba en la oficina la tuve yo que llamar personalmente.

Su marido había llamado a la ambulancia para que le llevaran al hospital, ya que no se encontraba bueno; más bien se sentía indispuerto y como mareado y con ganas de devolver.

Enseguida llegamos al hospital, viendo al señor Steeve blanquecino y como agotado, con cara de no poder resistir más aquella enfermedad que le agobiaba. Y de aquel hospital fue trasladado al hospital MD Anderson cancer center de la universidad de Texas, Houston, TEX. Gracias a los miles de empleados y doctores excelentes que tiene dicho hospital, le pudieron poner un poco en condiciones al señor Steeve, que en pocos días se encontraba en su casa.

La señora Thalia no dejaba de quejarse; ya que le encontraba bastante débil y sin ganas de comer. Ella achacaba a las medicinas que estaba tomando las desganadas que tenía el señor Steeve para no probar bocado alguno; pero lo cierto era que el señor Steeve se encontraba malo, bastante malo, por lo tanto aproveché la circunstancia de que llegaba el descanso dominical para invitarlas una merienda en el bosque, en aquellos campos con tantas flores de diversos colores.

Y allí que nos fuimos con el señor Steeve, en una mañana que había una brisa agradable y un buen día para estar en el campo; no obstante el marido de la señora Thalia no aguantaba dicho clima, tan benigno para nosotros, pero tan perjudicial para su salud.

Duramos poco tiempo en dicho bosques, disfrutando de sus innumerables floras en esos campos tan bellos a la vista. Y como al señor Steeve le habíamos llevado en mi coche, nos costó bastante volverle a montar en el vehículo para llevarle de vuelta a su domicilio en Lawton.

Al llegar al pueblo de Lawton yo no quería dejar sola a la señora Thalia, pero como había ido con nosotros la señorita Dayana la tenía que llevar a la casa de su tía Sara en la Ciudad de Oklahoma y así lo hice, pese a mis grandes sentimientos que tenía para con la señora Thalia; ya que su marido se encontraba mal, pero que muy mal.

La noche la pasé en vela, ya que me tuve que ir a mi casa para sentarme en un sillón leyendo una gran novela; y así pasé la noche sin dormir ni un sólo momento. Pero cuando amaneció ya me estaba permitido ir a la casa del señor Steeve, encontrándole un poco mejor; queriendo la señora Thalia irse al puesto de trabajo en ese día que a su marido se le veía bastante mal, pese a la poca mejoría que presentaba su marido.

Los días sucesivos los pasamos pendientes del señor Steeve, pues parecía que se iba recuperando y estaba más animado; sostenía conversaciones con nosotros amenas y con chascarrillos.

La señora Thalia se encontraba más animada, ya no tenía ese color de cara que aparentaba agobio en su Alma: Proponiéndonos una merienda campestre en el mismo lugar que lo tuvimos que dejar de prisa y corriendo con el señor Steeve hacía ya tiempo.

La señorita Dayana y yo aceptamos de buena gana, pero cuando todo estaba preparado para marcharnos al mismo lugar de hace tiempo y celebrar esa merienda, la señora Thalia recibió una llamada telefónica para que acudiese enseguida a su casa en el pueblo de Lawton.

La señora Thalia no se encontraba en la oficina cuando se recibió aquella fatídica llamada telefónica; ya que se encargaba del personal, entrándome a mí una

congoja por todo mi cuerpo que no podía ni hablar. Cuando llegué a dónde estaba la señora Thalia lo hice con mi coche, mirándome fijamente ésta señora, a mí y al coche; como presintiendo alguna noticia mala. Y desde luego, que era mala, muy mala, la noticia que tenía que dar a Thalia, no sabiendo yo cómo dársela; así que me bajé del coche diciéndola algo banal.

GEORGES -. Lo siento.

Solamente se me ocurrió decirla aquello a la señora Thalia, comprendiéndome enseguida dicha señora, que se vino hacia mí para apoyar su cabeza sobre mi hombro con plenos sollozos. No tardando en llegar tres hombres jóvenes poniéndose entre la señora Thalia y mi persona, como interceptándome para que yo no la consolase.

Thalia se quiso venir conmigo al pueblo de Lawton, no dejándola dichos jóvenes venirse en mi coche; ya que la llevaron ellos al depósito fúnebre donde se encontraba el cuerpo inerte de su marido Steeve.

Sí, el señor Steeve había muerto de una forma repentina; ya que cuando se fue la señora Thalia al trabajo se encontraba bastante bien.

Velaron ése día el cuerpo del señor Steeve el personal de su tribu, junto con el Clhamán, que aunque no tenía mando alguno tenía la capacidad religiosa para llevar a su tribu.

Yo aquel día no me quería ir a mi puesto de trabajo, viendo por la mañana temprano salir a los componentes de la tribu con el cadáver, para depositarlo un par de horas en un Tipi en los bosques más preciosos que había allí cerca. Pero como las leyes del Estado en el condado de Lawton, como así en toda aquella grandiosa y bonita

Nación, no permitían los enterramientos que se hacían antiguamente, le tuvieron que enterrar según las leyes del Estado.

No queriéndoles cansar en los detalles que hicieron aquellos hombres en el Tipi, por haberlos visto ustedes muchas veces en películas y otros leídos a simple modo y a ojo de un buen cubero. Ésos actos me lo guardo para mis adentros, no queriéndoles cansar mucho a ustedes en su lectura.

Cuando se terminó el funeral estatal, vi llegar a mi casa a los hombres de la tribu seguido de la señora Thalia, que venía vestida con una bata que la caía hasta los tobillos, mocasines y un pañuelo al cuello y el pelo desatado, cayéndola por la espalda: Estaba guapísima la señora Thalia vestida de ésa manera y hasta una cinta llevaba en la frente que la rodeaba su cabeza, enseñando una pluma.

Al frente de la comitiva venía el Chamán con sus vestiduras y con sus pinturas en la cara, como si se tratase de un acto grande para ellos.

Llamaron a la puerta, entregándome a la señora Thalia nada más que abrí yo; para con un gesto característico marcharse todos los hombres de su tribu; pero que al darme mejor cuenta, las mujeres se encontraban paradas a una distancia considerable, viendo aquella entrega.

Habían cambiado mucho las formas y los hechos de aquella tribu, no sabiendo yo si era a causa del Estado o de la manera de vivir de aquellos hombres; pues ya no vivían en Tipis, en pleno bosque, vivían en cabañas en el pueblo de Lawton, pero que se podían denominar casas debido a lo bien amueblas que las tenían.

Enseguida llegó la señorita Dayana llorando a mares, por la muerte del señor Steeve y abrazando a la señora Thalia con sumo afecto y cariño por su parte. Pensando inmediatamente, que si fallaba la señorita Dayana tendría que haber chozas en las

montañas, para celebrar los funerales de ésta. Pero quién iba a pensar ahora en eso; si la señorita Dayana era joven, jovencísima.

Aproveché que estábamos en mi casa, los tres, para hablar sobre el matrimonio que celebraríamos oficialmente más bien estatal; ya que yo quería cumplir con las leyes de aquel Estado.

Thalia me invitó para que fuese a ver el baile del Sol, en pleno bosque, por su tribu, y desde luego me asombré; pues unos llevaban los mocasines de su madre, otros algunos abalorios y algunos más unos escudos como protección, pero religiosamente. Se veían algunos otros señores con plumas, que eran para ellos una especie de talismán, pues si poseían plumas, según ellos no los pasaba nada malo. Todo ello regido por el Shamán el curandero supremo.

Terminando el baile se me acercó el Shamán echándome una bocanada de humo en mi cara, que me produjo un estado alucinógeno por el olor tan fuerte que tenía aquel efluvio vaporoso.

No sé si aquel evento me había producido una fuerza enorme; pero lo cierto era que cuando llegamos a casa, Thalia y yo, ya que a Dayana la dejamos en casa de su tía Sara, nos liamos sin cortapisa alguna en la cama que siempre había recibido a Thalia.

Por fin, por fin!; ya era hora que hiciésemos el amor Thalia y yo en aquella cama que nos traía tantos recuerdos de nosotros dos.

Aquella noche cogí la marcha de un tren antiguo, el chachachá, echando más humo que una locomotora de carbón, con el van van de su chimenea. Y a mi simple parecer no paré hasta llegar, por lo menos, a Boston; y cuando terminé aquella faena me eché boca arriba sin pensar en nada.

THALIA -. ¡UF!. ¿Qué piensas?.

GEORGES -. En nada.

Me miró Thalia con cara de sorpresa, por haber estado subida en una nube más bien de algodón; no pudiendo pronunciar muy bien las palabras, ni mucho menos pensar en algo que no fuese el acto que habíamos ejecutado momentos antes.

Los dos coincidimos de que yo me tenía que casar pronto con la señorita Dayana, y así estaríamos juntos los tres en casa; ya que tenía su cuarto preparado; no queriéndola decir a Thalia, que nuestro casamiento no se había ejecutado en forma alguna, ya que yo había dado informes a la corte del estado de que vivía con la señora Thalia y nada más. El estado tenía que saber con quién vivían las personas, unos con otros; así lo mandaba la Ley y así lo hice.

Pero con la señorita Dayana me tenía que casar por el estado y por lo religioso; ya que yo era Católico romano, pues así me lo demandaba mi religión, aunque no fuese la religión de Dayana: Pero si yo acedía a casarme por el ritual de su tribu, Dayana tendría que acceder a casarse por el ritual de mi religión católica y romana.

De ésta manera no habría oficialmente, y digo oficialmente, poligamia; ya que tan sólo me habría casado con una sola mujer, con Dayana: No amenazándome el sentido de la excomuni3n; pues siempre era malo para la persona cat3lica y romana.

Los preparativos se hicieron de prisa y corriendo, dando consentimiento su tía Sara para que se casase Dayana conmigo.

Despu3s de unas ceremonias al aire libre, que bien saben ustedes como se hacen en dicha ocasi3n, y despu3s de haberme vendado un dedo, llegu3 a la corte de aquel estado con Dayana para que nos registrasen como pareja de derecho y no de hecho como hab3a sido con Thalia; aunque el estado no se quedaba conforme con aquel asiento que hice en su d3a de Thalia, viviendo conmigo.

Más tarde nos trasladamos a la Ciudad de Oklahoma donde nos casamos en la Catedral del Perpetuo Socorro, gracias a un sacerdote conocido mío; pero al decir éste cura, que si me quería Dayana dudó un poco en contestar; sabiendo yo que aquella duda no era por si me quería, que sí sabía yo que Dayana me quería mucho.

Más bien miró a su tía Sara y hasta que ésta señora no hizo un gesto de aprobación a su sobrina, Dayana no se atrevió a decir la mágica palabra, sí quiero,

Los actos que tuvieron ocasión en su tribu y toda la palafrenaria, lo omito por creer que ustedes ya saben con creces todo lo que conlleva dichos actos entre las personas de la tribu y mucho más la ceremonia oficiada por el sacerdote en la Catedral si ustedes son cristianos y romanos.

Los actos de su tribu se hicieron antes que la ceremonia de la Catedral; por lo tanto sus gentes no la acompañaron a mi casa, cuando me traje a Dayana; siendo ya mi mujer en todos los términos.

Cuando entramos en mi casa, nuestra casa, la llevé al lado izquierdo de aquella cabaña, donde había construido una habitación confortable para Dayana; teniendo la habitación de Thalia a mano derecha según se entra en la cabaña. Donde siempre había pernoctado ésta señora conmigo, en ausencia de su marido.

Cerré bien la puerta, para que no nos oyera Thalia el posible alboroto que se formaría en la habitación de Dayana y así fue; pues al descubrir que aquella chica estaba virgen, me excitaba cada vez más; costándome mucho el primer acto que hice con ella, al tener cuidado para no hacerla daño alguno.

Tuve un requerimiento por parte de la corte para que formalizase las relaciones que yo tenía con Thalia; pues dicho estado se querellaba contra mí, sino presentaba un justificante del chamán dentro de los días que me daba a entender en dicho escrito.

Yo presentía que aquella corte no era muy partidaria de la bigamia entre su estado; por lo tanto lo veía mal para mí.

Entre nosotros todo seguía igual, trabajando en los pozos petroleros y viviendo en mi casa los tres: Era como si estuviésemos encima de una nube de algodón los tres presenciando nuestras vidas, cómo pasaban nuestros hechos por los ojos de cada uno.

Y como la empresa me había asignado un dinero por mi boda con Dayana, propuse irnos unos días para visitar un país lejos del nuestro; más bien a mi Nación, que hacía muchos años que no iba a ella.

Aproveché cuando nos encontrábamos los tres en la oficina para hablarlas de dicha escapada en nuestro grandioso trabajo, sin saber que los tres no nos podíamos ir por motivos de nuestras tareas, encomendadas a nosotros; no podíamos dejar sola la oficina, aunque fuese una semana, contra más quince días.

Fui en busca del señor Christian, para ver lo que decía el reglamento interno de la empresa; sobre si se podía coger los quince días todos los empleados de la oficina a la vez: contestándome dicho señor, que según él había leído se podría hacer una petición de comisionistas para que asistiesen a la oficina.

Como aquella idea le gustó mucho al señor Christian, se apuntó él también a las vacaciones que tendría lugar en pocos días. Para ello tuvimos que visitar a su mujer en la casa de Christian y poder ver cómo se encontraba; pues aquella señora, Bianca, estaba perfectamente curada de su enfermedad.

Y ¡OH!, decepción: La empresa solamente nos prestaba un solo comisionista para que sustituyera a los tres en la oficina; sabiendo que una persona sola no podría hacer las tareas de nosotros tres. Si nos hubiese prestado dos personas para ejecutar todas las tareas de la oficina, quizás podríamos llevar a cabo nuestras deseadas vacaciones y con ellas una escapada a mi Nación natal.

Más fácil lo tenía el señor Christian, pues en su oficina sí había administrativas trabajando en ella; señoras que sabían muy bien confeccionar los impresos y relacionar el material empleado en los pozos petroleros.

CHRISTIAN -. En mi oficina hay una señora que sabe llevar las relaciones humanas a la suma perfección entre el personal de la empresa.

GEORGES -. ¿Qué quiere decir usted, Cristian?.

CHRISTIAN -. Si yo destaco a ésa señora a la oficina suya, entre el comisionista y la señora a la que me refiero, podrán llevar a cabo el trabajo en su oficina.

Aquello no estaba mal pensado, pero por otra parte sería contraproducente para el señor Cristian destacar a mi oficina una señora para que ayudase al comisionista; que tal vez sería ella la que hiciese la mayoría del trabajo dentro de la oficina.

Sí, sería contraproducente para el señor Christian que mandase para trabajar a una señora dentro de mi oficina, sino había pedido permiso al jefe general del personal, dentro de la sección administrativa de la empresa.

CHRISTIAN -. ¡AH!, no. No importa; puesto que el jefe general de personal es mi yerno: Se lo pediré inmediatamente.

Yo no había dicho a Thalia y a Dayana cuanto dinero me habían asignado la empresa por nuestro casamiento, entre mi persona y Dayana; pero lo cierto era, que no cubría ni los gastos el dinero que me habían asignado por mi boda. Así que tendría yo que poner el resto, siendo carga mayor el venirse el matrimonio Christian con nosotros.

Pero en vez de quince días, nos marchamos siete a mi Nación en un vuelo que salía desde New York y para eso tuvimos que salir hacia la “Gran Manzana” la noche anterior al vuelo, una vez que dejamos nuestras tareas en orden, en nuestro trabajo.

Y por cuatrocientos ochenta y un euros, que al cambio de dólar son, en el día de la fecha, unos quinientos veintiséis dólares, agenciamos el billete de ida y vuelta de Lawton a Neu York; estándonos esperando en el aeropuerto el matrimonio Christian, pues nosotros habíamos ido al pueblo de Lawton para hacer las maletas, encontrándonos aquella noche inmersos en la Gran Ciudad, en medio de sus rascacielos. Edificaciones enormes de varias plantas, dando luz y guía al que decide pasear por aquella gran Ciudad, como es New York.

Yo había contratado los servicios de un abogado en Lawton para que me llevase el requerimiento que me hizo la corte de éste pueblo, al respecto de que pusiera en orden con qué carácter vivía en mi casa la señora Thalia, según ellos. Por lo tanto me iría tranquilo a una Nación lejos de ee.uu, más bien en Alemania,

Todo esto lo estaba pensando, sin decir nada a nadie; por lo menos no se lo dije ni tan siquiera al señor Christian, que en un momento determinado nos pidió que le bajásemos el trato, más bien que le llamásemos de tú.

Desde ése preciso momento comenzamos todos los cinco amigos a llamarnos de tú; ya que la señora de Christian dio su consentimiento para tal trato entre los amigos.

Nos fuimos a un buen restaurante aquella noche, después de dejar las maletas en el hotel que ya había alquilado Christian. En 43 West 24TH Street, en el Raymi, un restaurante más bien peruano, situado en el Flatiron Distrit; en donde degustamos una carne exquisita y buena al paladar: Algunos pidieron oreja, otros costillas y algunos otros cola de búfalo para su degustación.

Pero como Christian me estaba viendo la cara de cordero degollado que yo estaba poniendo, en un lapso de tiempo que no hablaba nadie, inició una buena conversación para mis intereses económicos; diciéndonos que pondríamos un dinero por igual entre todos para nuestros gastos de comida, como de hotel.

Aquello que dijo Christian me sonaba a música celestial; pues sino hubiese sido así, yo no podría hacer frente a tanto gasto, como en sí estábamos despilfarrando. Otra cosa hubiese sido, si yo hubiese ido sólo con Thalia y Dayana; ya los gastos serían más módicos, pues nosotros entraríamos en sitios más modestos. Donde nos encontrábamos no era tan módico, ni tampoco de los más caro; pero mi economía se resentiría en pocas fechas si seguíamos gastando tanto.

Por lo tanto allí reunimos un dinero formando un fondo común para hacer uso de ello todos nosotros en nuestras necesidades. Y como ya nuestro sistema económico se había recuperado, decidimos tomarnos en el Piscobar un aguardiente de Perú, rico al paladar: Tan rico estaba que decidimos tomarnos otra copa y menos mal que la cena había sido abundante; pues si no nos hubiésemos visto perdido para coger al siguiente día el avión para el viejo continente.

Y ya en el viejo continente, en la Nación de Alemania aterrizamos en el aeropuerto internacional de Berlín, alquilando un coche de punto para poder movernos por aquellas tierras misteriosas para el resto de la comitiva.

En poco más de dos horas estábamos en la Ciudad de Dresden, capital de Sajonia; y lo primero que vimos fue el valle del río Elba, que fue patrimonio de la humanidad y por medio del puente que estábamos cruzando perdió dicho patrimonio.

Dresden tiene poco más o menos que quinientos veinticinco mil habitantes, así les iba yo informando a mis mujeres y a mis amigos; para que ellos supiesen un poco de la historia de aquella hermosa Ciudad.

Al cruzar el puente me dirigí hacia la calle Jakobs-gasse y al llegar a dicha calle paré el coche enfrente de una casa, mi querida casa.

No solamente se quedaron mirándome Christian y su mujer Bianca, si no que también me miraban Thalia y Dayana, no comprendiendo yo qué significaban dichas miradas.

Al entrar en casa presenté a todas las personas que llevaba a mis padres, que se alegraron mucho de verme; quedándose mirando unos a otros por el despiste tan enorme que yo había tenido al no haberlos presentado rápidamente a mis padres.

GEORGES -. Éstos son mis padres: mi madre Kestin, que significa seguidora de Cristo. Y mi padre, Aldelbert, que significa famoso por nobleza.

Aquellos señores no daban crédito alguno a lo que estaban viendo; ya que ellos creían fuesen a ver unas personas más bien de Lawtron, de Oklahoma o de otra parte de los Estados Unidos del Norte de América. ¡Qué va!, ¡qué va!: Allí no vieron a nadie de aquellas latitudes de Thalia o de Dayana; más bien eran unas personas alemanas y nada más.

Yo vía que la cara de algunos de mis acompañantes no podía resistir por más tiempo, haciéndome uno de ellos la pregunta pertinente.

CHRISTIAN - ¡Georges! . . .

Miré fijamente a mi amigo Cristian y con el carácter serio y calmado le repuse lo que él, o para decir verdad; lo que ellos querían oír.

GEORGES -. En todas las ciudades que se aprecien hay aeropuertos. Yo nací en la Nación de los Estados Unidos del Norte de América, por una causa similar a la que nosotros estamos haciendo: ¡O sea!, visitar aquella gran Nación. Y por supuesto allí me pusieron el nombre, considerando que hacían un pequeño homenaje a dicha Nación.

DAYANA -. Ahora entiendo.

GEORGES -. Qué tienes que entender, Dayana.

DAYANA -. Hace poco llegó a la oficina un requerimiento para que presentases tu partida de nacimiento.

GEORGES -. Nací en el Estado de Minesota, en el condado de Hennepin, en la ciudad de Minneapolis.

DAYANA -. Entendido.

Me quedé mirándolos, como esperando una pregunta de alguno de ellos y cuando no me la hacían comprendí que habían entendido lo que yo les había explicado momentos antes.

Aquel día los llevé para visitar monumentos que hay en la Ciudad de Dresden, empezando por Altstadt, en el casco antiguo; pues si se quiere visitar Dresden en un día hay que empezar por dicho lugar de encuentro.

Desde allí llegamos a la Iglesia de nuestra señora, Frauenkirche, que es de construcción totalmente barroco; para desde ésta Iglesia llegar a la Brühische Terrassa o la terraza de Brüh que es un balcón sobre el río Elba con escalinatas y en unos de sus restaurantes tomamos un refrigerio, para seguir nuestra marcha en la ciudad de Dresden.

Llegando a poco tiempo al Fürstenzug que es un mosaico del desfile de los príncipes en plena calle con unas cien personas representadas en el mosaico. Representa

la cara de Wettin con veinticuatro mil azulejos hecho en 1.872 al 1.876; precioso mosaico y bello monumento.

Llegando a la catedral Hofkirche de religión católica y desde allí a la ópera más famosa, House.

Al otro lado de la playa visitamos el Genäldegaleria Alte Meister, donde hay obras de: Rafael, Tiziano, Rembrandt, Durero, Van Eycke, y también obras del Greco y Velásquez.

Pero como yo veía que aquellas personas estaban totalmente agotadas, decidí llevármelas a un buen restaurante para degustar una buena comida succulenta, en la parte vieja de la Ciudad; más bien en el DRESDEN 1.900 en An Der Frauenkirche, para degustar una succulenta pierna de cordero, rociada con una buena cerveza negra alemana.

Y para que tanta comida se asentase bien en el estómago, nos fuimos a tomarnos unas copas a un buen sitio de recreo, quedándonos como adormecidos en aquel local.

Yo veía que se estaban juntando alrededor nuestro bastantes chicos; pues al salir de aquel local comenzaron hacer ruido con la boca como si fuese la llamada de los comanches, algo así: Como, ah, ah, ah. Tapándose la boca expulsaban el aire intermitentemente como hacen los aborígenes de aquellas tierras, tan preciosas y grandiosas en su forma y contenido en fauna y flora.

Al día siguiente salimos todos para dar un paseo por aquellas calles lindas y bellas como ellas solas, mirándonos todos los transeúntes por salir Thalia y Dayana, no solamente con mocasines, sino con el traje típico de sus tribus; para dar que hablar a algunas personas, a nuestro paso, algo así como: ¡Son pieles rojas!.

Aquello que dijo alguna persona; en vez de molestarlas a mis mujeres las ensalzó en sus valores por saberse de aquella tierra, noble y bella.

Se diferenciaba los vestidos, el de Dayana más ajustado y más corto, con un señorío genial y un fleco largo que la caía hasta la media pierna, el de Thalia más ancho con un cinturón y sus mocasines; pero las dos con una cinta a la cabeza sujetando una pluma: Siendo la pluma de Thalia más larga y solamente una pluma que salía hacia arriba, pero la de Dayana caía la cinta hacia abajo, sujetando una pluma más acorde de las águilas que habitan las montañas, más pequeña y a un lado de la cabeza, como si fuese de un pollo de águila.

Algunas personas hacían el grito característico de la llamada de esas tribus, echándose la mano a la boca para emitir un sonido de llamada: Purururú, purururé, así Creían las gentes jóvenes de aquella Ciudad llamar a las dos señoras, dentro de su habita tradicional.

Pero como a mí me había sentado mal, bastante mal; cuando nos vimos a solas en la habitación las hablé muy seriamente.

GEORGE -. No sabía que hubieseis traído vuestros vestidos tradicionales de cada tribu.

La que más sorprendida se quedó fue Thalia, que encarándose conmigo se me vino donde yo me encontraba, a los pies de la cama, cayéndome para atrás por la intensidad de las palabras que me dirigió.

THALIA -.Yo de las llanuras, Dayana de las montañas. Yo comanche y Dayana Apache: ¡Que lo sepas de aquí en adelante!.

GEORGES -. Mujer, si lo sé.

THALIA -, pues parece que se te ha olvidado, cariño.

Menos mal que me llamó al terminar sus palabra con la denominación de, cariño; pues era verdad que yo era el cariño de aquellas señoras, como el mío eran ellas.

Pero cuando me di cuenta, Dayana se había adelantado hacia Thalia con la sola idea de sujetarla por si acaso se la disparaban los nervios. Y yo mientras tanto tirado en la cama por medio de ella; ya que el impulso empleado por Thalia me produjo una sensación de impotencia, como ya he dicho. La había llegado a lo más profundo de su ser, por amar a su tierra con toda su Alma.

Desde luego no pasó nada, puesto que nosotros nos queríamos y siempre doblábamos el brazo en nuestras conversaciones; pero ésta vez era un poco más acalorada que lo normal dicha conversación.

Hasta el punto de tener que llamar mis padres en la puerta de la habitación, calmándose al decirlos yo que no pasaba nada de nada; pero más se calmaron cuando oyeron el catre de la cama, aquel sonido los calmó los nervios engarrotados que tenían mis padres, al saber que nos queríamos.

La cama era enorme, costaba de varios cuerpos como para dar aposento a tres personas, y allí nos metimos, Thalia, Dayana y yo, perdiendo la vergüenza en pocos minutos; así que la primera parrafada que eché fue con Thalia, para más tarde echar otra parrafada con Dayana; y mientras estaba con una la otra se levantaba de la cama, poniendo una sábana por medio para no vernos.

Al día siguiente yo me encontraba sin fuerzas algunas, notándomelo la señora de Christian, que cogiéndome de un brazo me paró en pleno pasillo.

BIANCA -. ¿Qué te pasa, Georges?.

GEORGES -. A mí nada.

BIANCA -. Pues cualquiera lo diría: Si parece que te estás cayendo, si apenas tienes fuerzas algunas.

Al oír aquello Thalia me preparó un baso de Whisky con dos huevos dentro de la bebida, que me sentó a las mil maravillas; dándome un poder y una potencia en mi cuerpo, como nunca lo había tenido yo. Pero otra cosa había echado en aquel baso; ya que se notaba algo de dulzor en el, no sabiendo yo qué sería hasta que vi el jarro de la miel abierto, pues lo estaba limpiando.

Aquel día los llevé a los Montes Metálicos, en la cercanía de Dresden; que aunque se tardaba una hora y media llegar a los montes, tardamos más tiempo por hacer parada en la Ciudad de Chemnitz para desayunar: Allí tomamos un buen desayuno que nos despejó los sentidos y nos avivó el Alma para seguir nuestro camino hacia Los Montes Metálicos.

Aquel paisaje los gustó mucho, pero que mucho; entre montes y colinas pasamos el día; creyendo Dayana que estaba en su tierra por verse rodeada de tanto monte; así que me lo agradeció en el Alma, aunque aquellos montes no eran del mismo color que donde ella se había criado: Unos montes tenían más tierra e hierbas y alguna que otra peña al descubierto, llenos de flores de todos los colores y de innumerables lodos, otros estaban más formados por metales y sus arroyos y ríos serpenteaban por aquellas rocas de minerales, siendo su colorido más negro a la vista de las gentes.

Un día para no olvidarlo, sino hubiese sido por que al llegar tuvimos la llamada del abogado que yo había quedado en Lawton, anunciándonos que la tía de Dayana, la señora Sara se encontraba bastante mala.

Llegamos enseguida al aeropuerto internacional de Berlín para tomar vuelo hacia New York y como no había más que tres butacas libres, el matrimonio Cristian se quedó en espera de que saliese otra aeronave hacia el nuevo continente.

Pese a que tuvimos que coger oro avión para que nos llevase a la Ciudad de Oklahoma, llegamos enseguida a dicha ciudad; encontrando la cabeza plomiza a costa del pelo de la señora Sara: Canoso y como si tuviese un renegreo en el.

Aquella señora se encontraba mal, pero que muy mal; así que hicimos bien en cortar nuestros permisos empresariales y volvernos a la Ciudad de Oklahoma lo más rápido que nos fue posible. Contactando yo con mi abogado lo antes que pude, para saber que estaba resolviendo el caso de Thalia a la suma perfección.

Cuando vi personalmente a mi abogado, me dijo que ya había presentado el justificante del Shamán en la corte de Lawton, no creyendo que tuviese ninguna clase de problemas; ya que a los comanches se les dejaba tener varias parejas, según la tribu que fuese; pero que en éstos tiempos nuevos, el Estado quería retocar aquella Ley por no creer que fuese vigente en éstos tiempos modernos.

Aquello fue algo sorprendente no para Thalia y Dayana, si no para mí; que me veía abocado a un divorcio de algunas de mis parejas. Pero que al parecer, todavía había algún componente de aquella tribu enmarcado dentro de sostener varias relaciones a la vez.

La tía de Dayana se puso mejor y entre medio recibimos una circular, con una visita a la vez, pues se aproximaba el día de Powwows, que eran reuniones sociales entre tribus; iniciándose éstas en la década el 1.880. Ya habíamos asistido a otra reunión social el año pasado, sobre julio; sentándonos muy bien aquellas reuniones que hacían las tribus en aquella fecha.

Ahora sí que iban preciosas las dos mujeres de mi vida, vestidas al uso trascendental de su Tierra: Con sus mocasines y sus vestidos de aquellas tribus tan amantes de sus tradiciones; que por otra parte no eran tales tradiciones; si no la manera de vestir de ellas. Así me lo dijo Dayana, pero con un cuidado increíble, para no dañarme en mis sentimientos; ya que al parecer había dañado yo los suyos.

GEORGES -. Cómo cuando vais al trabajo en la oficina no vestís de ésta manera; he creído que fuese una tradición.

DAYANA -. Pues ya ves que no, hijo.

Desde luego que no iban vestidas del modo que vestían aquel día en la reunión de tribus de aquellas tierras, tan nobles y tan bellas a la vez para cualquier vista humana. Viendo y oyendo las danzas y bailes de cada tribu, que aunque parecían semejantes, eran totalmente diferentes a la vez.

Pero como todo se termina, se terminó aquel día de fiestas para las tribus, yéndose cada uno a su cabaña o a su choza; más bien un gran aposento donde vivían ellos; con toda clase de comodidades; sobre todo la mayoría de aquellas gentes.

El abogado me trajo buenas noticias al siguiente día, y al siguiente día nos fuimos a la oficina, pidiendo permiso para poder trabajar en ella; ya que estaba el señor comisionista y la señora que Christian había destacado en aquella dependencia. Pero como tardaba llegar la confirmación de poder trabajar en nuestra oficina, ya que nosotros estábamos todavía de permiso, llegó nuestro amigo Christian con buenas noticias; pues según él lo mismos le había pasado en la sección administrativa general de la empresa: Ya que según el jefe de personal, le tenía como personal de permiso, al

igual que a nosotros. Pero no obstante se nos concedió anular los días que nos quedaba de permiso para poder trabajar en nuestra oficina.

Dos días, dos días tardaron mis mujeres para vestir los trajes típicos de su tribu, y créanme que Dayana iba preciosa. También iba guapa Thalia, que mostraba un cuerpo hecho de mujer completa.

¿En la oficina?; ¡Ah!, sí: En la oficina nos encontramos todo bien hecho, los papeles en orden y en los libros de contaduría bien asentadas sus cuentas. Pero con todo y eso había un escollo que no podíamos pasar por algo, por ser de lo más mayor que se nos había presentado a la vista.

Y como en la remodelación de los pozos petroleros se tenía que llevar los materiales que sobraban, así como la tierra levantada: Eso ya no se había hecho; presentando aquel complejo petrolífero una dejadez no semejante a ninguna otra parte, que haya pozos de petróleo; pues hasta las famosas grúas y cartepillar tenían que pasar, prácticamente, por encima de aquellos escombros. Y gracias a sus formidables cadenas de los carterpillar lograban pasar por alto de aquellos despojos dejado de tal manera que no había quién anduviese por aquellos caminos sin tropezar con ellos.

Di informes de necesitar medios de transporte enseguida, con suma urgencia y de momento acudieron camioneros de todos los estados y parte del extranjero, por así decir.

Uno de aquellos camioneros que ofrecía su trabajo en la empresa para poder llevarse la escoria a una chatarrería que había en Detroi, era una persona de color; pero con todo, admitiéndole de inmediato por haber presentado una grandiosa capacidad de saber trabajar, según se expresaba el.

Aquella chatarra se tenía que llevar a una ciudad en California, que era el mejor receptor que teníamos para comprarnos toda clase de chatarra, que se produjese en los pozos petroleros.

Y desde aquel entonces, me han llegado más personas de color ofreciéndome sus trabajos; aunque algunos los tuve que mandar a una ciudad más cerca con menos toneladas; por que su medio de transporte no podía ni con las ruedas, en cambio llegó un señor con un buen camión.

Aquella noche eché una buena parrafada con Dayana, que me lo agradeció en el Alma; pues se sentía otra a la mañana siguiente, mirándonos mucho Thalia como comprendiendo lo que pasaba entre nosotros dos.

Corría el rumor de que se nos iba a conceder un pozo petrolero más y aquella noticia nos alegró la existencia; pues Thalia y Dayana trabajarían como administrativas, cobrando su remuneración por el puesto de trabajo. Pero pasaba el tiempo y allí no se volvió a oír nada sobre la concesión de un pozo petrolero más. Pero sí se oyó que a la sección administrativa la habían concedido una pequeña remuneración en nómina todos los meses, quedándose Thalia y Dayana como lánguidas por no obtener aquella remuneración, que tanta falta nos hacía.

Después de saldar cuentas con Christian, éste nos invitó a su casa de Oklahoma para tomar el té un sábado por la tarde, no alegando pretexto alguno por aquella invitación: Nos invitaba sin compromiso alguno por nuestra parte.

Y ése mismo sábado nos vimos los tres, Thalia, Dayana y yo, en la casa de Cristian, que se mostró de lo más somático posible; para al final de la reunión decirnos que la empresa había comprado los derechos de un pozo a otra empresa: Por lo tanto, como no había sido una concesión estatal el personal de la oficina no tendría la consideración de administrativos. Ése pozo se encontraba muy cerca de nuestro

complejo industrial, llevándose algún crudo al estar más bajo que nuestros pozos petroleros, por la capacidad de profundidad que tenía dicho pozo petrolero.

¿Qué raro?: una mañana temprano vi llegar a la señora Bianca al complejo industrial, recorriendo con el coche toda aquella gran superficie. Yo no la quise llamar la atención para que se viniese a la oficina y poderla ayudar en su problema; porque ella se veía que tenía un problema y no pequeño.

En un momento determinado, se bajó de su coche la señora Bianca dando sendas patadas en el suelo, como si tuviese un rencor hacia a alguien: Ahora sí que me fui derecho para donde se encontraba la señora Bianca hablándola con cautela, por si acaso yo estaba equivocado.

Aquella señora no me escuchaba; solamente decía, ¿dónde está?, no sabiendo yo a quién se refería: Pero como el caso estaba demasiado claro, me atreví a decirle dónde se encontraba su marido. En un momento determinado se dio media vuelta, mirando para la oficina de su marido y alzando la mano con el dedo índice señalaba a dicha oficina, haciendo gestos con la mano de que alguien se iría a enterar; así como amenazando a la persona que se encontraba en aquella dependencia.

No la quise seguir, por no molestarla y por no meterme donde no me llaman; pero permanecí atento a todo lo que pasaba con aquella mujer muy cerca de ella, sin quererme inmiscuir para nada en sus asuntos personales: Más bien familiar, diría yo.

Lo que pude averiguar, fue que el señor Christian la había sido, presuntamente, infiel y la había faltado el respeto; cuando una señora se merece todo el respeto del Mundo, según decía ella. En cambio el amigo Christian negaba la mayor, diciéndola que nunca la había sido infiel y que nunca la había faltado el respeto; y mucho menos la había hecho de menos ante otra señora.

Yo me llevé a la señora Bianca a mi oficina, con motivo de que no la oyera nadie; pero el mal estaba ya echado, pues la habían oído todas las personas que estaban cerca de la oficina de su marido Cristian.

No quería contradecirla, pero mi deber era informarla de lo bueno que estaba siendo su marido con ella, de la persona tan buena que era y del mucho respeto que la tenía a ella; así que cuando dije aquello me atreví a subrayar algo que la llegó a lo más profundo de su ser a aquella señora, Bianca.

GEORGES -. Tranquilícese, su marido la respeta mucho a usted y la quiere con todo su empeño.

BIANCA -. ¿No sé?.

Ya hasta dudaba la mujer de Cristina, de que éste la hubiese faltado el respeto y mucho menos que la hubiese sido infiel a ella; por el mucho cariño que la tenía y por el mucho aprecio que la mostraba delante de todas las persona.

Aquello quedó en agua de borrajas, no hablándose más de aquel asunto entre el matrimonio bien allegado; pues nunca se había visto ningún gesto mal hecho ni ninguna palabra más alta la una que la otra.

El tiempo cura las heridas del amor y por consecuencia curó dichas heridas de aquel desgraciado día para el matrimonio Christian. Viéndoseles con mucho respeto el uno hacia el otro en todo momento.

Estando solo un día pensé en el vuelo tan rápido que habíamos tomado hacía unos días, por motivos de que se encontraba la tía de Dayana muy mala; pensando yo que dicha señora no quería verse sin su sobrina para nada. Ahí tenía yo un escollo muy

importante, como para pasarlo por alto y no hacer caso a dicha señora en sus deseos de tener siempre a su sobrina con ella.

No estaba siendo de recibo que tuviésemos que ir todos los sábados a comer a la casa de su tía Sara; cuando la familia Christian tenía ideada una excursión a los centros más emblemáticos de aquellos contornos. Siendo verdad que estaba mala dicha mujer, la tía de Sara; pero no como para estar pendientes a todas las horas de ella: Aquella señora se podía valer por sí misma muy bien.

No había terminado de pensar en la tía de Dayana; cuando me llegó ésta con cara de pujito, como llorando por encontrarse mala su tía Sara; pues al parecer, según me dijo Dayana, que debíamos llevarla al hospital para que la recuperasen en dicho centro.

Yo tomé conciencia de lo que me dijo Dayana y armándome de valor, dejé lo que estaba haciendo en la oficina para llevar a Dayana cerca de su tía, en la ciudad de Oklahoma. Y sí era verdad que aquella señora, Sara, se encontraba mala; ya que presentaba una cabellera con el color ceniciento, que era cuando dicha señora mostraba su enfermedad.

Al decir verdad la costó salir del centro médico a la señora Sara; pues en ésta ocasión se había puesto bastante mala, al bajarla la azúcar y al tener los Lindoncitos demasiados bajos; pues son los que combaten las infecciones, teniendo cada vez más irritado el colón y algunas otras partes del organismos humano. También tenía alterada los Neutrófilos que forman parte de las plaquetas anteriores, ya que su composición estaba también baja.

Salió, sí salió la señora Sara del hospital, pero muy debilitada, debido a que la faltaban las plaquetas de la sangre y su organismo estaba muy afectado. Así me lo explicó el doctor que la había atendido en su auscultación médica: Por lo menos así lo entendí yo, tal y como lo he dicho; pudiéndome confunda yo.

Qué guapas estaban las mujeres, Thalia y Dayana; aunque vestidas normalmente, con traje de calle y no con sus indumentarias tradicionales, pero con todo y eso me encantaba mucho verlas juntas y con ése toque de suavidad femenino.

Aquella misma tarde, cuando entré en casa me asusté; porque vi las maletas hechas y cerca de la puerta: Dos, dos maletas, que eran las de Thalia y Dayana, no viendo la mía en ningún sitio de la casa.

GEORGES -. ¿Dónde vais?.

THALIA -. Nos vamos.

Aquello lo dije yo sin saliva en la garganta, por no ver mí maleta con las de las dos mujeres que más quería yo en éste Mundo; pero como tenía seca la pituitaria y todo el conducto del esófago, no sé si me oyeron, ya que a penas me salía la voz de mi interior.

DAYANA -. Nosotros no dejamos a nadie de nuestra etnia sin cuidado ninguno, pues la persona anciana necesita que la ayuden y nosotras estamos aquí para eso: Para cuidar y ayudar a mi tía Sara con todas nuestras fuerzas. Y como a una persona anciana, nunca se la saca de su casa; en nuestra habitación tienes preparada tu maleta.

Salí corriendo con una alegría impar, tocándome mis partes púdicas por si acaso me faltaban algunas de ellas. Me sentí, más bien, como un chiquillo creyendo que se irían las dos mujeres a Oklahoma para cuidar a la tía de Dayana, quedándome a mí en mi casa; pero no, eso no tuvo lugar, me llevaron con ellas.

Nos acoplamos en la casa de la señora Sara, la tía de Dayana, perfectamente; ya que ésa casa era mayor que la mía, existiendo más habitaciones y más confort, pues era más amplia, no era una cabaña.

Como la señora Sara se puso un poco mejor pude ver a Dayana en la oficina aquel día de sol, lleno de alegría para mí por ver a mi mujer junto a mi persona, y mi persona estaba que no cogía en la ropa de feliz que me encontraba.

Pasamos dos horas punteando en pleno campo los utensilios que se tenían que llevar los camiones ése mismo día y al cabo de las cuales nos entramos en la oficina para transmitir el albarán telefónicamente, para después mandarlo por correo tradicional.

Me di cuenta que Dayana se sentaba como un poco mareada, pero cuando comenzó a trabajar en su mesa escritorio no lo di parecer alguna, olvidando lo que había visto antes a Dayana; sentándose agarrada a la silla con mucho cuidado.

Una hora más; no pasó ni una hora cuando Dayana se sintió como mareada, estando ya en casa, y con ganas de devolver: Ahora sí que me asustó mi mujer, Dayana, al no saber lo que tenía ella; pues me hizo una indicación con la mano para que la siguiese, no tardando yo seguirla hasta el baño. Cuando miré para atrás, también vi correr a Thalia para poderla ayudar ella también a Dayana.

Entrañable, una estampa entrañable; pues Thalia sujetaba la cabeza de Dayana junco a su pecho, emitiendo unos sonidos característicos de la comanchería cuando no se ve salida alguna para poder ayudar mejor a otra persona.

Como digo; estampa preciosa entre aquellas dos mujeres: La una calmando el dolor de la otra, pero como si fuese algo más que suya la otra persona.

Se me cayeron sendas lágrimas al suelo, que por poco riego toda la casa al mismo tiempo; al ver tanto cariño y tanto buen trato a dichas señoras. Aquellas dos

mujeres no tenían celo alguno la una de la otra; lo tomaban tan normal nuestras relaciones amorosas, que era digno de verse.

Sin falta de tiempo, aquella misma tarde la llevé al médico a Dayana; mejor dicho, la llevamos, ya que Thalia no quería apartarse de ella para nada del mundo.

Mientras íbamos a la consulta, llevábamos el corazón encogido, pero cuando estábamos ya en la consulta, no podíamos ni respirar, creyendo la pasase algo malo a Dayana y tal vez nos quedásemos sin ella.

Cuando llamo al doctor a Dayana, me levanté yo también con idea de asistir a la consulta de mi mujer: No quería que estuviese sola Dayana. Y como aquella puerta no cerraba bien, miré para atrás observando qué obstáculo se lo impedía; y era Thalia que ella también quería entrar en la consulta para enterarse bien de lo que decía el médico a Dayana.

Como era el médico de la empresa, no tenía en su consulta más que una cama de enfermo y algún que otra clase de instrumentación para poder unir huesos rotos, nervios dislocados, o cualquier otra contusión. Pero cuando le vi sacar otra clase de instrumentos, para después llevársela a la camilla, echándola en ella, para tocarla toda su tripa; ahora sí que me pude volver loco perdido, al creer que a Dayana la pasaba todo lo peor del Mundo.

Aquel doctor se levantó de donde se encontraba sentado, y mirándonos muy fijamente a la cara, exclamó algo así como:

DOCTOR -. La señora Dayana se encuentra en estado de gracia.

Miré a Thalia por no saber lo que quería decir el doctor y Thalia me calmó enseguida con su buena explicación.

THALIA -. Lo que quiere decir el doctor: Que Dayana se encuentra embarazada.

Yo había permanecido todo el tiempo de pie, por no haberme invitado aquel doctor para que me sentase y en ése preciso momento, en que Thalia me dijo aquello, me dejé caer en una silla sin saber qué hacía.

Era lógico que se encontrase embarazada Dayana antes que Thalia; pues tanta atracción física dejaba sus efectos dentro de ella, que tenía que ser así. Entonces miré a Thalia, que permanecía de pie, pues se había levantado como si tuviese un resorte en el asiento de su silla, no comprendiendo yo cómo no se quedaba embarazada aquella señora; si estaba de buena vista, siendo una señora de una vez.

Dayana no podía coger peso alguno, por no venir el feto como suele estar en todos los embarazos; cosa que yo no entendí y que Thalia no quiso explicarme para que yo no sufriese: Y en general, así estaba sufriendo todavía más.

Mientras tanto la vida transcurría con normalidad, dándose de baja Dayana para tener reposo según como la dijo el doctor; estando su tía Sara cada vez peor. Pues yo no sabía si era mejor que se quedase en casa Dayana o por el contrario asistiese en la oficina para la formalización de impresos.

Y al cabo de un tiempo decidimos los dos, Dayana y yo, que volviese a la oficina, para llevar a cabo alguna contabilidad y punteo de las herramientas empleadas en la construcción de los nuevos pozos petroleros y así lo hicimos.

Yo era el que salía para revisar aquellas obras, al igual que lo hacía antes cuando estaba solo en la oficina; y en una de esas salidas me encontré a la señora Bianca merodear por el pozo primero con suma soltura.

Me acerqué a ella dándole los buenos días y ésta señora me los devolvió con una sonrisa singular en sus labios, yendo directa, en su conversación, la causa que la había traído allí.

BIANCA -. ¿Cómo lo haces?.

GEORGES -. No te entiendo.

BIANCA -. Cubrir las necesidades de tus dos mujeres; si muchos hombres no pueden con una mujer.

Al decir aquello la señora Bianca, se pudo caer por tropezar con una pieza de hierro puesta en su camino; ya que me estaba mirando a mí para ver la cara de sorpresa que yo ponía. Y la cara de sorpresa que yo puse era de asombro por haberme hecho aquella señora tal pregunta; por lo tanto no respondí para no darla rienda suelta a su acebo liviano.

Se quiso caer, una vez más, cogiéndola yo antes que llegase al suelo aquella señora, notándola sus formas a pleno Sol. Aquella señora se afianzó a mí no queriéndome dejar para nada, haciendo yo grandes esfuerzos para que me soltase y no nos viese nadie: Pero aquella señora no cesaba en su empeño de saber lo fuerte que yo estaba.

Oímos unos pasos y entonces me soltó aquella señora, alegando que había venido a los pozos petroleros para ver la bonita construcción que se estaba haciendo en ellos: Así se expresaba la señora Bianca, cuando se llegó un obrero donde estábamos nosotros dos. Pero cuando se fue, comenzó a ponerse bien las medias y la faldas, subiéndose ésta hasta medios muslos para colocarse bien las medias; ya que iba con vestido y al parecer de boutique.

No estaba mal, pero que no estaba mal aquella señora; provocándome el lívido en mi cuerpo; ya que su forma no la olvidaría tan fácilmente como yo creía.

GEORGES -. ¡Bianca!,

BIANCA -. ¿Qué quieres?, hijo.

GEORGES -. Sé más recatada delante de mi persona.

No me contestó y mirándome a mis entrepiernas se alegró por verme presentar armas para ella. Y entre dientes dijo algo así -. Lo sabré; ¡vaya si lo sabré!.

No puedo decir yo que no intuí lo que quería decir con aquellas palabras la señora Bianca; puesto que entonces estaría mintiendo. Pero yo me empeñé que desde ése preciso momento no supiese la fuerza que yo tenía; sobretodo en mi sexualidad.

No dije nada a nadie, para que nadie sufriese; y así poder llevar mejor nuestras amistades de amigos entrañables. Pero no sé yo si aquello se hubiese quedado impune; ya que una chica que teníamos empleada en el mantenimiento de aquel pozo petrolero, salió al quite con todo el empeño y coraje: Ya que al parecer era de la misma tribu que Thalia, haciendo lo mismo un camionero, pies largos, que teníamos empleado para llevar el material de residuos al centro de California.

Ninguna de aquellas personas dijo nada al parecer; todo se quedó socavado y sin Saberse nada de lo ocurrido en aquel desgraciado día de encuentros. Para en días posteriores ver merodear a los ayudantes del Shamán por aquellos pozos petroleros; unos jóvenes de cuerpo enjuto y fuertes, celosos por guardad lo que a ellos les correspondía, que era Thalia.

No hubo remedios; pues su marido de la señora Bianca, el amigo Christian nos invitó un sábado a los tres para asistir a una velada en su casa, por la noche. Y el desistir

ir a su casa era tanto como huir de su invitación por alguna causa superior a nuestra forma de ser, no en sí a nuestras posibilidades: No pude por menos que aceptar aquella invitación que nos estaba haciendo el amigo Christian.

Cuando se enteraron mis dos mujeres, Thalia y Dayana, afirmaron que era el hombre el que tenía la palabra en todo dentro de casa y fuera de ella; quedándome absorto por aquella contestación, al pedirles perdón por haberme sobrepasado al aceptar tal invitación. Se veía que yo no estaba totalmente hecho a las costumbres de aquellas tribus, tan amables y tan nobles como yo había encontrado en aquellas tierras de personas afables: Y eso que me había sentado, por así decir, entre ellos para poder aprender mejor sus costumbres.

Un día que estábamos en la casa de Lawton, llegó el Shamán con sus tres jóvenes, sacándoles yo una pipa para que se sentasen conmigo y poder entablar una conversación con aquel hombre y dando unas bocanadas a la pipa aquel hombre se entró en casa sin decir una sola palabra.

Yo vi que llevaba en las manos una especie de plumero, como de limpia polvos, pero lo que en general era para ahuyentar a los malos espíritus de aquella casa. Y cogiendo la pipa la echó un algo que yo no pude saber lo que era, para fumar yo y él de aquella pipa preparada por el jefe espiritual de la tribu.

Pero como allí no se encontraba la señora Sara ni ninguna de mis dos mujeres, yo cogí aquel acto como si fuese una defensa hacia mi moral y mi persona: Quería más bien sacarme el mal a mí para que no me hiciese ningún daño la señora Bianca; pues todo esto se estaba haciendo en secreto, sin decir nada a nadie, terminando dicho acto cuando se oyó un silbido de unos de sus jóvenes, para despedirse de mí cuanto antes.

No había hecho más que marcharse el Shamán, cuando vi que se aproximaban a la casa Thalia y Dayana con sendas bolsas de compra, hechas en un comercial buenísimo que teníamos en el pueblo de Lawton.

Yo abrí la puerta de par en par y las ventanas para que no oliese la casa a humo de la pipa que habíamos fumado el Shamán y yo, no dándome tiempo para cerrar aquellas ventanas y la puerta; pues antes llegaron las dos mujeres a su casa.

THALIA -. ¡OH!, hijo: Qué caluroso eres.

No contesté y solamente me limité a observar qué traían en aquellas bolsas tan abultadas y llenas de alguna compra que les hiciese falta a las dos; pero cuando echaron encima de la cama de Dayana lo que habían comprado, pude darme cuenta que eran pañales y prendas de vestir para que el bebé no pasase frío alguno.

Relacioné la salida que tuvieron el día anterior, en la Ciudad de Oklahoma, Dayana y Thalia; pues al parecer había sido al doctor. . . Se estaba preparando Dayana para dar a luz un bebé, nuestro bebé.

Desde luego hizo bien Dayana en prepararse para tener el bebé, pues a los tres días dio a luz una bella niña; totalmente de piel pálida. Y haciendo gala al dicho: Vendita sea la rama que al tronco sale, yo me alegré ver juntas a la madre y a la hija.

Estuve con Dayana como un par de horas; hasta que se me hizo tarde para poder asistir a mi trabajo, puesto que allí no había descanso alguno en dichas fechas, por no poder dar la empresa descanso a su personal; ya que como se suele decir, estábamos contados y el trabajo era ímprobo.

La alegría de Dayana fue saber que su tía Sara había conocido a su hija, quedándola un descanso en su Alma como quién se quita un peso de encima; aunque a

penas se podía levantar la señora Sara para dar un beso a la hija de Dayana: Pero sí tuvo la deferencia conmigo al darme la enhorabuena, cosa que me produjo un bienestar en mi ser que me cautivó por completo aquella señora.

Al retirarme de Dayana llevé a Thalia conmigo al trabajo y estando en plena carretera íbamos hablando sobre Dayana y la niña; nuestra niña, según decía Thalia. La llamaba nuestra niña a la pequeña que tuvo Dayana, sintiéndola como suya.

Nunca había visto una amistad tan profunda como aquella: Las dos mujeres se apreciaban como si fuesen familia y se respetaban mutuamente: por lo tanto yo tenía que ver aquello y no pasarlo por alto, ya que entre las tribus se respetaban y se querían como a nadie en éste Mundo.

Esto lo cuento tal y como lo siento; para decir mejor, tal y como lo estaba yo viendo: Ya que nadie me lo contaba, lo veía yo con mis mismos ojos y lo palpaba con mis sentidos, sin agrietas ninguna de hacer daño a nadie con mis explicaciones: Piensen lo que piensen ésas personas; pues yo respeto a todas las personas y con ellas su manera de pensar.

Y como digo, me sentía bien en el seno de aquella gran familia, como eran aquellas gentes tan afable y tan noble. No veía yo otra salida para mi persona más que permanecer en el seno de aquellas personas formando un clan en la sociedad.

Aquellas personas habían abandonado algunas tradiciones tribales, por estar penadas por la justicia; ya que la corte de cada estado no permitía ejecutar algunas tradiciones de sus aborígenes,

Entrando de lleno en la sociedad aquellas tribus, con todas sus gentes; ya que cumplían perfectamente sus leyes y su manera de ser, dentro de ésa misma sociedad.

Ya en la oficina seguimos hablando Thalia y yo de la poca tripa que tenía Dayana; ya que no presentaba síntomas de estar embarazada y mucho menos de tener una cara como si la afectase aquel embarazo; pese a tener un problema con el feto.

THALIA -. Si lo que trae una mujer es niña, apenas se la nota la tripa.

GEORGES -. O sea; que si lo que trae una mujer es niño, se la nota más que si fuese niña.

THALIA -. Así es, cariño.

Cada vez me hablaba Thalia con suma delicadeza y como no queriendo dañar, para nada, mis sentimientos más profundos, como no queriendo dañar mi susceptibilidad en lo más profundo de mi ser. Aquella mujer parecía que sentía también ella algo dentro de su cuerpo: Pero me confundía, ya que Thalia no sentía nada, no estaba embarazada y eso que yo ponía todos mis sentidos, sobre todo cuando sabía que se encontraba fértil.

Tanto era así, que la niña de Dayana y mía crecía y crecía por momentos; corriendo por la casa y por el campo cuando la llevábamos a el; mirándola muy fijamente Thalia sin saber yo qué era lo que estaba pensando aquella señora.

Un escalofrío me corrió por mi cuerpo al ver vacío el cuerpo de Thalia: No sabía yo cómo hacer. Así que me entró un poco de vergüenza, queriendo huir cuanto antes de aquella situación tan embarazosa para mí.

Sino hubiese tenido una hija con Dayana, diría yo que me sentiría una piltrafa humana, al no ser capaz de embarazar a Thalia; cuando ella misma presentaba deseos de tener un hijo conmigo, ya que así me lo dijo en un momento de agobio para los dos.

No podía consentir que Thalia no tuviese hijos conmigo; así que la llevé al doctor, viendo éste lo que la pasaba; ya que yo no lo había notado nada y el doctor no se lo había recordado.

Fuera la causa que no nos dejaba quedarnos embarazados, tuvimos sendos momentos de parrafada, entre Thalia y yo, con el sólo motivo de que dicha señora se quedase en estado de buena esperanza.

GEORGES -. Mírame a la cara. ¿Tú no te acordabas de lo que el doctor había hecho contigo?.

THALIA -. Ni por asombro.

Estaba bien; pero una vez quitado a la tubería del agua su obstrucción podría volver a correr aquella agua por la tubería. Y como su marido estaba malo, ella no quería tener ningún bebé enfermizo; cosa que tal vez no sería así, no tenía que serlo: Pero las personas que no saben se demuestran de ésa manera tan poco agradable para la sociedad, no queriendo decir que Thalia fuese una persona inculta, que no lo era.

En los días sucesivos todo pasaba con normalidad; pues volvió Dayana a la oficina, dejando a una señora al cuidado de su tía Sara y de la niña hasta que mi mujer volviese del trabajo.

Mi mujer salía una media hora antes del trabajo por motivos maternos, quedándose con la niña y su tía; pero ése día tuve una llamada de Dayana diciéndome, que su tía se había puesto bastante mala y que hiciera el favor de acudir cuanto antes a casa de su tía Sara.

Así lo hice y cuando llegamos los dos, Thalia y yo, a casa de su tía Sara, ésta no respondía para nada a la vida; pero todavía tenía pulso, así que decidimos llevarla al hospital y cuando estábamos llamando a la ambulancia, dio su tía Sara el último suspiro.

Allí acudieron todas las gentes de su tribu, entre Shamán y el jefe de su tribu, haciendo unos ejercicios de actividad: Con plumas, humo y rezos para que el Espíritu de la señora Sara estuviese con el gran jefe en aquellos momentos de duelo para nosotros. Teniéndola que enterrar acorde a las leyes del estado; ya que así lo prescribían las leyes del condado.

Las ceremonias que ejecutaron los hombres y las mujeres de la tribu, me cautivaron el corazón; pues yo no había visto nunca tales danzas y tales rituales efectuado en un cadáver suyo.

No tardaron Thalia y Dayana en mudarse al pueblo de Lawton, donde teníamos nuestra casa: Sería mejor que la niña se acostumbrase a ver nuestra casa y no se criase fuera de la misma.

No lo había pensado, pero en un momento de reflexión caí en que no tenían los niños una habitación para ellos solos; así que llamando a un constructor me edificó, al fondo de la casa dos habitaciones, por si venían niños y niñas: siendo acorde a éstos tiempos más modernos. Y como la acometida del agua, así como el desagüe, la cogíamos desde la calle; tuvimos que abrir zanjas en el patio de la casa para traer el agua y sacar una tubería de desagüe a la misma casa, costándome más dinero dicha construcción que lo que yo creía en un principio.

Acomodamos la niña en su habitación, contratando una señora nueva para que asistiese a la niña durante las horas que su madre estaba ejerciendo su trabajo en la oficina; pero como se tardaba una hora y algo hasta llegar a Lawton desde Oklahoma, sobrepasaba el tiempo de trabajo de aquella señora, siendo más gravámenes para mí

empobreciendo la economía familiar. Así que el derrotero de mi vida iba por el camino económico muy angosto por la estrechura económica que nos estábamos desenvolviendo.

No me quejaba de que cobrásemos poco, era más bien que nuestro medio de vida no nos daba para cubrir tanto gastos como estábamos teniendo; ya que sino cortásemos las excursiones con el matrimonio Christian y las cenas con los mismos, nuestra economía se vería abocada al fracaso.

Para vivir nosotros era suficiente lo que cobrábamos los tres, pese a que la paga de Dayana se la llevaba, prácticamente, la cuidadora de la niña; ya que hasta la comida nos tenía echa al llegar nosotros del trabajo.

THALIA -. Georges, no te fijas que nosotras cobramos menos que si fuésemos personal de conservación, como éramos antes.

GEORGES -. Ya lo sé; ¿Pero qué quieres?; salir otra vez hacer fuerzas, que no tienes, en los pozos petroleros.

DAYANA -. Tiempos mejores vendrán; puesto que si no fuese por tener contratada legalmente a la señora que cuida de nuestra niña, en otra situación estaríamos.

Así era; tal y como lo había dicho Dayana y expresado noblemente por toda la concurrencia, que éramos los tres: Dayana, Thalia y yo. Todo dependía de que a ellas se las hubiese nombrado como personal administrativo, no como personal de ayuda; que era tanto como el personal de mantenimiento no adscrito a los pozos petroleros.

En éstas divagaciones estábamos sumidos, cuando me llamó el amigo Christian para indicarme de que ya tenía preparado una excursión a alguna Ciudad el sábado para volver el domingo por la noche; pero como me vio a mí un tanto indeciso, éste se retuvo

en sus explicaciones, diciéndome que ya me diría dónde pensaba que marchásemos el próximo sábado, por la mañana; para pasar todo el fin de semana viendo monumentos y observando la manera de comer que tienen en aquella ciudad, pero que por ahora no me dijo dónde quería marchar el próximo sábado.

Como ya era viernes y el amigo Christian, no daba señales de vida; yo me estaba poniendo nervioso, muy nervioso por la ausencia de noticias que viniesen del amigo Christian.

Ya era casi la hora de salida de nuestro trabajo y yo no sabía qué había pensado Christian para poder distraernos en el próximo fin de semana. Cuando vi llegar a la oficina a nuestro amigo Christian, que al parecer había pensado ir a la Gran Manzana el próximo fin de semana; o sea, a la Ciudad de New York.

¡Vamos!; aquí al lado. Y sin saber cómo, pero gastando dinero, mucho dinero, nos vimos en la bella Ciudad de New York; eso creía yo, ya que el aeropuerto estaba a cierta distancia de dicha Ciudad.

Poco, muy poco tardamos en coger un taxis para que nos llevase al hotel que ya había reservado unas habitaciones el amigo Christian; pues entre atascos y direcciones, a mí se me hizo interminable dicho recorrido: ¡Vaya carrera que nos dio el taxis!. Si yo creo que nos llevó por todo Manhattan, y al llegar al hotel tuvimos un tiempo de relax para podernos asear y salir a la calle con un cicerón, que nos proporcionó toda clase de espectáculos bellos para nuestras vistas.

Siendo lo primero que vimos el parque central, dándonos un recorrido por el oeste del parque para acto seguido atravesamos el parque para llegar al Museo Metropolitano; y ya en la quinta avenida pudimos embobarnos en las maravillosas butics, famosas en perlas brillantes y toda clase de prendas de lujo.

Y en el Hard Rock Café tomamos un desayuno formidable, que nos dio fuerzas

de flaqueza para poder seguir nuestro itinerario de visitas, quedándonos atrás algunas más bellezas que presenta la Ciudad de New York por no poder visitar todas ellas, como el barrio de los artistas, viendo las casas formidables que se levantan en aquella parte de Manhattan. Pero sí vimos el New Year's Eve donde se da la bienvenida al año nuevo.

Y ya en el bajo de Manhattan, visitamos el barrio chino y el barrio italiano, donde comimos una buena merienda, servida por un personal increíble: Agradable y bondadoso como ellos solos.

No pudiendo más, nos marchamos al hotel; aunque nuestro guía quería seguir su trayectoria aquel día, para enseñarnos lo que se tenía contratado que viésemos en aquella bella, y gran Ciudad.

Yo me dirigí a mi habitación; pues Thalia y Dañana se quedaron tomando una copa en la cafetería del hotel, ya que había una actuación bastante buena. También se quedó Christian con las señoras; alegando yo que bajaría en pocos minutos para presencial tal actuación y poder estar con ellos y disfrutar de su presencia aquella tarde-noche.

Así lo creía yo; pues por poco no puedo bajar para disfrutar de la amistad de mis amigos y de mi familia, ya que a poco de estar yo en mi habitación, oí llamar a la puerta abriéndola cuanto antes, no fuese a ser que hubiese llegado Thalia o Dayana para acicalarse también en la habitación.

Pero no, ¡qué va!; qué iban a llegar algunas de mis dos mujeres a la habitación, si su gusto había sido quedarse en la cafetería del hotel para presencial una buena actuación, como he dicho.

La que estaba delante la puerta de mi habitación era la amiga Bianca, que con un empujón de brazo me quitó de donde yo estaba, o sea; delante la puerta, para entrar ella sin haber pedido permiso para nada.

Se me quedó mirando fijamente a la cara, no emitiendo palabra alguna; hasta que por fin estalló en cólera, diciéndome algo así, como que tenía suma confianzas en mi persona.

BIANCA -. Mira Georges; yo no tengo confianzas en ningún otro hombre más que en ti.

GEORGES -. ¿Qué quieres decir?, Bianca.

BIANCA -. Que por caridad me calmes mis sentimientos más humanos dentro de mi cuerpo.

GEORGES -. No puede ser.

Nada más que dije yo aquello, de que no podía ser; me dio un empujón tirándome sobre la cama, ya que me encontraba muy cerca de ella. Se abalanzó hacia mí, quitándome los pantalones y los calzoncillos sin poder hacer yo nada en contra de ése acto por la rapidez que lo ejecutó.

Me encontraba con todo afuera poniéndose aquella señora cada vez con más deseos y con más ansiedad mórfica, ya que parecía saliese un volcán dentro de ella.

Con los ojos colorados y como echando saliva por la boca, se quitó la blusa y la falda, diciéndome que, - por lo menos la tocase con mi hombría por sus genitales-.

Aunque yo no quería, por permanecer fiel a mis mujeres, lo tuve que hacer; ya que me tenía cogido encima de ella: Viendo yo las confianzas que se tomaba aquella señora con mi persona.

Y mi persona, dando un salto, se levantó de donde la tenía la señora Bianca totalmente cogida; ya que estaba bien tanto roce con aquella señora, pues hacía como un minuto que permanecíamos el uno sobre el otro., sin poderme mover yo.

Como pude, me puse los pantalones y me ajusté la camisa para salir corriendo de aquella habitación; llegando donde se encontraban, Thalia, Dayana y el amigo. . . Christian, no dando síntomas de nada, ni aparentando que momentos antes había tenido un enfrentamiento con nadie.

Yo no bebía, pero pedí un whisky doble, mirándome mis dos mujeres como asustadas: Ahí fue donde me pasé; pues ellas sabían que yo no bebía, dando síntomas de un nerviosismo atroz.

Mis dos mujeres se pusieron coloradas y mirándose, alegaron tener que marchar al cuarto para acicalarse mejor y como si fuesen plumas que se lleva el viento, desaparecieron de nuestras vistas lo antes posible; para volver hacer acto de presencia delante de nosotros, Christian y yo, en unos pocos minutos con cara de pocas amigas, alegando que se sentían cansadas y deseaban irse a la habitación para poder descansar unas horas en ella, ya que por la mañana temprano tomaríamos vuelo hacia nuestra querida localidad.

Al llegar a la habitación, cerraron la puerta tras de sí para enseñarme la cama como deshecha por causa de una fuerza enorme y señalándome para la cama repuso una de ellas.

THALIA -. ¿Qué ha pasado aquí?, Georges.

DAYANA -. (Señalándome hacia la cómoda). ¿Y eso de quién es?.

Aquello fue lo que me dio hincapié para responder enseguida, no dudando de lo que yo las iba a decir; pues lo que me estaba indicando Dayana era una barra de labios que había dejado allí la señora Bianca en su huida de aquella habitación.

Y con nervios de aplomo, la indiqué a quien pertenecía la barra de labios y por qué se encontraba así la cama.

GEORGES -. La barra de labios pertenece a la señora Bianca, que ha estado aquí para ver si teníais un peine para escaldarse el pelo y aprovechando que yo me metí en el cuarto de baño, se ajustó encima de la cama las medias y se retocó la ropa interior; según me dijo ella, al preguntarla por tal desajuste en la cama.

THALIA -. Si no es desajuste; más bien parece que aquí ha habido dos personas en franca disputa.

DAYANA-. No digas eso, Thalia; que me produce agobio en mi Alma.

THALIA -. No, no y no; si ha sido así, no se puede consentir. La fidelidad es lo primero.

Y aunque yo me empeñaba hacerlas comprender que encima de la cama no había habido ninguna otra persona que no fuese la señora Bianca, aquella noche tuve que dormir en el sofá del hall de la habitación.

Ya por la mañana en la aeronave no me dirigieron la palabra ninguna de las dos, por considerar que yo las había faltado al respeto; pues había admitido a una señora en mi habitación la tarde anterior.

¡Pues qué bien!: Llegamos a nuestro destino para buscar nuestras maletas por separado y podernos ir a nuestro hogar; precioso hogar donde los haya.

No considerando yo que aquello fuese de recibo, por no haber faltado a ninguna de ellas y por permanecer fiel a las dos mujeres; aunque estaba tocada mi dignidad por haberme rozado con aquella señora completamente en su aparato genital.

No digo yo que no me gustase, que sí; sí me gustó: No pensando yo en otra cosa; en aquellos días, pero me callé para no dar qué hablar a mis dos mujeres. Y cuando digo, mis dos mujeres me daba vergüenza decirlo; ya que un católico no debe tener más que una sola mujer y como manda la Santa Madre Iglesia: Por lo tanto estaba dañada mi susceptibilidad y mi ser pensando que yo no estaba en paz ni en gracia de Dios para nada del Mundo.

Yéndome una vez más para buscar a mi asesor espiritual y poderle hablar de mi estado social en la comunicad católica y en el mismos estado; aunque dentro de la corte de aquel condado tenía regularizado mi situación.

Pero todavía no sabía yo cómo lo había hecho el señor abogado que contraté; ya que nunca me había dicho nada al respecto; de ésta manera no podía yo informar a nadie de qué manera estaba constituido dentro de las leyes de aquel condado.

Así se lo hice saber a mi asesor Espiritual, no dando éste más crédito que el que tenía aquel acto en dicho condado; ya que los diez mil comanches que existían en aquel estado se regían por las mismas leyes que el condado.

SACERDOTE -. No, hijo. Una cosa son las leyes humanas y otra las leyes divinas.

GEORGES -. ¿Qué quiere usted decir?, padre.

SACERDOTE -. Que des a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

Lo había entendido perfectamente; ya que yo me debía a mi fe, a mi fe cristiana dentro del catolicismo religioso y con buena práctica de ella. Ya que yo estaba casado con una sola mujer, con Dayana y había tenido una niña, debía de regularizar mi situación dentro de la Iglesia Católica, antes que fuese demasiado tarde.

Inflexible, los sacerdotes eran inflexibles en sus leyes dentro de una fe católica y ajustada a sus concilios vaticanos. ¡Vamos!, que llegué a mi casa sin saber qué hacer, por el sólo hecho de tener en ella, no a mi mujer Dayana, casado por la Santa Madre Iglesia; si no a Thalia también, que ahí estaba mi pecado.

Otro embrollo tenía en casa cuando llegué yo a ella; ya que Thalia y Dayana estaban dispuestas a negarse ir donde dijese Christian; y así se lo harían saber.

Me comprometían mis mujeres; pues Christian era mi jefe y no convenía que estuviésemos a mal con dicho señor; así que me exalté diciéndolas la verdad, cosa que no hubiese hecho, ya que fue contraproducente.

GEORGES -. Os tiene él enchufadas.

THALIA -. ¡EH!.

DAYANA -. ¡AY!, gran Espíritu. ¿Que te has vuelto loco?.

GEORGES -. Os avaló él para que trabajaseis en la oficina

THALIA -. ¡AH!.

DAYANA -. ¡Menos mal!.

GEORGES -. ¿Qué habíais entendido?.

No contestó ninguna de las mujeres; pero yo sabía que iría a entrar Manitu a formar parte activa dentro de un principio básico en la boca de Dayana; no sabiendo ésta señora en el peligro que se encontraba nuestra casa y nuestra relación social, dentro de unos parámetros esenciales en la familia que estábamos formando.

Pero como se aferraron a la premisa de decirle a Christian, poco más o menos, que no querían saber nada de él; me estaban poniendo mis dos mujeres en la tesitura de

hablar con Christian para calmar los ánimos y que no llegase la sangre al río, como yo me temía.

Solamente un milagro pararía aquellas indecisiones por parte de mis dos mujeres, ocurriendo un caso insólito dentro de nuestra familia; ya que al día siguiente se encontró indispuesta Thalia, llevándola yo enseguida al doctor, para salir diciéndome, que la señora Thalia, la había tocado el hada de la fertilidad; no sabiendo yo qué quería decir aquel doctor.

GEORGES -. ¿Qué quiere usted decir?, doctor.

DOCTOR -. Que su mujer está en estado de buena esperanza.

Como me le quedé mirando sin entender nada de lo que el me estaba diciendo, apostilló sus palabras con un vocablo conocido por mí.

DOCTOR -. Que se encuentra embarazada.

Vaya, ¡terminásemos!; pues era más fácil decírmelo recto, que no retorcer las formas más simple para oficiarme una realidad, dentro de un concepto amplio sobre cómo se encontraba Thalia.

Ahora sí que Thalia tenía el deber de hacer descansos periódicos y no esforzar el cuerpo mucho; ya que para el feto sería perjudicial.

La noticia de que Thalia se encontraba embarazada corrió como la pólvora, hasta el punto que me felicitó mi amigo Christian, invitándome a su casa para que viese unas circulares que habían llegado con motivo de tener que ejecutar las tareas de alguna forma más diferente de lo normal.

Allí que me fui el Domingo por la tarde con idea de saber qué ponían dichas circulares, al respecto de ejecutar las nuevas tareas que se nos encomendaba; pero cuando llegué a la casa de Christian, alegó éste que tenía una salida inmediata, solamente faltaría un par de horas y luego hablaríamos de las nuevas tareas encomendadas al personal adscrito a los pozos petroleros.

Pero eso sí, alegando éste que me quedase en su casa haciendo compañía a su mujer Bianca; viéndola yo en los ojos un atisbo de perversión humana, que no podía ocultarlo por más esfuerzos que ella hacía.

No me gustó nada la idea, pues no era de mi devoción quedarme a solas con aquella mujer y mucho menos cuando su marido tenía que ausentarse un par de horas, por tener que marchar a un pueblo cercano a Oklahoma.

Pero para no dañar la susceptibilidad de mi amigo Christian con respeto a su mujer Bianca, me quedé con dicha señora armándome de valor y teniendo cuidado por lo que pudiese suceder allí mismo durante la ausencia de su marido.

Bueno; ¡menos mal!: Menos mal que no sucedía nada, por momento; pero las precauciones serían pocas para poder escapar de los brazos de aquella mujer. Pero al parecer no hacía nada por seducirme, solamente se limitó a invitarme para que me sentase en una silla cerca de ella; parecía como si me quisiera hablar y así fue.

BIANCA -. Tú sabes, Georges, las ilusiones que tengo por tener un hijo o una hija; bien lo sabes tú.

GEORGES -. Eso es lo que Dios quiera.

BIANCA -. Sí, si yo confío en Dios: No somos de ninguna tribu mi marido y yo. ¡Ya sabes!. Yo nací en Boston y mi marido en Los Ángeles.

GEORGES -. Me he dado cuenta. Y por cierto, yo nací en Miniapolis.

Se veía a simple vista que no pertenecía ninguno de los dos a ninguna tribu, pero lo que sí vi en aquellas palabras fue el descargar la conciencia aquella mujer conmigo; para más tarde convencerme de algo.

Así fue; pues a poco tiempo se fue a la alcoba para salir con una bata que la daba a medio muslo, levantándome yo de mi sitio como con idea de huir; pero no fui capaz de hacerlo por que aquella mujer me cogió de un brazo sujetándome en mi silla.

BIANCA -. Dame lo que necesito.

GEORGES -. Que somos personas cultas, Bianca; por Dios.

BIANCA -. Es mi día fértil.

Al decir aquello me entró un escalofrío por todo mi cuerpo, que no me dejaba ni respirar; viéndome yo trabajando en aquella figura innata de la señora Bianca.

Allí pasó lo que nadie sabe. Entre forcejeo y el querer quitarme la camisa y los pantalones, fue todo una odisea en aquel tiempo del dios Ero, el dios del amor. Y para poder tirarme a la cama alzó la pierna en el catre dejando ver un felpudo formidable.

Entre medio de ése forcejeo nos caímos los dos en la cama, quedando yo bocabajo y ella boca arriba; pronunciando palabras que yo no comprendía, debido al mucho deseo que tenía aquella señora con mi persona. Pero eso sí, la comprendí bien unas frases tiradas al voleo.

BIANCA -. Te dejaré ver a la niña o al niño.

Desde luego para un padre era bastante; pero aquello no me valía para saber que aquel acto era un pecado de los mayores que hay, resistiéndome yo aún echado en la cama.

Su figura, su tacto y su manera de ser, me estaban cautivando por momentos; hasta el punto de ceder a sus pretensiones amorosas; viéndome yo como montado en una jaca alazán cabalgando por las llanuras de aquellos contornos.

Nos habíamos quedado agotados por completo los dos, por el esfuerzo tan enorme que hicimos al desearnos con todas nuestras fuerzas. Y sin esperar más nos dimos media vuelta en la cama para quedarnos totalmente dormidos los dos.

Nos despertamos al tiempo que iba a llegar Christian; pues nos dio un par de horas y estaba rayando el tiempo aquella meta que nos había indicado el marido de Bianca.

Me levanté rápidamente, me subí los pantalones sentándome en la misma silla que me había asignado su marido de Bianca, para que no viese lo que había pasado allí en su ausencia; aunque mucho esfuerzo no debía hacer Christian para saber el ajetreo que habíamos tenido en ése par de horas.

CHRISTIAN -. Siento haberte hecho esperar; pero se me ha echado el tiempo hablando con una persona de un tema primordial para mis intereses económicos.

También me dijo, que las circulares que él había recibido era por el motivo de que se estaban extrayendo de los pozos petroleros pocos galones de crudo; y que la empresa generatriz, metía prisa a la compañía para que se llegase a la cantidad asignada por ellos hace ya tiempo, sin mirar a las circunstancias emprendedoras de la compañía en aquellos días que se estaba remodelando los pozos petroleros.

¡Ya!; para aquello me hizo ir a su casa de Oklahoma desde el pueblo de Lawton, quedando yo solas a mis dos mujeres, para decirme aquella nimiedad: Puesto que me la podía haber dicho en el mismo puesto de trabajo el Lunes.

¡AY!: Comprendí la encerrona que me habían echo mis dos amigos, no resistiendo yo más: Así que cuando me quedé solo con la señora Bianca la pregunté el motivo que la infundió para hacer aquel acto pecaminoso y poco decente.

Cogiéndome de las mejillas me las alzó para que yo la mirase de frente y poder saber el por qué de aquel acto deshonesto.

BIANCA -. Sé que nuestras ideas religiosas privan delante de los deseos humanos; pero más priva saberse sola el día de mañana.

La indiqué que se lavase rápidamente con agua caliente, antes que volviese su marido Christian; pues había vuelto a salir para buscar a un obrero que trabajaba temporalmente en los pozos petroleros, antes que éste se fuese a su cabaña, por no saber que tenía el trabajo por la mañana el Lunes.

Ni lavarse ni nada de eso: Llegó el marido de la señora Bianca, despidiéndome yo de ellos a media tarde. Llegué a mi casa en el pueblo de Lawton ya de noche y todavía me estaban esperando mis dos mujeres sin haber cenado.

Allí parecía que se cortaba el aire con un cuchillo, en donde los ánimos estaban a flor de pie, por saberse abandonadas; pero como ellas sabían que yo había ido a la casa de Christian por causas de enterarme de unas circulares sobre como quería la empresa generatriz que trabajásemos de aquí en adelante.

Cuando fuimos el lunes a nuestro puesto de trabajo, yo tenía que dar a entender el deseo que había hecho la empresa generatriz a la compañía petrolera; para que reforzásemos los esfuerzos obteniendo más galones de petrolero de cada pozo petrolero.

A poco tiempo de llegar yo a la oficina, tenía allí una comitiva de trabajadores de los pozos petroleros para que supiese la realidad del tema; siendo ésa realidad, que con tampoco obreros no se podía hacer otra cosa: No podían sacar más galones de crudos de cada pozo petrolero estando remodelando todos ellos.

A los pocos días de estar en casa de Christian, llegó el chamán a mi casa, con motivo de saber cómo se llevaban las señoras conmigo; cosa que me cogió por sorpresa; ya que yo no esperaba dicha visita. Pero como los chamanes tenían en sus bagajes el deber de convencer a una persona que siga con tal o con otra persona, allí estaba éste señor aconsejando a mis mujeres para que si las pasaban algo conmigo se lo trasmitiesen a el cuanto antes para poderme ayudar.

No solamente quedó ahí, que se presentó en ésta ocasión otro shamán queriendo saber cómo se llevaba Dayana conmigo; más bien con nosotros dos; que éramos los componentes de la casa.

Y como me vio un tanto nervioso, Thalia, me quiso dar una pequeña broma, alegando el mañana ya pasado.

THALIA -. Pórtate bien con nosotras, pues vas a perder la cabellera.

Al decir aquello Thalia esbozó una pequeña sonrisa, como de haberme dado una broma de tiempos pasados. En cambio yo permanecí serio ante tal broma dada por Thalia a mi persona, que no la había gustado nada lo que dijo mi mujer refiriéndose a mí.

Parece que la dio vergüenza a Thalia, retirándose a su alcoba sin decir una sola palabra: Ni tan siquiera dijo, lo siento; que era lo mínimo que podía decir aquella mujer a mi persona dañada en mis sentimientos.

Me entró un poco de celos al saber que la señora Bianca podía traer un bebé en poco tiempo; ya que como me dijo, se encontraba fértil aquel día; por lo tanto me ocultaba de mis mujeres para no dar a entender de que yo tenía miedo por lo que pudiese pasar.

Pues claro que pasó, ¡pasó!: Pasó que Thalia tuvo un niño, un piel roja, siendo la felicidad de nuestra casa, junto con la niña de Dayana; que nos hacían pasar ratos agradables a los tres viéndolos correr juntos por la casa; aunque la niña era ya un año y medio mayor que el niño.

A poco tiempo llegó a mi oficina Christian trasmitiéndonos una grata noticia, que nos hizo aplaudir en alto y dar voces de alegría: La señora Bianca estaba embarazada; por lo tanto esperaba un bebé en unos meses, no sabiendo yo dónde me iba a meter para que no me cayese encima lo que venía en contra de mi persona.

THALIA -. Dayana; éste hombre está cada día más nerviosos. ¿Mira a ver qué le pasa?.

Así se expresaba Thalia delante de Dayana, pues mi mirada expresaba un acento de tristeza y desengaño, a la vez; ya que no lo podía decir para no descubrir el acto mal hecho en la persona de la señora Bianca.

Cuando se retiró Thalia del hall de la casa se me vino Dayana a mi lado preguntándome algo insólito, con palabras misteriosas.

DAYANA -. ¿Qué has hecho?, hermano.

Se me abría la posibilidad de mostrar mi corazón a Dayana, para decirle la verdad y solamente la verdad de los hechos.

GEORGES -. ¿Te puedo hablar con nobleza?.

DAYANA -. Eso es lo que debes hacer.

Comencé diciéndola que me había esforzado ella, que yo no quería; y sin decirle ninguna cosa más, sin mentar a nadie, ni decir qué acto malo había ejecutado con alguien: Dayana se echó las manos a la boca para no emitir un chillido; solamente emitió un quejido que me llegó a lo más profundo de mí ser.

DAYANA -. Lo sabía.

GEORGES -. ¿Y eso?.

DAYANA -. Lo intuía.

Al preguntarla por su manera de ser conmigo, de cómo pensaba sobre aquel escalofriante caso, me dijo: Que a las personas se las mide por su nobleza y fidelidad; pero que si pierde ésa nobleza y fidelidad ha perdido toda su sustancia de ser en ésta vida.

La pedí que me ayudase con respecto a Thalia, diciéndome Dayana que ésta mujer me perdonaría; pero que no podría olvidar tan fácilmente por la manera de haber sido criada en lo más profundo dentro de la fidelidad, no como a otras, que han sido criadas como bígamos; aún en el seno de su misma tribu.

Comprendí enseguida, que Dayana me apoyaría delante de Thalia, por el carácter tan abierto y afable que tenía y por haberse criado en una tribu de bígamos; donde cada hombre se podía casar con dos o más mujeres. Por lo tanto, comprendí que ella misma me perdonaría dicho acto.

Aunque no estaba muy claro de aquello que pensaba Dayana, no podía escudriñar en su cerebro; por lo tanto me limité a ponerme en guardia por si venían mal dadas, las circunstancias, para mi persona.

Yo veía que Thalia se encontraba un poco lejana con respecto a mi persona: Sí, ya que apenas me hablaba y rehuía cuando yo la iba hablar algo con respecto a nuestro hijo, o a su persona. Era la única que no se creía lo que yo había contado sobre el encuentro que había tenido con la señora Bianca aquel día fatídico, en casa de Christian. Y mientras tanto Christian sin enterarse de nada; ya que un viernes llegó a la oficina diciéndonos a las mujeres y a mí que tenía preparado un viaje de placer a una fortificación no muy lejos de dicha Ciudad.

Todos dimos por respuesta nuestro mutismo, no queriéndole dañar en lo más profundo de sus pensamientos tan felices como estaba siendo, en aquella hora de gracia para él, y él se creía que nos estaba cumplimentando nuestros deseos de indagar en la historia viva de aquella gran Nación.

Como Thalia se encontraba convaleciente, de su alumbramiento; aunque hacía ya varios meses, pero su debilidad se acrecentaba cada día más: Fue la excusa principal que pusimos para no ir de viaje, junto con la familia Christian a dicho fortín, para ver cómo vivían antes nuestros ancestros.

No sé si la presencia de la señora Bianca hubiese sido prudente tal y como están los ánimos en mis mujeres. Y por otra parte; pese a que al día siguiente no se trabajaba en los pozos petroleros, yo tenía que asistir a la descarga de unas piezas fundamentales

dentro de los nuevos pozos petroleros: Ya que aquellas piezas eran lo más fundamental para que funcionasen dichos pozos a pleno rendimientos.

Después de un sinfín de trabajo y de un punteo enorme, llegué a mi casa cansado y maltrecho por las circunstancias que se habían dado en mis tareas aquel día: Una pieza faltaba y estaba inventariada. Y después de cumplir con la normativa de descargarme dicha pieza del inventario y de tener quien lo justificase, me fui a mi casa, como he dicho.

Solamente encontré en mi casa a Dayana, que estaba poniendo orden con los dos niños en plena vorágine de tomarse su biberón uno y el otro su merienda; ya que uno, el niño de Thalia quería más biberón y la niña de Dayana no quería tomarse toda su merienda.

DAYANA-. A ésa señora quería ver aquí.

GEORGES -. ¿A quién te refieres?, Dayana.

DAYANA -. A la señora Bianca.

Como nombró Dayana a la señora Bianca, empezó un rifirrafe entre nosotros, por entender yo que mi mujer estaba dañada completamente en sus celos; teniéndola que contar, con pelos y señales, todo el episodio que tuvo lugar aquel día en la casa de Christian con la señora Bianca, estando solos en su casa, ésta señora y yo.

De vez en cuando la tenía que detallar los pormenores de cuando yo me quería escabullir de los brazos de dicha señora, teniendo que hacer hincapié en el grado de repudia en el que yo me estaba viendo inmerso en aquel desbocado encuentro entre la señora Bianca y yo.

DAYANA -. Menos mal que lo has contado bien, hijo.

GEORGES -. ¿Y eso?.

No sé dónde habían estado metidos Thalia y el Chamán; pero al decir aquello Thalia salieron de improviso de alguna parte, pues yo no me di cuenta de sus acechanzas; para saber la realidad de lo que había pasado entre yo y la señora Bianca: Quedando bien sentado que yo no quería relaciones con dicha señora y que si habíamos tenido un bebé era por el fatuo de la casualidad.

Se me vino hacia mí Dayana, para explicarme las reglas de su tribu por dicho encuentro, haciendo con las manos un gesto; como que la cosa estaba un poco regular.

DAYANA -. Según las reglas de la tribu, ahora tienes que repudiar a Thalia. Y eso que la quieres mucho; que lo sé yo.

El chamán alzó la mano, sujetando una especie de plumero, como para que no se apoyase tanto la señora Dayana en sus palabras: Ya que en los tiempos que corren no se ajusta tanto al pie de la letra; aquello de tener que repudiar a la señora, por no haber sido respetada por el hombre, por tener que contar, también, con las leyes del estado.

Aquella noche la pasé con Thalia, para resarcirla de su desagravio personal que yo la hice con la señora Bianca, al tener relaciones física con dicha señora. No poniendo impedimento alguno Thalia en nuestro cariño y en nuestro amor de aquella noche desenfadada, dentro de un amor imponente. Acordándome yo de aquello que un día me dijo Thalia. . . Esto será para ti. . .

Lo malo fue un día, cuando llegaron a casa el matrimonio Christian, pues antes de llegar a la puerta de la casa se vistieron con los trajes de sus tribus, Dayana y Thalia;

pero lo peor fue que se pintaron la cara con los colores de guerra: Y al ver aquello las personas de la tribus se concentraron todas alrededor de la casa. Estaban preciosas mis mujeres con aquellas vestimentas y aquellas pinturas, pero estaban haciendo tomar el efecto contrario a lo que ellas querían representar, que era el amedrentar a la señora Bianca en sus pretensiones: conquistar mi corazón a costa de su belleza y su buen porte.

Aquel acto salió en la prensa, radio y televisión; como anunciando que se habían querido levantar algunas tribus en pie de guerra; era así tanto que durante aquel acto habían acudido a la puerta de la casa toda clase de policía, en son de parar aquel acto de levantamiento comanche y hasta ayudados por otras tribus, afines a esos confines territoriales.

El revuelo que se había formado, al son de aquellas pinturas no fue poco; ya que hasta el sheriff se acercó a la casa para pedirles a mis dos mujeres, que nunca más volviesen a repetir aquel acto de provocación social, hacia la sociedad federal.

Que si volvían a cometer el mismo acto, tendrían que dejar de vivir en aquel condado, donde el imponía el orden y la paz en todo el pueblo.

Hay qué ver si estaba ya lejos el mil ochocientos y pico; cuando se los designó la reserva a las tribus; pero con todo y eso estaba vigente ése rencor metido en el corazón de algún colono de aquellas tierras vírgenes y floridas.

Tanto revuelo cogió aquel hecho, que se estuvo hablando de él unos pocos años; a sabiendas de que todo había sido una pantomima, y para amedrentar a otra señora en las pretensiones amorosas de su hombre. Hasta que las autoridades tomaron carta activa en aquellas inclinaciones de algunos colonos, al ver aquellas tribus como poco fidedigna a la suma confianza entre ellos.

Pero poco a poco se fueron ganando ésa confianza todas las tribus de aquellos seres, que para nada se movían de donde los tenían asignados; siendo muy trabajadores todos ellos y con ganas de ayudar a las personas en sus adversidades y en sus vidas.

Un susto me pegaron mis dos mujeres, Dayaba y Thalia; pues al llegar yo una noche, se habían puesto sus vestimentas de la tribu que cada una pertenecía y se habían pintado la cara con colores de guerra: yo cerré bien la puerta al entrar y me cercioré que nadie las había visto de aquella manera; pidiendo contienda donde las haya.

Yo mismo las quité los colores de guerra de sus caras, y para que no las vieses nadie con aquellas vestimentas, cerré bien las ventanas de la casa, que no eran muchas; para entablar una grata conversación con ellas dos.

Antes de nada, me senté en un cojín en el suelo, con las piernas cruzadas; ya que lo había visto a los señores más ancianos de aquellas tribus, dando resultados muy buenos antes sus aborígenes.

GEORGES., tengamos la fiesta en paz. No os quiero ver, nunca más, vestidas con las vestiduras de vuestras tribus; ya sabéis lo que ése acto ha producido en los ánimos de algunas personas, no allegadas a vosotras.

Se levantaron de donde estaba sentadas, Dayana y Thalia, para entrarse en sus habitaciones y salir al cobo de un tiempo vestidas con el traje de sus tribus, sentándose en el suelo, en unos cojines.

Yo había cazado la indirecta; por lo tanto me dio tanta clase de vergüenza que no sabía pronunciar ninguna palabra al respecto; así que solamente me limité a dar la conformidad aquel acto de completa honradez, que estaban haciendo a sus gentes en aquel preciso momento, mis dos mujeres.

GEORGES -. Está bien.

Solamente las dije que estaba bien lo que ellas hacían en ése momento; no queriendo entrar en el quid de la cuestión, no fuese a ser que me volviese a equivocar por entero.

El meollo de la cuestión no era otro que el honrar a sus gentes, dando viveza en su misma casa a sus costumbres y a su forma de ser y de saber estar como mujeres cada una de su tribu.

En pocas fechas nos visitaron Eward y la señora Kim, que muy ufanos por encontrarse entre amigos, entablaron la conversación de algunas de las tribus que formaban los Apalaches y las llanuras, haciéndolos yo señales con los ojos para que se callasen; y como vi que no me entendía, los quise alertar de que se estaban metiendo en terrenos cenagosos con una tos que apenas me salía de adentró.

Al ver que no tenía otra salida para hacerlos callar al matrimonio Eward, me levanté y cogiéndole de un brazo a Eward me le llevé a la calle para alertarle de dónde se estaba metiendo con su conversación, para en pocos minutos volver otra vez con Eward a la choza donde vivía yo con mis mujeres.

La conversación que estaban teniendo las mujeres no era del todo lo buena que se podía decir; ya que todavía era peor la conversación que estaba sosteniendo la señora Kim con mis mujeres, al decirlas que; como sino hubiese puesto lo medios el Estado Federal, todavía llevarían las plumas en la cabeza.

Se levantaron Thalia y Dayana, para irse cada una a su cuarto y salir vestidas totalmente con las prenda de su tribu; pero con las pinturas de guerra, nuevamente: Sentándose en unos cojines en el suelo con las piernas cruzadas.

¡Directa cogida!, por parte del matrimonio Eward; que despidiéndose de nosotros salieron de mi casa como paja que se lleva el viento: Más ligero que la unas.

Por la mañana temprano fue la señora Kim a la oficina diciendo que -. Como el pozo tres, el de su marido, estaba abierto se iba a tirar a el -.

GEORGES -. No haga usted eso.

THALIA -. ¿Qué causa la lleva a usted para hacer tal cosa?.

KIM -. Estoy totalmente avergonzada. Y si ustedes no me perdonan, me tiro al pozo.

Yo veía a Thalia y a Dayana impasible, no se movían para nada; parecía que estaban como petrificadas: Pero detrás de ellas vi como a los espíritus de sus ancestros igualmente quietos. Esto me cuesta decirlo, pero así fue; dicha visión la tuve como si fuese realidad, dándome un miedo atroz y como mis dos mujeres no contestaban tuve que hacer un inciso en la conversación calmándola a la señora Kim.

GEORGES -. Las ha cogido usted de sorpresa: Ésa noticia las ha desorientado.

KIM – (Dicha señora, mirando a mis dos mujeres exclamó)-. Menos mal que me perdonan ustedes la mala broma que les daba ayer noche; quería ser simpática con ustedes y no sabía cómo hacerlo. Ahora veo lo muy arraigada que tienen ustedes sus costumbres.

Y despidiéndose de ellas, la señora Kim, me hizo una señal con las manos como que se iba a marchar un tanto conforme, por haber obtenido el perdón de Thalia y Dayana; siendo la realidad que el perdón se lo di yo en nombre de mis dos mujeres.

Teniendo informes aquel mismo día para que me presentase en la diócesis lo

más pronto que pudiese; no sabiendo yo a qué se refería aquel requerimiento, para llamarme tan urgentemente.

La carta se la enseñé a Thalia y a Dayana quedándose mirando éstas a la cara, como presintiendo algo que ellas ya sabían. Yo me quedé un poco como retraído por la sorpresa que vi en la cara de éstas dos mujeres, no sabiendo lo que decirles ni lo que hacer; así que cogiendo un cuaderno de apuntes comencé a puntear una relación de números sin darme cuenta que estaba haciendo todo lo contrario como para calmar los ánimos de Thalia y Dayana, hasta que en un momento determinado las expresé mi decisión personal.

GEORGES -. Mañana iré a la diócesis para ver lo que me quieren.

THALIA -. ¿Qué te van a querer?.

Bien sabían ellas lo que me querían en la diócesis; pues mi religión no me era de gusto para nada, que las personas tuviesen más de una mujer; de lo contrario estaba viviendo en pecado mortal, cosa grave para mis creencias espirituales.

Así fue; pues al llegar al despacho del sacerdote que era mi consejero espiritual, me abrió la puerta con una cara alargada y como no gustándole nada la situación en que yo me encontraba. Y señalándome una silla me hizo sentar en ella, frente a su mesa y a donde él se encontraba sentado.

SACERDOTE -.Tiene usted una “bula” del Vaticano para resorber su situación con respecto a su matrimonio eclesiástico.

No sabía a qué bula se refería; y si acaso fuese así, tendría el privilegio de poder elegir yo mismo mi manera de vida, dentro de aquella sociedad con costumbres ancestrales de sus antepasados.

Me confundí del todo; pues yo no podía elegir por sí solo mi manera de vivir dentro de aquella sociedad, el condado comanche, por no dejármelo de hacer la ética y la moral cristiana. Solamente me quedaba un camino y era el seguir con mi mujer, Dayana, que era con quien me había casado seno de la Santa madre iglesia.

Me puse nervioso perdido; al no saber en qué estado social se quedaría Thalia si yo la repudiaba. Y al enterarse de eso Dayana entró en un estado de cólera descontrolada; no dando crédito a lo que oía por mi boca y leía en aquellos papeles que yo había llevado de la diócesis cristiana.

Sus leyes, sus costumbres eran otras y no comprendía la manera de vivir de nosotros; y eso que había accedido a casarse por la Iglesia católica, siempre que yo me hiciese su hombre por las reglas y costumbre de su tribu.

Aquello no se la entraba en la cabeza a Dayana por más que yo insistiese para que comprendiese algo de nuestra manera de pensar sobre las causas Divinas. No, no entendía nada al respecto: Ella se había casado por la Iglesia, pero también por sus mismas costumbres: Así que nada de lo que yo la explicaba formaba un todo homogéneo en su cabeza.

Las ideas las tenía desimanadas y no claras, como un racimo de uvas en el plato; no pensaba nada, ni quería saber nada sobre el respecto de que yo tuviese que dejar a la señora Thalia; cuando su moral era más extensa, se regía por otros conceptos diferentes a los que tenemos los cristianos.

Yo veía a Thalia muy nerviosa, como si quisiera hacer algo y no muy bueno; por lo tanto me asusté y se lo comuniqué a Dayana con motivo de que se callase ésta, pero no fue capaz de guardar el secreto, yéndose a Thalia para recabar información.

No lo hubiese hecho, pues solamente la incitó para que hiciese cualquier acto delictivo Thalia; ya que la dolencia que tenía en su Alma era mucha y no muy buena, al saberse despreciada y sola ante la sociedad.

Aquel mismo día oímos unas voces descomunales que salían de las inmediaciones del pozo tercero, viendo correr a Eward donde yo me encontraba con idea de darme una noticia, tal vez no muy grata; pues a las voces siguieron unos chillidos como de sustos.

EWARD -. Georges, corre que tu mujer Thalia se ha caído en el pozo tercero; pero no ha llegado a la profundidad más baja, ya que está sostenida por un saliente de una viga de hierro.

GEORGES -. ¿Pero tiene peligro de soltarse de donde está?.

EWARD -. No si ella no hace por soltarse de donde se encuentra, sujeta a la viga de hierro. Y no lo va hacer; me parece que se encuentra inconsciente.

Corrí al tercer pozo viendo pendiente de una viga de hierro a mi mujer Thalia y con un arnés bajó un operario experto en dichos menesteres a donde se encontraba ésta, atándola con una cuerda fuertemente a su cintura para que pudiésemos tirar de ella y así subirla a la boca del pozo tercero. Por supuesto fue lo que hicimos todas las personas que se encontraban en la boca del pozo tercero, sacando a la superficie a mí mujer Thalia, que con un poco de ayuda por parte de un sanitario comenzó a respirar normalmente.

Y como la justicia no descansa, la llamaron en pocos días a mi mujer para que contase lo que la había pasado en aquel pozo y sobretodo dijese por qué se encontraba allí ella.

Thalia se contradecía en algunas ideas que daba en la corte del condado; de modo que pasó el caso a la corte del Estado Federal, no queriendo yo saber qué pasaría si se seguiría contradiciendo en sus ideas mi mujer: Unas veces decía una cosa y otras veces decía otras.

Me llamaron al hospital, ya que cuando Thalia tuvo el accidente, fue llevada al hospital por los sanitarios. El motivo de ésa llamada, era el darme los resultados de las pruebas que la hicieron a mi mujer para saber su estado físico en que se encontraba.

Nada más entrar en el hospital me recibió un doctor con cara alegre y simpática, dándome cuenta de que nada malo la pasaba a Thalia, por el grado de amistad que estaba presentando aquel doctor.

DOCTOR -. Enhorabuena; su mujer Thalia está embarazada.

Me lo soltó así, sin cortarse para nada, sabiendo que Thalia se había caído a un pozo petrolero la misma mañana que la hicieron las pruebas en el hospital.

Sí, yo me alegré; desde luego que me alegré, no me había de alegrar: Pero a la vez me entristecí por saber que no solamente se había perdido una vida, si no también la del feto que llevaba dentro de sus entrañas.

Conduje por aquellas carreteras como un hombre ido, no dándome cuenta de lo que llevaba en las manos; y con todo y eso tuvo suerte de que no me parase la policía de carretera, ya que yo no me sobrepasaba los límites que ponían todas las señales de tráfico en mi recorrido. Solamente era, que iba como sonámbulo; sin pensar en nada

más que en la posible perdido de mi bebé, no solamente de mi mujer Thalia; eso sí que había sido una triste desgracia para mi bebé y para mí.

Cuando llegué al complejo de los pozos petroleros, llamé a Thalia para comunicarla la alegre noticia de que estaba embarazada. Cayéndose sobre una silla mi mujer, como no esperando dicha noticia para nada; viéndola yo como pálida, pese a su color de piel.

Cuando se enteró Dayana de la nueva noticia que había traído yo del hospital, al llegar a casa la hizo un postre de dulce a Thalia para que endulzase su paladar: Aquellas mujeres se llevaban bien, pero que muy bien; cosa que a mí me encantaba, por no haber ningún roce entre ellas en mi casa.

No solamente ése día recibí una buena noticia; ya que nos habían concedido la apertura de otro pozo petrolero, suponiendo por consiguiente que habría en la oficina de aquel complejo personal administrativo; con la consiguiente remuneración en la nómina de mis dos mujeres. Sí, porque pasaron a ser personal administrativo permanente, ya que habían sufrido unas pruebas para tomar la posesión de su cargo en unos días.

Tenían las espaldas de mis dos mujeres aseguradas, como se suele decir; puesto que si faltaba yo, ellas ya tenían su trabajo asegurado como efectivas en el.

A mí se me saltaban las lágrimas de vez en cuando al ver la ayuda que tenía Thalia con tanto cariño por parte de Dayana. Eran todos mimos hacia ésa mujer, que la estaba haciendo Dayana, sin mirar esfuerzos ni escatimar trabajo alguno para que Thalia se sintiese bien dentro de nuestra casa.

Hasta el día que nació mi hija; una niña encantadora, con su color definido, pues en parte era parecida a mí y en parte era parecida a su madre: Más bien predominaba en la niña el color rojizo de su piel, no olvidando que pertenecía a una mujer comanche.

Hasta mi niño la cuidaba con sumo esmero, no olvidando que era su hermana; queriéndola mucho y haciendo como que jugaba con ella para que estuviese atenta a la vida y al medio ambiente de nuestra casa.

A los pocos días llegó a la oficina un señor, con traje y corbata, presentando las credenciales de inspector de la oficina general de California. Su carácter era bueno y afable; sentándose en mi sillón y ocupando mi mesa con sus papeles que los sacó de una cartera que traía un poco abultada.

Comenzó su plática aludiéndome una posible subida en el escalafón, pero indicando que para ello tenía que marcharme a la oficina principal, a la dirección general de aquellos pozos petroleros. Pero cuando comenzó a leer mi expediente, se paró en una reseña, donde ponía algo que yo estaba muy orgulloso de ello; para leérmelo con un tono despectivo.

INSPECTOR -. Usted está casado con una apache y con una comanche: ¿No es así?.

Le afirmé la respuesta con un grado de superioridad, por no decir que de esfuerzo ante una posible eventualidad que se pudiese provocar entre aquel señor y yo; al no haberme gustado nada la lectura que hizo sobre mi vida amorosa.

Pero al parecer aquel señor no le dio demasiada importancia al echo de que yo estuviese casado con dos mujeres de diferentes tribus; así que me comenzó a dar confianzas de nuevo aquel señor, al no ser que yo tuviese que salir fuera de aquella jurisdicción terrenal por causas de haber ascendido en mi escalafón.

Eso, ya no era posible; pues me quedaría a mis mujeres en el complejo de pozos petroleros sin saber de ellas hasta que llegase de sábado a domingo. Ya que yo sí me

podía ir a la administración general de California, pero Thalia y Dayana no se podían mover de donde estaban: Eso no podía ser de ninguna de las maneras.

Mejor permanecería en mi puesto, que era el encargado general de aquel complejo de pozos petroleros y de su mantenimiento en general. Y así se lo hice saber a aquel señor, que adelantándose un paso hacia mí me miró sereno para decirme, que eso no podía ser; que cuando la administración general nombra a uno de sus empleados para ocupar un puesto superior, éste lo tiene que aceptar.

¡Vamos!, que me veía ya en California, solo y sin el cariño de mi familia; sobretodo el de mis hijos, que era bastante el amor que yo los tenía, correspondiéndome los dos mayores con ése afecto que se da entre padre e hijos.

Que me veía y que me vi en pocas fechas; pues al cabo de unos días estaba trabajando en la administración general con todas mis ganas y todo mi coraje, con los solos deseos de ver a mi familia cuanto antes. Contaba los días que faltaban hasta el sábado, sobre todo hasta el viernes por la tarde; que era cuando podía salir hacia el pueblo de Lawton, en donde se encontraban mis dos mujeres y mis tres hijos.

Ése primer sábado los pasé con ellos, pero cuando llegó el segundo sábado no pude ir para verlos y disfrutar con mi familia durante el fin de semana; ya que estaba haciendo unos cursillos en una ciudad asignada por la dirección de la empresa.

¡Qué cursillo ni nada!; era el comienzo de unos cursos que tenía que hacer para cargos relevante en la empresa, y como donde me habían designado hacer aquellos cursos, cuatro, estaba retirado del pueblo donde vivía mi familia, yo no podría ir todos los fines de semana para estar con ellos.

Un día no pude más y arrodillándome en el suelo, una vez que nadie me veía; pues estaba en mi cuarto a solas, invoqué una plegaria al Cielo con firmeza de que me escuchase algien: Y aunque yo sabía que allí sí había alguien, no se me escuchó para

nada dicha plegaria; pues la hice de corazón y con todas mis fuerzas. Pedí, supliqué, invoqué, me entregué de lleno para hacer una novena a la Virgen de los desamparados; ya que yo me consideraba desamparado completamente, y nadie me escuchaba desde el Cielo, según pude darme cuenta enseguida.

Así que seguí en dicho centro estudiando con todas mis ganas; siendo tal vez que mi graduación escolar no daba para más, pues lo que comencé hacer fue una carrera semejante a perito de minas, para que ustedes me entiendan.

Me faltaba algún título de escolaridad, que yo no tenía y que me era difícil conseguir por no haber dado los pasos suficiente como para obtener aquel título; así que me quedaría entre medio de ser ingeniero y encargado general de los pozos petroleros. Cosa que ya era bastante para mi persona y mi persona no se merecía tales deferencias para hacerme elevar en categoría y en puestos, como así en obtención de dinero en mi nómina. Pero pensándolo bien, aquel dinero me valdría para dar carreras a mis hijos, que juntando lo que ganaban sus madres ya era un montante considerable de dinero lo que estaba entrando en nuestra casa.

Me avergoncé al pensar eso; ya que no pensaba el estar junto a mi familia, solamente pensaba en la obtención de dinero y nada más.

Los días pasaban y solamente sabía de mi familia por las cartas que nos escribíamos, los unos con los otros; pues hasta mi hijo mayor ya me mandaba alguna que otra palabra escrita en la carta de su madre, Dayana; ya que sabía escribir algunas palabras que le decía su madre, para que me pusiera en las cartas que me escribía ella.

Yo sabía que era joven y podría estar con mi familia al terminar los cuatro cursos que me habían asignado en mis estudios, no pensando en nada más que en terminar cuanto antes dichos cursos, cuatro años.

Me escribieron mis mujeres diciéndome que ya habían puesto un encargado general de los pozos petroleros, dándome una congoja enorme; pues yo me sentía muy bien en mi puesto de trabajo y no quería otro destino que no fuese el mismo.

Me confundí cuando había creído que el sábado lo iría a pasar con Thalia y Dayana; pues era el día que se hacían las prácticas en el centro de estudios. Aquel día comenzamos las prácticas un cuarto de hora más tarde, teniendo yo unos nervios que me afloraban a son de piel, por no ver a mis hijos y a mis mujeres: Y si eso seguía siendo así, no sabía yo lo que podía hacer.

Pero claro que lo hice; puesto que en unos días nos habían dado la credencial de haber pasado el ingreso en los estudios, dejándonos unos días para que estuviésemos con nuestras familias.

Cuando llegué a Lawton abracé a mis mujeres y besé a mis hijos con efusiva emoción del que no las había visto hacía ya bastante tiempo, teniendo una nota de Christian para que me presentase cuanto antes en la oficina principal del complejo de los pozos de petróleos.

Llegué cuanto antes para ver qué me quería decir Christian, apretándome la mano cuando me vio entrar en la oficina y haciéndome sentar en una silla frente a su mesa de escritorio.

CHRISTIAN -. Bienvenido seas al puesto de trabajo.

GEORGES -. Tendré que estudiar, por lo menos cuatro años. . .

CHRISTIAN -. Tendrá que ir solamente para hacer prácticas al centro de estudios; por lo tanto estudiarás por correspondencia las asignaturas que te asignen.

Supe que el señor que estaba en mi puesto de trabajo era un comisionista, al que habían elegido para sustituirme mientras durasen mis estudios en aquel centro de formación; alegrándome por haberme conservado mi puesto de trabajo, así podría estar con mis mujeres y mis hijos.

Por lo tanto la vida seguía igual que antes, sin otros contratiempos que no fuesen la tirantez entre Thalia, Dayana con la señora de Christian; pues nada más que se acercaba a pocos metros de donde yo me encontraban, ya estaban en uñas con dicha señora.

La sorpresa fundamental me la llevé cuando Thalia y Dayana recibieron unos libros para que estudiasen en ellos: Más bien parte de contaduría, taquigrafía, telégrafo y un sin fin de trabajos que se hacían en las oficinas, como secretarías.

Ahora sí que lo tenía claro; pues también tenían que mandar sus ejercicios por Correo al centro de estudios, al igual que yo lo hacía. Aunque para decir verdad, tuvieron que ir a unos cursillos, para elevar la nota, a una ciudad de California, viniendo muy alegre de dicha ciudad por haber pasado dichos cursillos.

Todo nos venía a las mil maravillas: Pese a que los estudios eran mucho y el trabajo era más, vivíamos con holgura y más que íbamos a vivir en casa por lo que yo podía saber. Pese a que no teníamos ni día ni noche para descansar; ya que los estudios los teníamos que hacer por la noche todos juntos, así estudiaríamos mucho más, motivados por el esfuerzo del grupo al vernos todos juntos.

DAYANA -. Es muy pesado estudiar, cuando se ha formado un hogar y se está trabajando tanto en nuestras tareas encomendadas a nosotras.

THALILA -. Calla, Dayana, y estudia; no nos ves a nosotros como lo hacemos. Estamos cansados igual que tú, pero estudiamos de lo lindo para poder elevarnos un escalafón más en la sociedad.

GEORGES -. Callaros las dos y estudiar, que es lo que debemos hacer.

Debíamos estudiar y mucho, al no ser que la pequeña llamase a su madre de vez en cuando para que la asistiese; así que habíamos quedado en ir cada vez uno de nosotros para asistir a la pequeñita en sus peticiones o exigencias como, darla agua, cantarla alguna canción para que se durmiese o quitarla los pañales para limpiarla todas sus carnes rojizas y no se escociese, y un sin fin de exigencias más que la niña nos demandaba.

Yo parecía que cantaba bien las canciones que había aprendido de su madre y también de Dayana, cuando tuvimos nuestro hijo; así que se me hacía fácil entonar aquellas lindas canciones sobre pájaros, sobre el agua y sobretodo el Sol, con ése soniquete tan formidable que se hacia mientras se cantaba con ritmo y compás de buen gusto.

La vida nos reía y la sociedad nos trataba lo mejor posible, no teniendo grandes problemas en casa para nada; ya que estábamos totalmente integrados dentro de aquella sociedad, dejándonos hacer a nuestras anchas y a nuestras formas de vida.

Eran tiempos más contemporáneos, en donde cada uno hacía sus costumbres sin dañar o herir la susceptibilidad del vecino, para nada; ya que la sociedad estaba formada por grupos minoritarios de uno y de otros, allegados cada uno a su tribu.

Vivíamos con humildad y con mucho trabajo, así que todas las personas de aquel pueblo nos apreciaba, por la gran capacidad humana que teníamos en nuestros actos hacia ellos.

GEORGES -. ¿En qué piensas?.

THALIA -. En la paz y en el bienestar de nuestra familia.

GEORGES -. ¿Qué esperabas?.

THALIA -. Tú no lo entiendes: Estamos en otros tiempos.

No sé qué me había querido decir mi mujer Thalia con aquello de, estamos en otro tiempo; pero la verdad era que la alegría y el bienestar en nuestra familia derrochaba sentimientos amorosos como nunca. Sabiendo que irían a llegar, en un día de mañana, a ser secretarias: Cargo elevado para ellas, no sabiendo yo cómo las nombrarían en dicho puesto a mis dos mujeres. . .

Estábamos pagando un seguro médico a una compañía y tuvimos que hacer uso de el por medio de la niña; ya que tosía mucho a todas horas, detectándose la tos ferina, una enfermedad muy molesta en ése tiempo que tenía mi niña.

Su hermano no hacía más que mirarla y hasta el otro hermano por parte de Dayana también la miraba mucho, con cara de estar agobiados por la enfermedad de su querida hermana. Y hasta por la noche, a horas de madrugada, se levantaban sus dos hermanos para ir al cuarto de la niña y poder saber el grado de maldad que tenía en aquel preciso momento.

Como la casa era bastante espaciosa, se habían confeccionado sendos cuartos; uno para los niños y el otro para la niña: Aunque sus madres querían que viviesen con ellas en el mismo cuarto, por la herencia recibida de sus antepasados.

Pero como estábamos ya en otros tiempos, las convencí para que tuviesen los niños sus verdaderos cuartos, y nos dejasen una pequeña intimidad a nosotros, sus padres.

Así fue, pues cuando querían saber de sus hijos iba la madre que se sentía con deseos de su pequeño al cuarto donde dormía su hijo y hasta jugaba allí mismo con los juguetes que le habíamos comprado.

THALIA -. No quiero decir yo nada; pero el día de mañana tendremos que comprar otra casa para vivir todos juntos.

No sabía qué quería decir con aquello Thalia, hasta el día que llegó un sobre a casa conteniendo los análisis hecho a mi mujer Dayana: Estaba embarazada de hacía ya cerca dos meses y no se lo había notado.

GEORGES -. ¿De verdad que no te lo habías notado, que estabas embarazada?.

DAYANA -. Para nada. Que te digo, que no me lo había notado; ¿qué quieres que te diga?.

GEORGES -. Está bien mujer: Lo que tú digas y nada más.

Di aquello por bueno, que mi mujer no se había notado el embarazo hasta que fue al doctor con señales de tener algún que otro vahído, y a los seis meses no la pudieron decir los doctores lo que traía; ya que estaba de culo en la matriz y no se veía de qué género era el feto: Si hombre o mujer.

Fue correspondida, por parte de Thalia, lo mismo que ella hizo con su compañera de casa y de fatigas laborales, teniendo el mismo trato exquisito que Thalia tuvo con ella el día de ayer; cuando ésta mujer trajo una niña al Mundo.

No quiero decir nada cuando se presentaron parte de su tribu en casa, ofreciéndola sus dádivas y parabienes de todas las clases. Hasta el mismo Shamán la

dedicó una especie de ritual tal y como ellos lo hacen, para que aquel bebé naciese y se criase con las leyes de su pueblo.

SHMÁN -. George; me has oído desear que el bebé crezca con las leyes que rige su tribu. ¿Qué tienes que decir a eso?.

GEORGES -. ¿Yo me he opuesto alguna vez a algo?.

SHAMÁN -. La verdad es que no.

GEORGES -. ¿Por qué lo iba hacer ahora?.

La razón que di era contundente; pues nunca me había opuesto a nada en general, ya que si alguna de mis dos mujeres querían algo, lo tenían, y si querían hacer algo, lo hacían.

Pero como todo el mundo no éramos iguales, un día se me intentó dar una broma, por parte de uno de mis obreros al decirme, que estaba llenando el pueblo de Lawton de comanches. Aquello me sentó muy mal; puesto que ésos niños eran mis hijos y sus madres mi mujeres, no respondiéndole para nada y sí mirándole con cara de pocos amigos, como para que éste hombre se diese cuenta de que había patinado en su verborrea conmigo: Ya que éste hombre solamente quería ser simpático conmigo y nada más. Pero aquello surtió efecto; pues nunca más volví a oír algo como me dijo aquel hombre en ése día: Todas las personas me respetaban en mis sentimientos y con ellos a mis dos mujeres; así como a los de mis hijos, que se estaban criando en las costumbres de su tribu, como yo había comprendido que tenía que ser.

Y mientras tanto estaba terminando mis estudios, no sabiendo yo para qué me servirían si tal vez me iría a quedar en los mismos pozos petroleros que estaba ejerciendo mis tareas encomendadas a tal efecto.

Los años habían pasado sin haberme dado cuenta, alegrándome por haber estudiado algo con buen fin; hasta un día me llamó Christian a la oficina principal enseñándome dónde se encontraba todos los impresos y lo que hacía falta para llevar dicha oficina a buen término: Cosa que a mí me extrañó mucho, por no ver ninguna corresponsabilidad entre mi oficina y la principal.

Pero al llegar a casa y estando en el sofá con mis mujeres, me atreví a preguntarlas por sus estudios de secretaría.

GEORGES -. Hoy me ha llamado Christian a su oficina.

THALIA -. ¿Y qué te quería?.

GEORGES -. Enseñarme donde tiene todos y cada uno de los impresos, como para lo que en sí valen.

Al oír eso, Dayana dando un salto hacia arriba, comentó en voz alta algo que me llegó a lo más profundo de mi corazón, al igual que también la llegó a mi otra mujer; quedándose los niños mirándonos con cara de sorpresa; ya que yo me encontraba llorando al igual que sus madres.

THALIA -. Son otros tiempos, hija. - Refiriéndose a Dayana-

DAYANA A-. ¡Y tanto!.

No me salían las palabras de mi boca, por lo tanto decidí callarme para que no se asustasen mis dos mujeres; pero cuando vi que no podía retener mis lágrimas, decidí hablar para no dar qué pensar a aquellas dos santas que tenía yo en mi casa.

GEORGES -. La cultura de los Estados Federales ha llegado a su culminación.

Pero como esto lo dije todo lleno de lágrimas, aquellas señoras no se creían el máximo de mis palabras; aunque sí sabían de las mimas: Al comprobarlas ellas en toda su amplitud y en toda su forma de ser.

THALIA -. Lo estamos viendo, no lo podemos negar.

DAYANA -. Seríamos unas incautas si lo negásemos. La paz, la tranquilidad que gozan todos los Estados Federales, no las ha gozado como ahora; con ésa bondad de sus súbditos para con el mismo gobierno central.

GEORGES -. Dayana, te estás metiendo en un terreno que nosotros no conocemos, ni queremos hablar nada de ello.

THALIA -. Exalto, hija. Nosotras hablaremos de cosas nuestras y no de algo que esté más elevado a nosotras por írsenos de las manos.

Así fue; pues nunca más hablamos de cosas que no nos incumbían para nada, como eran las cosas estatales del gobierno.

Aunque no nos metíamos en nada un día oímos tirar piedras a nuestra puerta con una rabieta increíble, no sabíamos por donde nos había llegado tal despropósito y al preguntar por aquel acto no recibimos contestación alguna. Parecía como que los salían a aquellos hombres de lo más profundo de sus entrañas y hasta de su ser; viendo claro que todavía había personas que no nos aceptaban.

Lo bueno de eso, era que ésas personas eran las mínimas; ya no formaban grupos como antaño, pareciendo que las demás personas nos aceptaban de buenas ganas.

Aquel acto fue algo esporádico, pues al correr el tiempo nos dimos cuenta que nos habían dejado en paz aquellos señores, tan amantes del tiempo pasados; pues lo que eran aquellos tiempos ellos no se encontraban en aquellos terrenos.

Desde luego crecía la niña que tuve con Dayana con todas clases de mimos y de cuidados de todos nosotros, no solamente de su madre y míos, también tenía los cuidados de Thalia y de todos sus hermanos. Hasta que un día llegó a casa el Shamán aludiendo que tenía reservado un acto para ella; así entraría de lleno en las creencias y en la manera de ser de la tribu.

No sabía yo qué clase de acto haría con mi niña; pero en poco tiempo lo supe, ya que tuvimos que marchar un día a las montañas rocosas para efectuar dicho acto, que era una danza alrededor de ella varias personas y como cantando sus cantos preferidos.

Eso sí, el humo no faltaba en aquel acto para nada; echándola a la niña casi todo el humo, excepto el que se subía a las alturas por ser volátil. También me pareció que había un ungüento que ungiéndole con el en la frente de la niña balbuceaban unas palabras que yo no comprendía por ser el puro dialecto de aquellas personas.

Ya estaba mi niña totalmente iniciada en las costumbres de aquella tribu, según ellos; así que a mí solamente me quedaba callar y mirar, por si acaso venían mal dadas para mi persona, y mi persona se encontraba remisa a aquellas prácticas hechas con mi niña al no saber nada de lo que se estaba haciendo con ella.

DAYANA -. Parecía como si no te estuviese gustando la ceremonia que ha efectuado el Shamán con nuestra hija.

GEORGES -. Compréndeme, mujer: Yo no entiendo nada de eso; así que lo aceptaba con precaución para nuestra hija.

DAYANA -. ¿Pero lo aceptabas de buenas ganas?.

GEORGES -. Lo aceptaba sencillamente. Yo acepto todo lo que venga de ti, créeme.

Sostuvimos ésa conversación Dayana y yo una vez que estuvimos en casa, de vuelta al pueblo de Lawton.

Pues no que me habían gustado ésas danzas que sostuvieron durante la ceremonia aquellas personas; era tanto así que un día me puse a bailar como aquellas personas, una vez que me vi solo en casa. Pero poco me duró aquella expansión corporal, ya que entraron de improviso en casa, Thalia y Dayana, una vez que habían dejado en la escuela a nuestros hijos.

A mi simple parecer, no pasaba nada por haberme cogido con aquella danza que yo había visto hacía pocos días en las montañas rocosas; pero nada de eso, que cuando me quedé solo en casa con mi mujer Thalia, me lo echó en cara aquella poca deferencia que había tenido para con ella, en la memoria con la tribu de Dayana.

THALIA -. Todavía no te he visto danzar al son comanche.

GEORGES -. ¿Qué no?.

Me puse a danzar como si fuese un verdadero comanche de toda la vida, gustándola mucho a mi mujer Thalia; que expresaba su conformidad en la cara por todo lo alto.

Pero como por inercia un día, cuando estaban mis hijos en casa, comenzamos todos a danzar en son de aquellas tribus, siendo un espectáculo genial y hermoso a la vez: Demostrando, desde luego, que yo estaba totalmente insertado en el carácter y en las costumbres de aquellas tribus.

Al terminar aquellas danzas, todos nos abrazamos y nos besamos como si fuésemos uno sólo, no teniendo ninguna clase de diferencia los unos con los otros, por haber danzado al son de aquellas tribus.

Aquella tarde, con una y con otra; hasta quedar extenuado por completo, pues me faltaban las fuerzas en mi cuerpo: Ya que había dado toda mi sustancia en ése acto de amor, puro y limpio, como todo marido da a su mujer.

Pasó el mes y con el llegaron los sustos a mi casa, por parte de mis dos mujeres; ya que ninguna había tenido la regla en su periodo normal, haciéndose unos análisis las dos, para dar positivo en cada una de ellas.

THALIA -. ¡AY!, hijo. Tenemos que poner los medios para no tener más hijos; pues he echado cuantas y. . .

GEORGES -. A los hijos no se los echa cuentas.

THALIA -. Eso en tu religión; que lo que es en la vida común, no podremos salir bien ningún mes: Tal vez no llegaremos a finales de mes,

DAYANA -. No puedo oír eso.

Se la quedó mirando Thalía a los ojos con ganas de responderla, pero al parecer se hincó las uñas en el corazón no respondiéndola nada al respecto: Había sido lo mejor, no decirla nada a Dayana para sostener aquella amistad tan hermosa como teníamos, todos nosotros, en casa.

Se las empezó a notar las tripas a las dos mujeres, dándolas un poco de reparo; sobre todo cuando iban hacer las prácticas en una ciudad de California; puesto que yo ya sabía lo que se tenía que hacer en la oficina principal.

Ya íbamos a ser ocho personas en casa, dos adultas y seis jóvenes a los que alimentar, vestir, calzar y dar algún que otro juguete para que jueguen entre ellos; a parte darlos los estudios pertinentes, que no costaba poco dinero el tenerlos bien preparados para el día de mañana, que tal vez llegaría pronto para algunos de mis hijos.

No se quedó en eso todo; puesto que era el primer año que los niños tenían que ir uniformados a la escuela, gastándonos un dinero importante en sus vestimentas, como en trajes.

Era así tanto, que un día cogí a Thalia echando números en una cuartilla, que parecía se iba a salir de ella de tantos números como yo veía puestos, unos detrás de otros.

GEORGES -. Me parece bien, alguien tiene que echar números; porque si no, no sé dónde íbamos a llegar.

THALIA - tampoco lo sé yo.

GEORGES -. ¿Cómo?.

THALIA -. Que si alguien no echa cuentas en ésta cabaña, nos veríamos cazando en la pradera para comer.

Palabra fuerte la que dijo en ése preciso momento Thalia; pues cada uno cobrábamos bastante dinero, como para hacer frente a los gastos de la casa, ya que deudas no teníamos ninguna. A no ser que ya se apuntaba la idea de adquirir una nueva casa; venderíamos la que teníamos y con ése dinero y poniendo lo que teníamos ahorrado conseguiríamos comprar un solar y hacer una casa nueva.

Eso creíamos nosotros, pero la realidad del cuento fue; que compramos una casa amplia ya construida y con sus papeles en regla, habiéndose dado el permiso para que se

remodelase dicha casa hace ya tiempo, cuando en sí se podía construir casas nuevas, dentro del censo de habitabilidad del pueblo de Lawton.

Con unos cuantos retoques, aquella casa quedó perfectamente habitable para toda la familia. Pero no olvidé nunca la primera casa donde viví con la señora Jessy, que en paz descansa; ya que en ella pasé unos días inolvidables por completos. Pero esto no se lo quería decir a Thalia y a Dayana, por si dañaba su susceptibilidad; ya que si me llego a expresar correctamente, como tenía que ser la verdadera noticia que diese a mis dos mujeres, éstas montarían en cólera hacia mi persona, ya que el caldo que hacía dicha señora era caldo de una sustancia inconfundible y agradable para mí.

THALIA -. Tienes añoranza, ¿verdad, hijo?.

GEORGES -. ¡Y tanto!.

DAYANA -. Thalia, éste lo que tiene añoranza de un caldo viejo.

THALIA . ¿No digas?.

DAYANA -. Como lo oyes. Tiene añoranza de gallina vieja.

Las dos se quedaron mirando a la fotografía de la señora Jessy, que en paz descanso; haciéndome que la quitase de donde yo la tenía puesta; pues ya no era su casa, ni tenía el por qué estar aquella señora allí, para nada.

En aquel preciso momento llamaron a la puerta, presecándose un ayudante del Sheriff con motivo de saber cuantos hijos teníamos nosotros, para en un momento determinado sacar unas cuartillas y apuntar en ellas los hijos que teníamos entre mis dos mujeres y yo. Y cuando acabó de apuntar los hijos que teníamos se despidió muy amablemente. Lo que sigue no se cuenta, porque los estados de bienestar social que teníamos en dicho pueblo, superaban a las tasas que pudiésemos pagar por aumentar la

familia. Y por otra parte, era mejor callar que hablar, no dando mucho aprecio aquel acto de habernos pasado una tasa; ya que en años sucesivos no sucedía eso.

Yo había terminado los cuatro años de estudios sin saber para qué me irían a servir; porque no tenía mucha visa de que yo ocupase un puesto superior por el momento, al igual que Thalia y Dayana que habían formalizado sus estudios como secretarias y no llegaba su nombramiento.

THALIA -. Georges, tú sabes algo para qué hemos hecho los cursos de secretaria.

GEORGES -. Lo mismo que yo he hecho un grado intermedio de ingeniero.

DAYANA -. Todavía no me veo en otra oficina que no sea ésta.

Así hablábamos un día en la oficina entre nosotros; pues al parecer nadie nos daba señas de tener una idea de por qué hicimos los cursos todos nosotros, si no se veía adelanto alguno para nuestras vidas.

Hasta que un día me fui a la oficina principal, para poder hablar con Christian sobre mis estudios; pues yo creía que aquel señor sabía algo y nos lo podía decir, o por lo menos si había cazado onda alguna sobre mi nuevo destino.

CHRISTIAN -. Siéntate, Georges.

GEORGES -. Te figuras para qué he venido, ¿verdad?.

CHRISTIAN -. Y de la buena. Si tú quieres que se las nombre enseguida secretarias a Thalia y a Dayana se puede hacer; pero te quedarías sin ellas en tu oficina, eso de momento.

GEORGES-. ¿Serán asignadas a ésta oficina?.

CHRISTIAN -. Sí; pero todo está en tu discreción personal.

GEORGES -. Me callaré por completo.

Se levantó Christian de su sillón dando unos pasos por la oficina, para en un momento determinado mirar por la ventana de ésta, y así como al momento se paró atusándose la barbilla, como si tuviese dudas en contarme cual era mi puesto de trabajo elegido por los jefes.

Y después de zozobras y muchas dudas, se volvió a sentar Christian en su sillón para abrir la boca y expresarme cual sería mi puesto de trabajo; que no era otro más que el suyo propio, pues él estaba esperando que le llegase su traslado a la administración general de un momento a otro: Así que nada más le llegase la credencial del nombramiento se tendría que ir a California para ocupar su puesto de trabajo.

También me enteré de que Thalia y Dayana ocuparían un puesto de trabajo como secretarias conmigo, en la oficina principal de aquel complejo de pozos petroleros. Y como me dio permiso para decírselo a mis dos mujeres, corrí a su encuentro con todas mis fuerzas del corazón y así al entrar en la oficina me vieron llegar totalmente exaltados las dos administrativas.

DAYANA -. ¡UY!: ¿Qué te pasa?.

THALIA -. ¿Cómo vienes así?.

GEORGES -. Para daros una noticia muy grata.

Las trasmití lo que me había dicho Christian, encargándolas muy concienzudamente que se callasen las dos; pues al parecer todo dependía del mutismo general queuviésemos nosotros.

Se levantaron mis dos mujeres abrazándose con alegría sin par y como con unas ganas de avanzar en la vida para obtener más sueldos y así poder llevar mejor a nuestros hijos y poderlos dar una carrera a cada uno de ellos; pues todavía había puestos de trabajo allí mismo para ser ocupados por gente de estudios.

Aunque en general no estábamos viendo una realidad dentro de nuestra casa; ya que el hijo de Thalia no conseguía las buenas notas que conseguían los otros hijos que teníamos en común todos nosotros.

No sabíamos las causas de aquellos suspensos, que nos traía el hijo de Thalia; poniéndole un profesor particular, siendo inútil toda clase de esfuerzos que hacíamos con aquel chico.

THALIA -. Éste chico no va hacer ninguna carrera.

GEORGES -. Hoy día se gana más con un negocio, que con una carrera.

THALIA -. Pero lo que yo quiero para el, es una carrera; aunque sea pequeña.

GEORGES -. Y yo también quiero para el una carrera.

Ése disgusto no lo tapaba las buenas notas de los demás hijos; pues lo malo que pasa a un hijo no lo cubre las alegrías que traigan los otros hijos, siguiendo cada uno su camino: Unos trayendo buenas notas y mi pequeño trayendo las notas que podía, ya que el estudiaba mucho, pero no llegaba sus estudios a buen puerto.

El caso era, que aquel chico se le veía espabilado, no era torpe; pero no sabíamos qué le pasaba, si regía correctamente y aprendía enseguida las lecciones si se las leíamos. Así que todos los días le leíamos las lecciones que le habían mandado de la escuela y le hacíamos repetir las mismas de carretilla; ya que como digo, tenía madera

de ser buen estudiante, no sabiendo nosotros qué le pasaba. Retenía muy bien en su memoria las lecciones que le leíamos y asimilaba perfectamente sus conceptos.

Un día que nos encontrábamos a solas su madre y yo, comenzamos hablar de los hijos, que al parecer eran todos ellos listos y algunos muy listos, no llegando a comprender el por qué del atraso de nuestro hijo, si era también listo; pues leyéndoles las lecciones se las sabía al dedillo. Y así logramos encarrilar los estudios de nuestro queridísimo hijo.

Un día, cuando llegué a casa, vi a mi hija mayor llevar en los brazos a mi hija pequeña, cosa que me causó un entrañable amor hacia ellas; sobre todo hacia mi hija mayor, que estaba cuidando de mi hija pequeña. Pero al poco tiempo la estaba arrastrando por el suelo, se había cansado de llevar a la pequeña en brazos, o tal vez no podía con ella.

Estas cosas me causaban un amor enorme hacia mi familia y mi familia se portaba conmigo a las mil maravillas, así que yo también hacia lo posible por portarme con ellos de la misma forma que ellos se portaban conmigo, por no decir todavía mucho mejor; ya que eso lo se podía hacer, por tener yo una familia de lo más agradable posible.

Mi hijo me llegó con una nota de la escuela, para que fuésemos su madre y yo hablar con el delegado de curso; no sabiendo yo a qué se refería dicha nota, si mi hijo estaba sacando notas buenas: No tan buenas como quisiéramos su madre y yo, pero en sí las estaba aprobando todas las asignaturas.

A la hora prevista estábamos en la escuela su madre y yo, esperando hablar con el señor que nos había emplazado en dicho centro oficial para hablar con nosotros dos; pero como hacía ya bastante tiempo que estábamos en la sala de espera, pregunté al bedel por las circunstancias de tardar dicho señor, anunciándome el encargado de las

aulas; que me verían a su debida hora, pues también habían sido llamados los demás padres del curso que practica mi hijo mayor.

No habíamos mirado la hora en que nos convocaron en dicho centro oficial para hablar con el maestro de nuestro hijo, y cuando llegó la hora de hacerlo fuimos llamados a un despacho, entrando en dicha sala como muy recogida nuestra Alma, por no saber qué nos iba a decir el señor maestro.

MAESTRO -. Hagan el favor, siéntense.

Nos sentamos enfrente del señor maestro, teniendo por medio la mesa escritorio de éste, para saber qué era lo que nos tenía que decir de nuestro queridísimo hijo; empezando el señor maestro leyéndonos las notas de nuestro hijo, argumentando que todavía podían ser mejores.

GEORGES -. ¿Por qué dice usted eso, señor?.

MAESTRO -. Su hijo tiene una inteligencia mayor, que para las notas que saca.

Se veía que se estaba poniendo nervioso el señor maestro, al no saber decirnos correctamente lo que le pasaba a nuestro hijo.

THALIA -. Si le leemos la lección se la aprende de memoria.

MAESTRO -. ¡Justamente!.

GEORGES -. ¿Por qué dice usted eso?.

MAESTRO -. Ustedes lo han dicho. No se han dado cuenta que su hijo se fija mucho; vamos, que tiene que arrimarse mucho al libro para poderlo leer.

Nos miramos a la cara su madre y yo, comprendiendo lo que había dicho el señor maestro, pero solamente en parte; no cogíamos bien el concepto que nos quería transmitir el señor maestro.

THALIA -. ¿Qué nos quiere decir usted, con eso?.

MAESTRO -. Su hijo necesita un buen oftalmólogo. Entonces sabrá leer correctamente el libro y aprenderá las lecciones.

¡Acabáramos!; ahora sí lo entendimos perfectamente: Nuestro hijo no veía muy bien, por así decir; ya que hablando en plata, nuestro hijo no veía casi nada.

Llevamos a nuestro hijo a un buen oftalmólogo, auscultándole miopatía con vista cansada, graduándole la vista a la suma perfección. Cuando salimos del doctor nos fuimos a una buena óptica que había allí mismo, en el pueblo de Lawton para agenciarle unas gafas a mi hijo.

Al siguiente día, cuando comenzó a estudiar mi hijo a solas, su madre y yo le estábamos vigilando sin que el lo supiese; viendo, con sorpresa, que mi hijo estaba leyendo perfectamente el libro que tenía en las manos.

THALIA -. ¿Qué hacemos?.

GEORGES -. Esperar a las notas que traiga a casa: Ya veremos a ver si ha mejorado.

Desde luego que mi hijo mejoró las notas; pues de un aprobado se subió a un notable y algún que otro sobresaliente, dicho en los términos para que ustedes nos

entiendan a su madre y a mí. Por lo tanto se había normalizado mi niño en sus estudios, que falta le estaba haciendo.

En aquel, entonces, vi que sacaban unos muebles de la oficina principal, así como unos utensilios de ella y no pudiendo más salí como corriendo para hablar con mi amigo Christian, el cual me dijo: Que ya había recibido la credencial, dándole tres días para que se presentase en su nuevo puesto de trabajo, en la administración general de la empresa.

Yo me quedé parado, como no sabiendo qué decir; ya que yo no había recibido ninguna credencial para presentarme a mi nuevo puesto de trabajo en pocas fechas. Pero al llegar a mi oficina, pude ver a Thalia y a Dayana dando saltos, prácticamente, de alegría por todos los rincones de la oficina.

GEORGES -. ¿Qué os pasa?.

Y enseñándome la credencial como si fuese una bandera, la agitaban para que sirviese de vista hacia todas las personas que había, en ése preciso momento, en la misma oficina.

Tres días, también las daban de plazo, para presentarse en su nuevo puesto de trabajo como secretarias tres días, solamente tres días.

Yo no me quise alarmar, ya que en la oficina estaban también obreros queriendo saber o alegar algo incúmbete para ellos; pero eso sí, yo busqué por la bandeja que contenía la correspondencia epistolar no encontrando ninguna carta dirigida a mi persona, cosa que me estañaba mucho, si yo fuese el sustituto de Christian.

Tanto era así, que al cabo de ésos tres días ocuparon su nuevo destino como secretarias en la oficina principal mis dos mujeres, quedándome yo en mi oficina en

espera de acontecimientos, que no tardaron en llegar a mí poder, con informes un tanto no favorables para mis intereses particulares.

Dichos informes, me decían que redoblara la vigilancia en el complejo de los pozos petroleros, e informase cuanto antes si en el seno del personal empleado en ellos se observaba movimientos sociales mal encaminados para los intereses de la empresa.

No tenía otra opción y yéndome al pozo dos, busqué a su encargado que era Aarón, para transmitirle lo que me decía aquella nota mandada por la oficina general de la empresa.

GEORGES -. Aarón, ¿Qué hacemos?.

AARÓN -. Bien lo sabes tú: Lo de siempre.

Y lo de siempre era el redoblar la vigilancia, como decía aquella nota para que nadie tuviese malos pensamientos, a causa de que al señor ingeniero le habían trasladado de destino, lejos de allí.

Ahora sí que me entró más ganas de ocupar mi nuevo destino, no sabiendo yo por qué se atrasaban tanto para mandarme mi credencial; si hacia ya bastantes días que lo estaba esperando.

Pronto lo supe, o por lo menos lo creía así; ya que vi llegar, de nuevo, a Christian a su oficina para coger los mandos de ella, viendo mi puesto peligrar en cuanto había sido ocupado otra vez de nuevo por Christian.

A los dos días de estar allí mi amigo Christian me llamó urgentemente a la oficina principal, yendo yo lo más pronto posible a dicha oficina.

CHRISTIAN -. Firma tu credencial y ocupa enseguida tu nuevo destino en dicho puesto.

Ahora sí que vi en el peligro que estábamos en el complejo de los pozos petroleros; pues antes no me daba mucha cuenta, creyendo que se pasaría enseguida el efecto causado por la ausencia de mando. Pero no, no era así; ya que se me nombró, de prisa y corriendo, en mi nuevo puesto para que no hubiese posibilidad de maniobras algunas por parte de los obreros.

No sabía qué causas llevaron a los obreros a ése término, si siempre se habían caracterizado por ser trabajadores y callados. Pero como me dieron vara larga para poder asignar una persona en mi viejo puesto, lo hice en Aarón, una persona que sabía contender con aquellos hombres nobles y buenos: Surgiendo el efecto positivo de que Aarón fue nombrado el jefe de la oficina, como encargado del personal y de la conservación de los pozos petroleros.

Habíamos formado un buen cuadro de trabajadores dentro de las oficinas de aquel complejo de pozos petroleros, con una salvedad: Que fue nombrada su mujer Ruth como ayudante de Aarón, entrando en sí más capital monetario en su casa, y ayudando a su economía particular.

Debido aquel nombramiento provisional que hicimos con Ruth, me llegó un día Kim la mujer de Edward, pidiéndome que como su marido le daba reparos para pedirme el favor de que ella trabajase como ayudante en la oficina de Aarón, y sabiendo que éramos amigos de su familia; ella se atrevía a pedirme ése favor, para trabajar como ayudante en la oficina.

En vez de molestarme, aquello me agradó; así tendría yo aseguradas las espaldas, en cuanto al personal de oficina, puesto que pusimos como encargado de cada pozo a hombres y mujeres de confianzas.

De éste modo comenzó a trabajar en la oficina que regía Aarón la mujer de Edward, Kim; haciéndolas a las dos, a Ruth y a Kim estudiar para poder consolidar dicho nombramiento.

Pero había un escollo, que Kim no tenía la graduación para poderse presentar en exámenes de administrativa, la faltaba bien poco; de modo que tendría que sacar dicho título para sufrir el examen de administrativa, mientras que Ruth sí lo tenía; pudiendo presentarse aquel mismo año a los exámenes de administrativa.

El tiempo pasaba y con él crecían mis hijos, yendo el mayor a la escuela en la facultad de Oklahoma para estudiar una carrera, estando algunos de los demás hijos a punto de seguir los pasos a su hermano mayor.

Yo me había confundido; puesto que la oficina que regía Aarón tenía cuidado con el personal, pero la oficina principal era la que contrataba a los obreros, así que todos los días tenía dolores de cabeza al no poder hacer frente a tanta demanda como estaba teniendo en aquellos días.

Hasta personas que no habían trabajado nunca querían hacerlo en los pozos petroleros, ya que en ellos estábamos sus buenos amigos, y cuando no eran admitidos de inmediato, por ponerlos en una lista de espera; ya no éramos tan buenos amigos.

Y desde luego, toda la contabilidad de aquellos pozos petroleros se hacía en la oficina principal, así como la petición de utensilios y herramientas para su conservación habitual, y un sin fin de más tareas encomendadas a dicha oficina.

El trabajo nos sobrepasaba un tanto; ya que entre mis dos mujeres y yo, no era suficiente como para llevar todos los días aquella oficina con holgura y dignidad. Así

que cuando Ruth aprobó de administrativa, pasó directamente a la oficina principal haciendo las veces de ayudante nuestra. Entrando en la oficina que regía Aarón a una buena señorita de aquellas tierras.

En pocos años se había consolidado el trabajo en las oficinas, pues hasta Kim se pudo presentar para administrativa, siendo la piedra angular que tapaba toda problemática con los obreros; el tener personal de confianzas en las oficinas, ya que hasta Ruth volvió a pasar con su marido Aarón.

El cuadro de personal estaba perfecto; como he dicho, era la base fundamental de una buena llevanza contable y de un buen entendimiento con el personal de trabajo, con los obreros de los pozos petroleros.

Me llamaron a la administración general, en California, asistiendo de inmediato a su llamada para ver qué me deseaban, y nada más que pisé la oficina me salió al frente mi amigo Christian. Me saludó muy cordialmente mi amigo, para hacerme sentar en un sillón que había al otro lado del despacho de Christian, con una pequeña mesa, así como con cuatro sillones al respecto.

CHRISTIAN -. Huelga decirte que me alegro verte. Pero por ello te haré una pregunta, antes de comenzar nuestro trabajo: ¿Quieres tomar algo?, lo trae la secretaria.

GEORGES -. Eso quisiera hablarte, de mis mujeres; ya que están haciendo las tareas de secretarias, siendo administrativas.

CHRISTIAN -. Tú lo has dicho, son administrativas. Viniendo la cosa mal, se quedarían en eso, en administrativas; teniendo su puesto de trabajo fijo toda la vida.

Respiré al oírle decir aquello a mi amigo Christian; pero las causas que me habían llevado allí, todavía no las sabía, así que le pregunté por dichas causas.

Las causas por las que fui llamado a dicha oficina eran, ni más ni menos, que teníamos que reforzar los servicios en las oficinas, con el mismo personal de trabajo de ellas mismas. Cuando yo creía que iba a ser una alegría para todos nosotros, lo que allí me comunicasen en ése preciso día.

¡Qué va!; fue todo lo contrario, y cuando fui abrir la boca, contundentemente me dijo; que si quería guardar mi puesto de trabajo no me opusiera a las decisiones de los grandes jefes.

Él también parecía que quería retener su puesto de trabajo, hablando de ésa manera a un amigo: Yendo recto a la cuestión y no titubeando para nada, así que comprendí enseguida la indirecta. Pero con todo y eso pude decirle que dicho esfuerzo supondría una remuneración en el personal de las oficinas, no dándome tiempo para seguir hablándole más; puesto que me indicó que me callara y saliese de inmediato de su oficina, no sin antes haberme convidado a merendar en su casa,

CHRISTIAN -. Recuerda, a las dos en casa.

GEORGES -. Allí estaré.

A la hora señalada estaba llamando en la puerta de la casa de mi amigo Christian, abriéndome su mujer Bianca, seguida por un chico; presentándomelo como su hijo. El hijo que tuvo con su marido Christian estando en Oklahoma: Eso ya lo sabía yo, que ella había tenido un niño al que le dio mucha importancia.

Tal vez le daría cariño a su hijo, como suele ser; pero fardaba más de tener un chico que otra cosa: Tal vez sería para que todo el mundo supiese que su marido la había dado un hijo, ¡un hijo a ella!.

La comida fue de lo más exquisita, pues entre los muchos alimentos que se daba en esa región, sacó de cada cosa lo mejor; sabiendo de antemano los platos que se daban en ese terreno de virtudes y de amor.

Cuando terminamos de tomarnos el aguardiente, ya al final de la merienda, alegó Christian tenerse que ausentar por motivos de trabajo; ya que iba a ver un establecimiento de repuestos de coches. No sabiendo yo que se encargase de esos menesteres, mi amigo Christian, pues era un gran jefe, un jefazo, un gran ejecutivo. Y como yo hice por levantarme de mi silla, me indicó que me sentase con un gesto de mando.

CHRISTIAN -. Georges, no hace falta que te marches; siéntate y disfruta de los postres, ya que yo no puedo tomarlos.

Así lo hice y no lo tenía que haber hecho; ya que Bianca dando largas al niño, le mandó a la calle para que viese a sus amigos, a los amigos que tenía en esa ciudad encantadora.

Se me vino derecha a mí, Bianca; con alguna que otra idea de hablarme de su marido o de nuestra amistad de hace tiempo: Eso lo sabía yo de antemano. Pero al sentarse, cerca de mí, enseñaba todos los muslos; ya que se remangó la bata hasta la cintura, por así decir.

Y como me vio que miré a la botella, la dio un poco de vergüenza; alegando que ella no había probado ni un sorbo de aquel líquido. Era así, pues la botella estaba según como la habíamos dejado su marido y yo, dos dedos por debajo de su cuello.

BIANCA -. ¿Parece que me rehuelles?.

GEORGES -. ¡No!; que va, para nada.

Desde luego que la huía a Bianca; una mujer guerrera donde las haya, sobretodo con mi persona, pues ella me dijo un día que la amistad que tenía conmigo no la tenía con ningún otro hombre.

BIANCA -. Me encanta haberte visto.

GEORGES -. Igualmente digo.

Se hizo un mutismo por parte de los dos colosal, ya que no sabíamos qué nos íbamos a decir el uno al otro; hasta que comenzó hablando Bianca de ella misma.

BIANCA -. ¿Tú cómo me encuentras?.

Y echándola un vistazo de arriba a bajo, me atreví a decirla cómo se encontraba ella para que no tuviese dudas de mi persona.

GEORGES -. Yo te encuentro muy bien, Bianca.

BIANCA -. ¿Pero eso lo dices con la boca chica?.

GEORGES -. No, ¡quita; que va!. Te lo afirmo y te lo digo de verdad.

Se levantó y se dio media vuelta para que yo la viese mejor, y al cabo de un tiempo se volvió a sentar en el mismo sitio que había estado antes.

BIANCA -. ¿Tú crees que éste cuerpo puede tener un solo hijo?.

GEORGES -. ¿Te digo la verdad?.

BIANCA -. ¡Claro!.

Bianca no esperaba la contestación que yo la iba a dar, ni la pregunta que yo la iba hacer; por lo tanto me dio vara larga para que hablase.

GEORGES -. No se lo merece, no señor. Pero un día tú me dijiste que tu marido no podía tener hijos, por tener demasiados vagos los cromosomas: ¿De quién es el primero?.

Se me quedó mirando, Bianca, sin saber qué contestar, ni qué hacer en ése preciso momento, en el que yo la preguntaba por el origen paterno de su hijo. Mientras yo esperaba la respuesta con todos mis deseos, sin que dijese aquella señora nada al respecto. Y como comenzó a señalarme, me increpé con ella, diciéndola algo que no la gusto nada, pero que nada.

GEORGES -. ¿Ahora no dirás que ése chico es mío?; porque te lo estoy viendo venir. Me estás señalando a mí.

Bianca lo pensó un poco, para responder a la velocidad del rayo; así no habría ninguna clase de dudas.

BIANCA -. Pues mira tú: Sí es tuyo ése chico.

Me levanté como ayudado por un resorte, sin saber lo que hacía y con los nervios totalmente desatados, con un “subidón” de cólera que no podía con ella.

GEORGES -. ¡AH!, no; ahora no me eches tú la culpa: Ese chico no es mío.

BIANCA -. (Mirándome como con genio) -. Por que tú lo digas. . . Y el que viene. . .

GEORGES -. ¿Cómo el que viene?.

BIANCA -. El que viene será tuyo también.

Me había llenado el baso, Bianca, de una bebida exótica que se daba en aquellos lugares, pero nada más terminar de beberla entré en un estado de shock increíble; me quedé dormido por completo, sin darme cuenta de lo que hacía, por estar en un estado etílico que no me permitía tener conciencia de sí mismo.

Cuando desperté tenía la ropa totalmente quitada y me encontraba encima la cama de Bianca; pensando que hay hombres que no se pierden, que los pierden las demás personas.

Comprendí enseguida, que mi vida ya no valía para nada; no tenía la gracia de existir, no valía que me esforzase para nada, ya que nada me serviría de aquí en adelante: Había sido infiel a mis mujeres, no dando nada por mi existencia.

Pero eso sí, se lo tendría que decir a Thalia y a Dayana tal y cual había pasado los hechos; pero esperaría un cierto tiempo hasta saber si el hijo que esperase Bianca era mío. Ése posible hijo tenía yo que saber si era mío; no dando crédito cómo lo iría a conseguir, pero desde luego conseguiría saber si ése hijo era mío: De todas por todas.

Pero como la providencia es grande, encontré a Bianca camino de no sé el qué o a dónde, llevando algo envuelto en hojas de periódicos. Yo me dirigía al aeropuerto para

tomar mi vuelo con destino a Lawton, y como hacía viento dobló una hoja de periódico aquella bocanada de aire, dejando ver un frasco con una sustancia viscosa.

Claro que comprendí enseguida, que tal y como estaba yo hacía poco rato, no podía hacer el acto sencillamente; habiéndome sacado, aquella mujer, todo mi jugo por un movimiento de mano.

Pensé y pensé velozmente la manera de romper aquel maleficio que iba a tener lugar en la persona de Bianca; así que haciendo que me caía conseguí tirarla el frasco al suelo, rompiéndose todo entero. Y como todavía no me tenía en pie, pise su contenido ansiosamente para destruirle del todo.

Me despedí de aquella mujer, señalándola para el suelo y diciéndola que ahí tenía a su hijo deshecho.

Me fui con una alegría enorme a Lawton para poder ver a mi familia y poder besar a mis hijos con todas mis fuerzas de mi corazón. . . Una vez más, ¡no!; nadie me cargaría a mí con un hijo que no fuese mío.

En cuanto a lo que me había dicho Christian, sería echarme encima a todos los obreros de los pozos petroleros; mientras él se lavaba las manos. Tendría yo que pensarlo muy bien, antes de hablar al personal de las oficinas y a los obreros; pues a mi simple parecer ponía mi persona delante y eso no me era propicio para nada.

Nada más llegar a mi oficina tomé el pulso al complejo de los pozos petroleros; buscando la estadística de todos ellos, y sí era verdad que se podían extraer más barriles de crudos de aquellos pozos petroleros, pero como la remodelación de todos ellos no dejaba trabajar de otra manera, me callé lo que me había dicho Christian para que lo transmitiese a todo el personal de aquellos pozos petroleros.

Al día siguiente oí por la radio, que se había hecho una concesión a otra empresa petrolera para que abriesen algún pozo en aquellos terrenos, no viendo yo la posibilidad

que había para que funcionasen bien varias empresas en pocos kilómetros, ni veía claro la cuenta de resultados.

Ahora sí que comprendí, enseguida, a mi amigo Christian, al trasmitirme aquella noticia con suma urgencia; pues sería conveniente que sacásemos más barriles de petróleo para abaratar el mercado y así hundir a la empresa que empezaba a funcionar en aquellos terrenos de yacimientos petrolíferos.

Convoqué, enseguida, una reunión con todos los trabajadores de la empresa, ya fuesen oficinistas como obreros, para informarles de nuestra situación, y por supuesto ya lo habían oído algunos de ellos, la concesión que había hecho el Estado de Federalismo de los Estados Unidos del norte de América.

OBRERO -. ¿Es por que una empresa abrirá algunos pozos petroleros?.

GEORGES -. Si me quiere usted creer, le diré; que así me lo han trasmitirlo e igual se lo trasmito a ustedes: Que refuercen los trabajos para sacar más crudo de los pozos petroleros.

Había enterado a todo el personal que trabajaba en aquel complejo de pozos petroleros de lo que se nos había asignado hacer: El trabajar con todas nuestras fuerzas para obtener más barriles de petróleo de aquellos pozos petroleros.

Así fue en pocos días, ya que el esfuerzo servía para algo; sacando más barriles de petróleo de aquellos pozos y abaratando sus costes, como así su venta.

Eran días de prosperidad para la empresa, al parecer; puesto que unos nubarrones se cernían por nuestras cabezas, al concederse abrir más pozos petroleros a una nueva actividad petrolera.

THALIA -. Georges, ¿sabes lo que he oído en la radio?.

GEORGES -. Tú dirás.

THALIA -. Se cierra la exportación petrolera en los Estados Unidos del norte de América, en todos los estados federales.

Aquello me lo decía Thalia, como si fuese un mal para nosotros, sin saber que si se cerraba las exportaciones de crudo en todos los estados federales fuese abaratar el producto; cuando era al revés, que comenzamos a vender el crudo más caro que cuando lo hacíamos antes: Ya que habían empresas que necesitaban de ése crudo, al igual que otras actividades económicas. Todo funcionaba a base de petróleo, hasta se hacían los mobiliarios con el mismo petróleo: El aglomerado, los ordenadores, la radio. . . Y un sin fin de cosas alternativas al petróleo.

Con todo y eso se juntaban algunos obreros, de la otra actividad, con nuestros obreros, creando un ambiente como enrarecido; no digo yo que se moviesen algunos obreros nuestros; no, para nada se movían.

Pero me echaban un trabajo adicional a mis tareas, el tener que saber si nuestros obreros trabajaban con el ahínco y el impulso debido, para obtener más crudos de aquellos pozos.

Así cuando llegó primeros de años se los subió el jornal a todos nuestros obreros del complejo petrolero; asfixiando, todavía, más a la otra empresa que se estaba formando como de extracción del crudo.

Eso creí yo; que se les asfixiaría; pero pronto me di cuenta de que el gobierno de la Nación quería formar un grupo de empresas petroleras para consolidar mejor dicho crudo en toda ella.

Por lo tanto se crearon medios de transportes a todas las partes de la Nación, así como surtidores de trecho en trecho de la misma: Toda aquella Tierra, de la gran Nación, se vio envuelta, como en una maraña, de gasolineras y de personal adscrito a las mismas.

Como he dicho antes, todo dependía del petróleo y del almacén armamentístico en aquella gran Nación: Se estaba haciendo una potencia, una gran potencia logística y dineraria a la vez.

Desde entonces, yo lo tenía claro: No pedir a la cúpula de la empresa nada, sobre todo lo que se pudiese pasar sin ello; ya que la empresa se tenía que hacer una gran multinacional, para los logros de sus dirigentes de ésa Nación.

Y sí se estaba haciendo, la empresa, una gran multinacional; ya que el potencial humano era mucho y el económico era más.

Todo tiempo sigue y sigue contando en el reloj las horas; así que nos contaba para nosotros también: Teniendo un objetivo a la vista, el trabajar más y mejor cada día: Así llegaban nuestros obreros a la empresa, con ganas de trabajar hasta la saciedad.

Siguieron los contactos de los grupos sociales de obreros de la otra empresa con la nuestra, malmetiendo la voluntad de nuestros obreros y sometiéndolos a su modo y manera; hasta el punto que comenzó a mermar los barriles de crudos que se sacaban de ésos pozos en poco tiempo. Siendo llamado yo, una vez más, a la oficina general para, tal vez, echarme una arenga sobre mi trabajo.

Y menos mal que sí fue eso, una arenga solamente: Una disertación sobre el trabajo en los pozos petroleros. Estando delante mi amigo Christian y otros dos señores, que eran de la cúpula ejecutiva de nuestra empresa. El problema era serio, y se veía muy comprometida todas las tareas efectuadas en los pozos petroleros.

Eran fechas, en donde nadie creía a nadie, en donde todos sabían hasta de leyes, y perfectamente sus derechos; lo malo era, que yo nunca los oí hablar de sus deberes: Parecía que no existían sus deberes, así que nadie hablaba de los mismos.

Poco a poco se fue calmando aquel desánimo colectivo en que todos los obreros iban a su trabajo como muy cansados, al saberse. . . Y aquí no explota nada que no sea un barreno echado en un terreno para formar pozo.

El gobierno de la Nación tomó carta activa para parar aquellos movimientos, mal entendido por parte de los obreros, al crearse una delegación de trabajo entre los obreros: Pues si alguien tenía una queja, se lo tenía que transmitir a dicha delegación de trabajo, antes de hacer por su cuenta. Transformándose dichas delegaciones en los Sindicatos de personal empleado por una empresa.

Volvió, sí señor; que volvió la cordura a su juicio en todos los obreros, trabajando éstos con todo el amor hacia la empresa que los había contratado.

Yo me sentí aliviado, sin ésa carga social tan enorme como había soportado en aquellos años; pues los obreros, como se suele decir, se me echaban encima reivindicando sus derechos. No digo yo que alguna vez no fuese verdad, pero la mayoría de las veces querían hacer su santa voluntad y nada más.

DAYANA -. ¡UF!, chico. Te he visto muy acobardado con la problemática de los obreros.

GEORGES -. ¡Qué quieres?, Dayana; no era para menos.

Sí, no era para menos el pensar que los obreros se irían a conformar ellos solos; ya que las ansias de dinero se los veía en los ojos: Cosa que tal vez tenían razón, pues se

los pagaba menos de lo estipulado; ya que tenían ellos que pagar parte a los sindicatos y otra parte a sus cabecillas de grupos. . .

Fui llamado por Christian, una vez más; pero ésta vez me armé de valor pidiéndolas a Thalia y a Dayana que me acompañase una de ellas, quedándose las mujeres como estatuas, quietas al igual que aquella vez que vi detrás de ellas a sus antepasados.

GEORTES -. Pensar quién va a ser la que me acompañe a la ciudad en California.

Aquellas mujeres se miraron fijamente a la cara y como si tuviesen algo en los ojos, la brillaban como faro sus ojos; tal vez por las lágrimas a través del reflejo de la luz eléctrica.

DAYANA -. Yo tengo una coartada.

¡Vaya!, vaya que manera de hablar tenía de momento mi mujer Dayana, y eso que era una jovencita de lo más lindo que había: coartada, dijo coartada y tal vez no sabía lo que significaba aquella palabra, tal vez creía que su etimología de aquella palabra era muy amplia, por eso se atrevió a decir, coartada.

GEORGES -. ¿Cuál es ésa coar. . .?. . .

Y como me empecé a reír, por haber oído ésa palabra en la persona de Dayana; ésta me intimidó para que la tomase en serio.

DAYANA -. Geroges. Te hemos entendido perfectamente; siendo éste problema más fuerte que lo que se está creyendo. . . Y para que sepáis que yo soy la mejor institutriz en tu viaje a California; os diré que tengo que ir al doctor, al mismo ginecólogo en mi revisión.

En éste preciso momento se calló Dayana, como esperando una respuesta por mi parte; así que miré a Thalia y ésta señora haciéndome un gesto con la cabeza admitía lo que había dicho Dayana: La dejaba ir conmigo a la ciudad de California. Aunque yo hubiese preferido que fuese conmigo Thalia; ya que es una mujer con los nervios más asentados.

GEORGES -. ¿Y ésa diadema?.

DAYANA -. Me hace más esbelta.

¡UHI!. UHI; que aquello no me gustaba nada, pero que nada; puesto que las mujeres de su tribu guardaban una daga dentro del vestido, que lo sabía yo.

Pero para no tener duda, la cogí por la cintura dándola un beso de amor, delante de Thalia y de nuestros hijos; como otras tantas veces hacía con sus madres. Estaban bien acostumbrados aquellos chicos a verme besarlas a las dos por igual, lo mismo que las dos estaban acostumbradas que besase a una delante de la otra.

En aquel beso no noté nada fuerte en el vestido; sería que no llevaba la daga metida en el mismo. Por lo tanto me conformé con eso, el saber que era un simple vestido y nada más.

Cuando íbamos llegando a la ciudad deseada, para entrevistarme yo con Christian, comenzó hablarme Dayana. Y a lo primero no la hacía caso por creer que

eran cosas triviales las que me estaba diciendo; pero en un momento determinado oí la palabra, guárdate. En ése preciso momento se me fueron los cuatro sentidos hacia lo que me estaba diciendo Dayana.

GEORGES -. ¿De qué me tengo que guardar?.

DAYANA -. Tú, guárdate. Por de pronto yo no voy a entrar contigo, que no me vea Christian que estoy aquí.

GEORGES -. ¡Y eso?.

DAYANA -. Vengo al ginecólogo y me da vergüenza que sepa éste señor que estoy viniendo para revisión; no estoy tan mala como se creería él.

GEORGES -. ¿Solamente por eso?.

No me respondía Dayana, y dándome una palmadita en mi pechera inició el camino hacia un banco que tenía en frente, para esperarme allí mismo ella.

Las directrices que me dio Christian no eran totalmente nuevas, desconfiando yo para qué me había llamado aquel señor.

Una vez más me invitó a merendar en su casa, yendo yo con mi mujer Dayana, que al verla en el quicio su puerta se extrañaron mucho de que fuese acompañado por mi mujer.

BIANCA -. ¡OH!, hija. Me alegra mucho verte.

No era verdad que se alegrase tanto Bianca por ver a mi mujer Dayana; pues hasta el entrecejo se la arrugó en ése preciso momento.

DAYANA -. Yo también me alegro verte, Bianca.

Tampoco decía la verdad Dayana, de que se alegraba ver a la señora Bianca, y sobre todo en su casa de dicha señora; que era por menos que doblegar a sus pretensiones amorosas con respecto a mi persona.

Tuvo que explicar Dayana las causas que la habían traído a aquella gran ciudad, haciéndolo con vergüenza, con mucha vergüenza; por estar enterando de sus problemas a la mujer que era contendiente de ella, con respecto a mi persona.

Bianca se ofreció para acompañar a mi mujer Dayana al doctor, quitándola yo las ideas; ya que era yo el que tenía que acompañarla para saber las causas de su dolencia, en el cuerpo de mi mujer.

Una vez que salimos del doctor, Dayana me insistió para que fuésemos a casa de los señores Christian y podernos despedir de ellos. Aquella petición que me hizo mi mujer me desorientó un poco; ya que nos habíamos despedido cuando salimos para el doctor; pensando yo que mi mujer no había dicho la última palabra a la señora Bianca y se la quería decir.

Era así tanto, que ella había oído decir a Christian, que tenía un problema con su aparato de radio, así que iría a un buen especialista para que se lo arreglase; ya que esa radio le gustaba mucho.

Claro que cuando volvimos a casa de los señores Christian allí no se encontraba éste, abriéndonos la puerta su mujer Bianca para hacernos entrar en casa, con sumas sospecha de algo, no muy bueno por parte de Dayana.

En un momento determinado pidió permiso Dayana para ir al baño y poderse asear su cuerpo; ya que aquel doctor la había echado una pomada que todavía no se la había quitado.

Hasta las piernas me temblaban al sospechar yo que Dayana urdía algo, sin saber yo lo que era; pero al parecer pronto lo sabría porque Bianca se vino hacia mí sin más contemplaciones, que poder despabilar su cuerpo y cuando estaba echada encima de mí, ya que me había dado un empujón tirándome sobre el sofá, vimos a Dayana avanzar hacia donde nos encontrábamos nosotros dos.

Sin inmutarse para nada; ni corta ni perezosa se plantó en el medio del salón para decirle algo fundamental para ella a la señora Bianca.

DAYANA -. Las mujeres de nuestra tribu, quieren que sus hombres disfruten; por lo tanto le voy hacer una pregunta a mi marido Georges, y si ésa pregunta fuese negativa prepárate que te corto una oreja.

GEORGES -. ¡Por Dios!, Dayana.

DAYANA -. Sí, Georges, ¿Te es grata dicha relación?

GEORGES -. ¿Qué quieres decir?, Dayana.

DAYANA -. Que si aceptas a Bianca como tu mujer; vamos, que si la quieres.

GEORGES -. Yo, para nada la quiero.

Al oír aquello Dayana, se echó las manos al vestido sacando una daga enorme, yéndose directa para Bianca y al verla dicha señora con tal cuchillo en las manos, no tuvo otra salida que correr hacia la puerta, para en un momento determinado ponerse en plena calle como exaltada.

Yo la cogí de las manos a Dayana, haciéndola que se metiese en el vestido aquel cuchillo que era enorme, haciendo lo que yo la dije a ella: Para acto seguido salir nosotros, también, de la casa; como si nada pasase y marcharnos a donde teníamos aparcado nuestro coche.

Mientras íbamos al aparcamiento, me iban temblando las piernas; al no saber qué hubiese sido si Dayana atrapa a la señora Bianca. En éstos momentos tendríamos un charco de sangre en aquel salón tan bonito, como tenía la señora Bianca.

Me costó mucho conducir aquel día; pues con el susto metido en mi cuerpo y con los recuerdos de aquel momento no podía concentrarme mucho en lo que estaba haciendo. Pero con todo y eso llegamos a nuestro querido pueblo de Lawton, donde nos estaban esperando, Thalia y nuestros hijos.

En casa intuyó Thalia algo al respecto y consultándome a mí me dijo que, si hubiese sido ella la había arrancado la cabellera: ¡Qué manía con la cabellera!

En poco tiempo se había cerrado otro pozo petrolero al ser remodelado completamente como se extrae el petróleo nuevamente; ya teníamos tres pozos que se empleaban al nuevo uso de su extracción de petróleo. Poco a poco íbamos teniendo bien definidos aquellos pozos petroleros para su completo uso.

La prosperidad de la empresa iba viento en popa, siendo sus beneficios excelentes y su manera de trabajar envidiable; no dando crédito a la infinidad de barriles de crudo lo que se estaba extrayendo de aquellos pozos petroleros.

Allí se trabajaba a lo grande, pero la remuneración de los obreros era mucho mayor que en otras empresas, que se limitaban a trabajar igual que nosotros, pero con mucha menos remuneración económica.

Como nuestro hijo mayor se fue a estudiar su carrera a la Ciudad de Oklahoma, compramos un piso para cuando tuviesen que ir los demás hijos a estudiar allí, las ciencias deseadas por ellos.

No podíamos arreglar bien el piso por tener, en ésas fechas, muchos gastos con la matrícula de mis restantes hijos, así como con sus uniformes, calzados y sobretodo los libros; que aunque el Estado se hacía cargo del gasto de material, así como de los

libros, yo tenía que comprarles a mis hijos libros nuevos; donde pusieran de todo aquellos libros.

Repartimos sendas llaves del piso donde pernoctaba mi hijo mayor, para poder entrar en el en caso de emergencia personal o de haber salido tarde de nuestro trabajo; viendo yo que a nuestro hijo mayor no le gustaba nada, pero que nada que de vez en cuando nos personificásemos en el piso sus padres. Lo quería todo para él, y cosa que había en el piso, se la acaparaba para él solito.

La convivencia con nuestro hijo mayor se hacía insostenible; no habiendo comprensión por medio de las dos partes: La suya y la nuestra.

¡AY!, las amiguitas; eso era harina de otro costal, no dando crédito a lo presumido que se había vuelto nuestro hijo mayor; pero con todo y eso tenía un buen tipo y las niñas se le rifaban.

Hasta que un día fuimos llamados sus padres por el maestro que regía sus estudios, dándonos una plática de cómo se debía llevar a un hijo de esa edad, edad del pavo, por así decir. Nosotros esperábamos que sus hechos tuviesen mesura, fuesen los justos, limitando sus actos malos; esos hechos que a veces se tiene que tener pesadez de ellos, por haberse ejecutado bastante mal.

De momento teníamos que cuidar de nuestros hijos menores, y por otra parte la vida seguía, teniendo que hacer frente a todos los hechos cotidianos de nuestra pobre existencia.

Pues claro que seguía la vida su camino hacia adelante; pues en la oficina se nos aglomeraban los impresos por todas las partes, quedándose pequeños los archivos de aquella oficina; no sabiendo yo cómo pedirle otra ayudante a Christian, que era el que lo debía autorizar. En la oficina principal había, dos secretarias y una ayudante, a parte de

mi persona; que hacía y deshacía como se lo habían mandado sus jefes y así lo había estudiado yo.

Era verdad que nunca hice mi santa voluntad, ni en los trabajos más difíciles me salí de las directrices de mis jefes y de lo que había estudiado en los libros; que para eso me gasté bastante dinero, como para ahora no llevar una llevanza de libros correctamente.

Con esas dudas llegué yo un día a mi casa, y ya me estaba esperando allí un religioso, un padre al que yo había pedido ayuda espiritual y consejos para ir con nobleza por el Mundo.

GEORGES -. Padre, me alegra verle.

SACERDOTE -. Igualmente digo, hijo.

GEORGES-. Lo único que no entiendo; que si tengo la bula, no se me certifique ése privilegio.

SACERDOTE -. No, hijo: Tú has entendido mal; no es la bula, es otra cosa lo que te dijeron en la diócesis.

GEORGES -. Entonces: ¿Qué era?.

SACERDOTE -. Déjalo ya, hijo. No des más vueltas a tu pensamiento.

Al decirle yo que era bula y al haberlo entendido mal, no sabía yo qué decirle; y mucho menos cuando me preguntó si solamente tenía una mujer, Dayana: Casada como manda la Santa Madre Iglesia.

Contesté que sí, que solamente tenía una mujer, Dayana, y en ése preciso momento se empeñó en confesarme; así que me hizo ir a la iglesia en el pueblo de Lawton para confesarme.

Y estando confesándome, me volvió hacer la misma pregunta: Que si yo tenía una sola mujer, Dayana. No le pude mentir, estando en acto de arrepentimiento y contrición como me hizo jurar aquel padre en el confesionario. Le dije la verdad, que tenía dos, Dayana y Thalia.

Pero con todo y eso, él siguió confesándome a mí como si nada hubiese oído, y al terminar de confesarme me echó la bendición imponiéndome como penitencia cinco Ave María y un padrenuestro.

Al salir del confesionario le pregunté por aquella poca penitencia que me había echado en mi confesión; diciéndome éste sacerdote, que como no tenía ningún pecado mortal, más que el adulterio, por vivir con una mujer que no era la mía, me había rebajado la penitencia. Y que por otra parte el Estado iba a regularizar nuestra situación, a todos los que nos encontrásemos de esta manera: Casados con dos mujeres, pertenecientes a esas tribus. Pero que la Iglesia Católica y romana no podía permitir dichos devaneos, considerándome a mí como disidente, si permanecía en pecado mortal. Ya que él no podía decir nada, por ser secreto de confesión, y habiéndole dicho yo que vivía con una sola mujer, Dayana; sería lo único que podía decir de mí a su prelado, al no ser que le hiciesen otro acto como de confesión a él, exigiéndole la verdad. Así me lo explicaba para que yo lo entendiese, llana y sencillamente; pero lo que no le entendí al padre, fue ése acto que tal vez se hace a los curas para que digan la verdad de un acto de confesión que había formalizado en la iglesia a un feligrés. Llamándose ése acto de una manera clásica dentro del argot eclesiástico; cosa que yo no entendí.

Pero parece que surtió efecto lo que yo le dije a aquel sacerdote un día que llegó a mi casa para saber de mí, y aprovechando de que no se encontraba en casa Thalia con nuestros hijos, le dije que solamente estaba casado con Dayana; pareciéndome a mí una mentira piadosa.

Me fui para buscar al chamán y lo encontré implorando al Sol en un llano de aquellas tierras, tan bonitas, y nada más que me vio se levantó de donde estaba sentado, en el suelo y con los pies cruzados, para hablarme de mi situación, dentro del sistema jurídico personal.

CHAMÁN -. Lo tienes arreglado, yo me encargué de ello: Está tu situación jurídica con respecto a Thalia en perfecto estado.

GEORGES -. ¿Y con Dayana?.

CHAMÁN -. Se encargó su Shamán cuando el Estado regularizó vuestro status social.

Perfectamente; todo se encontraba perfectamente, según las leyes del Estado con respecto a mi persona y a mis mujeres: Así que mis hijos podía estudiar y abrir una empresa cuando quisieran.

Mi felicidad era doble, al saberme padre de cuatro hermosos hijos de mis dos mujeres; pues los embarazos que presentaron un día fue fruto psíquico colectivo. No dando abasto a tanta alegría como tenía metida en mi cuerpo, al saberme un hombre agraciado en la vida.

Lo único malo fue, que recibí una llamada telefónica desde un hotel del pueblo de Lawton, para que acudiese urgentemente; no sabiendo yo quién me reclamaba con tanta urgencia desde aquel hotel.

Pero como mi intuición era mucha, se lo dije a mis dos mujeres; que iba a dicho hotel, por haber recibido una llamada telefónica muy urgente. Y claro; como no, al llegar a dicho hotel me recibió un par de señores, muy comedidos en sus gestos y hasta en sus palabras, como para que no me diese cuenta alguna de que aquello estaba siendo; una encerrona para mí.

Hasta les hice saber, a aquellos dos señores, que no sabía nadie sobre mi paradero; ya que yo no dije nada a nadie para dónde iba.

Y sí, fui; fui a parar a una especie de cabaña en aquellos tupidos bosques que hay cerca de aquella bonita y gran Ciudad, Oklahoma. Dándome cuenta que el trayecto desde el hotel del pueblo de Lawton a donde habíamos llegado duró más de hora y media.

Me entraron en la cabaña sin más contemplaciones que un empujón a mi persona y mi persona dio con mi cuerpo en un catre que había a uno de sus lados.

No hacía más de diez minutos que estaba solo allí, cuando se presentó la señora Bianca muy bien ataviada, y quitándose la blusa dejó percibir un par de pechos completamente perfectos. Yo me quise escapar de aquella situación tan embarazosa para mí, pero no pude por retenerme el retén que tenía la señora Bianca en la puerta.

Hubo un forcejeo entre ella y yo, cayéndome sobre una mesa que había en el centro de la cabaña; y menos mal que me pude sujetar a una estatua semejante a alguno de la tribu y así me pude hacer menos daño que el que me hice.

Me toqué a la frente, viendo mi mano llena de sangre; pues me había hecho una brecha en la cabeza y en la frente con aquella mesa tan rústica. Pero con todo y eso quería aquella señora consumar el matrimonio allí mismo.

Pero al ruido de mi caída, entraron los dos señores que estaban en las afueras de la cabaña, más bien en la puerta, para socorrerme en ése preciso momento; al verme sangrar de aquella manera: Llevándome al hospital de Lawton y sosteniendo la sangre en el camino.

Corrieron mis dos mujeres a dicho hospital, para ver qué me pasaba y cuando me vieron la cabeza toda ella vendada se asustaron, preguntándome las causas de aquella

herida. Yo las dije que había ido con un amigo al bosque y me había caído en un barranco profundo, por no haberle visto a causa de la vegetación.

THALIA -. ¿Qué vegetación; si está todo muy limpio.

DAYANA -. Desde luego el bosque está más limpio que nunca.

GEORGES -. Pues no vi el barranco; ¿qué queréis que os diga?.

Sí, yo las dije; pero mis dos mujeres no se conformaron con lo que las había dicho, yéndose directas al doctor para que las informase de las causas que me provocaron aquellas heridas.

Desde luego el doctor las dijo, que con una piedra no había sido; más bien con una madera, ya que no había residuos tóxicos, ni parte de mineral en la herida, que había sido con una madera fuerte.

Aquello desarboló todo lo que yo las dije; al saber que un barranco no había tenido la culpa de que yo me encontrase allí, en aquel lecho de una habitación de hospital del pueblo de Lawton, tan aquejado y tan hecho polvo mi cuerpo.

Las sospechas de mis mujeres, cada vez se acentuaban más al ver Dayana a uno de aquellos forzudos que me querían retener a toda costa.

DAYANA -. Thalia, hoy he visto a un hombre que nos hacía las tareas en las montañas rocosas, merodear por éste pueblo de Lawton.

THALIA -. Todo cuadra; va cuadrando.

Estuvieron hablando entre ellas a solas, no escuchando yo nada de su conversación; pues parecía que los ánimos estaban exaltados del todo, por parte de

aquellas dos mujeres. Pues estaban viendo que se la metía otra mujer entre medio de la familia, si yo, acaso, la aceptaba.

A los pocos días llegó el amigo Christian a la oficina principal del complejo petrolero, con motivo de hacer unas gestiones de inspección rutinaria y al cabo de las cuales, me invitó aquella misma noche a una buena recepción que hacían al personal administrativo de la empresa, en un buen restaurante, en Oklahoma.

Y como las mujeres no podían ir a tales eventos, se quedaron en las postrimerías de aquel local, Thalia y Dayna, con el fin de montar guardia a Bianca; que tal vez sí estaría en aquel restaurante.

Todo había transcurrido normalmente en la merienda, en aquel restaurante, y al salir yo a la calle me di de bruces con Thalia y Dayna, que estaban como apostadas detrás de una pared que cubría todo el frontispicio de aquel establecimiento: Recibiendo yo una sorpresa increíble.

GEORGES -. ¿Qué hacéis aquí?.

THALIA -. Guardarte la espalda.

Entendí enseguida aquella indirecta; pues era verdad que Bianca se encontraba, todavía dentro del restaurante, saliendo pronto, con su marido, a la calle cruzándose con Thalia y Dayana que al parecer no podían estarse quietas por el nerviosismo que ellas tenían.

Pero como Christian no sospechaba nada, se me vino hacia mí para poderme saludar y poderse despedir de mí y de mis mujeres; como en sí había visto yo, ya que sus gestos no eran otros, mas que el relacionarse conmigo como amigo.

Thalia y Dayana se quedaron quietas en el sito donde se encontraban, no saliendo al encuentro de Bianca; sospechando algo Christian sobre mis dos mujeres, ya que se las estaba viendo en la cara el grado de disconformidad que tenían en aquel preciso momento.

Y ni corto ni perezoso se dirigió hacia mis dos mujeres, mi amigo Christian, diciéndolas algo así; como que se fijasen en su mujer Bianca.

CHRISTIAN -. Señoras: Ahí tienen ustedes a mi mujer Bianca.

Ni Thalia ni Dayana contestaron, dándome a mí una vergüenza increíble, a permanecer impasibles mis dos mujeres a la llamada del jefe superior de aquella empresa. Para romper el hielo que se había producido momentos antes entre nuestro jefe y ellas se fueron para Christian despidiéndose con un beso en las mejillas, cada una de ellas.

Menos mal aquel entendimiento, que provocaron mis dos mujeres con Christian; puesto que a su mujer Bianca no la dijeron absolutamente nada: Era más; provocaron una desavenencia entre ellas y Bianca delante de su marido Christian.

Qué vergüenza, ¡Dios!, me hicieron pasar mis dos mujeres en aquel día; cuando en sí se creía que se tuviese que estar alegres por el evento que se había celebrado en el restaurante, al agasajar la empresa a todo el grupo administrativo, no yendo mis dos mujeres al mismo, cuando ellas eran secretarias. Pero su concepto de la vida y tal y como las habían criado, su ego no las permitían asistir a un acto donde su manera de recibir las lecciones de la vida cotidianas eran férreas en dicho caso: Para una, si yo no aceptaba aquella señora, Bianca, ella tampoco la podía aceptar, y para la otra no era

caso de pensarlo más de dos veces; no admitiendo a dicha señora para nada del Mundo, pero con todo y eso haciendo de tripas corazón.

Nuestras relaciones, entre Christian y yo; en vez de ser una tirantez continua no se dañaron para nada: Es más, se afianzó cada vez más y más al llamarme por teléfono casi todos los días, con motivo de saber cómo iba la contabilidad y la correspondencia en la oficina. Parecía que él había tomando aquel desprecio que hicieron a su mujer en el evento de la comida a la sección administrativa como un mero rifirrafe entre ellas.

Me parecía mentira que aquel hombre no preguntase nada a su mujer; teniendo yo ahora la mosca detrás la oreja, por no decir que aquello estaba claro, bastante claro.

Las llamadas telefónicas fueron disminuyendo; por consiguiente descubrí la pura realidad, lo que yo pensaba; que era el saber algo de su mujer, para ver si yo le decía alguna cosa que él no supiese.

Mi vida se normalizó, hasta el punto que se tranquilizó al saber que Christian había pedido otro puesto de trabajo, dentro de la empresa, no teniendo nada que ver con el complejo petrolero.

Ahora sí que estábamos en casa toda la familia en completo estado de tranquilidad, al saber que no tendrían tanta asiduidad las llegadas de Christian y de su mujer Bianca al pueblo de Lawton.

No sé qué pasaba, pero en aquellas fechas empezó a sentirse mal mi mujer Thalia; llevándola yo al doctor para que la auscultase, sin saber éste qué dolencia la aquejaba. Por lo tanto la mandó una analítica en toda la regla, y al cabo de unos días nos dieron el resultado de aquellos análisis donde todo estaba en orden.

Era raro que no diesen con el mal que la aquejaba a mi mujer Thalia, por lo tanto yo no dejaba dar vueltas y vueltas a mi cabeza, para en un momento determinado pensar que tal vez sería algo fuera de su organismo.

Llamé al Chamán contándole la dolencia que tenía mi mujer Thalia, viniendo a los dos días a casa el Chamán y llevándosela a la llanura, en un sitio determinado, que yo no sé cómo se llama, haciéndola un ritual de esos que él sabe hacer.

Cuando llegó a casa mi mujer, llegaba ya con menos dolencia que cuando se fue; así que vi el Cielo abierto; ya que los quejidos dados por ella me llegaban a lo más profundo de mí ser.

Poco a poco se fue poniendo buena mi mujer Thalia, teniendo esas ganas de vivir que siempre ha tenido, y esas ganas de jugar con los niños pequeños, como otras veces la he visto yo.

Pero como la estadística era ya digital, recibimos un mensaje electrónico de que algunos pozos eran deficitarios, nombrando los pozos que no llegaban al grado económico deseado.

DAYANA -. Si son ya dos pozos: ¿Qué quieren?,

THALIA -. Tal vez quieren que saquemos el crudo con cubos.

En ese momento intervine yo, para calmar los ánimos exaltados que se las habían quedado a mis dos mujeres.

GEORGES -. Hay que ser más comedidos. Están enlazando los pozos y esos dos están en completa remodelación; así que redoblaré los esfuerzos con personal de otros pozos. Y sobretodo quiero, que cuando se de una orden, seáis más serias; En la vida las personas tienen que ser serias y hacer caso a lo que se las manden.

Era la primera vez que las daba una arenga a mis dos mujeres, al verlas yo tan desorientadas, o con tan poco agrado de involucrarse en sus trabajos; ya que las había sentido muy mal, que dijese algo así; como que no cumplíamos con nuestras tareas encomendadas.

Aquello que dijo Thalia, de que sacásemos el crudo con cubos me sentó mal, pero que muy mal; no viendo yo ése grado involucrativo en mi mujer, como para tomarlo en serio las directrices que llegaban de la administración general.

Tal vez fuese, que como habían cambiado de jefe y de algún personal en la secretaria no supiesen que estábamos en completa remodelación de los pozos petroleros; así que se lo hice yo saber de inmediato, sintiendo mucho el déficit causado por dichas obras en los dos pozos petroleros que faltaban por remodelar. Recibiendo nota adjunta, de inmediato, diciéndome; que eso no era causa económica, pero sí física, para que disminuyesen los barriles de petróleo sacados diariamente en ésos dos pozos, según proyecto económica de la dirección empresarial.

Y con un punto terminaba aquella nota, hecha por algún personal de la sección administrativa o de alguna secretaria, efectuada aquella nota al dictado.

Me di cuenta el carácter que tenía el jefe, por aquella nota recibida con tanto orden y mando: Por lo tanto me pude dar cuenta el grado de compromiso que tenía el nuevo jefe con la empresa; se comprometía sin saber la pura realidad.

Siendo la pura realidad de aquellos pozos petroleros un verdadero fiasco; ya que no se podía sacar más crudo de ellos por las obras que se estaban acometiendo en ésos pozos petroleros.

Pero en cambio sí fue capaz el jefe llegarse un día al complejo petrolero y sobre todo a la oficina principal, para recabar información, no de la estadística, pero sí de aquellos dos pozos en obras.

El jefe era joven, muy joven y recién terminado la carrera, hijo de una manda más de la Nación; pero con el grado suficiente de escuchar y de ver la realidad de los hechos.

JEFE -. Me han formado para escuchar.

GEORGES -. Me agrada conocerle en persona a usted.

No me dijo nada aquel joven, yéndose directamente a los pozos petroleros que se estaban remodelando en aquella fecha. Yo corrí detrás de él para ver lo que me decía; pero en vez de decirme algo, asentaba con la cabeza al darse cuenta de que en aquellos pozos petroleros no se podía sacar más crudo en general.

Oía, oía; sí que oía, pero decir, no decía nada al respecto, y despidiéndose de mí muy amablemente me quedó con la palabra en la boca. Y al poco tiempo volví a recibir la misma nota que había recibido días antes, para que sacásemos más crudos de los pozos petroleros, que me ponía aquella nota.

No quería contradecir al jefe y yéndome al encargado de obra le hablé correctamente para que me dijese, si de aquellos pozos se podía sacar más petróleo de otra manera que no fuese la misma que estábamos empleando.

ENCARGADO -. Arderían los pozos, y como todos están enlazados, saldrían ardiendo todos ellos: ¿No entiende?.

Sí que entendía, pero el que no quería comprender nada era el gran jefe, que de vez en cuando me atosigaba para que yo hiciese sacar más petróleo, de aquellos pozos petroleros, a los obreros.

¡AY!, Christian; dichoso Christian; Dónde estaría mi amigo Christian; si por un momento le eché de menos. No pudiendo contactar con él, por no poder decirle lo que pasaba, ya que entonces haría de menos a mi jefe.

Paliaría la situación como pudiese, estoicamente y con mi trabajo personal, que no era poco; no pudiendo hacer otra cosa más que llevar el complejo petrolero a buen destino, y para ello redoblaría yo mis esfuerzos.

Un día que estaba yendo desde un comercial a mi casa, me paró un hombre diciéndome algo que me sorprendió mucho.

SEÑOR -. Resista usted, que pronto tendrá su merecido.

No sabía a que se refería aquel hombre, ya que le quise preguntar yo pero ése señor se había marchado con rumbo fijo. ¿Dónde tenía yo que resistir?, si en mi casa, en el puesto de trabajo; pues tal vez sería en el donde tenía que resistir, como dijo aquel hombre al cruzarse conmigo.

Aquello que un día me dijo un hombre al cruzare conmigo no se me iba de la cabeza; habiendo mermado mucho las circulares que me mandaba la administración general para que redoblase los esfuerzos con mis obreros.

Ya aquello, ordeno y mando no se veía con tanta frecuencia llegar a mi oficina; más bien era un haga usted el favor.

Allí estaba pasando algo que yo no sabía, y en general era cosa muy importante para el desarrollo de aquella industria, gran industria.

Todo lo tenía bien controlado, hasta la oficina que regia Aarón; pues aquel buen hombre no sabía cómo pedirselo a los obreros, que redoblasen el trabajo en los pozos petroleros.

Una situación de calma se nos vino encima, teniendo nosotros nuestros nervios calmados y con toda clase de confianza de que las tareas encomendadas a cada uno de los obreros las estaban llevando a buen término.

Hasta que un día me llegó un escrito, de puño y letra, de mi amigo Christian; comunicándome el agradecimiento que tenía la cúpula de la empresa por el esfuerzo tan enorme que habíamos hecho, en la obtención de crudo.

Ahora sí que me dio hincapié para escribirle a Christian a vuelta de correos, expresándole mi sorpresa por no saber qué estaba pasando en la administración general de la empresa.

Christian me lo quiso explicar personalmente, ya que a los dos días llegó al complejo petrolero con la sola idea de anunciarme algo factible para mí trabajo y mis intereses en la empresa.

CHRISTIAN -. Sí, querido Georges: Desde hace unos días me he encargado de la dirección general de éste complejo petrolero, además de llevar mi trabajo como ejecutivo en la cúpula de la misma empresa.

Me quedé quieto donde me encontraba; ya que yo quise dar saltos de alegría, pero quien los dio fue mi mujer Dayana: Sabiendo la dificultad en la que yo me encontraba con respecto al jefe saliente.

GEORGES -. Perdónala; pues sus pesares eran muchos.

CHRISTIAN -. Sabía en la tesitura que te encontrabas.

Al parecer, el jefe saliente, al ser hijo de un mandamás de aquella bonita y gran Nación no se le podía decir nada al respecto; pero se le asignó un despacho en la cúpula de la empresa donde no había ninguna clase de actividad.

Yo creía que Christian había llegado a los pozos petroleros con intención de decirme lo que pasaba, de explicarme bien la situación que teníamos en la empresa; pero me equivoqué, puesto que antes de marcharse me sentó delante de él en la oficina para comunicarme una idea que había tenido la dirección de la empresa, estando delante mis dos mujeres.

CHRISTIAN -. Georges, ¡Tú qué dirías?; que tal vez me marche de inmediato sin contarte nada más, o que tengo alguna otra noticia que darte.

GEORGES -. Tal y como me lo estás contando, presiento que hay algo más para explicármelo.

Christian se levantó del sillón, que era el mío y antaño el suyo; dando unos pasos por la oficina como pensando la manera de decirme lo que traía entre manos. Christian se volvió a sentar, otra vez, en el sillón y mirándome de frente se dispuso para decirme lo que ya se había contrastado en la dirección general de la empresa, sobretodo en la cúpula de la misma.

CHRISTIAN -. Georges, tu ere Jove.

¡AY!, ya yayay, que me parece por donde iba mi amigo Christian al decirme aquello de que yo era joven: Pero más lejos de la realidad que aquel pensamiento.

GEORGES -. ¿Qué me quieres decir?, Christian,

CHRISTIAN -. La empresa piensa en personas como tú para llevar la dirección de la misma el día de mañana.

GEORGES -. ¿Y?

CHRISTIAN -.Sigue estudiando, conviene a la dirección tenerte como un gran ejecutivo.

GEORGES -. ¿Ingeniero yo?.

CHRISTINA -. ¡Por qué no!.

Mis dos mujeres se quedaron absortas y sin saber lo que decir, y eso que las consultaba también Christian a ellas, al tiempo que las dijo que ellas también tendrían que estudiar para no quedarme solo a mí.

THALIA -. No sabemos dónde tenemos que hacer la matrícula.

CHRISTIAN -. No importa, nosotros os la haremos.

Así quedó y así se hizo pues en pocos días llegaron unos libros para mis dos mujeres, con motivo de tenerlos que estudiar para presentarse a exámenes; comenzando al siguiente día, mis dos mujeres, los estudios por correos, teniendo que ir un día a la semana a una ciudad de California para poder recibir clases y poder preguntar lo que quisieran.

No sabíamos cuanto tiempo durarían yendo a la ciudad en California hasta que nos lo comunicó Christian al preguntárselo yo.

Un curso, dos cursos. Tres curso y al final un master de dichas materias, acumuladas a lo largos de esos años.

Un día no acudió a su puesto de trabajo uno de nuestros obreros, teniendo que dar cuenta a la autoridad, al sheriff, pasando las horas pertinentes para hacerlo; buscándole por todo el pueblo de Lawton sin encontrarle.

El sheriff no quería que se metiese en el caso otras fuerzas del orden público; ya que allí podía operar un cuerpo especial al que todos conocemos de antemano. Quería llevar él todo el operativo de aquella investigación; pues al parecer se estaba previendo algo fundamental para el completo desarrollo de los pozos petroleros.

A caballo, hasta a caballo buscaron a aquel obrero, encontrándole en las llanuras recostado a una roca medio extenuado por el gran esfuerzo que había hecho en su marcha por aquellos desiertos inhóspitos.

Al final no pasaba otra cosa, más que aquel obrero había salido andar por las llanuras, teniendo como meta más kilómetros que el podía; y al parecer, cuando se iba agotando por el calor se paraba para continuar cuando el sudor se lo permitía y el calor de su cuerpo mermaba resguardado por una roca de los rayos del Sol.

No sé cómo decirlo; pero lo cierto fue que en aquellos días se tuvo que parar toda clase de actividad en los dos últimos pozos petroleros por causas de las obras, ya que debían ir sincronizados unos con otros y en aquel ensamblaje no había otro remedio que paralizar los trabajos de obtención del crudo en aquellos pozos petroleros.

Si hubiese estado el otro jefe nos haría sacar petróleo de aquellos pozos, fuese como fuese, aunque hubiese sido con cubas; entrando los obreros dentro de los pozos para hacerlo.

Pero como el trabajo era mucho y la obtención del crudo se retrasaba, dejamos en los mismos pozos petroleros a los obreros que trabajaban en ellos; para que ayudasen a los técnicos de la construcción: Y así poder tener cuidado de aquellos pozos, ya que la

maniobrabilidad de los técnicos en los pozos estaba llegando abajo del todo, haciendo las veces de supervisión los obreros de los mismos pozos petroleros.

Con todo y ello se quemó uno la mitad de un brazo teniéndole que llevar al hospital en Oklahoma para que le curasen las heridas. Y eso que toda supervisión era poca y todos los cuidados puestos se nos antojaba que no eran suficientes, como para tener cuidado de aquellos pozos petroleros. En los pozos petroleros, cuando se cree una cosa, es otra.

Tuvimos que dar de alta a otro obrero por el que se había quemado parte del brazo; ya que el personal que teníamos en nómina estaba contado como si fuesen lentes.

Aquel hombre que empleamos parecía buena persona, pero al poco tiempo de estar haciendo sus tareas, me llegó un compañero de trabajo indicándome algo de el, no dando yo crédito alguno para llamarle la atención.

Sí lo hubiese hecho, pues un día tuvieron que acudir todo los obreros para apagar un fuego interno del último pozo petrolero; saliendo todos los obreros con heridas leves, no de cuidados.

No obstante reuní a los obreros de aquel pozo petrolero para alertarles de que si alguno tenía que ir al hospital para curarse lo hiciese, denegando todos aquellos obreros la indicación personal que les estaba haciendo yo por carácter de responsabilidad en sus trabajos.

Así que me fui ufano a mi oficina, la oficina principal, de aquel complejo de pozos petroleros, para poder trabajar aquel día con todos mis esfuerzos y mis sentidos.

Así trascurría el tiempo en mi trabajo, haciendo las tareas encomendadas a mi persona con todas las ansias del Mundo; no dándome tregua ni descanso para que

aquellos pozos petroleros diesen lo mejor de aquellos crudos y sacásemos bastantes barriles de petróleo.

Y entre tanto me llegó mi mujer Thalia diciéndome, que nuestro hijo mayor tenía que asistir a un viaje por ser mediados de curso; y que todos o casi todos irían a ése viaje: No siendo menos nuestro hijo que los hijos. . .

En ése momento la callé a mi mujer Thalia; pues no podía oír lo que ella me quería decir; aunque fuese a solas,

GEORGES -. Thalia, no te quiero oír hablar de ésa manera: Nadie es más que nadie, según la Ley.

THALIA -. No te iba a decir nada sobre lo que tú opinas.

Todo quedó ahí, en aguas de borrajas; no dando más interés a la conversación, que la única que tenía: El no echarnos para atrás con nuestro hijo, para que no se cohibiese en la sociedad.

Si era eso lo que Dayana me quería decir, con respecto a nuestro hijo mayor; aquello ya cambiaba hasta de color, pues a un hijo no se le puede criar con los nervios retenidos, ni con miedo a la sociedad, siempre que respete ésa sociedad.

Desde luego dimos el dinero que nos pedía la secretaria de la facultad, para que nuestro hijo se añadiese a la lista de los excursionistas de aquel año: Primero de carrera. Ahí, nada es nada: Teniendo ya un hijo estudiando una carrera superior y englobada su etnia social, dentro de la comanchería.

Prosperidad al máximo, no habiendo ningún escollo para que estudiasen los más jóvenes de cada casa, siempre que tuviesen ésa predisposición para hacerlo; puesto que

si el chico era cerrado de cerebro, no se podía permitir al Estado que gastase el dinero en ése chico.

La más atrasadilla de mis hijos, era la última hija; la que tuve con Dayana; pues la costaban similar las lecciones, pero cuando lo hacía parecía una locomotora del tren, llevándose todo para adelante. Necesitaba un maestro particular para que la implantase en las labores de los estudios: Para que supiese estudiar, hacer croquis y escuchar en la escuela al profesor, ya que era un poco nerviosa: Una saltimbanquis como su madre; que cuando empezaba a bailar no había otra como ella.

Por lo tanto la apuntamos en clase de baile, diciéndonos la profesora que lo hacía bastante bien, por gustarla el baile. Llegando a formar parte activa en un ballet bien pronto; pero aconsejándola su madre y yo que siguiese estudiando y cuando hiciese una carrera se dedicase al baile, por no saber lo que la podía pasar en la vida.

Un día pasé por mi primera casa, que ya la habíamos vendido al comprarnos una nueva, y pensé en la señora Jessy, una mujer maravillosa, y en los años que viví en su casa; dándomelo todo aquella señora: Y esto lo pensaba en secreto, claro está. Se me cayeron unas lágrimas al suelo, rodando por la tierra, al recordar tantas historias como eran las que habían vivido en aquella casa; y las que viví más tardes con mis mujeres y mis hijos.

Pero como la vida tenía que seguir, desde luego que siguió, y siguió para mí con la completa dicha de saberme un buen padre de mis hijos y un buen marido; ¡vamos!, por lo menos así lo creo yo.

Al llega aquella noche a casa, llegué dando besos a toda la persona que me encontraba en ella; pues menos mal, que eran mis mujeres y mis hijos. Viéndome en el estado de alegría en que me encontraba aquella noche.

DAYANA -. ¡UHI!: ¿Qué te pasa?.

GEORGES -. Es que uno no puede llegar alegre a su casa y con ganas de afectos.

DAYANA -. Sí hijo, sí; sí puedes llegar alegre: Pero dinos las causas de ésa alegría.

Y como era una alegría mayor, algo en sí las tenía que decir para que se conformasen las dos, ya que Thalia se encontraba a la expectativa, mirando y oyendo lo que hablábamos Dayana y yo.

Thalia se levantó del suelo, donde estaba sentada jugando con su niña, que a pesar de ser mayorcita la niña jugaba mucho con su madre: Estaba muy enmadrada de su madre, como se suele decir.

Aquella misma noche, Dayana tenía que hacer reposo por prescripción médica, encargándome a mí para que bañase a la niña.

NIÑA -. ¡No!; papá no, tú.

GEORGES -. Es igual que te bañe tu madre como yo.

Cogiéndola de un brazo la lleve a la niña al cuarto de baño, metiéndola en la bañera y frotándola sus carnes por todo el cuerpo con una buena esponja y un buen jabón de baño. Si a lo primero se oponía mi niña para que yo la bañase, luego jugaba conmigo y me daba bromas, al ver el cariño que yo la tenía; sacándola de la bañera más limpia que un jaspe.

Me fui ésa noche con Dayana, que se encontraba un poco delicada pero no de cuidados; ya que el mal que la aquejaba era un mal constipado no muy bien curado, temiendo el doctor que tuviese bronquitis mi mujer Dayana.

Tuve que llevar, una vez más, a mi mujer Dayana al doctor para que la mandase un medicamento más fuerte; ya que la tos no se la quitaba. No la mandó ningún medicamento más fuerte, solamente la cambió de tratamiento y nada más, mejorándose mucho mi mujer en pocos días.

Como el Shamán sabía de la dolencia de mi mujer Dayana, llegó a casa una tarde para poderla ver y calmar su dolencia, si así lo deseaba. Y claro que lo deseó, deseó mi mujer que aquel Shamán la ejerciera un ritual de los que sabía hacer, saliendo mi mujer como nueva, según ella. Aquellas costumbres, Dayana, las tenía muy arraigadas; pues se había criado en la misma tribu que ejecutaba dichos rituales.

¡Pero qué hacen!; si comenzaron a bailar dentro de casa con un ritmo que parecía un ritual dentro de aquella tribu; para sentirse totalmente agotados los dos por tanto baile.

Al ver mi mujer Dayana, que el Shamán se había quedado sin fuerzas en su cuerpo, le invitó a cenar aquella noche; ya que se había hecho de noche y cuando llegase aquel señor a su tipi sería ya bastante tarde. Aquel señor, cenó poco y miró más cuando sacamos las bebidas; ya que el no bebía nada en absoluto.

GEORGES -. Dayana; pobre señor, teniendo que vivir en un tipi toda su vida.

DAYANA -. No hijo; en las montañas rocosas tiene una buena cabaña,

Ya me parecía a mí, que aquel señor no podía vivir toda su vida en un tipi; ya que eran bastante reducidos. Al saber aquello me quedé más conforme; pues de lo contrario aquel señor no podía recibir muchas visitas en el tipi que tenía más cerca del pueblo, en la vertiente de las montañas rocosas. Y por otra parte, hasta llegar a donde se encontraba el tipi tendría que andar bastantes millas, no pudiendo llegar hasta el otro día

a su tipi: No pensando que tal vez en aquel pueblo de Lawton le diese cobijo algún Alma caritativa.

Hasta Aarón se preocupó por Dayana, viniendo a casa con su mujer Ruth; para interesarse por la salud de mi mujer, agradeciéndoselo yo con toda mi Alma. No quisieron comer nada, solamente preguntaron por su salud y deseándola una buena recuperación se despidieron, saliendo de casa con la cara constreñida, como si la dolencia de mi mujer les importase totalmente mucho: Parecían gentes buenas, de ésas que ya apenas hay.

A la siguiente mañana, fui para buscar al señor Aarón a su pozo petrolero, el número dos, para poderle agradecer la visita que nos hicieron la tarde anterior.

GEORGES -. Aarón, te agradezco la visita de ayer tarde, en nombre de mi mujer, Dayana, y del mío.

AARÓN -. Nada, ¡nada!; no tiene ninguna clase de importancia. Lo que sí le ruego, si les hace falta algo nos lo digan, y si está en nuestras manos les ayudaremos.

Fue correcto y muy amable mi amigo Aarón conmigo, haciéndolo extensivo a mi mujer Dayana lo que nos había dicho, el que le comunicásemos si acaso nos hacía falta algo en general, para podernos ayudar él y su mujer.

Cuando volví a la oficina principal encontré un poco delicada a mi mujer Thalia, parecía que hubiese cogido un poco celos de Dayana; al ver con los cuidados que fue tratada, calmándola yo al echarla los brazos sobre lo alto y al decirla algunas palabras de alivio para su dolencia.

THALIA -. Que no; no me duele nada, no te preocupes.

Ya sabía yo que no la dolía nada a mi mujer Thalia; solamente la faltaba unos mimos y nada más.

Una mañana que estábamos tranquilos en la oficina principal, tuvimos que salir corriendo al ver que se quemaba un pozo petrolero y al llegar a el nos retuvieron los técnicos, diciéndonos que eso era normal; pues se tenía que refortalecer los elementos metálicos que se estaban empleando en el pozo petrolero. Y en un momento determinado se apagó la llama que salía de aquel pozo petrolero.

THALIA -. ¡UF!, qué susto.

DAYANA -. Igual te digo, Thalia.

Así hablaban mis dos mujeres viendo que ardía un pozo sin causas aparentes; ya que de momento salió ardiendo; para apagarse sin contrariedad al tiempo que los técnicos se los veía andar por encima de lo que estaba construido en aquel pozo petrolero.

Al parecer se estaba terminando la remodelación de todos los pozos, y ahora sí que teníamos que sacar el suficiente crudo como para paliar el déficit causado por la poca extracción de crudo y el mucho gasto que se había hecho en la remodelación de aquellos pozos petroleros.

Una vez terminada la remodelación de los pozos petroleros, nos entró un agobio en nuestra Alma brutal; pues continuamente éramos llamados para cualquier evento que se produjese en ellos; pero a la vez tuvimos que reforzar los trabajos con los obreros, dándonos de lleno a nosotros, dentro de la sección administrativa.

La oficina estaba como antes, por no decir con más impresos que oras veces; ya que asumió el trabajo, por parte, de algunas dependencias de la administración principal de la dirección de la empresa.

Como yo había pedido más personal de ayudantes, se me había concedido; pero alguna contraprestación tenía que tener dicha concesión, en la misma empresa: El echarnos más trabajos desde la administración principal, alegando falta de personal.

Ahora sí, que yo hubiese permitido se llevasen a las dos ayudantes que me habían asignado en su tiempo; ya que ni con ésas dos ayudantes sacábamos nuestras tareas, al no ser que decidimos trabajar, también, por las tardes algunas horas.

Pero como nuestra casa se encontraba a una hora y media del lugar de nuestro trabajo, no podíamos ir a nuestro hogar para merendar; así que decidimos hacer jornada partida, llevándonos a la oficina un infiernillo para asar y calentar la comida, haciendo que también se quedasen las dos ayudantes con nosotros. Eso fue al correr el tiempo, pues a lo primero hacíamos lumbre cerca de la oficina principal para poner una olla bien repleta de viandas.

¡El que algo quiere, mucho le cuesta!: Qué verdad es dicho proverbio entre las personas del pueblo; ya que nos estaba costando sudores y lágrimas sacar nuestras tareas encomendadas a la oficina principal, mucho, muchísimo por así decir.

THALIA -. Georges, no te parece que van a conocer a nuestros hijos todas las personas del pueblo de Lawton como internistas.

GEORGES -. También lo he pensado yo. ¿Qué podemos hacer?.

THALIA -. Una vez marcharemos a nuestra casa una y al siguiente día la otra; nos turnaremos para poder asistir a nuestros hijos.

GEORGES -. ¿Lo podéis hacer?.

DAYANA -. ¡Perfectamente!: Lo que es de una es de la otra, sin miras ni escatimar.

Eso sí, no se escatimaba ningún esfuerzo ni ninguna otra cosa en la crianza de nuestros hijos por parte de mis dos mujeres: Parecían los hijos de la otra mujer como que eran de ella misma, de la mujer que los estaba cuidando.

La armonía y el cariño en casa estaban servidos, al tratarnos todos con la delicadeza suficiente como para llevarnos bastante bien; hasta que un día se torció un poco aquella buena convivencia por causas de un desaprensivo.

Un hombre, rudo y fuerte, siguió a Dayana, un día, cuando iba a recoger a sus niños a la escuela; dándola alcance y llevándosela a una pared con la sola idea de abusar de ella.

Dayana, cogió un palo del suelo y le asestó tal garrotazo en la cabeza que calló mareado al suelo aquel hombre: No pudiendo hacer otra cosa mi mujer, más que el defender su honra y su honor; pero como entró la justicia por medio, ya que eso estaba penado por Ley, mi mujer Dayana fue requerida en forma de sentencia para pagar los gastos producidos en el hospital a aquel hombre, y además teniendo que celebrarse un juicio por forma peligrosa ante la sociedad.

DAYANA -. ¿Qué va a pasar?, Georges.

GEORGES -. Lo malo sería si te considerase una persona conflictiva y peligrosa.

Dayana se me quedó mirando a la cara, con su faz toda demacrada; al saberse que era una persona peligrosa para la sociedad, por haber sido enjuiciada por tres delitos sucesivos, no teniendo atenuante mi mujer por haberle asestado un golpe en la cabeza: Aquello era delito y nada más.

Se la amonestó con una multa, por ser la primera vez que hacía un apto fuera de la Ley, delictivo; presentando pliego de descargo ante el tribunal competente, ganando aquella recusación por tener personal visual ante los hechos.

Una señora, ya entrada en edad, se ofreció para declarar a favor de Dayana, siendo peso contundente en aquella vista oral hecha a mi mujer, por haberse defendido ante el malhechor.

Mi mujer Dayana quedó absuelta y sin cargo alguno, costando como culpable el señor que la abordó un día en plena calle, dando ya al descampado.

Aquel susto nos pasó en pocos días a todos los de la casa, no teniendo comparación ningún otro disgusto que sufrimos todos nosotros en nuestra vida, más que con ése caso maltrecho.

Yo veía un poco inquietas a mis dos mujeres, no sabiendo las causas de aquel nerviosismo; así que me atreví a preguntarlas por el ajetreo que estaban teniendo en aquel día.

THALIA -. Mira tú por donde no sabíamos cómo decírtelo.

GEORGES -. Mal hecho: Me tenéis que decir todo lo que os pase, o todo lo que penséis vosotras.

Se levantó Thalia dando unas vueltas por el salón de casa, sin querer hablar nada, hasta que por fin conseguí oír una voz, un tanto definida.

DAYANA -. Te tenemos que decir una cosa, que nos incumbe a nosotras. . .

Siendo cortada la conversación de Dayana por Thalia; ya que era ella la que quería decirme lo que la incumbían a las dos mujeres.

THALIA -. Tenemos que ir al doctor. . . No te asuste, no pasa nada. Tenemos que ir al doctor, como te digo, para revisión ginecológica; y así quedarnos más tranquilas las dos por motivos de salud.

GEORGES -. ¿Es revisión anual?.

DAYANA -. Justamente.

Se las concedió un día de permiso para que mis dos mujeres fuesen al ginecólogo aquel mismo día; mientras yo marchaba a mi puesto de trabajo sin otro paliativo que no fuese el interés por trabajar con ahínco en la oficina.

Cuando llegué a casa, ya en el pueblo de Lawton, no se encontraban allí mis dos mujeres, no sabiendo yo las causas que era debido tal retraso; si por lo menos eran las cuatro y media de la tarde y todavía no habían acudido a su hogar, Thalia y Dayana.

No es que fuesen las cuatro y media, si no que a las nueve de la noche todavía no habían acudido a casa ésas dos señoras; así que hice una llamada a la consulta del doctor diciéndome éste que a su consulta no habían llegado, Thalia y Dayana.

Me entró tal nerviosismo que no sabía lo que hacer, hasta que por fin llamé al servicio del orden público, presentándose en casa el sheriff para comprobar la realidad de los hechos: Y los hechos eran que allí no se encontraban mis dos mujeres, calmándome el sheriff al verme tan nervioso y sin control de mí mismo.

Me quedé solo con mis hijos, y cuando me disponía a cerrar la puerta con llave, llamó el chamán para entrar en casa sin pedir permiso alguno: Parecía que le corría mucha prisa saber de nosotros, mejor dicho de mis dos mujeres.

Cuando se fue el chamán de mi casa, sí cerré la puerta con llave disponiéndome para dar la cena a mis hijos y acostarlos; aunque yo no me acostase.

Nada más que acosté a los niños, comencé a oír unas carreras por la calle como de gentes que tenían prisa para llegar a su destino; así que abrí la puerta viendo algunos de aquellos señores correr como si estuviesen en un maratón, no sabiendo yo qué se traían entre manos todos ellos.

Hasta pude ver a un gineta cabalgar a galope en su caballo campo a través, perdiéndose en aquella llanura celestial para todos ellos.

A los pocos días llamó el Shamán preguntando por Dayaba, y al comprobar la pura realidad se despidió enseguida de mí, no dándome tiempo a explicarme; no sabiendo yo dónde se dirigía, ni qué prisa tendría aquel Shamán. Pero lo que sí pude ver fue como se dirigía él y dos señores más a galope con sus caballos hacia los bosques que hay en aquellos lugares, por lo menos iban dirección a ellos.

Como yo tenía que hacer jornada doble, por no decir triple, me quedaba hasta horas de la noche muy avanzadas en la oficina, por lo tanto tuve que contratar a una señora para que se hiciese cargo de mis hijos durante mi ausencia.

Las fuerzas del orden me aconsejaron que no me saliese de casa, al decirles yo que tenía un piso en la bonita Ciudad de Oklahoma, y así lo hice; tendiendo que ir y venir a dicha Ciudad algunas veces en horas intempestivas.

Una tarde noche que iba al pueblo de Lawton en mi coche, vi seguirme a otro vehículo varias millas, para aparecer por un camino vecinal otro coche siguiendo al segundo vehículo, que dobló por un camino de tierra siguiéndole el tercer coche.

Al llegar a casa, la señora que cuidaba a mis hijos me entregó un sobre conteniendo una nota algo obscena y con contenido judicial, para denunciarlo.

Al leer aquella nota se me saltaron las lágrimas, al saber que mis dos mujeres podían haber desaparecido por completo, ya que aquella nota decía: “No volverás a engrosar las filas de personas en éstas tribus”.

Llamé al sheriff llegándome un ayudante de éste, no dando gran interés a la nota por estar pegado las letras de un periódico a una hoja de papel en blanco.

AYUDANTE -. Como usted comprenderá, no podemos dar mucho crédito a ésta nota; ya que las letras son de un periódico pegadas a un folio en blanco.

GEORGES -. ¿Y no se puede saber nada?.

AYUDANTE -. Nada de nada. Usted déme la nota, que se la entregaré en manos al sheriff.

GEORGES -. Prefiero quedármela yo.

Aquel agente de la Ley me miró con cara de pocos amigos, como si yo fuese su enemigo; así que poco me iba a servir dársela aquella nota a dicho agente de la Ley si no iban a adelantar nada en la investigación de la misma.

Ésa misma noche se me presentó en casa el chamán, para alertarme de que me fuese a vivir con mis hijos a Oklahoma, donde yo tenía un piso, ofreciéndome los servicios de una buena mujer de la tribu, para que cuidase de mis hijos en mi ausencia.

Como no era tarde me fui a la oficina del sheriff encontrándole cenando en la misma oficina, y a penas me hizo caso alguno.

GEORGES -. Sheriff, me voy para vivir en Oklahoma con mis hijos.

SCHERIF -. ¿Yo que le dije?.

GEORGES -. Que siguiese viviendo en el pueblo de Lawton. Por eso le estoy pidiendo permiso para vivir en la Ciudad de Oklahoma.

No me contestó, solamente se limitó hacerme una señal con la mano de que me retirase y le dejase cenar tranquilamente y al salir de aquella oficina del sheriff me encontré al chamán, que tal vez me estaba esperando a unas cuantas manzanas de dicha oficina, haciéndome que esperase allí mismo, para poder hablar conmigo y comunicarme algo, que yo tendría que saber.

CHAMÁN -, ¿Qué le ha dicho el sheriff ?.

GEORGES -. Se ha limitado hacerme una señal con la mano para que me retirase y le dejase seguir cenando en paz.

CHAMÁN -. Y en paz le ha dejado.

GEORGES -. ¿Qué quiere decir usted con eso?.

CHAMÁN -. Lo que quiere el sheriff es tenerle cerca de él, a su vista, para saber sus movimientos. Están muchas gentes complicadas en dicho caso.

Y como aquel hombre hizo como si siguiese andando, para disimular que me estaba hablando; yo seguí mi camino como si no le hubiese visto a aquel señor para nada.

Me trasladé con mis hijos a la Ciudad de Oklahoma por la mañana temprano, no habiéndome seguido ningún otro coche en mi retaguardia. Pero en el camino fui pensando, el por qué no había ido en persona el sheriff para ver aquella nota; si otras veces, sin tanta historia, se había personificado en mi casa para ver lo que pasaba.

Llegué al piso sin haberse ido mi hijo mayor del mismo; dándole una buena noticia cuando le comuniqué que nos estábamos trasladando toda su familia con él a ese piso.

No lo pensó ni una sola vez, y adelantándose unos pasos comenzó a besar, uno por uno a sus hermanos, con todas sus fuerzas y su cariño.

Ahora sí que me vino bien, el haberme trasladado con mis hijos a la Ciudad de Oklahoma; pues a mí me dejaba mi amigo Christian que trabajase como fuese si con ello salían las tareas encomendadas a la oficina principal, donde yo era el jefe de ella.

Hasta un jergón me dejó un obrero de aquellos pozos, trayéndolo de un tipi donde el iba asiduamente, para ver a sus gentes. Y hay que ver qué bien me vino aquellas pajas, todas ellas concentradas y envueltas en una especie de tela fuerte; pues como yo estaba en la oficina hasta horas tardías de la noche, cuando me iba entrando sueño me acostaba en el para descabezar aquel aturdimiento que entra a la persona que no duerme mucho.

Así resistiría días tras días sobre aquellos papeles, haciendo las tareas que tenía yo encomendadas en mi oficina; valiéndome mucho mis dos ayudantas, para que dichos oficios saliesen adelante y no hubiese atasco en la oficina.

Yo llegaba a horas intempestivas de la noche a casa, pero con todo y eso me estaban esperando mis hijos levantados para darme las buenas noches, ayudados por la señora que me había indicado el chamán, en su día.

Las noches. . . Las noches las pasaba, la mayoría del tiempo, llorando y pensando en mis dos mujeres; levantándome continuamente para besar sus ropas, ya que me olían a ellas y de tanto besarlas se estaba yendo el olor de aquellos vestidos de, Thalia y de Dsyana, enjuagándolos por mis lágrimas.

Yo ya no esperaba nada; mejor dicho, ni esperaba ni dejaba de esperar al hacer tanto tiempo que estaban ausentes mis dos mujeres de nuestra casa. Es más, yo rezaba todas las noches por ellas; para que Dios las tuviese en su Gloria, apretando con todas mis fuerzas aquellos vestidos como si quisiera que mis dos mujeres saliesen fuera de ellos en esos apretones que yo los daba: No sabiendo qué decir ni lo que hacer en aquellas ocasiones que me daba una cosa, dentro de mí, que yo no sé explicar.

Ya hacía unos meses que estaba sin Thalia y sin Dayana, pensando que ni sus cuerpos podía yo enterrar: ¿Dónde estarían aquellos cuerpos?, que no los podía dar sepultura alguna. Una sí la podía yo enterrar, la otra tendría que ser enterrada por el ritual de su tribu.

Yo salía, de vez encunado, a dar un paseo por aquellas llanuras desérticas con mis hijos y en una roca depositábamos un ramo de rosas en recuerdo de sus madres. Claro que eso lo hacíamos a lo primero, que después iba yo solo a la misma roca, depositando un ramo de flores para echar alguna que otra lágrima en aquel sitio.

Aquella noche, cuando me fui a costar, vi a la señora que cuidaba de los niños acostada y enseñando todas las formas. . . Estaba en casa ésa señora. . .?. . . Podía, pero no; no era cosa de molestarla a la señora por nada, pese a que estuviese en mi casa.

Fui llamado a la oficina del sheriff con idea de saber algo sobre la desaparición de mis dos mujeres y en vez de querer saber lo que había pasado, se convirtió en un interrogatorio abundante en echarme a mí las culpas de dicho secuestro; por lo menos así parecía por la manera de hacerme las preguntas, atacándome en lo más profundo de mi ser.

Salí de la oficina del sheriff con los nervios exaltados y sin tener el suficiente conocimiento como para saber dónde ir y en qué calle estaba; por la presión tan enorme que me habían tenido sometido, y eso que eran los ayudantes del sheriff.

Cuando me encontraba que no sabía dónde dirigirme, se acercó un ayudante del sheriff a mí indicándome algo que me quedó helado: -. Guarde las formas y no demuestre impaciencia -.

Al decirme aquello le miré de frente a aquel señor viendo en él a un verdadero comanche; por lo tanto me tranquilizó bastante sus palabras, al decirme que guardase las composturas.

Me pude dar cuenta, que hasta en la oficina del sheriff ya había personas de aquella tribu, pensando que eran tiempos más modernos que los de antes; en donde no había cabida alguna para aquellas Almas tan nobles y buenas.

Yo los veía un poco más fuertes que a la otra tribu; pero más sedentarios, no iban tanto a caballo, ni se trasladaban de un lugar a otro como lo hacía la otra tribu, que hasta hacían andar al caballo por rocas y cañadas, siendo ellos más delgados al igual que ellas.

Hacía ya siete meses que no sabía nada de mis mujeres; pensando solamente en ellas; si acaso se encontrasen bien, cosa que yo ya dudaba: Unas veces me ilusionaba y otras me desesperaba al pensar el triste destino que hubiesen tenido, si habían dado con hombres malos.

Una vez que me encontraba en mi casa en tales devaneos, con aquellos pensamientos tan fúnebres, cogí a la señora que cuidaba a mis hijos mirándome muy fija para decirme al cabo del tiempo, -. No todos éstos hombres son malos -.

¡Qué sabría ella!, si al parecer me habían contado todo lo contrario los hombres que yo había escuchado hablar de aquellas personas sin corazón. Por lo tanto no la hice mucho caso, yéndome a mi cuarto para leer un poco antes de la cena.

En cuanto a mis estudios tenía que sufrir el último examen de aquel año; no sabiendo yo qué iba hacer con tanta pesadez como tenía en mi ser metido, aunque

estudiar, estudié de lo lindo para poder agradar a mis dos mujeres allí dónde estuviesen ellas,

Desde luego que pasé el examen, teniendo otra alegría; pues me convalidaban dos asignaturas del siguiente año, por tenerlas aprobadas en mis estudios intermedios de una forma de facultativo. Así que aquel día, recibí dos alegrías: El aprobado del curso y el saber que no tenía que estudiar dos asignaturas, por haberlas estudiado en carrera que hice intermedia a ingeniero.

Llegué a casa, aquella noche completo de alegría, y al verme así la señora que cuidaba de mis hijos me preparó una buena cena; ya que al siguiente día santificaríamos la fiesta.

Y como era domingo, mis hijos marcharon a una excursión que había formalizado el colegio donde estaban matriculados; aunque aquí se dice graduados. Salí más ligero que una paja una vez que se había alejado el autobús de los niños, llegando a mi casa lo más pronto posible para poder repasar un poco las asignaturas del siguiente año y lo primero que vi, fue a la señora que cuida de mis niños tumbada en la cama; acercándome un poco a ella para poderla preguntar si la pasaba algo o estaba enferma.

GEORGES -. ¿La pasa a usted algo?.

SEÑORA -. No me pasa nada, ¡por Manitou!.

Y abriendo un poco el embozo de la cama me invitaba para que me acostase con ella; no sabiendo yo qué hacer, ni por dónde correr.

SEÑORA -. Lo estará usted pasando bastante mal.

GEORGES -. Y que lo diga, señora.

Me faltó tiempo para responder, y eso que ella se encargaría de decírselo a las personas de su tribu; calmándome de lleno al decir algo que me dio confianzas.

SEÑORA -. No diré nada a nadie; por supuesto, ¿qué se cree usted?.

Yo no me creía nada; pero cuando más lo estaba deseando, más me retraía en no hacer lo que no debía. Pero como aquella señora comenzó a dar palmadas en la cama, como invitándome para que me acostase con ella, mi cuerpo me llevaba cerca de donde ella se encontraba tumbada en aquella cama.

Yo cogí aquellas sábanas, alzándolas un poco y viendo que aquella señora estaba totalmente desnuda; presentando unas carnes rojizas que eran un encanto de primores.

Me desnudé rápidamente y me metí en la cama con aquella señora, que era de edad mediana; pero que estaba de muy buen ver; recordándome a la señora Jessy en sus tiempos.

Lo que sigue me lo callo por ser un señor, pero por cierto rompimos una pata de la cama en las investidas que dábamos echados los dos en aquel lecho de entrañables caricias y de amor profundo.

Sí dije bien, que estaba en mi casa aquella mujer; sabía lo que decía, pues las mujeres de ésa tribu dan placer a los hombres con los que viven, siempre que no tengan a nadie a su cargo.

Yo me dormí un rato y cuando desperté todavía se encontraba aquella señora en la cama, sin poderse mover para nada; no sabiendo yo qué la pasaba a la señora, pues se encontraba como sin fuerzas y sin poderse mover.

Poco a poco se fue levantando de la cama, aquella señora, para hacerme un caldo de un ave de corral, que teníamos en la nevera; echando en el un vino hecho en la región, al que ya había probado yo: Echó también carne de búfalo con sus testículos.

Aquel potaje, por así decir, me sentó a las mil maravillas; ya que me dio fuerzas para sobrellevar mis tareas al día siguiente y sin cansarme.

Cuando volví aquella tarde noche a mi casa, ya me estaba esperando la señora que cuidaba a mis hijos con una buena cena; pero decidida a no tener relaciones ninguna y acostar a mis hijos cuanto antes, para poderme hablar un rato de cómo nos estaba yendo en la casa, sin mis dos mujeres.

SEÑORA -. Me creo en el deber de hablarte de cómo nos va en la casa a todos nosotros.

GEORGES -. ¿Es que te falta algo?.

SEÑORA -. No, para nada.

Pero por más vueltas que daba a mi cabeza, no veía lo que echábamos de menos en aquellos tiempos en casa; hasta que irguiéndose un poco me transmitió lo más fundamental que tenía yo entre manos, y era el estar más tiempo con mis hijos.

Eso ya lo sabía yo: Pero como estaba supliendo la falta de Thalia y de Dayana en la oficina, tenía que quedarme hasta altas horas de la noche para poder sacar las tareas encomendadas en dicha oficina principal. Así lo había contactado con el amigo Christian y así lo tenía yo que hacer; para que en la sección administrativa de la dirección general de la empresa no se diesen cuenta de la falta de Thalia y de Dayaa; que por otra parte sería cosa gravísima que se diese cuenta de la ausencia de estas señoras.

Todo esto se lo dije, en aquella noche de complicidad mutua, a la señora que cuidaba mis hijos; que por otra parte era una señora que servía para todo, como pude yo ver en ella.

El sábado llegó, volviendo mis hijos de excursión por el campo que había allí cerca, no queriendo saber nada de mí aquella señora; alegando que hacía poco tiempo había desechado nervios y como ella no era mala, no iba a dejarme todos los sábados que cumpliera con ella.

Me puse todavía peor, ya que la tenía delante de mí y no podía hacer nada con aquella señora, estando solos en casa; pero lo que no sabía yo si aquella señora tenía todavía su regla en condiciones, ya que si así fuese estábamos en un peligro constante con respecto a las críticas del pueblo. Mientras no se enterase nadie, esto iba bien; pero si por el contrario se la notase las relaciones que tenía conmigo, eso sería ya otra cosa.

Me llamó el sheriff para leerme las pesquisas que habían hecho en un operativo policial hacía ya tres días y hasta que no habían estado seguros no me habían llamado, para que yo me enterase del caso. Pues al parecer, se había encontrado unos huesos calcinados, suponiendo que fuesen los de mis dos mujeres, ya que se trataban de dos mujeres los huesos encontrados hacía ya tres días en aquellos bosques.

No sabía ni salir de la oficina del sheriff, ya que me aturdí mucho, quedándose mi cabeza como abombada y llorando a mares me despedí del sheriff, para darme de bruces con uno de sus ayudantes, que reteniéndome me dijo algo que me alegró mi Alma.

AYUDANTE -. Señor. Se encuentran todos los días huesos calcinados, de animales.

Y eso me lo dijo bajando la voz para que no le oyera nadie decirme aquello; así que salí de allí con menos nervios y menos penas al saber que tal vez no serían de mis dos mujeres, los huesos que habían encontrado los ayudantes del sheriff.

Dios sabía dónde estarían mis dos mujeres; pero yo no cesaba en su búsqueda, como también parte de aquellos hombres de las tribus de Thalia y de Dayana; ya que cuando iba al bosque para pasar un fin de semana, veía algún que otro jinete surcar aquellos caminos a la velocidad del rayo. Igual me pasaba cuando iba a las llanuras; que veía correr por aquellos desiertos a jinetes montados en sus caballos a toda velocidad.

Nunca había visto tanto jinete correr en su montura por aquellos campos y con tantas ganas de encontrar algo, que ellos buscaban.

Uno de los sábados que mis hijos se fueron a la montaña Ozark de excursión, nos volvimos a quedar solos aquella señora y yo en casa y cuando entré en mi hogar volví a coger acostada en la cama a aquella señora, sin recatarse para nada.

Corrí hacia la cama, desnudándome mientras avanzaba hacia ella, para tirarme encima del lecho sin ninguna clase de miramientos; pues aquel acto era causa de primera necesidad; y así lo sentía aquella señora, por haber sido criado en ése ambiente.

Si la primera vez que estuve con aquella señora, tuve que arreglar una pata de la cama, ésta vez tuve que arreglar las cuatro, encontrándonos en el suelo por tanto vaivén efectuado en aquel acto impúdico.

Me fui a mi puesto de trabajo alegremente, cosa que no lo tenía que haber hecho; pues mis dos ayudantes enseguida cogieron por dónde venía aquella alegría, que llevaba yo ése día por la mañana.

Pese a mi doble sufrimiento, por no ver a mis dos mujeres; yo me encontraba cumplido, sin ganas de ir a otra mujer, ni buscar una compañera entre las mujeres del pueblo de Lawton, aunque ahora estaba viviendo en la Ciudad de Oklahoma: Pero es

que en Lawton conocía a casi todas las personas, ya fuesen por haberme relacionados con ellas, o de vista. En dicho pueblo todas las personas son buenas, sabiendo yo quién era mejor que la otra; además que me hubiese sido más factible encontrar compañera entre las comanches.

Permanecí fiel al recuerdo de Thalia y de Dayana, mirando a mis hijos y viendo en ellos a sus madres. Mis hijos crecían cada vez más, estando ya en cursos superiores como para graduarse.

No en balde había pasado once meses desde la desaparición de sus madres, sin saber dónde estarían o si acaso estuviesen ya en el Cielo.

Un sábado, por la mañana temprano cogí el coche sin rumbo fijo para acercarme a las montañas rocosas y cuando estaba pasando los exuberantes bosques vi una cabaña que llamaba la atención por ser una construcción diferente a las demás.

Paré mi coche saliendo de él para poderme acercar un poco más a dicha cabaña, cuando me salió un señor montado a caballo, sin aparejo ninguno, iba montado sobre el lomo del caballo.

Aquel hombre se bajó del caballo y se vino derecho hacia donde yo me encontraba, en una espesura del bosque que era difícil verme a cinco pasos. Cuando llegó a mí, aquel hombre: Cinta al pelo con una pluma, me comunicó algo que yo no esperaba, -. Váyase lo más pronto posible de aquí -.

Aquello que me dijo aquel hombre me descolocó un poco, perdiendo la compostura de las formas al ponerme nervioso del todo; apretando las manos, como si yo pudiese hacer algo, o como si con ello hiciese lo debido.

Conduje toda aquella noche dando con un paisaje llano, con una llanura desértica, en donde los animales eran los únicos que acampaban en aquel terreno, acampando yo también allí.

Me pasó otro tanto de lo mismo, que me llegó un hombre, un poco más fuerte que el de las montañas rocosas y con mejor semblante, diciéndome algo que yo no comprendía.

SEÑOR -. No es conveniente que ande usted por éstos caminos.

GEORGES -. ¿Y eso?.

SEÑOR -. No le deben ver en éstos lugares; pues se creerán que viene buscando algo, y es lógico.

Aquel hombre desapareció como por encanto, quedándome yo solo para decidir irme a la carretera y volver a la Ciudad de Oklahoma.

No encontré impedimento alguno para llegar a dicha Ciudad, pese al cansancio que tenía mi cuerpo; pues había sido mucho camino conduciendo mi coche, así como muchas horas al volante.

Tardé dos días en hacer aquel recorrido, no habiendo probado bocado alguno, hasta que estuve en mi piso de Oklahoma; habiéndome preparado aquella señora un buen plato de sopa, condimentada con mucha carne de búfalo, acompañado de un aguardiente que elevaba el Espíritu.

GEORGES -. ¿No me tiene usted que decir nada?.

Y alejándose un poco de donde se encontraba sentada aquella señora, cogió un sobre para dármele con un movimiento de cabeza, asestando de alguna sospecha que ella intuía.

Saqué una nota que había dentro del sobre, diciéndome algo así como: “No se mueva de la Ciudad o le pesará”.

Por aquella nota vi el Cielo abierto; pues si mis dos mujeres estuviesen muertas, dicha nota carecería de valor y no tendría fundamento alguno: Pareciéndome la pescadilla que se muerde la cola; unos vigilaban a los otros, y los otros vigilaban a los primeros.

Había una trama formada a raíz de haber desaparecido mis dos mujeres, que para sí las quisieran otros, sin nombrar a nadie.

Aquella noche dormí mejor que nunca, al tener un palpito en el corazón de que Thalia y Dayana se encontraban vivas.

Me fui para buscar al chamán, flexibilizando éste todo mi ser, con palabras que me volvió a decaer toda el Alma; al decirme éste que ya sabía él muy bien cómo eran los hombres que habían secuestrado a Thalia y a Dayana. Y como existían por medias las armas, me calmase y esperase acontecimientos, bien callado.

Aquel hombre me quiso decir mucho o poco; pero sus palabras fueron para mí como un dardo tirado al aire sin saber a quién le iba a dar. Y por supuesto me callaría para no liar más la madeja, que bien liada estaba ya.

Me dieron cuartelillo, en la oficina de sheriff un par de horas, haciéndome todas clases de preguntas, a las cuales respondí que no sabía lo que se me preguntaba. Yo creí que estaba retenido allí, por causas que ya comprendía: El paseo que me había dado días anteriores por aquellas parejas donde todo era secretismo para mi persona.

Y mi persona se encontraba ya que no cogía en mi pellejo, por así decir; al no saber nada y al tener un mar de dudas en mi pensamiento metido.

Mi esperanza se volvió incrédula en aquellos tiempos, en donde ya corríamos el año y dos meses, por causas que se han visto palpablemente, no habiendo más dilación al tema que saber dónde se encontraban mis dos mujeres.

Mi pensamiento se encontraba en aquellos bosques tan tupidos, pero mi corazón me decía que resistiese donde yo me encontraba para no levantar sospecha alguna de que tal vez yo creía que estuviesen vivas Thalia y Dayana.

Tal vez se había formado un operativo por las dos partes, por la parte de aquellos señores que tenían retenidas a mis dos mujeres, y por la parte de aquellas tribus buscando a sus hijas; componentes de las personas que formaban las etnias.

Yo me limité a estar en la expectativa, por si surgía alguna noticia que me pudiese valer como motivo de alegría, o tal vez como un hado que llega de lo infinito para tocarme con el soplo de la bondad.

Aunque poca piedad tenían aquellos hombres en sus elecciones definidas; ya que cuando ellos señalaban a alguien, ése alguien se tenía que dar como vencido.

SEÑOR -. Usted, hágalos caso y se volverá loco.

Así hablaba, a mi paso, un hombre rudo y sentencioso, que había salido a mi encuentro para hacerme una sentencia de lo más agradable para mí; que no hiciese caso, alguno a las palabras que me pudiesen decir otros hombres.

Siendo ésas palabras huecas para mí y sin contenido alguno, por estarme forjando yo solo; sin ninguna clase de ayuda. Por lo menos así lo creía yo, que cuando vi tales movimientos en las personas de aquella tribu, ya me estaba pareciendo a mí que no sería cosa de uno; más bien sería un entramado de todos ellos, hecho para saber dónde se encontraban Thalia y Dayana.

No debía demostrar nerviosismo alguno, pero aquel manajo de nervios que yo tenía me delataban en todos los tiempos, para no poderme mover sin ser vigilado hasta por las fuerzas del orden.

Pero con todo y eso, aquello no era de recibo; al estarme consumiendo por el agobio que tenía encima al no saber dónde se encontraban mis dos mujeres, o si acaso ya no se encontrasen en éste Mundo.

Saliendo un día para dar un paseo por la bonita Ciudad de Oklahoma, no sin antes haber tomado las necesarias precauciones en mi trayecto, desde mi casa a la calle principal, viendo escaparates y leyendo su prensa.

Cuando estaba leyendo la prensa de Oklahoma se me acercó un señor a mí y sentándose en un banco, frente a mi persona se dispuso hablarme en voz baja; pues a penas oía a aquel señor.

Como digo, tan bajo hablaba que no le oía nada de lo que decía; solamente le cacé una cosa bien clara. “Tenga cuidado”. Y aquello me lo decía con un carácter de seguridad para mi persona, y mi persona estaba que no podía más al sentirse el objetito primordial para desestabilizar al pueblo de la comanchería.

Una noche que llegaba tarde a casa, me seguía un hombre a corta distancia; como sino tuviese miedo para nada, como si yo le diese confianzas: Por lo tanto yo me paré para ver qué me quería, viendo en ésa persona al Shamán, que me estaba siguiendo los pasos para preguntarme por algo que yo no sabía.

SHAMÁN -. Usted perdone: Me tiene que dejar una prenda que huela a la señora Dayana.

Ahora sí, que sí; estaba seguro de que una de ellas se encoraría viva, y por los signos que me daba aquel Shaman sería Dayana; no sabiendo dónde se encontraría Thalia; ya que el chamán de su tribu no me había pedido ninguna prenda para poderla buscar.

No pasé por Iglesia alguna, para no dar información de algo que no sabía, pero que sospechaba en mi interior; así que cuando llegué a mi casa me arrodillé pidiendo a Dios por mis dos mujeres: Thalia y Dayana, para que las tuviese en un lugar seguro.

Estando en ésta tesitura oí romperse los cristales de la puerta del piso: Habían pegado una pedrada en los cristales de la puerta, no pudiendo resistir éstos. Cuando cogí la piedra del suelo, pude ver que en ella había una nota atada, diciéndome algo así como, “Sino dejas indagar, lo sentirás”.

Con aquella nota me fui al día siguiente a la oficina del sheriff y entregándosela a un ayudante de éste la leyó, no dando importancia alguna a aquellas letras; aunque su escritura era perfecta y sus letras estaban bien puestas. Aquella nota no la pudo hacer otra persona que no estuviese ducha en escribir, diría yo más bien; que fuese culta y hubiese tenido estudios.

Ni siquiera la vio el sheriff por no encontrarse en su oficina, ya que había tenido que salir a la llanura para indagar en un hecho delictivo, sobre unos cuatrerros.

AYUDANTE -. Muy bien; yo se la daré ésta nota al sheriff.

Así me despidió aquel amante de la Ley, sin haberme dicho una palabra más sobre aquella nota bien escrita; pero la manera que frunció el ceño aquel señor, me pareció que ya sabía quien la había escrito.

A los pocos días llegó llamando a la puerta de mi piso aquel señor acompañado por otro compañero, diciéndome que no se podía saber quién había escrito aquella nota, quedándose como quien ve visiones. Pero desde luego no traía la nota en las manos; se la habían quedado en la oficina del sheriff, no sabiendo yo con qué interés y con qué motivos la guardaban en la oficina del sheriff.

Pero a los pocos días me presentaron una relación de material en mi oficina, viendo en esa cuartilla la letra del señor que había escrito la nota el día que rompió los cristales de mi puerta.

Poca cabeza se tenía que tener, para denunciarse el mismo; así que contacté enseguida, con el chamán para indicarle mis sospechas y éste asentando con la cabeza me hizo una seña con las manos, más bien con un vaivén de un lado al otro; como despidiéndose de mí y queriéndome decir, tal vez, que ya sabía las inclinaciones de tal señor que había escrito aquella nota.

Yo me fui más tranquilo a mi piso que otras veces, por no decir sabiendo ya quien era el que había escrito la nota el día que me rompieron los cristales de la puerta de mi piso: Le tenía metido en el complejo de los pozos petroleros como escribiente, más bien como apuntador, teniendo cuidado del material que entraba y salía de aquellos pozos petroleros.

Y en vez de no perderle de vista, no le hacía ni caso; para que no sospechara que ya sabía yo de sus intenciones mal inducidas, por algún grupo de amigos.

Al llegar a mi piso encontré con un ataque de nervios a la señora que cuidaba de mis hijos; preguntándola yo por las causas, para decirme ella una sandez.

SEÑORA -. ¿Esto va a ser así siempre?.

GEORGES -. Si nos van a tener en vilo todos los días, por amenazarnos estando nosotros dentro del piso.

SEÑORA -. Justamente.

GEORGES -. Son actos que van cada vez a menos, señora: No se preocupe, que tal vez no volverá a pasar.

Calmé un poco a aquella señora por el estado de nervios en el que se encontraba aquella noche, no dando pie ni bolo alguno en la cena; así que tuve que ser yo quien hiciese la cena.

Pude observar, que los niños se fueron acostar con un grado de pesadez dentro de ellos, por no decir un agobio en su Alma que apenas pudieron conciliar el sueño, al igual que la señora.

Si aquello siguiese así, tenía que tomar medidas pertinentes para que mi familia y mi gente pudiesen vivir tranquilas dentro del piso.

Así que al siguiente día aproveché que toda mi familia y la señora se encontraban en el piso, para reunirlos a todos en el pequeño salón.

GEORGES -. He pensado una cosa.

SEÑORA -. Usted dirá.

Los niños y ya no tan niños, se limitaban a escuchar con unos ojos abiertos que parecían dos luceros en cada uno de ellos. Y como vi el interés que ponían aquellos niños para saber lo que tenía que decir su padre, proseguí mi oratoria.

GEORGES -. He pensado que nos traslademos al pueblo de Lawton.

Al oírme decir aquello, mi hijo mayor, no pudo por menos que saltar de la silla para dar su impronta opinión.

HIJO MAYOR -. ¿Y yo?, papá.

GEORGES -. Tú te vienes también con nosotros.

HIJO MAYOR -. ¿Y mis estudios?.

GEORGES -. Yo te traeré y te llevaré a casa al pueblo de Lawton; pues saldré antes de mi trabajo: No me quedaré tan tarde como lo estoy haciendo hasta el día de la fecha.

Pensado y hecho, una vez que di mi dirección en la oficina del sheriff por si me necesitaban en ella para recabar más información que yo les pudiese ofrecer. No poniéndome pega alguna para que me fuese con mis hijos al pueblo de Lawton, y así lo hice a los pocos días.

Desde luego descansamos en nuestra casa, sin amenazarnos nadie ni tener que ocultarnos de nada, por no tener grandes contrariedades.

Un día me vinieron para invitarme a dar un paseo por aquellos bosques, aceptando yo de buenas ganas. Pero en un momento determinado que yo me despisté del grupo, me perdí de toda la comitiva que formaba, ése día, los componentes que estábamos dando una escapada en el bosque.

No sabía si me había quedado sordo o que el ruido del follaje de aquellos árboles al azotarlos el aire no me dejaba oír a aquellos hombres con los que había llegado aquel lugar encantador.

Me senté en un tronco que había allí mismo a la espera de que volviesen aquellos señores, con los que yo había ido a ése lugar, pero a base de esperar me quedé

dormido, sin saber cuanto tiempo estuve en un estado larvario; despertándome unos aullidos como de coyotes.

Me incliné un poco para poder ver de qué dirección venían dichos aullidos, comprobando que venían de la parte más oriental de donde yo me encontraba; de unas especies de cuevas que habíamos encontrado en nuestro camino. Y estando en esa postura de prurito avizor vi llegar a lo lejos a dos mujeres que al andar se parecían a Thalia y a Dayana.

Pero como el sueño me estaba venciendo, me volví a dormir sin más contemplaciones que los ruidos de las aves posándose en aquellos grandiosos árboles. Y hasta que una de esas aves dejó caer un palo sobre mi cabeza, al ir hacer su nido, no me desperté.

Volví mi vista para mirar a lontananza pudiendo ver, de nuevo, a esas dos mujeres que se acercaban cada vez más a donde yo me encontraba.

Pues sí que parecían los andares de aquellas dos mujeres a los de Thalia y Dayana, entrándome un fulgor en mis ojos por ver aquella ilusión plasmada en las dos mujeres que se estaban acercando a mí.

Como el aire era mucho y estaba amenazando agua, yo me quise levantar de donde me encontraba sentado, al tiempo que pude darme cuenta. . . ¡AY!, Dios. . . ¿Será mi vista?, o será el afán que tenía yo por ver a mis dos mujeres; ya que empecé a ver en aquella dos señoras a Thalia y a Dayana, que apenas podían andar.

Levantándome de donde me encontraba sentado, al tiempo que me restregaba los ojos; pues al momento los tenía llenos de lágrimas. Miré dos veces, tres. . . Hasta me pegué un pellizco en un brazo para ver si estaba despierto; y tenía que estar despierto porque aquel pellizco me dolió mucho.

Y como aquellas mujeres no me habían visto, comencé a mirar hacia todas las partes de aquel lugar, viendo que tenía mi sentido completamente bien. Así que me atreví a mirar, una vez más, aquellas mujeres que se acercaban a mí, sin poder dar un paso sin emitir un llanto.

Las costaba mucho andar a aquellas dos mujeres, que en realidad lo hacían como Thalia y Dayana. . . ? . . Y, ¡anda!; si eran mis dos mujeres en realidad.

No lo pensé más, saliendo hacia ellas dando unas voces enormes para que me escuchasen y se dirigiesen a dónde yo me encontraba: pues tal vez a ellas las había pasado otro tanto de lo mismo. Y aquí me caigo y allí me levanto, por querer Thalia y Dayana correr dónde yo me encontraba, echando una carrera en su camino para poder llegar a mí cuanto antes.

Cuando nos encontramos de frente fue, la alegría, el regocijo, la fiesta nacional en nuestras vidas, el amparo de un marido para con sus mujeres, el cariño de esas dos mujeres para con su marido. . . Y así un sin fin más de exaltaciones espirituales dentro de nuestro ser; ése pequeño ser que todas las personas tienen dentro de sí mismas, al estar conforme con ellas mismas y con lo que las rodea: Y cómo no íbamos a estar alegres consigo mismos, si nos habíamos encontrado al cabo de año y seis meses.

THALIA -. ¡AY!, hijo.

GEORGES -. Mi alegría es grandísima.

DAYANA -. Nuestros deseos se han cumplido.

GEORGES -. ¿Cuáles?, Dayana.

DAYANA -. El volverte a ver a ti y a nuestros hijos.

Nos fundimos en un abrazo interminable, besándonos entre todos juntos sin saber a quien besábamos, los unos a los otros, por estar en ése letargo invernal del que se sabe ya encontrado.

Me faltan palabras y me quedo corto a detallar los ánimos con los que recibieron mis hijos a sus madres: Voces por aquí, abrazos por allí, carreras en el mismo salón de casa los pequeños y un sin fin de detalles que no sabía yo explicarlos muy bien por haber estado en un letargo invernal en aquellos momentos de alegría para nuestros niños, no creyéndome yo muy bien lo que estaba pasando; así que me volví a pellizcar y sí, sí estaba despierto y sí estaba pasando todo aquello en mi casa, un derroche de alegría incontrolada por parte de todos nosotros.

Thalia y Dayana se presentaron a la autoridad para que supiesen que estaban en casa, teniendo que ingresar en el hospital para hacerlas los análisis pertinentes. Entonces fue cuando las vi a las dos unas señales cerca de los tobillos, y al preguntarlas me dijeron que las habían puesto las “maneas” que ponen a las bestias para que no anduviesen mucho, que eran una especie de grilletes.

Aquellos tiempos habían cambiado mucho la manera de ser y la forma de estar de aquellos hombres; No viéndose mucha maldad en ellos, por lo menos así me lo demostraron las personas que habían tenido retenidas a mis dos mujeres.

Cuando estuvieron en casa, ya de vuelta del hospital, las comencé hacer las preguntas rutinarias para saber yo qué las habían hecho.

GEORGES -. Contarme algo, para que yo sepa.

THALIA -. Pues sino llega a ser por la mujer del encargado de la cabaña: ¿Tú me dirás donde estaríamos ya nosotras dos?.

GEORGES -. Y eso que se cuenta en el pueblo. . .

DAYANA -. Nada, ¡nada!, no se cuenta nada.

Haciendo gestos con la mano para que terminásemos aquella conversación; ya que habían trabajado, conjuntamente, las dos tribus para sacarlas de aquella cabaña. Pues al parecer habían estado sirviendo a la señora del guardián encargado del secuestro.

Enterándome cómo entraron en la cabaña los más forzudos hombres comanches, siendo ayudados por la otra tribu, que los ofrecieron apoyo desde fuera de la cabaña, por si alguien se acercaba a ella.

Parece ser que hasta ni las tocaron un pelo de su cuerpo, debido a dicha señora; que se oponía a toda clase de daños en sus personas: Parecía como si las hubiese cogido simpatía aquella señora a mis dos mujeres; según me hablaban ellas.

Una vez más en la oficina, fue fácil ejecutar las tareas en ella; pues Thalia y Dayana no habían olvidado su oficio en aquella oficina, con tanto trabajo.

Thalia y Dayana comenzaron a ver de diferente manera la vida; así que pusieron flores y adecentaron la oficina de tal manera que en pocos días no la conocía, de ser una oficina con bastante trabajo y embolismo de papeles, pasó a ser una oficina acogedora, alegre y confortable a la vez.

En casa hicieron otro tanto de lo mismo, sintiéndose nuestros hijos como en la Gloria, por así decir: No faltándoles nada a ellos, sobretodo sus cosas más personales y sus juegos de pequeños, como a los mayores su paga semanal para que se juntasen con los demás chicos.

El segundo de mis hijos se matriculó en la escuela university of Oklahoma facultad de derecho en Norman comenzando a obtener suficientes notas como para que nosotros nos conformásemos con ello; pero si yo me conformaba con ésas notas de

suficiente, mi hijo no estudiaría mucho o casi nada, así que un día le hablé de los esfuerzos tan enormes que tiene que hacer la persona humana para conseguir por ella misma sus cosas y formarse un destino en éste Mundo.

Mi hijo me comprendió enseguida, sin tenerle yo que repetir todo lo que le había dicho en aquella hora de encuentro con él. Y desde aquel día comenzó a estudiar con ahínco para formarse un porvenir en su vida.

Por supuesto, mi hijo, traía mejores notas a casa y se estaba ganando lo que nos pedía a sus padres: Una moto, de una marca que le había gustado mucho. Desde luego tuve mis dudas, si habíamos hecho bien su madre y yo de comprarle ésa moto.

Mi hijo mayor se volvió a quedar viviendo en la Ciudad de Oklahoma mientras los demás componentes de la familia seguiríamos viviendo en el pueblo de Lawton todos juntos.

Como el tiempo pasa, pasó la remodelación de los pozos petroleros, y de ésta manera pudimos sacar el suficiente crudo como para agradar a la dirección general de aquella empresa, mandándonos una nota de felicitación la sección administrativa por la cantidad de crudo que sacábamos de ésos pozos petroleros todos los días.

Comenzamos a vivir una vida de descanso y de paz en medio de aquella tribu, tan acogedora y humanitaria a la vez; con sentimientos de ellos mismos, pero allegados a los que les extendían las manos.

Era el mes en que todas las tribus se reunían en Powwowc, ésas reuniones que tuvieron su inicio en la década de 1.880; por lo tanto decidimos marchar a tal lugar para honrar a nuestros antepasados, sobre todo a los espíritus de nuestros ancestros.

Estaban preciosas mis dos mujeres, vestidas con el traje de aquellas tribus, donde el hermanamiento, entre cada tribu se daba por añadidura.

Aquella noche, era una noche estrellada por el tiempo que hacía en aquel lugar de encuentros, sentándome yo a la luz de la Luna y observando las Estrellas y Luceros que se podían ver desde donde yo me encontraba. Así pasé un buen tiempo, hasta que decidí entrarme en el tipi para poder descansar un par de horas; pues estas personas se levantan muy temprano.

Lo que más me gustaba de ellos era el baile, y hasta yo me atreví hacer una pequeña danza del ritual encomendado en aquel día. No aplaudieron aquellas personas, pero me miraban con cara de sorpresa al terminar yo la danza que efectué a la luz del Sol, que era la causa fundamental de aquella danza; sirviendo como ritual para pedirle que todos los días amaneciese. Al igual que se bailaba al hermano sapo, al hermano zorro y así un sin fin de animales, que formaba la garantía de existir aquellas personas dentro de sus dominios territoriales.

Pero como tenía dividido mi corazón entre mis dos mujeres, tuve que asistir a otros rituales más complicados que los primeros; ya que hasta montando a caballo se tenía que efectuar un ritual para el aire, el viento, el agua. . . Y otros fenómenos más, nos permitiesen buenas cosechas y criar bien a nuestros hijos. Teniendo más aplomo el venerar al Águila en su feudo.

Sí, todo aquello estaba bien; pero a mí me decía poco eso de tener que venerar a un ave, al agua o al viento, así como al Sol en sus rayos diurnos. Sí todo eso estaba muy bien; pero yo necesitaba otra manera de inspirarme con mis sentidos, en la fe, en la fe de los cristianos, como era mi santa devoción; a mí no me trasmitía nada esto, y eso que bailé sus rituales como si fuese uno más de ellos; teniendo unos recuerdos entrañables una vez que me estaba alejando de Powwonwc, no olvidando sus danzas para nada y su manera de ser de aquellas personas tan afables y simpáticas: Piel rojas o rostro pálido.

¡Qué más da!; si en aquel lugar todos parecían lo mismo, siempre que tuviese uno la calma suficiente como para esperar ver una a una aquellas tribus danzar y pedir a sus divinidades materiales parte de sus sustentos y fortaleza para sus vidas.

Ya en el pueblo de Lawton volví, una vez más, a la pura realidad al encontrarme a una hija con un constipado enorme; llevándomela al hospital para que la mandasen algún medicamento y poderla curar.

DAYANA -. Mejor hubiese sido llevarnos a los niños, al lugar de encuentros.

GEORGES -. ¿Qué quieres decir?, Dayana.

DAYANA -. Que nos encarguemos nosotras de nuestros hijos.

Como Thalia no dijo nada, solamente se limitó afirmar con la cabeza de que eso tenía que ser así, yo llamé a la señora que cuidaba de nuestros hijos para trasmitirla el formar deseo de mis mujeres.

GEORGES -. La estamos muy agradecida cómo ha cuidado usted de nuestros hijos; pero de aquí en adelante lo harán sus madres; ya que se encuentran en casa.

THALIA -. Sí señora; y usted perdone que se lo tengamos que decir de ésta manera, sin saber ni expresarnos por el interés que ha puesto usted en cuidar a nuestros hijos.

DAYANA -. Así es, señora.

SEÑORA -. Por lo menos ustedes han sabido expresarse.

Queriendo decir aquella señora que yo no me había expresado bien con ella, pero que mis mujeres lo habían hecho a la suma perfección. Y al siguiente día llamamos al chamán comunicándole nuestra decisión.

Pero aquella señora siguió en nuestra casa hasta el día que fuese a por ella el chamán, acompañado de los familiares de dicha señora.

Tres días, tres días tardó el chamán llegar a la puerta de nuestra casa llamando para acompañar a la señora que había estado cuidando mis hijos, desde que desaparecieron sus madres, hasta el día de la fecha. Que era el día que llegó el chamán acompañado por los familiares de aquella señora para llevársela de vuelta a su casa.

Cuando iba saliendo aquella señora de mi casa, se adelantó Dayana dándole las gracias y un beso en las mejillas; al ver aquello mis hijos acudieron en tropel para despedir a aquella señora envueltos en un mar de lágrimas, así como Thalia, que le dedicó unas palabras conmoviendo, no sólo a ella; si no también a sus familiares.

Vimos desaparecer, en plena calle, a la señora que había cuidado a mis hijos con gran pesar de nuestro corazón; mirándonos todos a la cara, como diciéndonos que aquella señora tenía que volver a casa bien pronto: Pues eso era nuestro deseo.

Sin saberlo mis dos mujeres yo iba a verla de vez en cuando a dicha señora, llevándole algo de viandas, y también alguna que otra dádiva monetaria para que se pudiese comprar alguna ropa: Pero es que también lo hacían Thalia y Dayana por su parte, el ir para visitar a aquella señora y darle alguna cosa que le valiese para su sustento y para su modo de vida.

De aquello me enteré por causalidad, ya que al salir un día de la casa de la señora me paró una mujer, ya entrada en años, diciéndome que estábamos muy agradecidos a dicha señora, por ver llegar a mis mujeres al igual que a mí a la casa de aquella señora.

Lo mismo que todo el pueblo agradecía aquellas idas y venidas de nuestras personas a la casa de aquella señora, que estaba deseosa de ayuda externa y nosotros se la estábamos proporcionando con nuestra presencia en dicha casa.

Al salir un día de la casa de aquella señora me llamó la atención otra señora, anunciándome algo que yo ya intuía; pero que confirmaban mis sospechas de inmediato.

MUJER-. No se vale por sí misma para resolver su vida.

Ésas palabras que me dijo aquella mujer me llegó a lo más profundo de mi corazón, y al llegar a mi casa aproveché para hablar con Thalia y Dayna; ya que se encontraban en casa.

GEORGES -. He pensado una cosa.

THALIA -. Lo mismo que nosotras.

GEORGES -. ¿Es que ya sabéis lo que os voy a decir?.

DAYANA -. Nos traeremos a casa a la señora.

Dicho y hecho; nos fuimos a buscar al chamán para que nos ayudase a traer a nuestra casa a la señora que cuidó de nuestros hijos, ya que no tenía medios económicos para seguir viviendo sola.

Pero como nos dijo uno de sus familiares, que acondicionásemos primero la estancia para recibir a aquella señora, y así lo hicimos en pocos días: No hizo falta mas que levantar dos tabiques en una esquina del salón acondicionando una habitación para su estancia en la casa.

Aquella señora fue llevada por el chamán y sus familiares para quedarla en mí casa; gustándola mucho la habitación que la teníamos preparada, por su concepto de anchuras y lo bien amueblada que la teníamos.

Ya nos podíamos ir tranquilos a nuestro trabajo, si acaso se ponía enfermo algunos de nuestros hijos pequeños; que aquella señora sabía cuidarlos como si se tratasen de sus hijos.

Aunque un día fui llamado a mi trabajo por aquella señora para que acudiese cuanto antes a casa, ya que la niña pequeña tenía treinta y nueve de fiebre, pues lo había comprobado ella.

Al llegar a mi casa cogí a mi hija en mis brazos notándola una fiebre elevada; así que la llevé al doctor, auscultándola unas grandiosas anginas; pero como los productos farmacéuticos avanzan muchos, con uno de ellos se la bajó la fiebre en poco tiempo, ayudada por la juventud de la niña y la resistencia que tienen los niños para bajar enseguida la fiebre. Aconsejándola no se volviese a bañar en un río que había, de aguas frías, allí mismo.

Sus madres llegaron como desesperadas, las dos; la madre biológica y la adoptiva, creyendo se tratase de otra cosa más mala que las anginas. Y al verla jugar con sus muñecas, se calmaron las dos madres a la vez.

DAYANA -. Hemos pasado lo nuestro, al no podernos mover de la oficina; por encontrarse en ella el inspector.

GEORGES -. Y vaya día que ha tenido para llegar a la oficina.

THALIA -. Ya podía haber llegado en otro día.

Así se quejaban las dos madres, por la triste desgracia que habían tenido ellas al no haberse podido mover de la oficina, por la presencia del señor inspector.

Hasta yo tuve que pedirle permiso para ausentarme de la oficina, creyendo hacía lo correcto, no queriéndole molestar al señor inspector para nada.

Nuestro susto pasó y con el llegó la alegría, de nuevo, a nuestra casa teniendo que celebrar el cumpleaños de la señora que cuidaba a nuestros hijos, con mucho boato. Dando una buena merienda a los suyos en casa, para en un momento determinado poder asistir a sus bailes cotidianos.

Yo estaba muy ducho en aquellos bailes en aquella manera de cantos al Sol, al fuego, al agua y un sin fin de divinidades mundanas, que me parecía mentira se montase tan bien sus rituales; al igual que ellos, los chocaría los rezos que yo hacía a la Virgen, a los Santos y sobretodo a Dios cuando ellos no veían a nadie ni a nada. Siendo palpable la adoración, por así decir, que ellos ejecutaban con sus rituales al Sol, al agua y a una retahíla de adoraciones naturales que tenían como ritual: Eso sí era palpable.

Un día aproveché al tener un grupo de aquellas personas a mi lado para decirles que mi religión, o mi ritual, era tener fe, pero no una fe pasajera; “Fe” con mayúscula. Comprendiendo enseguida que aquellas personas no se creyeron nada de lo que yo dije, por no ver a su alrededor ésa figura humana o ése efluvio de corriente, que no existía.

¡Bueno!, eso creía yo; que en aquellas personas no había sido Santo de su devoción, las explicaciones que las di para que entendiesen mi platica en cuanto a mi religión y a mis creencias más profundas: Ya que un día, una de ésas personas se fue a preguntar en la Iglesia por dichas creencias. No pudiéndoles seguir contándoles nada más de lo que fue de aquella persona, por ser la Iglesia Evangelista, que es la religión que más se da en el pueblo de Lawton.

No sabía si me estaba metiendo en profundidades con aquellas personas; así que decidí no hablar mucho sobre mis creencias, ya que aquellas personas eran muy adictas a la comprobación, yendo para preguntar a su origen.

Cumplió la mayoría de edad mi hijo mayor y para su cumpleaños me pidió un coche; ya que quería ir solo a la facultad, desde Lawton a Oklahoma, y en hora y medio se ponía en las puertas de la facultad.

Mi vida iba cambiando de tal manera que no me conocía para nada; hasta una buena televisión nos agenciamos en un comercial de Lawton para ver los programas que echaban en ella.

La tecnología avanzaba a paso agigantado, aconsejándome un inspector que llegó a la oficina un día, para que me comprase un ordenador; pese a lo amplio que era su carcasa, ya que el disco duro parecía un armario.

Poco podía yo hacer con aquel ordenador, ya que me ayudaba a reintegrar en mi banco y poca cosa más, a no ser que recibiese algún mensaje electrónico en el, teniendo que entrar una tarjeta, en forma de estampilla, en la bocacha de la impresora del terminar para poder leer el mensaje que se me había mandado.

No me gustaba nada, pues mi hijo mayor se venía todos los días al pueblo de Lawton desde Oklahoma, pasando los peligros que hay en la carretera; no sabiendo yo qué motivos había para venirse una vez que terminaban las clases a nuestra casa.

Poco tiempo estuve sin saber por qué deseaba venirse a nuestra casa nuestro hijo mayor; pues un día le vi pasear con una bonita chica de aquel pueblo, una piel roja preciosa.

Yo no quería decirle nada, hasta que un sábado nos cruzamos en la calle, sin querer, diciéndonos unas palabras de cariño, mi hijo y yo, y antes de despedirse de mí me presentó a la chica que le acompañaba en su paseo matinal.

GEORGES -. Sabéis.

DAYANA -. Tú dirás.

GEORGES -. Hoy he visto pasear a nuestro hijo mayor con una chica.

Y al decir esto, miré para su madre, Thalia, que permanecía muy callada, como si con ella no fuese la conversación. Ésta miró para el suelo, como si ocultase algo de nuestro hijo; no pudiendo yo callarme.

GEORGES -. ¿Thalia, me ocultas algo?.

THALIA -. Nuestro hijo mayor es primo de la chica que sale.

GEORGES -. ¿No me digas?.

THALIA -. ¡Y tanto!.

Al parecer estaba siendo un escollo para nuestro hijo, ya que los matrimonios que se celebran entre parientes tenían un impedimento. . .

Era así tanto, que un día llegó el chamán a casa con deseos de hablar con su madre, una comanche donde no había otra. . . No sé que la diría, pero al irse el chamán de casa, yo la abracé por los hombros a mi mujer, Thalia, dándole confianzas para que me contase, por lo menos, parte de la conversación que había existido entre el chamán y ella.

THALIA -. He prometido al chamán no decir nada de nuestra conversación, y eso es peso de Ley.

GEORGES -. Está bien; como quieras.

Y así fue, que no me contó nada al respecto de la conversación que habían sostenido el chamán y ella.

Pero cuando la madre de mi hijo mayor no hacía por contarle nada a dicho chico, yo me tranquilicé un poco; viendo la posibilidad que había de seguir dicha relación, entre mi hijo y ésa chica, tan bella y tan atractiva de cara.

Yo también di tregua a aquella relación, entre mi hijo y aquella chica, tan modosita y con gestos tan femeninos. Parecía que todo estaba en orden, así que me calmé un poco del nerviosismo que me había entrado al saber que de momento se cortarían las relaciones amorosas de ésos dos chicos; quedándole un pesar en su Alma a mi hijo, que no podría vivir sin su chica.

¿Qué hacía?, ¡qué hacía!: Qué hacía aquella mujer con la túnica remangada hasta las rodillas; pues si aquel faldón la llegaba hasta media pierna.

Aquello me pareció que era un signo de ritual entre los parientes, cuando no se está conforme con una cosa o algo que el otro ha hecho o ha dejado de hacer.

GEORGES -. ¡Dónde vas!, ¿Dónde vas, de esa forma?.

THALIA -. Para arreglar mi corazón.

La había entendido, siendo su corazón su hijo; no viendo nada más que por los ojos del chico: Así que le defendía con todas sus fuerzas y con todo su corazón.

El tiempo pasaba a una velocidad espantosa, pues hasta mi hija mayor pasó a la facultad, siendo la más atrasada en los estudios; pero como era muy estudiosa y muy trabajadora se estaba sacando los aprobados a pulso.

Y entre medio de nuestra alegría una desgracia; pues cayó mala la señora que cuidaba a nuestros hijos, teniéndola que llevar al hospital, quedándose con ella Dayana viéndola muy mala, así que hablaron entre las dos de algo que la incumbía a Dayana.

DAYANA -. ¿La puedo hacer una pregunta?.

SEÑORA -. Como usted quiera.

DAYANA -. En el tiempo que se quedó a solas con mi marido, le proporcionó todo lo que él necesitaba.

Aquella señora se quedó como petrificada, mirando a los ojos a Dayana para saber lo que tenía que contestar; pero como tardaba la señora en decirlo que ella la había preguntado, la volvió hacer la misma pregunta, más que resumida.

DAYANA -. Es muy sencillo. ¿Le proporcionó todo lo que necesitaba mi marido?.

No tardó, ésta vez, en contestar la señora a Dayana; con una voz que casi la temblaba por tener un poco de reparo.,

SEÑORA -. Sí señora, se lo proporcioné todo.

La cogió de un brazo Dayana a la señora en son de agradecérselo, mientras que la señora no sabía qué responder.

DAYANA -. Gracias.

Todo quedó ahí; pues días más tarde moría en el hospital aquella señora que con tanto cariño había cuidado de nuestros hijos.

Aquella señora tuvo un entierro por todo lo grande, debido que fueron casi todas las personas del pueblo de Lawton.

Durante el entierro se comentaba lo buena y lo noble que había sido aquella señora, para con todas las personas que ella trataba: Era así tanto, que hasta el sheriff tuvo unas palabras de consuelo hacia su familia, haciéndolo extensivo para nosotros también.

No viene una sin dos, así reza el proverbio de las personas; teniendo un gran problema en el complejo petrolífero al no funcionar una bomba bien, no tapándose la trampilla para nada en el oleoducto que llevaba el petróleo hasta unas grandiosas navas para su almacenamiento y posible distribución a toda la Nación.

Monté en mi coche y detrás de mí montaron Thalia y Dayana, sin quererse bajar de el para nada; ya que alegaban podían tener que hacer uso de unas secretarias bien expertas en la materia: Y desde luego ésas secretarias eran ellas.

Tuvimos que cerrar manualmente un tramo de aquel oleoducto, para seccionarlo al tiempo que seccionábamos unos metros más para allá, y así poder sacar el conducto del oleoducto cuanto antes, para arreglar aquella válvula.

Nuestras sospechas se hicieron palpables; pues comenzó a salir gas por los dos lados que habíamos seccionado, teniendo mucho cuidado, porque aquellos gases eran fuertemente explosivos.

Allí se presentó toda clase de ingenieros, duchos y menos duchos en la materia; y aun había unos jovencitos que los llamaban ingenieros: No sabiendo yo qué harían aquellos chicos allí, en donde cada puesto de trabajo era un peligro para el obrero.

Se hizo de noche y todavía estábamos trabajando en arreglar aquella válvula, que al parecer no se dejaba.

INGENIERO -. ¡Cuidado!, cuidado.

Así se expresaba un ingeniero delante de un obrero, anunciándole que tuviese cuidado en lo que estaba haciendo; pues el señor ingeniero había visto que estaba manipulando mal la llave para cerrar una compuerta.

Y tanto mal que la estaba empleando el obrero aquella llave; pues en un momento determinado explotó en aquel lugar parte del gas haciendo que comenzase arder el petróleo que se estaba escapando por una espita de aquel oleoducto.

Por supuesto que sí se necesitaba secretaria en aquellas circunstancias dentro de la oficina principal; pues era el medio de información que tenía la dirección general de aquella empresa para saber al momento lo que estaba pasando en dicha incidencia.

Siendo aquella incidencia más seria que lo pensado anteriormente; ya que no podíamos apagar el fuego en aquel sitio donde se había prendido la llama: Temiendo en general que se contaminase todo aquel terreno, terminando con la flora y la fauna de aquel lugar.

Tuve una impronta de furia en mi cuerpo, y subiéndome donde se encontraba los obreros y algunos ingenieros y apartando de un brazo a un obrero me coloqué delante de todos aquellos operarios que estaban intentando cortar el fuego en aquel mismo sitio.

Me quité la chaqueta taponando el orificio por donde salía la llama de aquel fuego, así que esperé unos minutos, pese a que los ingenieros se oponían a ello, y así conseguí apagar el fuego, cortando la entrada de aire al mismo crudo.

Comenzaron a seguir su faenas todos los obreros, viendo yo un grupo de ellos que asistía a un joven ingeniero; yéndome hacia donde se encontraban los sanitarios sin percatarme quien era aquel joven.

Y aún estando presenciando aquel hecho muy cerca, allí mismo metido, no me daba cuenta quien era aquel joven; hasta que comenzó a darme la mano. Más bien

quería que se la cogiese, no solamente quería presentarme la mano, y al agacharme me di cuenta de quien se trataba.

¡UF!, Jesús y María. ¡UF!, manitou, el vuelo del águila buscando su presa y en numunun comenzó hablar un hombre llamando a una deidad que el bien sabía. Cuando miré a la cara a aquel hombre, que hablaba de ésa manera, pude ver en el a un ayudante del sheriff; aquel señor que me había hablado otras veces de paciencia, dándome fe para creer que seguían vivas, Thalia y Dayana. El sabía algo del operativo que tenía formado la fuerza del orden: ¡Claro!, que sabía algo, no lo iba a saber; si fue uno de los que ayudaron a las tribus para que soltasen a mis mujeres.

Pero con todo y eso no me había percatado quien era el herido, el joven que me extendía la mano; hasta que el ayudante del sheriff le limpió la frente y la cara con un pañuelo.

No lo pude resistir, saltando como un conejo al que le está dando caza un zorro; Pero si era mi hijo mayor, ¿qué haría allí mi hijo?. Y como vi que toda aquella incidencia estaba dominada, llamé a su madre yéndose con nuestro hijo al hospital.

No quise que fuese acompañado solamente por el personal sanitario; ya que se encontraba allí su madre, siendo mejor que le acompañase ella.

No lo sabía, no; no sabía que mi hijo estuviese trabajando en la empresa, en su último año de carrera, aunque los obreros le llamasen ingeniero; que por cierto, sí lo iba a ser en unos meses.

Se formalizó otra vez los trabajos hechos en el complejo petrolero y en aquel pequeño oleoducto; así que yo me fui para buscar a mis restantes hijos y llevarlos al hospital donde se encontraba su hermano bastante herido, sin saber el grado de maldad que había habido en sus quemaduras.

DAYANA -. Georges; yo también quiero ir al hospital para ver al niño.

GEORGES -. Dayana, ya ves que estoy llevando a los niños más pequeños para que vean a su hermano en el hospital.

DAYANA -. No perdamos tiempo.

Aquel joven era el hijo de Thalia y el mío, ya que era nuestro hijo mayor; pero en ése preciso momento pude ver en la faz de Dayana un interés grandísimo, como si también fuese su hijo: No en balde estaban criando ellas dos a todos los hijos.

Cuando llegamos al hospital encontramos a su madre sentada en la sala de espera, totalmente agobiada por las circunstancias que se estaban dando.

GEORGES -. Se sabe algo.

Al decir yo aquello se levantó al verme abrazándome y besándome como nunca; pues Thalia se suponía lo peor.

THALIA -. Aquí no ha llegado doctor alguno.

Mientras estábamos Thalia y yo en éste dilema, si había llegado algún doctor a la sala de espera para comunicar cómo se encontraba nuestro hijo mayor, oyendo detrás de nosotros una voz que nos era conocida.

Miramos todos para atrás, viendo en aquella persona a nuestro hijo mayor, que estaba de pie queriéndonos hablar algo, para nuestra tranquilidad. Y lo que nos dijo fue, -. Que solamente se habían churrascado las vestiduras -.

Aquí paz y aquí gloria; ya que nos llevamos a nuestro hijo mayor para casa sin decir una sola palabra, para que no se preocupase nuestro hijo mayor; pues bastante preocupados estábamos toda su familia con lo que le había pasado.

Ya en casa, senté a mi hijo mayor en el sofá conmigo preguntándole por algo esencial, que era por su trabajo; diciéndome éste que llevaba ya un año trabajando en la empresa y al decirme aquello mi hijo, me levanté como nerviosos perdido.

GEORGES -. No, no puede ser que yo no me haya enterado.

Apuntándome algo que yo ya sabía de antemano, que las listas del personal las llevaban en la otra oficina el señor Aarón, y al decirme aquello me fui para buscar al señor Aarón; para ver si me podía decir algo sobre mi hijo mayor. Y al decirle el nombre de mi hijo, el señor Aarón hizo memoria, para en un momento determinado expresarse con boca de un pajarillo, con buenos trinos.

AARÓN -. ¡AH!, sí: Ése joven es el mejor obrero que tengo yo, sabiendo lo que se hace; lo cual me extraña mucho, porque ninguno de mis obreros tienen tanto conocimiento de los pozos petroleros como éste joven.

GEORGES -. Se ha podido quemar en un pozo petrolero.

Al decirme eso el señor Aarón, no pudo por más tiempo callarme y le solté aquello de, que se había podido quemar en un pozo petrolero; por no decirle que era mi hijo.

AARÓN -. Lo siento mucho.

GEORGES -. Yo también lo siento.

No le debí decir aquello al señor Aarón, pues enseguida frunció el ceño; como presintiendo algo que yo me callaba con respecto a aquel joven, no diciendo nada para no molestarme.

Desde aquel entonces, no permanecí tranquilo ningún minuto de mi vida; al saber que se encontraba mi hijo mayor trabajando en aquellos pozos petroleros como obrero, y al decir verdad aún así me gustaba. Cogería experiencia en su carrera teniendo adelantadas ya esas prácticas que estaba haciendo al trabajar en los pozos petroleros.

No obstante yo tenía que hablar con mi hijo mayor, y así lo hice un día que todos estábamos en casa, le saqué a la calle para que diésemos un paseo por el campo; aquel campo tan bello y bonito como ninguno: Pues a mí me gustaban mucho, pese al terreno que había cerca del pueblo.

Sí, íbamos caminando por el campo, dando un paseo, mi hijo y yo; cuando en un momento determinado comencé hablarle a mi hijo claro y con cariño.

GEORGES -. ¿Por qué no me dijiste que trabajabas en los pozos de petroleros?.

El joven se volvió hacia mí para decirme algo que yo no he conseguido olvidar nunca, pues él quería forjarse un porvenir por sí solo; no queriendo que le ayudase nadie en su trabajo.

GEORGES -. Te estás confundiendo.

Miró hacia delante, para expresarse con lengua bípeda de víbora herida, diciéndome que era el muy quien para poderse abrir camino en su trabajo, pues había estudiado.

Le quise hacer ver la pura realidad de la vida; pues sin tener a nadie que te eche una mano, no saca uno nada por sí mismo, aunque valiese mucho.

Me volvió a mirar con cara de sorpresa, para decirme algo así: -. Como que el lo conseguiría -. Conseguiría sacar su vida adelante sin que le ayudase nadie.

Dimos fin a aquel paseo por el campo, tan bello y tan bonito como estaba en la época primaveral, llegando a casa extenuados, por la gran plática que habíamos tenido mi hijo y yo.

Su madre, que se las sabía todas, me preguntó por las causas que llegábamos a casa de tal manera, teniendo que decirle yo los razonamientos que habíamos tenido su hijo mayor y yo en el paseo que habíamos dado por el campo en aquella bella mañana.

THALIA -. No quiero que atosigues al chico.

Su madre se había puesto nerviosa, no sabiendo lo que decía: Por lo menos así me parecía a mí, que era el padre de esa criatura.

GEORGES -. Un razonamiento bien echado, no es atosigar a tu hijo.

Se calmó Thalia cuando yo la dije aquello, viendo lo mucho que yo quería a nuestro hijo y lo mucho bueno que yo quería para él. Pero como aquello lo habíamos hablado en voz alta y con nervios lo oyó Dayana, que salió al quite de nuestra desesperación personal sobre nuestro hijo mayor.

DAYANA -. ¿Qué os pasa?.

THALIA -. A nosotros nada.

Quedándose Dayana más tranquila, al decirle aquello Thalia; que no nos pasaba nada, y así se conformó la buena de Dayana.

Todo siguió igual que antes en casa: Con ésa tranquilidad y con ésa paz interior dentro de nosotros, que parecía un mar de aguas quietas y benignas; no alterándose para nada nuestra buena amistad dentro de la familia.

Y al iniciar el camino hacia la alcoba de Dayana pude ver a mis dos hijas juntas en el salón de la casa; parecían dos gacelas que pastaban en campo de hierbas buenas. Aún siendo diferentes la una de la otra, por ser una un rostro pálido y la otra unos pies grandes o piel roja; yo las quería por igual a cada una de mis hijas: Pues me miraban con ésos ojos de juventud como diciéndome, “papá, te queremos”.

Yo me fui hacia ellas con los brazos abiertos y las manos extendidas, como en señal de quererlas recibir en mi seno, con todo mi amor y mi afecto, y al ver ellas la predisposición que yo estaba teniendo en aquel preciso momento, salieron corriendo hacia mí para abrazarme nada más que llegaron a mi persona.

Yo, por mi parte las cogí de la cintura atrayéndolas hacia mí, para en un momento determinado comenzar a subir mis brazos hacia sus hombros, para que se acercasen más y más a mi persona; y así conseguí dar sendos besos en la frente a aquellas dos chicas, ya más crecidas.

Me fui pronto para el cuarto de Dayana, no queriendo que me viesen rodar en el suelo dos lágrimas que se me cayeron de los ojos, haciendo honor a ésos besos que yo las había dado en la frente.

Desde luego me tuve que limpiar con el pañuelo las lágrimas que me salían de mis ojos, para que nadie me viese llorar de ésa manera. Y al poco rato de estar allí, entró Dayana en el cuarto con deseos de decirme algo,

DAYANA -. ¿Qué quieres?.

GEORGES -. Yo, nada.

DAYANA -. Es medio día y están las chicas en el salón: ¿Ya me extrañaba a mí que quisieras algo?.

Me senté en la descalzadota para poder ver mejor a mi mujer Dayana, y para estar un rato con ella hablando de cosas que nos incumbían mucho a los dos.

GEORGES -. Solamente quiero hablar contigo un momento.

Aquel momento se trasformó en una hora y cuarto de habla fluida y alegre con mi mujer Dayana; sobretodo de algo pertinente para nuestros hijos, o mejor dicho, para la niña, ésa chica bonita y hermosa como eran nuestras hija.

Estaban a punto de alcanzar los estudios superiores y era hora de ponerse hablar de qué carrera irían hacer nuestra hija; puesto que los hijos lo tenían ya muy claro, la carrera que estaban haciendo.

DAYANA -. Yo se lo preguntaré.

Hablé con la madre de mi otra hija, diciéndome lo que ella creía la gustase a nuestra hija; siendo una lástima, que no fuesen las dos juntas a la facultad, ya que a la pequeña la quedaba un año para ingresar en la facultad.

No me quedé conforme y hablé con las dos madres: Hice bien hablar con sus madres de los estudios de nuestras dos hijas, ya que una iba a empezar los estudios superiores a finales de aquel año, después de coger préstamos, y la otra lo haría al siguiente año, cuando pasase las asignaturas que estaba estudiando ése mismo año en la práctica reglada de la Nación.

También me encontraba en el seno de mi familia, cuando fui requerido por mi amigo Christian a la oficina general de los pozos petroleros; no sabiendo yo para qué se me requería en aquella oficina, si por más que yo pensaba no daba con la clave de dicha llamada.

Abrí poco a poco la puerta de la oficina general, dentro de la dirección general de la empresa, para ver si estaba alegre mi amigo Christian en aquel día; ya que se ve a las personas la alegría que tienen en la cara o la tristeza en la misma.

Y sí, aquel día se encontraba alegre mi amigo Christian; abriendo yo la puerta de la oficina general con una predisposición que parecía presentía algo bueno.

CHRISIAN -. Siéntate, Georges.

GEORGES -. Tú me dirás.

No me dijo nada, solamente me presentó un currículum de mi hijo mayor para que fuese admitido como ingeniero en los pozos petroleros. Lo leí varias veces, y después de leerlo se lo devolví a Christian.

CHRISTIAN -. ¡Qué!; ¿qué me cuentas?.

GEORGES -. Se quiere abrir camino, en la vida, por sí solo; ya me lo ha dicho mi hijo.

Entendiendo perfectamente christian lo que quería mi hijo mayor hacer con su vida, el defenderse por sí solo; cosa que era arduamente difícil, no queriendo yo ponérselo cuesta arriba. Así que hablamos Christian y yo de una estrategia que haríamos patente, para que mi hijo mayor se creyese había sido el mismo el que había obtenido dicho puesto en la empresa petrolera.

No se le escapó a mi amigo Christian lo listo que era mi hijo mayor; pues sin tener el título de ingeniero en las manos, ya estaba echando currículos para poder trabajar en una actividad que a el le gustaba, por ser lo que había vivido.

Pero como en el plazo de un mes, ya tendría en sus manos mi hijo mayor el título de ingeniero; se adelantó pidiendo un contrato de trabajo en la empresa que estaba su padre como encargado de la oficina principal.

Cuando llegué a casa alegué otras causas por las que fui llamado a la oficina general, dentro de la dirección general de la empresa, no dudando su madre nada de lo que estaba pasando con su hijo; al igual que toda mi familia, ya que yo puse cara de circunstancias en la vida.

Mi hijo mayor fue llamado a la oficina general, para retenerle allí su currículo particular y darle curso un mes más tarde, cuando pudiese presentar el justificante, como que ya era ingeniero. No sin antes haberle pegado Christian un susto de muerte, como se suele decir, al reconocerle como el joven inexperto que por poco se quema vivo, un día de incidencias notificadas.

Mi hijo llegó a casa con una cara desfigurada por el dolor de no haber obtenido buenos informes de su jefe; cosa que a mí me alegró mucho, al saber mi hijo que si

obtenía aquel puesto de trabajo era por sus propios méritos y no porque yo le hubiese ayudado. Cogiendo a mi hijo, al siguiente día, con otro currículum en las manos para otra gran empresa, no dando tregua a su corta juventud; como si eso fuese así. No le dije nada, para no decepcionarlo, dejándole hacer a sus anchas.

No podía con su impaciencia y se fue para preguntar por su currículum a la oficina general, recibéndole Christian con cara seria, diciéndole algo así como -. Me lo tienes que demostrar mucho, para poderte hacer un contrato en la empresa -.

Pero al saber que se estaba estudiando su currículum, se fue un poco más animado a su puesto de trabajo, asistiendo a su facultad y así compaginaba el trabajo con sus estudios.

Yo le dejaba que trabajase, porque en pocos días obtendría el título de ingeniero; trabajando en la empresa como tal.

Un día se le ocurrió ir de excursión a Dayana, eligiendo las montañas rocosas; más bien en sus comienzos: Parecía como si la diese reparos llegar conmigo a donde se asentaba su tribu, por no saber cómo me recibirían.

GEORGES -. Dayana, y si nos allegamos a tu pueblo para que veas a tu familia.

DAYANA -. Sería lo ideal; además que lo estoy deseando.

GEORGES -. El miedo es, cómo me recibirían a mí.

Dayana asentó con la cabeza y echándose para atrás hizo un movimiento brusco, como que tal vez no le gustaría que me recibiesen con mala cara sus familiares. Se puso como pensativa, y al pasar el tiempo repuso una cosa que me alegró mucho.

DAYANA -. Entonces tenemos que posponer nuestra excursión a las montañas rocosas, si vamos a mi pueblo; para preparar bien lo que vamos a llevar en la maleta.

Así lo hicimos, saliendo tres semanas más tarde para el pueblo de mi querida Dayana con nuestros hijos, la hija mayor y el menor de los niños.

Sigo diciendo que eran otros tiempos, pues hasta carretera había ya para llegar al pueblo de Dayana; estando toda aquella Nación organizada perfectamente, para poder afrontar la vida moderna y las exigencias de toda aquella industria que se había montado alrededor de las actividades que había en su Tierra.

Si hasta camisas y pantalones vaqueros llevaban aquellos hombres, que al ver a Dayana se alegraron mucho; saludándola al estilo de su tribu.

Yo no quería relevancia alguna, ni quitar protagonismo a Dayana y a mis hijos; así que permanecí sentado en el coche para saber cómo me recibirían a mí: Si con el grado favoritismo de aquella tribu, o por el contrario se me haría pasar desapercibido.

En un momento determinado me comenzaron a mirar todos aquellos hombres, como queriendo que yo saliese del coche, acercándose a mí Dayana y abriendo la puerta del coche me cogió de una mano sacándome del coche con un tirón, que en pocos momentos tuve que poner el pie en el suelo para salir del vehículo a paso ligero.

Se me abalanzaron todos hacia mí, no dejándome ni siquiera respirar; ya que todos me querían dar la bienvenida con un abrazo, pero como al mismo tiempo tenía echados tres brazos por encima de mis hombros, no me dejaban ni respirar.

Mis hijos se sentían confortables por ver el recibimiento que estaban haciendo a su padre, pues a ellos se lo habían hecho ya.

Me presentó a su hermano y llevándome a donde vivían sus padres, entré en una cabaña un tanto destartalada, viendo a un matrimonio de edad avanzada sentados en el suelo, en una especie de cojines, más bien de pieles.

El recibimiento fue fantástico, no lo pude olvidar en muchos años; y para que nos sintiésemos alagados se reunió toda la tribu en una especie de ritual, bailando y tocando el “tantantá” en un tronco hueco, que sonaba en toda aquella cadena montañosa a varias leguas de distancia.

Lo malo era el aguardiente que me hicieron beber aquellos hombres, en son de agasajarme y de recibirme con toda su parafernalia que ellos usaban.

A la mañana siguiente vi salir a Dayana vestida con el traje de aquella tribu, su ropa que la llegaba a media pierna, con su flequillo al final de su bata, con la cinta a la cabeza sujetando la pluma, con un calzado adecuado, y sobre todo con un tipito que la hacía bella y esbelta.

¡Ay!, que no podía más y cuando tuve la mínima ocasión amé a mi mujer Dayana con todas mis fuerzas y con todo mi corazón y si acaso no hubiésemos efectuado el acto de amor en el suelo, seguro que la cama no lo hubiese resistido.

Mi mujer Dayana seguía con las vestiduras de su tribu en todo el pueblo, así que todas las personas la querían y la aceptaban de buna manera.

Estuvimos dos días en aquel pueblo, de lo más feliz de nuestras vidas; sobre todo para mí, al ver agasajada a mi mujer Dayana y respetada mi persona por todo lo alto, así como nuestros hijos, que al parecer la había gustado un chico de aquella tribu a mi hija.

Ya a la vuelta, yo iba mirando a través del espejo retrovisor de dentro del coche a mi hija, que iba de lo más desconsolada posible que una chica puede sentir en su Alma por la ausencia de un chico.

Pero ya llegando al pueblo de Lawton, pude fijarme mejor en mi hija mayor, que presentaba la misma cara de sonrisa que siempre; pues parecía que siempre estaba alegre y dicharachera. Viendo en mis restantes hijos el celo correspondiente por no haber podido marchar, ellos también, al pueblo de Dayana: Pues eso no lo entendían, ya que eran como una piña todos ellos, teniendo a Dayana como a su madre, aunque la verdadera fuese Thalia.

A mí me quedó un pesar en mi Alma que no podía con ello, así que convoqué una junta familiar para poner ante todos mis deseos; que eran, nada más ni menos, que el marchar un fin de semana todos juntos al pueblo de Dayana.

Entre ¡hurra! y otros afines a tal vocablo demostraban su alegría por lo que yo les estaba proponiendo en aquel día tan agraciado para toda la familia.

Todo quedó así, en que iríamos al pueblo de Dayana todos juntos, para poder ver y saludar a sus padres, como así a su familia completa, y máxime cuando ya había carreteras.

Una noche que se había quedado Thalia con Dayana haciendo una especie de pan, que a los chicos les gustaba mucho, yo me distraía en algo banal al pensar en la edad que tenía los padres de Dayana; si nosotros dos éramos ya personas un tanto avanzadas en edad: ¿Cuánta edad tendrían los padres de Dayana?.

Si entre nosotros dos, Dayana y yo, ya no pasaba absolutamente nada por más que usásemos el cántaro; si al parecer aquella ánfora se encontraba vacía, hacía ya un par de años.

DAYANA-. Georges, ¡qué lástima!

Así se expresaba aquella noche Dayana, entendiéndola yo a la suma perfección; ya que la flor que llevaba dentro de su cuerpo se había secado.

GEORGES -. Lo que Dios quiera.

DAYANA -. El gran Manitou decidirá por nosotros; pues si así es conseguiremos tener otro bebé por aquel día de tantos esfuerzos y de tanta euforia como pusimos en aquel acto.

No la contesté, solamente me limité a darme media vuelta en la cama, cosa que la molestó mucho, para evadirme de aquella pregunta que me estaba haciendo mi mujer Dayana.

Pero como estaba la trona de mi hija menor en aquella habitación, comencé a pensar en el excremento que tendríamos que coger, una vez más, su madre Dayana y yo: ¡UF!, Señor: Pero vendito sea si eso fuese así, si Dios nos diese ése bebé.

Yo seguí miando a aquella trona, que pese a que hacía ya bastantes años, no la habíamos tirado, entrándola en el cuarto de Dayana, para su normal recuperación.

No dejaba pensar en lo que me había dicho Dayana la noche anterior; por lo tanto dejé pasar el tiempo, no sin estar un poco asustado; viendo algunos rituales que estaban haciendo con Dayana las personas de su tribu.

THALIA -. ¿En qué piensas?, Georges.

GEORGES -. No pienso en nada, pero que en nada.

Al parecer y según ella, yo tenía la cara alegre como nunca; por lo tanto no podía ser otra cosa, más que en pensar en algo agradable para mí y para mi familia. Y como Thalia las cazaba al vuelo, siguió hablándome sobre la excursión que habíamos hecho

Dayana y yo hacia cuatro días; pero dando un giro a la conversación y así cogirme a mí descuidado.

THALIA -. ¿Qué pasaría?, el otro día entre Dayana y tú.

GEORGES -. ¿Quieres saberlo?.

THALIA -. Cómo no; ya ves que yo estoy criada en la complacencia.

Y al decirle lo que yo sospechaba a Thalia, ésta me animó para que estuviese esperando dicho bebé con todas mis ganas y con todas mis fuerzas.

THALIA -. ¡Anímate!, hombre. Pero si eso es muy bello y muy bonito: El tener un bebé a nuestra edad. ¡No hablas tú de tu Dios?.

GEORGES -. Se lo pido con todos mis deseos a Dios.

La hice comprender a Thalia la alegría que entraría en nuestra casa si acaso tuviésemos un bebé Dayana y yo; y por otra parte la hice comprender, también, que Dios no era mi Dios, que era el Dios de todas las Almas humanas: Quedándose pensativa Thalia al saber que Dios era de todas las personas que tuviesen fe en su mente.

Me habló de haber oído algo sobre evangelización, y que tal vez lo estaba haciendo en su persona; cuando ella estaba educada al amparo de su tribu, no aceptándola ya Dios para nada, y sí aceptándola el Gran Manitou como siempre lo había hecho.

No me vi con capacidad evangelizadora sobre mi mujer; ya que como me había dicho ella, había sido criada en su tribu, con sus costumbres y su manera de ser y de

pensar: No fuese a ser que las palabras que yo la dijese se volvieran en contra de mi persona, al no saber expresarme con los términos que se debe hacer, aunque yo me di cuenta, que Thalia se quedó como si quisiera oírme decir alguna palabra más, sobre la cosa Divina; aunque ya digo, no me atreví a seguir hablando sobre dicho tema.

Por la mañana temprano, y antes de irnos al trabajo, la hizo una pregunta Dayana a Thalia, que la rompió los moldes de sus conocimientos; sabiendo cómo era yo con respecto a Dios.

Aquella pregunta no iba directamente relacionada con nuestra forma de vivir en la cama; más bien era sobre algo espiritual, al verla con aquella cara de rosa como se había levantado aquella mañana.

DAYANA -. No sucumbo en mis enseñanzas recogidas en mi juventud por mis mayores.

THALIA -. Así tiene que ser, querida Dayana.

Me di cuenta que no tenía nada que hacer con aquellas dos mujeres, que se aferraban a sus creencias y se cerraban en banda para no saber nada que las viniese de otra lengua que no fuese la lengua de sus mayores.

Mientras tanto mi hijo mayor fue llamado a la oficina general, diciéndole Christian que no tenía el baremo suficiente como para ser empleado en la dirección general de la empresa como ingeniero, pero que se le admitiría como ayudantes de los mismos.

Según me contó mi amigo Christian, mi hijo mayor se quedó como quien ve visiones, sin saber lo que contestar; por no decir que hasta lágrimas se le vieron caer de los ojos, según Christian. Pero con todo y eso se le hizo un contrato para que trabajase

con los ingenieros y así poder aprender las prácticas suficiente, como para llegar a ocupar el cargo de ingeniero; no sin antes haberle dicho Christian que estaba de pruebas, que a ver cómo se portaba.

Por lo menos, mi hijo mayor, ya estaba trabajando en la empresa en unas tareas más remuneradas y más dignas que las tareas que hacía hasta ahora.

Pasó el tiempo y Dayana no se sentía nada de nada; no se podía sentir por tener sus entrañas secas; sufriendo una decepción enorme y viéndosela decaída totalmente en sus tareas.

Yo me acerqué un día a ella, cuando pude ver que nos encontrábamos solos los tres en la oficina principal, Thalia, Dayana y yo, para hablarla con el corazón.

GEORGES -. Dayana, te hablo con el corazón, que no en sí con la mente de la verdad.

Estaba viendo que se me estaba pegando hablar como aquellas personas, al decirle yo aquello a Dayana.

DAYANA -. ¿Tú me dirás?.

GEORGES -. Alguien, allí arriba, nos ha dado un hijo y una hija: Debías conformarte con ello; ya que algunos matrimonios para ellos lo quisieran.

DAYANA -. No me dices nada, ni me calmas el dolor que tengo metido dentro de mí que no me deja vivir; es como si fuese un lobo que me roe todas las tripas.

GEORGES -. ¿Tan fuerte es tu dolor?.

La miré a los ojos viendo en ellos un agobio tremendo, no teniendo ése brillo como tiene todos los días en ellos Dayana. Por lo tanto me di cuenta del sufrimiento tan enorme que tenía mi mujer, por no poder tener más hijos.

Yo estaba completamente atrapado con mi amigo Christian, yendo a la oficina general al tener un par de días de permiso para poderle agradecer a Christian lo que estaba haciendo por mi hijo mayor.

Como no había dicho a Christian nada sobre mi viaje a aquella gran Ciudad, le cogí descuidado, no pudiéndome recibir en un par de horas, que duró la visita que tenía en su oficina mi amigo.

Pero cuando pudo recibirme, aquello era ya otra cosa; los parabienes, las alegrías eran mutuas, abrazándonos y regocijándonos por podernos ver en ése grandioso día de paz y de conformidad personal entre nosotros.

CHRISTIAN -. Qué alegría verte.

Así se expresaba mi amigo Christian una vez que me recibió en su oficina, no dejándome hacer preguntas de cómo se encontraba cada uno de los componentes de mi familia, y al darle yo las explicaciones de cómo se encontraban tal y cuales componentes de mi familia pasamos a expresarnos cómo nos encontrábamos nosotros dos.

No se quedó todo ahí; pues nos fuimos a merendar a un restaurante de aquella Ciudad, siendo bien afamado aquel restaurante; para poder pasar unas horas agradables entre nosotros dos.

No solamente corrió la bebida que se daba en aquel restaurante, si no que corrió el aguardiente por botellas, y menos mal que la comida fue abundante; porque si no, no sabía yo cómo hubiésemos quedado mi amigo Christian y yo.

GEORGES -. No me cuentas nada de Bianca.

CHRISTIAN -. Sé de ella por nuestro hijo; que por cierto vendrá en un par de días para vivir conmigo una semana.

No me atrevía hacerle a Christian una pregunta, pero con todo y eso se la hice.

GEORGES -. ¿Y qué: No hay reconciliación posible con tu mujer?.

Christian se me quedó mirando muy fijo a la cara, temiendo yo alguna respuesta no muy buena, por inmiscuirme en sus asuntos personales, diría yo amorosos: Pero no, no fue así; que levantándose del asiento quiso brindar por su mujer y por él.

Aquello me descolocó un tanto; pues no esperaba yo la respuesta tan afable que hizo mi amigo Christian en ése preciso momento, con tanto ímpetu y con tanto interés.

GEORGES -. ¿Quiere decir eso que las relaciones están bien?.

CHRISTIAN -. Quiere decir que mi mujer está bien donde está.

Me lo dijo todo con aquella respuesta dada a mi instinto por saber de su mujer, Bianca, y para que no me viese el mucho interés que yo tenía por saber de aquella señora, me callé en ése preciso momento no hablando más de su mujer.

Algo no cuadraba allí, o algo se me estaba ocultando para que yo no supiese la verdad de aquella historia; que tal vez sería una historia maltrecha.

Y así era; pues a su mujer la había dado por la bebida al verse sola y abandonada por mi amigo Christian; cosa que me enteré por una secretaria de éste, al tenerme que sentar para esperarle al siguiente día en el hall de su despacho.

Cuando llegué de agasajar a mi amigo Christian a mi casa, conté lo que me había enterado de Bianca: Quedándose mis dos mujeres tristes, muy tristes por saber lo que la estaba pasando a Bianca; que aunque quieran o no, eran amigas.

THALIA -. ¿No sé cómo ayudarla?.

DAYANA -. Buscándola y viendo la vida que lleva; así nos haremos la composición de lugar para ayudar a nuestra amiga Bianca.

THALIA -. Para buscar a la señora Bianca, lo primero que tenemos que saber es su dirección.

Yo me callé, no dando seña a nadie para que no supiesen mis dos mujeres que yo había recabado la dirección de la señora Bianca; pero lo que sí las dije fue, que en unos días, según me había dicho el amigo Christian, estaría con él su hijo.

No esperaron hasta el sábado, pues cuando terminaron su jornada el viernes, salieron por la tarde camino de la oficina general, para hablar con el señor Christian y recabar dónde se encontraba la señora Bianca; pero al llegar a dicha oficina, se encontraba allí el hijo de éste señor. No quisieron decir nada al amigo Christian y sacaron aquella misma tarde a su hijo para tomar una bebida que se estilaba allí mucho, tardando las dos, Thalia y Dayana, hablarla al hijo de Christian de su madre.

Las alabanzas que hizo el hijo de Christian a su madre fueron inmejorables, dejando mis dos mujeres que siguiese hablando y hablando aquel chico de su madre; hasta que en un momento determinado, Dayana no pudo más preguntando por el paradero de su madre, al hijo de Christian.

Éste chico, al momento cambio de color; pues se la notó en la cara que ya no estaba tan alegre como hasta ahora. Se le tiñó de una cierta palidez inconfundible de aquellas personas que no quieren hablar sobre algún tema.

Tanto disimular no nos era bueno; pero como la reunión siguió, siguió hablando y hablando de su madre aquel chico, para decir dónde se encontraba su madre con voz entrecortada.

THALIA -. Dayana, se nos está haciendo tarde.

Y mirando su reloj Dayana afirmo tal pregunta, en forma de respuesta; dando hasta propina al barman, para salir a paso ligero de aquel establecimiento de recreo señorial y poderle llevar a su padre, cuanto antes, al chico.

Apenas se despidieron del señor Christian, su buen amigo, para iniciar el camino a la ciudad que había dicho, en un momento de descuido, el hijo de la señora Bianca; pese a ser horas intempestivas de la noche.

¡Toda la noche!, conduciendo toda la noche mis dos mujeres para llegar a las primeras horas de la mañana a la ciudad deseada por ellas, pero cuando estaban alcanzando el número que les había dado el hijo de Bianca, vieron llegar por la calle a ésta señora como si estuviese un poco mareada.

No lo dudaron las dos, Thalia y Dayana, y bajándose del coche lo más pronto posible, sujetaron a la señora Bianca de los brazos para acercarla a la puerta de su casa: Una casona que parecía muy apañada por fuera.

Pero si por fuera parecía la casa muy apañada, por dentro estabas más apañada; no faltaba ninguna cosa, ni sobraba ninguna cosa de más en aquella casa: Teniendo todas clases de comodidades en ella.

THALIA -. Qué bien apañada está ésta casa.

DAYANA -. Desde luego, Thalia,

Así hablaban entre ellas mis dos mujeres, sin darse cuenta la señora Bianca, ya que el estado etílico no la dejaba percibir los sensorios de la vida, acostándola pronto mis dos mueres, a la señora Bianca.

Por la mañana temprano se levantaron primero Thalia y Dayana haciendo toda clase de ruido para que lo oyese la señora Bianca y se pudiese despejar un poco antes de la salida al pueblo de Lawton, que se encontraba equidistantes a muchas millas de donde ellas estaban en ése preciso momento.

De trecho en trecho, en la carretera, la hacían tomar un café bien cargado a la señora Bianca para que se fuese despejando de una vez y llegase a nuestra casa, en el pueblo de Lawton, completamente con sus sentidos en orden.

THALILA -. Nos va a costar.

DAYANA -. ¡Y tanto!.

Así hablaban mis dos mujeres, una vez que se fue la señora Bianca sola al baño; ya que había pedido ir sola al escusado. Pero al ver mis dos mujeres que la señora Bianca se estaba confundiendo de baño, salieron corriendo para que no se entrase en el baño de los caballeros.

Entre que sí, entre que no; llegaron al pueblo de Lawton las tres señoras, totalmente agotadas; las unas por tener cuidado de la otra y la otra por el mal cuerpo que llevaba.

¡AY!, Dios; cuando las vi llegar a casa con ése cuerpo que llevaban todas ellas, me parecía como si hubiesen emprendido alguna contienda con alguien y las hubiese quedado baldada a costa de unos buenos sopapos.

Pronto me di cuenta de la situación en la que estaban llegando y en el estado de ánimos de cada una de aquellas señoras; así que no dudé ni un sólo instante llamar al médico de la familia para que auscultase a la señora Bianca, mandándola al hospital para ser desintoxicada por completo.

Pasaron unos días hasta que pudo salir del hospital de Lawton la señora Bianca, casi completamente curada; pues al decir casi, me refiero a que lo demás lo tenía que hacer su voluntad, no los doctores.

Se retiraron todas las bebidas de casa, quedando solamente la que el doctor nos dijo; ya que era contraproducente cortarla la bebida de repente a la señora Bianca, pero cuando se terminó aquella botella, ya no hubo ninguna botella más en casa.

BIANCA -. ¿Para esto me habéis traído?.

Así se expresaba la señora Bianca, una vez que no quedaba ninguna clase de bebida en la casa, viéndolo nosotros muy mal por las maneras que se expresaba la señora Bianca y por los movimientos que hacía con sus brazos y con su cabeza.

GEORGES -. Han abierto una clínica en Lawton muy buena.

THALIA -. ¿No digas que aquí?.

GEORGES -. Sí, aquí. Tienen hasta psiquiatra.

Pero como esperaban mi contestación, Thalia y Dayana, yo no sabía lo que hacer; por de pronto me vi envuelto en una especie de tela de araña, al mostrar tanto interés por aquella señora.

THALIA -. ¡Ya!

La oí decir a Thalia ése ¡ya!, mal dado por su boca, que me quedó como helado todo mi ser; no sabiendo articular ni una sola palabra al respecto.

Pero cuando tuve recado de que llegaba mi amigo Christian al pueblo de Lawton para ver a su mujer Bianca, acompañado de su hijo, tomé conciencia de lo que podía hacer; y lo que podía hacer era decirla la verdad a Thalia de lo que estaba haciendo Christian por nuestro hijo.

THALIA -. ¡Qué dices!: que le está ayudando a nuestro hijo Christian: ¡Vamos!, venga ya.

GEORGES -. Te digo que sí, que le está ayudando. ¿No oíste a nuestro hijo decir que quería forjarse por él mismo un porvenir?.

THALIA -. Sí, ¿y qué?.

GEORGES-. El resto lo está haciendo todo nuestro amigo Christian, no dándole mucha valía para que se conciencie que está logrando el contrato por sí mismo, y mientras le ha entrado en la empresa como ayudante de los ingenieros para que vaya aprendiendo.

THALIA -. Pero si es ingeniero: Como si el no supiese trabajar en el ejercicio de su carrera.

Thalia no cesaba en su empeño de que nuestro hijo, su hijo, tendría que reconocer la valía por sí mismo y por supuesto, tendría que formalizarse en las prácticas, que aunque en la facultad las había practicado, solamente practicado, ahora tendría que llevarlas a cabo todas juntas.

Así que me autorizó para pagar la factura del hospital a la señora Bianca, al saber que llegaba el amigo Christian con su hijo, y al enterarse de lo que estaba haciendo éste por nuestro hijo mayor.

Cuando llegó Christian ya estaba pagada la factura de su mujer Bianca en el hospital y bien atendida su mujer en una clínica, con un psiquiatra relevante.

Los parabienes de unos, los parabienes de otros se hicieron interminables; ya que la alegría era mucha por vernos todos en nuestra casa. Y al cabo de un tiempo prudencial, lo que tardaron Christian y su hijo asearse y prepararse, salimos camino de la clínica dónde estaba la señora Bianca.

Yo iba con pesadez; pues se iban a ver, después de muchos años la señora Bianca y Christian: No sabiendo yo, si mi amigo estuviese en la creencia de que yo había cometido un acto de infidelidad hacia su persona, porque si era así, ¡madre mía!.

Eso fue la causa por la que se separaron Christian y la señora Bianca; no que tuviese dicha señora un hijo, más bien fue por el pundonor de un hombre totalmente

dañado en sus sentimientos y en el cariño que profesaba por su mujer: Ya que él no podía tener hijos.

Mientras estuvo en el hospital la señora Bianca, sonsaqué a ésta el hombre que era el padre de su hijo; siendo el mismo que un día trabajó mal en la empresa, teniéndole que llamar la atención a ése obrero. Dándome cuenta que, al parecer, no podía ser otro más que aquel obrero mal intencionado.

Estábamos ya en la clínica; entrándome a mí unos nervios que no me dejaban estarme quieto, por no saber cómo iban a responder aquel matrimonio una vez que se viesen.

Abrimos la puerta de la habitación donde se encontraba la señora Bianca, entrando yo el primero por si acaso tuviese que mediar entre el matrimonio; pero al ver que detrás de mí entró su hijo dándola dos besos, para más tarde arrimarse a ella Christian proporcionándola un beso, que a mi simple parecer fue de amor.

Todo quedaba en eso, en agua de borraja, portándose como dos adultos bien educados y con deseos de reanudar su matrimonio, nada más que saliese la señora Bianca de aquella clínica.

No había pensado yo que se la podía llevar a otra clínica, más cerca de su casa, el señor Christian y así fue; pues la sacó de la clínica de Lawton para llevársela a la ciudad que vivía mi amigo Christian.

Al pasar el tiempo quería yo saber qué estaría pasando en el matrimonio Christian, preguntándome también por ellos mi mujer Thalia, que era parte interesada de saber algo de la vida de Christian, o por lo menos enterase si su vida era comfortable con la sociedad.

Y sí; no solamente con la sociedad si no con su mujer y con su hijo se llevaba bastante bien, según me pude enterar por un obrero que trabajaban en los pozos petroleros y que vivían en la ciudad de Christian.

GEORGES -. ¿Sabéis de lo que me acabo de enterar?.

DAYANA -. Sino nos lo cuentas, no lo sabemos.

GEORGES -, Christian se lleva estupendamente con su mujer Bianca.

THALIA -. Me alegra.

Solamente dijo eso Thalia, ya que aquel comentario lo hice en la oficina principal, estando presente Dayana; y cuando acudimos todos a casa, llegó nuestro hijo mayor, sobresaltado, ufano y dando saltos de alegría, por haber conseguido el contrato que deseaba, que era un contrato de ingeniero.

-. Por mi valía, solamente por mi valía -. Así atronaba la casa mi hijo mayor, al verse ya trabajando en su profesión que era de ingeniero.

Su madre me miró a la cara más alegre que nada, pero a la vez diciéndome con su mirada, lo que puede hacer un padre por un hijo. Siendo mi mirada recíproca hacia mi mujer Thalia, al trasmitirla con la vista ese afecto carnal que siento por nuestro hijo; con ése amor de padre como se tiene que sentir.

Para celebrarlo, el sábado salimos a un buen restaurante todos juntos; pidiendo una buena merienda que nos quitó las ganas de cenar, así que nos quedamos en una tertulia aquella noche para acostarnos a altas horas de la madrugada.

Aproveché un momento que tuve en la oficina principal al siguiente día, cuando Dayana tuvo que salir para tomar unos apuntes fuera de dicha oficina, para hablar con mi mujer Thalia.

THALIA -. Parece que me quieres decir algo.

GEROGES -. Es debido a ése ¡YA!, que emitiste el otro día por tu boca.

THALIA -. Por no decir otra cosa.

GEORGES -. Fue con un todo despectivo.

Me miró Thalia a la cara, y al cabo de un tiempo la salieron unas palabras de su boca, para negar aquella ofensa, que tal vez me hizo con ésa interjección vaga; porque era eso nada más, una interjección vaga.

Pero como yo creía que aquello no había quedado claro, quise alertarla a mi mujer Thalia, de que entre la señora Bianca y yo no había pasado nada, de nada; y eso que se lo metiese ella en la cabeza, de que no tenía nada que ver con el niño de la señora Bianca.

Al momento salió Dayana de no sé qué habitación, para cortarnos la conversación que traíamos Thalia y yo.

DAYANA -. Un momento, ¡un momento!; que os estoy oyendo.

Dirigiéndose hacia mí, me señaló con el dedo índice asentando una cosa primordial para ella. Y sin dejar mover el dedo señalándome se congratulaba de algo que yo no comprendía, hasta que abrió su boca.

DAYANA -. Georges, eso está muy bien; nunca he dejado confiar en tu persona.

Me puse más ancho que largo, al ver que no la tenía que dar explicaciones a mi mujer Dayana; pues ya sabía ella, por mi boca, que no había pasado nada de nada con la señora Bianca.

Pero no quise dejar pasar aquella ocasión, para decirlas algo que las valiesen para toda su vida.

GEORGES -. Siempre os he sido fiel, no engañándolas con ninguna otra mujer.

Parecer que aquellas palabras las llegaron a lo más profundo de su ser; hasta pude ver caérsela una lágrima al suelo a Dayana, pero es que a Thalia, también la vi llorando, una vez que volvió la cabeza para mirarme de frente.

Y como si Dayana tuviese un poco de reparo, o tal vez mucha vergüenza en decirme una cosa, me la dijo en voz baja.

DAYANA -. Nosotras tampoco te hemos sido infieles; puedes creerlo.

GEORGES -. Yo no he preguntado nada: ¿No sé a qué viene ésta declaración?.

Dayana que permanecía de pie se sentó cerca de mí cogiéndome las manos para apretármelas con fuerza; no pudiendo yo moverme en mi asiento. Pero eso sólo no quedó ahí, que Thalia se vino con nosotros, y echándome los brazos por los hombros me besaba indefinidamente.

Un día me llegó el hijo pequeño con el título de abogado en las manos; pero no solamente enseñó el título; pues también traía el contrato de trabajo de la empresa petrolera, viendo yo el servicio tan bueno que nos estaba haciendo el señor Christian a toda mi familia.

Al enseñarnos todo eso mi hijo menor la miré a Dayana haciéndome cómplice de su bella mirada; ésos ojos tan enormes y con tanta expresión, que no por menos eran dos Luceros, emitiendo una expresión característica de ella.

DAYANA -. Otro más.

Thalia se la quedó mirando, al no comprender lo que Dayana me había querido decir con aquella expresión tan subjetiva para mí.

THALIA -. ¿Qué quieres decir con eso?, Dayana.

DAYANA -. Nada, que otro más.

THALIA -. Tú te entiendes, que yo no.

Y al decir aquello Thalia, se levantó de donde estaba para irse a sentar en una silla ella sola, y así poder mentalizar aquella frase que no sabía por donde cogerla; pero sospechando algo que nosotros la guardábamos.

Desde luego, cuando se quedó a solas conmigo, me apretó mis sentidos, con un pequeño lloro al no saber qué había querido decir Dayana con sus palabras.

Yo estaba que no podía dormir, ni me tenía de sueño; así que sería mejor hablarla claro, pero a la vez conciso; no fuese a ser que mis palabras la dañasen su susceptibilidad con respecto al mucho cariño que tenía a nuestro hijo menor. Minimicé la cuestión, al estar presente nuestra hija mayor, la que tuvimos ella y yo, así como mi hija menor, la que tuvimos Dayana y yo. Y para que recuerden, mi hijo mayor era de Thalia, pero mi hijo menor era de Dayana.

A la vez que se nos quitaba trabajo en la oficina principal, pasando parte a la oficina general en la dirección general de la empresa; quedándonos con el descanso de saber que íbamos hacer solamente nuestro servicio, no el servicio de otros negociados pertinentes, dentro del complejo petrolero.

Al decir verdad, yo llevaba hasta ahora tres secciones, compuesta de varios negociados cada una; no teniendo día ni noche para descansar un rato y para no pensar en lo que iba hacer al siguiente día en la oficina.

También mi hijo menor llegó un día colgándose las estrellas él solito; pues aunque sí era verdad que había sacado buenas notas, tenía que demostrar la valía para trabajar en lo que el había estudiado, que era abogacía.

No quise ser menos, y llevándole a un buen oftalmólogo le recetó unas gafas buenísimos y al son de cómo las llevaban en aquel tiempo todos los jóvenes; sentándole de maravillas las gafas que le agencié a mi hijo menor, que parecía un Dandy de verdad.

DAYANA -. Has acertado de lleno.

GEORGES -. Gracias, Dayana,

Así hablaba la madre de nuestro pequeño Cielo, ya que yo no sabía donde ponerle, ni qué darle para que se sintiese agradable totalmente el chico.

Nos estábamos quedando solos, como se suele decir; pues mis dos hijos habían volando del nido, yéndose para trabajar en los posos petroleros, uno como ingeniero y el otro como abogado.

Todos nuestros esfuerzos lo unimos para las chicas, en espera que la mayor terminase pronto su carrera y se emplease; en cambio la pequeña, la hija de Thalia la estaba costando mucho los estudios por no tener ésa retención que se debe tener en lo

que se lee, pero también sacaba sus aprobados y estaba en el ecuador de su carrera, preparándose para irse de viaje a una Nación extranjera.

Fuimos a despedirla todo el componente que quedaba de su familia en casa, que era sus madres, Thalia, Dayana y yo; pues su hermana se encontraba estudiando en la facultad. Yo la ayudé a subir las maletas en el autobús que la llevaría al aeropuerto de Lawton y desde allí a Oklahoma, para tomar vuelo hacia New York; donde saldría el vuelo que la llevase a la Nación deseada.

Mi hija pequeña seguía dando clases de ballet, ya que la gustaba mucho; pero hasta que no terminase su carrera no ejercería como tal en algún ballet que la contratase, ya que estaba muy avanzada en sus estudios, pese a la poca capacidad de retención que tenía en su memoria.

Todo nos iba a pedir de boca; todo no, pues un día oímos en la televisión que había tenido un accidente un autobús que llevaba estudiantes desde una ciudad a otra en la Nación que se encontraba nuestra hija menor.

Contactamos enseguida con la embajada que teníamos en dicha Nación de ee.uu, diciéndonos que nuestra hija se encontraba perfectamente en espera de ser repatriada; pues ya sabíamos bastante en casa, ya que nos habían querido decir que el autobús accidentado era el que iba nuestra hija.

Claro que llegó al pueblo de Lawton nuestra hija pequeña; recibéndola con abrazos y besos por parte de sus padres y hasta de su hermana mayor: Y ¡UHI!, cuando se arrimó a ella su hermana mayor, con ése interés de que ella había creído que nunca más la volvería a ver con vida a su hermana menor. Todo eran abrazos y besos a discreción lo que la estaba dando su hermano a mi hija pequeña; pues parecía que estaba fuera de sí, y como era una completa comanche, se había arremangado la bata hasta las

rodillas en señal de tener los nervios a flor de piel, enseñando unas carnes bellísimas: ¡Vamos!, que parecía más su madre que su hermana.

Enseguida contactaron con nosotros los demás hijos, que se encontraban trabajando en la sección administrativa, dentro de la dirección general de los pozos petroleros; quedándose más conformes cuando supieron que su hermana se encontraba perfectamente en casa. Pero con todo y eso, ése mismo sábado los teníamos en casa a mi hijo mayor y a mi hijo menor para poder saludar a su hermana dándola sendos besos y sendos abrazos a la vez.

Entre algún que otro susto y alguna que otra contrariedad en el seno de nuestra familia, pudiéndose solventar dicha contrariedad; pasó el tiempo de tal manera, que nos habíamos quedado solos sus padres en casa, teniendo que ir un día para ver a mi hija menor en un ballet, después de haber terminado su carrera como profesora de lengua.

Nuestra edad era bastante avanzada, no pudiendo resistir por más tiempo el peso de la vida, y presintiendo algo me fui al cementerio que había en Lawton, sentándome enfrente de una tumba, elegida al azar con un libro en las manos, a espera del gran acontecimiento que vendría en pocos momentos.

Me senté con las piernas cruzadas, sosteniendo el libro en las manos, hasta que se me cayó al suelo, nublándoseme la vista, hasta que dejé ver toda clase de visión en éste Mundo para ver una luz blanca a lo lejos, cumpliendo con las costumbres comanches. . .

FIN

CRÍTICA DEL AUTOR:

Ésta obra es en parte una creación literaria hecha con mucho estudio y con mucho escudillar en libros de otros autores, pero por otra parte se rellena la novela con ficción literaria.

Cuenta la historia una persona ajena a la comanchería y lo hace tal y como él cree lo está percibiendo al ver sus rituales y la manera de ser de aquellas personas, con la posible pérdida de visión ante dichos hechos; ya

que posiblemente estuviese confundido ésa persona, al tomar los hechos tal y como los cuenta él.

Para dar más relieve al tema, no se pone nombre a los hijos que tuvo; para hurgar en el sensorio común de las personas: - ¡UF!, ése posiblemente es mi hijo -. Todo lo contrario que si se pusiese nombre a los niños, ya cada madre no asumiría que ése niño o niña fuesen su hijo o hija.

Para al final de la obra, quedar siendo un verdadero comanche el protagonista, tuviese o no razón en lo que el cuenta, por haberlo entendido de ésa manera.